de España

4
185621

IBS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXXXIII

# DRAMAS

DE

# ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

## D. J. PÉREZ BANCES

TOMO I

Los guerreros del Norte.
La señora Inger de Ostrot.—La dama del mar.

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1914

233

DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN

R 97231

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXXXIII

# DRAMAS

DE

# ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

## D. J. PÉREZ BANCES

TOMO I

Los guerreros del Norte.
La señora Inger de Ostrot.—La dama del mar.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1914

ES PROPIEDAD

R - 1059143

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

# LOS GUERREROS DEL NORTE

DRAMA EN CUATRO ACTOS

## PERSONAJES

ARNULFO DE FJORD, *noble de Islandia.*
SIGURD EL FUERTE, *guerrero.*
GUNNAR, *rico labrador en Helgoland (Noruega).*
THOROLF, *el más joven de los hijos de Arnulfo.*
DAGNY, *hija de Arnulfo.*
HIORDIS, *pupila de Arnulfo.*
KORE, *campesino.*
EGIL, *hijo de Gunnar (cuatro años).*
LOS SEIS HIJOS DE ARNULFO.
HOMBRES DE ARNULFO Y DE SIGURD.

Gente armada, séquito, huéspedes, criados, criadas y proscritos.

**La acción tiene lugar en el siglo XI, en tiempos de Erik Blutökses, en la Noruega septentrional, parte en la casa de Gunnar, parte en las cercanías de ella.**

Derecha e izquierda, del actor.

# ACTO PRIMERO

Una playa. A la derecha, rocas; a la izquierda, una cabaña de madera. En la bahía se ven los mástiles de dos barcos; a la derecha, mar adentro, islas y rocas. El mar, tempestuoso. Es invierno y hay tiempo de nieve.

SIGURD viene de los barcos: viste un jubón blanco con un cinturón de plata, capa azul, pantalones de cuero, botas de piel y casco; va armado con una espada corta. Al poco tiempo aparece ARNULFO por la derecha, de entre las rocas: viste un jubón obscuro de piel de oveja, con un peto, así como botas de piel y calzones de lana. Sobre los hombros, una capa gris, cuya capucha está echada sobre el casco, de modo que le oculta parte del rostro. Es alto y de formas gigantescas, con una larga barba blanca, viejo, y anda un poco inclinado; va armado con un escudo redondo, una espada y una pica. Sigurd mira alrededor, divisa la cabaña a la izquierda, va a toda prisa hacia ella y trata de hacer saltar la puerta.

ARNULFO

*(Aparece por entre las rocas de la derecha, se para en cuanto divisa a Sigurd, parece reconocerle, baja y grita):* ¡Atrás, guerrero!

SIGURD

*(Se vuelve, pone la mano sobre la espada y contesta):* ¡Sería la primera vez que tal hiciese!

ARNULFO

Debes retroceder; y tendrás que hacerlo, pues yo necesito la gruta para descanso de mis hombres, que están medio helados.

SIGURD

Y yo para una mujer extenuada.

ARNULFO

Mis hombres valen más que tus mujeres.

SIGURD

Entonces tendrán un precio muy alto los proscriptos en esta tierra.

ARNULFO

*(Alzando su lanza.)* Esa palabra te ha de costar cara.

SIGURD

*(Sacando la espada.)* ¡Te aseguro que lo vas a pasar mal, buen viejo!

*(Arnulfo se va sobre Sigurd. Éste se defiende.)*

*(Dagny y algunos de los hombres de Sigurd vienen de hacia la playa. Los seis hijos de Arnulfo, de las rocas de la derecha.)*

DAGNY

*(Que viene un poco delante y viste un traje rojo, una capa azul y gorra de pieles, grita hacia los barcos):* ¡Aquí todos los hombres de Sigurd! ¡Mi señor lucha con un extranjero!

LOS HIJOS DE ARNULFO

¡A ayudar al viejo! *(Bajan.)*

SIGURD

*(A sus hombres.)* ¡Quedaos donde estáis! Yo me basto.

ARNULFO

*(A sus hijos.)* ¡Dejadme luchar solo con él! *(Ataca de nuevo a Sigurd.)* ¡Necesito ver tu sangre!

SIGURD

Mira primero cómo corre la tuya. *(Le hiere en un brazo y la lanza cae.)*

ARNULFO

¡Ha sido un buen golpe, guerrero! Tiras con fuerza y sabes tocar con seguridad. El mismo Sigurd se avergonzaría ante ti.

SIGURD

*(Riendo.)* Esa vergüenza sería honra suya.

LOS HIJOS DE ARNULFO

*(Con un grito de asombro.)* ¡Sigurd mismo! ¡Sigurd el Fuerte!

ARNULFO

Pero con más fuerza heriste aquella noche en que me robaste a mi hija.

*(Dagny aparta la capucha.)*

SIGURD Y SUS HOMBRES

¡Arnulfo de Fjord!

DAGNY

*(Llena de alegría, pero con asomos de intranquilidad.)* ¡Mi padre y mis hermanos!

SIGURD

Ponte detrás de mí.

ARNULFO

No es necesario. *(Se aproxima a Sigurd.)* Te reconocí en cuanto te divisé. Por eso te busqué querella. Quería ver si era verdad el rumor que dice que tú eres el guerrero más valiente de Noruega. Pero ahora, sea paz y acomodo entre nosotros.

SIGURD

Estoy satisfecho de que todo se arregle así.

ARNULFO

Aquí está mi mano, que lo asegura. Eres un heroico campeón. Nadie ha cambiado hasta ahora tan fuertes golpes con el viejo Arnulfo.

SIGURD

*(Estrechando la mano que le alarga.)* ¡Ojalá sean las últimas estocadas que cambiemos! Y en nuestra cosa sé tú mismo el juez. ¿Quieres imponer las condiciones?

ARNULFO

Quiero hacerlo, y aquí terminará nuestra desavenencia. *(A los demás.)* Vais a saber todos de lo que se trata entre los dos. Hace cinco invier-

nos andaban como Wikinger (1) por Islandia Sigurd y Gunnar y se habían alojado en mi casa. Un día Gunnar me robó por maña y fuerza a mi hija adoptiva Hiordis. Y tú, Sigurd, tomaste a Dagny, mi propia hija, y te hiciste a la vela con ella. Por este hecho te condeno a una multa de trescientas coronas de plata, y con ella quedas a cubierto.

SIGURD

Pequeña satisfacción es la que me pides; con gusto te daré las trescientas coronas, y aun añadiré a ellas un manto de seda galoneado. Es una dádiva real de Adelsthan de Inglaterra, y tan bueno como el que pueda traer el mejor en Noruega.

DAGNY

¡Bien, valiente esposo mío! ¡Y tú, padre, gracias! Sólo ahora podré vivir feliz. *(Estrecha las manos de su padre y hermanos y habla en voz baja con ellos.)*

ARNULFO

Entonces nuestro acomodo tiene desde hoy plena fuerza, y Dagny debe ser tenida desde este momento en la misma honra que si se hubiera prometido con anuencia de toda la parentela.

SIGURD

¡Y en mí puedes confiar como en uno de tu propio tronco!

---

(1) Aventureros guerreros escandinavos.

ARNULFO

Eso espero ciertamente, y ahora mismo quiero probar hasta dónde me eres afecto.

SIGURD

Me encontrarás dispuesto a todo. Comienza. ¿Cuál es tu deseo?

ARNULFO

Quiero tu ayuda en consejo y en obra. He venido aquí buscando a Gunnar para pedirle indemnización por el robo de Hiordis.

SIGURD

*(Sorprendido.)* ¡Gunnar!

DAGNY

*(Del mismo modo.)* ¡Y Hiordis! ¿Dónde puede hallárseles?

ARNULFO

Pienso que en casa de Gunnar.

SIGURD

¿Y su casa está...?

ARNULFO

A pocos tiros de flecha de aquí. ¿No lo sabías?

SIGURD

*(Conteniéndose.)* ¡Claro que no! Pocas veces me he informado sobre Gunnar desde la última vez que navegamos juntos por Islandia. Yo andaba lejos, mar adentro, sirviendo a diversos reyes, mientras Gunnar descansaba tranquilo en

su casa. Esta mañana me trajo aquí una tempestad. Que Gunnar tenía por el Norte la casa de sus padres sí lo sabía; pero...

DAGNY

*(A Arnulfo.)* ¿Y por eso saliste de casa?

ARNULFO

Por eso. *(A Sigurd.)* El que nosotros dos nos encontrásemos aquí es obra de los poderosos de allá arriba; ellos lo han querido así. Si hubiera querido encontrarte, no hubiera sabido dónde tenía que buscarte.

SIGURD

*(Preocupado.)* ¡Verdad, sin duda, sin duda!... Pero tu asunto con Gunnar... Dime, Arnulfo, ¿piensas emplear en él todos los medios, los buenos como los malos?

ARNULFO

Tengo que hacerlo así. Oye lo que voy a decirte, Sigurd. Cuando habían terminado los días del tribunal, estaba yo sentado en la casa y hablaba con los hombres de mi casta. De pronto vino la conversación a los robos de mujeres. Entonces cayeron sobre mí crueles burlas por haber dejado tanto tiempo sin venganza la ofensa. Me volví furioso y juré navegar hacia Noruega a buscar a Gunnar y a exigir indemnización por el robo o tomar venganza de él, y decidí no volver a Islandia hasta que mi objeto estuviera conseguido.

SIGURD

Sí; si las cosas son así, creo que es preciso proceder con dureza si fuera necesario.

ARNULFO

Así tiene que ser. Pero injusto no habré de serlo, pues Gunnar me es conocido como hombre de honor. Además, estoy satisfecho de haber comenzado esta empresa. En los últimos tiempos se me hacían largos los días en Islandia. Allá afuera en los mares azules me había encanecido; me parecía que tenía que salir otra vez al mar antes de... El hecho es... Bergthora, mi mujer, ha muerto hace tiempo; mis hijos mayores salían todos los veranos al mar como Wikinger, y cuando Thorolf se hizo mayor...

DAGNY

*(Muy alegre.)* ¿Tienes contigo a Thorolf? ¿Dónde está?

ARNULFO

Está abajo, en el barco. *(Señalando al fondo, hacia la derecha.)* ¡Verás qué mozo! ¡Lo grande, fuerte y hermoso que se ha hecho desde que tú abandonaste la casa! Ha de ser un buen guerrero, Sigurd; ha de igualarte a ti.

DAGNY

Observo que es lo mismo que siempre: Thorolf sigue siendo el más amado.

ARNULFO

Es debido a que es el más joven y a que es igual que su madre.

SIGURD

Ahora, dime... Tu empresa con Gunnar... ¿Quieres todavía hoy...?

ARNULFO

Mejor hoy que mañana. Con una indemnización razonable estoy conforme. Pero si Gunnar se niega al acomodo, tendrá que atenerse a lo que sobrevenga.

*(Kore llega apresuradamente por la derecha: trae una gran zamarra de bayeta y un sombrero de fieltro ancho; en la mano tiene una vara rota.)*

KORE

Salud por el encuentro, guerreros.

ARNULFO

Encuentro con guerreros es más raro que la fortuna.

KORE

¡Oh vosotros, nobles gentes! ¡Prometedme vuestra protección! Las gentes de Gunnar me persiguen para matarme.

ARNULFO

¿Gunnar?

SIGURD

¿Has hecho algo malo contra él?

KORE

No he hecho más que defender mi derecho. Nosotros teníamos ganado en una isla cerca de la costa. Las gentes de Gunnar me robaron mis mejores bueyes, y uno de sus hombres me mató un criado. Entonces tomé mis armas y le tendí en el suelo.

ARNULFO

Tenías derecho para hacerlo.

KORE

Pues esta mañana salieron contra mí sus gentes. La suerte me protegió, pues alguien me advirtió a tiempo y pude escapar. Pero mi fortuna no durará mucho, pues mis enemigos me buscan.

SIGURD

Apenas si puedo creerte, labrador. Hubo un tiempo en que yo conocía a Gunnar tan bien como a mí mismo, y puedo asegurarte que nunca cometió una injusticia contra un hombre pacífico.

KORE

Gunnar no tiene la menor parte en todo el hecho; él está hacia el Sur. No. Hiordis, su mujer...

DAGNY

¿Hiordis?

ARNULFO

*(Murmurando.)* Sí, es muy posible.

KORE

Yo le ofrecí a Gunnar indemnización por el criado, y él parecía dispuesto a aceptarla. Pero en esto llegó Hiordis, azuzó a su esposo con palabras irónicas e impidió que nos acomodásemos. Después Gunnar se marchó hacia el Sur, y esta mañana...

SIGURD

*(Mirando hacia la derecha.)* Ahí parece que vienen gentes de hacia el Norte. ¿No será...?

KORE

*(Retrocediendo.)* Es el mismo Gunnar.

ARNULFO

Estáte tranquilo; espero que podré arreglaros.

*(Gunnar viene con algunos hombres de hacia la derecha, y ocupa el centro de la escena: viste traje de casa, jubón gris, capa azul y un sombrero ancho; como arma no trae más que un hacha pequeña.)*

GUNNAR

*(Al ver a los reunidos, queda un momento sorprendido y perplejo.)* ¡Arnulfo de Fjord! ¿No me engañan mis ojos?

ARNULFO

No te engañan. El mismo soy.

GUNNAR

*(Acercándose.)* Pues bien... Te doy la bienve-

nida en mis tierras, si es que vienes con intenciones pacíficas.

ARNULFO

Si tú quieres, no habrá querella alguna entre nosotros.

SIGURD

*(Acercándose.)* ¡Salud, Gunnar!

GUNNAR

*(Con alegría.)* ¡Sigurd, mi compañero de armas! *(Estrechando su mano.)* ¡Oh! Viniendo tú con él, ya sé que Arnulfo no viene como enemigo contra mí. *(A Arnulfo.)* ¡Dame tu mano, buen viejo! Lo que te conduce aquí al Norte no es difícil de averiguar: vienes por causa de Hiordis, tu pupila.

ARNULFO

Tú lo dices. Gran deshonra cayó sobre mí cuando tú marchaste con ella de Islandia sin solicitar mi permiso.

GUNNAR

Vienes con entera razón. Lo que hizo el mozo debe repararlo el hombre. Hace tiempo que te espero; y si una multa puede algo, pronto hemos de estar de acuerdo.

SIGURD

Tengo la misma opinión. Arnulfo se allanará a ello.

GUNNAR

*(Con calor.)* Eso debes hacer, buen viejo; y si quisieses tasarla en todo lo que vale, no bastará toda mi hacienda a pagarla.

ARNULFO

Procederé según ley y costumbre; de eso puedes estar seguro. Y ahora, a otra cosa. ¿Ves aquel hombre?

GUNNAR

¡Kore! ¿Sabes, pues, que ha habido desavenencia entre nosotros?

ARNULFO

Tus gentes le han robado el ganado, y por robo se paga multa.

GUNNAR

Por homicidio también. Me ha matado un criado.

KORE

*(Adelantándose.)* Porque me había ofendido.

GUNNAR

Ya he dicho que estaba dispuesto a un acomodo.

KORE

Pero esa no era la voluntad de Hiordis, y esta mañana, cuando tú estabas fuera, cayó sobre mí y me persigue para matarme.

GUNNAR

¿Es verdad lo que dices? ¿Mi mujer ha...?

KORE

Es verdad; palabra por palabra.

ARNULFO

Por eso me ha pedido protección el labrador, y puede estar seguro de ella.

GUNNAR

*(Después de cortas reflexiones.)* Tú has procedido honradamente conmigo; por eso será justo que yo me someta a tu voluntad. Óyeme, Kore: estoy dispuesto a perdonarte la muerte de mi criado por todos los daños que mís gentes te han ocasionado.

KORE

La condición me parece bien; la acepto. *(Alargando la mano a Gunnar.)*

ARNULFO

¿Y podrá contar con paz de tu parte y de la de los tuyos?

GUNNAR

Paz en su casa y dondequiera que vaya.

SIGURD

*(Señalando hacia la derecha.)* ¡Mirad lo que viene allí!

GUNNAR

*(Descontento.)* ¡Es Hiordis!

ARNULFO

¡Con hombres armados!

KORE

Viene buscándome a mí.

*(Hiordis entra por la derecha con una escolta de servidores: viste de negro y trae capa y capucha. Los criados vienen armados con espadas y hachas, y ella misma trae en la mano un venablo.)*

HIORDIS

*(Parándose a la entrada.)* ¡Parece que se ha reunido aquí mucha gente!

DAGNY

*(Yendo a su encuentro.)* ¡Salud y dicha, Hiordis!

HIORDIS

*(Fríamente, colocándose en el centro.)* Gracias. Ya había adivinado que no estaríais lejos. *(Acercándose y esparciendo la mirada por la concurrencia.)* Gunnar... y Kore, mi enemigo...; Arnulfo y sus hijos..., y... *(A la vista de Sigurd se estremece casi imperceptiblemente, pero en seguida se domina y dice)*: Bien; hay aquí reunida mucha gente a quien yo conozco...; pero no sé quiénes son los que me quieren bien.

ARNULFO

Te queremos todos bien.

HIORDIS

Si eso es verdad, no te negarás a entregar a Kore a mi marido.

ARNULFO

No es necesario.

GUNNAR

Hemos hecho las paces y estamos conformes.

HIORDIS

*(Con burla comprimida.)* ¿Conformes? ¡Ya, ya sé que eres un hombre prudente, Gunnar! Kore ha encontrado muchos amigos, y ya comprendo que lo más seguro te pareciese...

GUNNAR

No adelantas nada queriendo excitarme con palabras sarcásticas. *(Con decisión.)* ¡Kore no tiene nada que temer de nosotros!

HIORDIS

*(Dominándose.)* Bien está; si has hecho las paces con él, habrá que mantener la promesa.

GUNNAR

*(Severamente, pero sin dureza.)* ¡Eso debe ser, y eso será!

ARNULFO

Y todavía antes que tú vinieras se hizo aquí otro acomodo.

HIORDIS

*(Violentamente.)* ¿Entre Gunnar y tú?

ARNULFO

*(Asintiendo.)* Era a propósito de ti.

HIORDIS

Adivino de lo que se trata. Pero quiero que sepas una cosa: no se dirá que Gunnar se dejó atemorizar porque viniste con gente armada a buscarlo. Si hubieras venido tú solo, hubiese sido más fácil allanar las diferencias que hay entre nosotros.

GUNNAR

Arnulfo y sus hijos vienen con intenciones pacíficas.

HIORDIS

Es posible, pero las gentes dirán otra cosa. Y tú mismo, Gunnar, no creías tan firmemente en lo pacífico de sus intenciones, cuando ayer enviaste a nuestro hijo Egil hacia el Sur, porque oíste que Arnulfo había llegado con barcos de guerra al fjord.

SIGURD

*(A Gunnar.)* ¿Enviaste a tu hijo hacia el Sur?

HIORDIS

Para que estuviese en seguridad cuando Arnulfo cayese sobre nosotros.

ARNULFO

¡Con eso no debías de jugar, Hiordis! Lo que ha hecho Gunnar fué acción de un hombre prudente...; tú podías impedir la reconciliación.

HIORDIS

La vida depende de la fortuna. Venga lo que quiera, pero prefiero la muerte a salvar la vida por un acomodo cobarde.

DAGNY

Sigurd paga también multa, y nadie le tendrá por eso en poco.

HIORDIS

Sigurd sabe lo que a su propia honra conviene.

SIGURD

Eso no necesita decírmelo nadie.

HIORDIS

Sigurd es un héroe fuerte y famoso. Pero cuando Gunnar mató a los osos marinos delante de mi dormitorio, realizó una hazaña más gloriosa que las suyas.

GUNNAR

*(Mirando disimuladamente a Sigurd.)* Bien, bien. Mas deja eso.

ARNULFO

¡Verdad! Es la mayor hazaña que hombre alguno haya realizado en Islandia, y por eso justamente...

SIGURD

Por eso puede Gunnar darse a partido sin que nadie pueda llamarle cobarde.

HIORDIS

Sea. Pero si ha de pagarse multa, hay que pedirla también. ¡Gunnar, recuerda lo que me prometiste!

GUNNAR

Aquella promesa fué hecha sin reflexión. ¿Vas a exigir ahora que se mantenga?

HIORDIS

Habrá de mantenerse, si es que yo he de seguir viviendo bajo tu techo. Sábelo, pues, Arnulfo: si quieres multa por el robo de tu pupila, tendrás que pagarla también porque mataste a mi padre, Jokul, y te apropiaste de todo su haber.

GUNNAR

Jokul cayó a mis pies en duelo leal. Mucho más daño me hizo a mí tu familia cuando, sin que yo te conociese, te envió a Islandia para que velase por tu infancia.

HIORDIS

Honra y no daño te vino de poder educar a la hija de Jokul.

ARNULFO

No saqué más que pendencias de ello; yo te lo aseguro.

HIORDIS

Pues mayores te amenazan si no...

ARNULFO

No he venido aquí a disputar con mujeres. Gunnar, oye mi última palabra: ¿estás dispuesto a pagar voluntariamente multa por el rapto de tu mujer?

HIORDIS

*(A Gunnar.)* ¡Piensa en lo que prometes!

GUNNAR

*(A Arnulfo.)* Ya oyes. He hecho una promesa y tengo que...

ARNULFO

¡Basta! ¡Basta! ¡Nunca se dirá de mí que he pagado multa por una muerte leal!

HIORDIS

*(Con imperio.)* Entonces os retamos a ti y a los tuyos.

ARNULFO

*(Con cólera creciente.)* ¿Y quién tiene aquí derecho a pedir multa por la sangre de Jokul? ¿Dónde están sus parientes? ¡Ninguno de ellos vive! ¿Quién es el vengador legal?

HIORDIS

¡Lo es Gunnar en mi nombre!

ARNULFO

¡Gunnar! Sí; si te hubieras entregado a él con consentimiento de tu tutor, o si hubiera pagado multa por tu rapto, sería el vengador legítimo; pero...

DAGNY

*(Angustiada.)* ¡Padre! ¡Padre!

SIGURD

¡No sigas!

ARNULFO

*(Alzando la voz.)* ¡Sí; quiero decirlo bien alto! ¡Una mujer robada no tiene ningún esposo legítimo!

GUNNAR

*(Irritado.)* ¡Arnulfo!

HIORDIS

*(Con cólera salvaje.)* ¡Injuriada! ¡Provocada! *(Temblándole la voz.)* ¡Eso que has dicho has de sentirlo!

ARNULFO

*(Prosiguiendo.)* ¡Para la ley, una mujer raptada no es más que una concubina! ¡Si quieres recobrar tu honra, tendrás que...!

HIORDIS

*(Dominándose.)* No, Arnulfo; sé yo mejor lo que conviene en este caso. Sí, yo soy la concubina de Gunnar...; bien. Entonces tendrá él que recobrar su honra por una acción que..., por una acción tan grande que mi vergüenza se borre ante su valor. Y ahora ¡guárdate, Arnulfo! Aquí se separan nuestros caminos. Contra ti y contra los tuyos llevaré mis armas y contra todo el que... *(Arrojando a Kore una mirada airada.)*

¡Kore! Arnulfo ha tomado en sus manos tu negocio, y entre nosotros habrá paz. Pero no te aconsejo que vuelvas a casa tan pronto. El muerto tiene muchos amigos, y fácilmente podía acontecer que...; ya te he advertido del peligro; tente a las consecuencias. Ven, Gunnar, y preparémonos. Has realizado una gran hazaña en Islandia; pero una mayor tiene que acontecer aquí, para que tu... tu concubina no tenga que avergonzarse de ti y de sí misma.

GUNNAR

Sé razonable, Hiordis; tus ademanes descompuestos están fuera de lugar.

DAGNY

Quédate, hermana, quédate. Ya traeré a mi padre a razón.

HIORDIS

*(Sin oirla.)* ¡Ahora a casa! Nunca se me pronosticó que había de pasar mi vida como una concubina miserable; y si he de soportar esa vergüenza, aunque no sea más que algunos días, es preciso que mi esposo realice alguna hazaña que le haga más famoso que todos los demás hombres.

GUNNAR

*(En voz baja.)* Sigurd, tienes que prometerme que hablaremos antes de que abandones el país. *(Se va con sus gentes por la derecha.)*

*(Durante la escena anterior ha cesado el mal*

*tiempo; el sol de mediodía aparece en el confín del horizonte.)*

ARNULFO

*(Amenazando.)* ¡Tu conducta ha de costarte cara, pupila mía!

DAGNY

¡Padre! ¡Padre! ¡No pensarás nada malo!

ARNULFO

¡Déjame! Ahora, Sigurd, es necesario algo más que una multa de parte de Gunnar.

SIGURD

¿Qué quieres hacer?

ARNULFO

No lo sé todavía. Pero ha de llegar hasta bien lejos de aquí la nueva de que Arnulfo ha desembarcado en el fjord en busca de Gunnar.

SIGURD

*(Tranquilo y resuelto.)* Puede ser. Pero he de decirte una cosa, Arnulfo: mientras yo tenga vida no has de hacer armas contra él.

ARNULFO

¿No?... ¿Y si yo quiero?

SIGURD

No ocurrirá nada, aunque tú quieras.

ARNULFO

*(Irritado.)* Bien; pásate, si quieres, a mis con-

trarios. Tengo valor bastante para luchar con todos.

SIGURD

Óyeme, Arnulfo: no vendrá jamás el día que nos vea a nosotros dos uno contra otro. Hemos celebrado un acomodo honroso. Dagny me es más cara que armas y oro, y yo no he de olvidar nunca los lazos que contigo la unen.

ARNULFO

Eso es lo que yo esperaba de ti, valeroso Sigurd.

SIGURD

Pero Gunnar es mi hermano de armas. Recíprocamente nos hemos jurado fe y amistad. Hemos probado juntos la fortuna en la lucha y en los días de paz, y me es más caro que hombre alguno. A él no le gustan las expediciones guerreras, por muy valiente que por otra parte pueda ser. En cuanto a mí, todos me conocéis; ya sabéis que no me asusta lucha alguna. Y sin embargo, vengo a ti, Arnulfo, y te pido un acomodo con Gunnar. ¡Atiende mi ruego!

ARNULFO

No puedo hacerlo. Sería el objeto de la burla de todos los héroes si tornase a Islandia con las manos vacías.

SIGURD

Con las manos vacías no te irás de aquí. Aquí en la ensenada están mis galeras de guerra con

todo el botín que he ganado en mis expediciones. En ellas hay magníficos regalos de reyes, cajas de buenas armas y otras cosas preciosas. Coge uno de mis barcos; escoge el que te parezca mejor. Será tuyo con cuanto a bordo de él encuentres...; llévalo como multa por Hiordis, y deja a Gunnar tranquilo.

ARNULFO

Buen Sigurd, ¿eso harías tú por Gunnar?

SIGURD

Nadie puede hacer demasiado por un fiel amigo.

ARNULFO

¿Me darías la mitad de tu haber?

SIGURD

*(Con pasión.)* Tómalo todo. Coge los dos barcos; coge todo lo que puede pertenecerme y déjame ir contigo a Islandia como el más pobre de los hombres. Lo que ahora te doy puedo recobrarlo; pero si tú ejerces violencia con Gunnar, ya no podré ser dichoso. Y bien, Arnulfo, ¿qué tienes que oponer a esto?

ARNULFO

*(Reflexionando.)* Dos buenas galeras de guerra, armas y utensilios...; más bienes no los consigue nadie de seguro, pero... *(Violentamente.)* ¡No! ¡No! Hiordis me ha amenazado. ¡No quiero! ¡Deshonrado quedaría si aceptase lo que es tuyo!

SIGURD

Oye, pues, antes...

KORE

*(Acercándose.)* Consejo de amigo es el que Sigurd te da; pero si quieres seguir tu intención por el buen camino, yo puedo darte uno mejor. No cuentes con acomodo mientras Hiordis esté por medio; pero si atiendes lo que te digo, podrás tomar venganza.

ARNULFO

¿Venganza? ¿Qué es lo que me aconsejas?

SIGURD

De seguro algo malo.

DAGNY

*(A Arnulfo.)* No le hagas caso.

KORE

Hiordis ha decretado mi destierro y ha dicho que atentaría a traición contra mí. Si tú me prometes protección, iré esta noche a casa de Gunnar y la prenderé fuego. ¿Te parece bien eso?

SIGURD

¡Miserable!

ARNULFO

*(Tranquilamente.)* ¿Que si me parece bien? ¿Sabes tú, Kore, lo que me parecería bien? *(Con voz tonante.)* ¡Cortarte la nariz y las orejas, criado vil! ¡Qué poco conoces al viejo Arnulfo, si le

crees capaz de ser cómplice de una acción tan villana!

KORE

Si tú no sorprendes a Gunnar, te sorprenderá él a ti.

ARNULFO

Tengo armas y puños para defenderme.

SIGURD

*(A Kore.)* Y ahora ¡fuera de aquí! ¡El trato contigo deshonra!

KORE

*(Al marcharse.)* Bien, bien. Entonces, ya que nadie quiere protegerme me protegeré yo mismo. Y quiero advertiros una cosa. Habéis de arrepentiros de haberos marchado así; yo conozco a Hiordis... y sabré alcanzarla. *(Se marcha hacia el mar.)*

DAGNY

¡Va pensando en la venganza! Sigurd, hay que impedir eso.

ARNULFO

¡Oh, déjale hacer lo que le plazca! Hiordis no merece cosa mejor.

DAGNY

No es así como habla tu corazón. No olvides que la has tenido bajo tu techo.

ARNULFO

¡Maldita la hora en que llegó a mi casa! Ahora se cumple lo que Jokul dijo.

SIGURD

¿Jokul?

ARNULFO

Jokul, su padre. Cuando yo le di el golpe de muerte cayó en tierra tendido, clavó en mí su mirada y dijo: «La raza de Jokul procurará siempre el daño del matador de Jokul, y el que posea el tesoro de Jokul tendrá que estar en perpetua lucha por él.» Cuando hubo dicho esto, calló un rato, y sonreía... En seguida murió.

SIGURD

De eso no debes hacer caso.

ARNULFO

¡Quién puede saberlo! Hay una tradición que cuenta que Jokul dió a sus hijos un corazón de lobo para que lo comiesen y adquiriesen un ánimo torcido. Hiordis ha recibido de seguro una parte; se le ve en seguida. *(Se queda en suspenso al mirar hacia la derecha.)* ¡Gunnar! ¿Hemos de encontrarnos otra vez?

GUNNAR

Arnulfo, puedes pensar de mí lo que quieras; pero yo no puedo separarme de ti como enemigo.

ARNULFO

¿Con qué intenciones vienes?

GUNNAR

Con las de estrecharte la mano antes de que te vayas de aquí. ¡Oidme todos! Quiero que vengáis a mi casa y que permanezcáis allí como huéspedes todo el tiempo que os acomode. Habitaciones y comida no os han de faltar, y de nuestro asunto no trataremos ni hoy ni mañana.

SIGURD

¿Pero Hiordis...?

GUNNAR

Se somete a mi voluntad. En el camino cambió de parecer y piensa, como yo, que podríamos acomodarnos si quisieseis ser nuestros huéspedes.

DAGNY

Sí, sí; eso debe ser.

SIGURD

*(Vacilante.)* Yo no sé si debo...

DAGNY

Gunnar es tu hermano de armas. ¡Te conocería yo mal si te negases!

GUNNAR

*(A Sigurd.)* Me has probado en todos los momentos tu amistad. ¡No vas a contrariarme esta vez!

DAGNY

¡Abandonar el país cuando Hiordis queda llena de odio hacia nosotros!... No, no; eso no puede ser.

GUNNAR

Me he portado muy injustamente con Arnulfo. Hasta que no lo remedie no tendré paz conmigo mismo.

SIGURD

*(Excitado.)* Haré lo que quieras por ti, pero aquí no puedo quedarme. *(Dominándose.)* Soy vasallo del rey Adelsthan y tengo que ir con él este invierno a Inglaterra.

DAGNY

Eso puedes hacerlo lo mismo.

GUNNAR

Nadie sabe lo que puede pasar. Es posible que sea esta la última vez que nos encontremos, y entonces te arrepentirás de no haberme ayudado cuando podías hacerlo.

DAGNY

Tardarás mucho tiempo en verme alegre si te das hoy a la vela.

SIGURD

*(Resuelto.)* ¡Sea, pues! Ocurrirá lo que vosotros queréis, aun cuando... Pero estoy decidido. Toma

mi mano en prenda. Permaneceré aquí y seré tu huésped y el de Hiordis.

GUNNAR

*(Estrechando su mano.)* Gracias, Sigurd; ya lo sabía yo. ¿Y tú, Arnulfo, piensas como él?

ARNULFO

Ya lo pensaré... Hiordis me ha ofendido demasiado... Por hoy no quiero decidirme.

GUNNAR

Bien, viejo guerrero. Sigurd y Dagny aplacarán tu cólera. Yo voy a preparar el banquete. Entretanto sed bien venidos a mi casa. *(Se va por la derecha.)*

SIGURD

*(Aparte.)* Dice que Hiordis ha cambiado de opinión. Es que la conoce poco. Más bien creo que con eso piensa... *(Se interrumpe y dice a sus hombres):* Ahora seguidme todos a las galeras. Quiero escoger ricos dones para Gunnar y su gente.

DAGNY

Dones de lo mejor que tengamos. Y tú, padre mío..., no te he de dejar tranquilo hasta que te sometas. *(Se va con Sigurd hacia el mar, al fondo, y desaparece.)*

ARNULFO

¡Someterme! ¡Si Gunnar no tuviese mujeres en casa!... ¡Si supiese cómo acercarme a ella!

*(Thorolf viene apresuradamente por la derecha, de hacia el mar.)*

ARNULFO

¿Eres tú, Thorolf?

THOROLF

Ya lo ves. ¿Es verdad lo que se dice? ¿Que te has encontrado con Gunnar?

ARNULFO

Sí.

THOROLF

¿Y has disputado con él?

ARNULFO

¡Hum!... Por lo menos con Hiordis.

THOROLF

Pues consuélate, porque vas a ser vengado.

ARNULFO

¿Vengado? ¿Quién va a vengarme?

THOROLF

Escucha. Estaba yo en el barco y llega corriendo un hombre que traía un palo en la mano, el cual grita: «Si eres de las gentes de Arnulfo salúdale de parte del campesino Kore, y dile que

yo me encargo de tomar venganza por los dos.» Dicho esto, subió a un bote y se alejó diciendo: «En la bahía encontraré a veinte desterrados; unido a ellos iré hacia el Sur, y cuando llegue la noche habrá perdido Hiordis a su hijo.»

ARNULFO

¿Eso dijo? ¡Ah, ya comprendo! Gunnar ha enviado afuera a su hijo, y Kore, por enemistad con él...

THOROLF

Rema hasta allá y mata al niño.

ARNULFO

¡Todos tras él! ¡Veremos a ver si cogo su presa!

THOROLF

¿Qué pretendes?

ARNULFO

Déjame hacer. Yo seré, y no Kore, quien se encargue de la venganza.

THOROLF

Yo te acompaño.

ARNULFO

No. Tú acompañarás a Sigurd y a tu hermana a casa de Gunnar.

THOROLF

¿Sigurd? ¿Está también él aquí?

ARNULFO

*(Señalando hacia el mar.)* Allí están sus galeras de guerra. Hemos hecho las paces; tú irás con él.

THOROLF

¿A casa de tus enemigos?

ARNULFO

Vete y calla. ¡Ahora sabrá Hiordis quién es el viejo Arnulfo! Pero no digas a nadie lo que pretendo hacer. ¿Entiendes? ¡A nadie!

THOROLF

Te lo prometo.

ARNULFO

*(Estrecha su mano y le mira amorosamente.)* ¡Adiós, valiente hijo mío! Compórtate bien, de modo que me hagas honor. No has de hablar nunca en vano, pero lo que digas haz que sea cortante como el filo de una espada. Mientras te traten bien sé amable; mas en cuanto se te moleste, no calles. No bebas más de lo que puedas soportar. Pero no rechaces la copa mientras se te ofrezca con medida, para que no te tomen por afeminado.

THOROLF

No tengas cuidado. Estáte tranquilo por mí.

ARNULFO

Bien. Ahora vete a casa de Gunnar. Yo apareceré también más tarde en el convite, pero muy

de otra manera de como se me espera *(A los demás.)* Y ahora vosotros, lobeznos, ¡adelante! Afilad vuestros dientes.... Vais a tener sangre que beber. *(Se va con los hijos mayores por el fondo derecha.)*

*(Sigurd y Dagny vienen de hacia la playa vestidos con magníficos trajes; tras ellos vienen dos hombres que dejan una caja y luego se van.)*

THOROLF

*(Siguiendo con la vista a su padre.)* Ahora se van todos a luchar y yo no puedo seguirlos. Es duro ser el último de su casta. *(Volviéndose.)* ¡Dagny! ¡Salud, hermana mía!

DAGNY

¡Thorolf! ¡Espíritus buenos..., qué mozo te has hecho!

THOROLF

Claro; en cinco años creo que no tiene nada de particular.

DAGNY

Sí, sí; tienes razón.

SIGURD

*(Alargándole la mano.)* Si no engañan todas las señas, en ti tendrá tu padre un mozo valiente.

THOROLF

Si él quisiera ponerme a prueba ya vería...

DAGNY

*(Sonriendo.)* Pero te mima más de lo que tú desearías. Te quiere demasiado.

SIGURD

¿Dónde ha ido?

THOROLF

*(Señalando hacia la derecha.)* Hacia al barco. Pero vamos andando nosotros; él vendrá luego.

SIGURD

Yo tengo que esperar a que mis gentes traigan las cosas y aseguren los barcos.

THOROLF

Voy a ayudarlos. *(Se va hacia la playa.)*

SIGURD

*(Tras una breve pausa.)* Dagny, mujer mía, ahora estamos solos. Voy a decirte una cosa que ya no puedo callar por más tiempo.

DAGNY

*(Asombrada.)* ¿Qué quieres decir?

SIGURD

Esta visita a casa de Gunnar puede ser peligrosa.

DAGNY

¿Peligrosa? ¿Piensas tú que Gunnar...?

SIGURD

Gunnar es noble y valeroso. No, no...; pero mucho mejor hubiese sido que yo hubiera marchado de aquí sin ser su huésped.

DAGNY

Me das miedo, Sigurd. ¿Qué es eso?

SIGURD

Antes contéstame a una pregunta. ¿Dónde está la pulsera de oro que te di?

DAGNY

*(Mostrándola.)* Aquí en el brazo. Me pediste que la llevara.

SIGURD

Arrójala en el abismo más profundo del mar. Tan profundo que jamás pueda nadie hallarla. ¡Porque podría ser la causa de la muerte de muchos valientes!

DAGNY

¿La pulsera de oro?

SIGURD

*(Conteniendo la voz.)* En aquella noche en que aconteció en casa de tu padre el robo de las mujeres... Te acordarás todavía...

DAGNY

¡Que si me acuerdo!

SIGURD

De eso quiero hablarte.

DAGNY

*(Con vivo interés.)* ¿Qué es ello? Habla.

SIGURD

Como recordarás, había habido un banquete. Tú te fuiste pronto a tu alcoba, pero Hiordis siguió bebiendo con los hombres. La copa circulaba con profusión y los ánimos estaban muy alegres. Yo juré llevarme conmigo, al marchar, una doncella de Islandia; Gunnar hizo el mismo juramento que yo y ofreció el cuerno a Hiordis. Tomólo ella, púsose en pie y juró que sólo sería la mujer del héroe que entrase en su alcoba, matando primero al oso blanco que tenía encadenado a la entrada y luego la llevase en sus brazos.

DAGNY

Todo eso ya lo sé.

SIGURD

Todos creyeron que la empresa era irrealizable, pues el oso era la más feroz bestia concebible. Nadie podía acercársele más que Hiordis, y era tan fuerte como veinte hombres.

DAGNY

Pero a pesar de todo Gunnar lo mató y se hizo famoso en todo el país.

SIGURD

*(Con voz contenida.)* Eso es verdad...; pero... quien realizó la hazaña fuí yo.

DAGNY

*(Dando un grito de asombro.)* ¿Tú?

SIGURD

Cuando los demás hubieron abandonado el festín, me pidió Gunnar que le acompañase a su alcoba. Allí me dijo: «Amo a Hiordis más que a mujer alguna; sin ella no puedo vivir.» Yo le contesté: «Pues vete a su alcoba; ya sabes sus condiciones.» Pero él replicó: «El hombre que ama estima en mucho la vida. El resultado de una lucha con el oso sería incierto, y yo temo perder la vida, ahora que con la vida pierdo a Hiordis.» Hablamos largo tiempo, y el resultado fué que Gunnar se fué a preparar su barco para zarpar. Entretanto yo desnudé mi espada, me puse los vestidos de Gunnar y marché hasta la alcoba de Hiordis.

DAGNY

*(Con orgullosa alegría.)* ¿Y tú..., tú mataste al oso?

SIGURD

Yo lo hice. En la pieza estaba obscuro como boca de lobo. Hiordis creía que era Gunnar quien estaba a su lado...; estaba excitada con la bebida... Entonces se quitó una pulsera de oro del brazo y me la dió... y ésa es la que tú llevas.

DAGNY

*(Inquieta.)* ¿Y pasaste toda la noche en la alcoba de Hiordis?

SIGURD

Entre los dos estaba mi espada desnuda. *(Pausa corta.)* Antes que el día luciese conduje a Hiordis al barco de Gunnar. Ella no notó nada y se hicieron juntos a la vela. Después fuí a tu alcoba y te encontré en medio de tus mujeres. Lo que luego aconteció lo sabes muy bien. Como había prometido, yo abandoné Islandia con una hermosa doncella, y desde entonces me has seguido adondequiera que mi rumbo me llevó.

DAGNY

*(Conmovida.)* ¡Bravo, esposo mío! ¿Tuya fué aquella hazaña? ¡Oh, debí habérmelo figurado! ¡Nadie era capaz de hacerlo más que tú! ¡Hubieras podido alcanzar a Hiordis, esa orgullosa y magnífica mujer, y, sin embargo, me escogiste a mí! ¡Diez veces más amado me serías de hoy en adelante si no me fueras ya lo más caro del mundo!

SIGURD

Dagny, fiel esposa mía, ahora sabes todo... lo que necesitas saber. Era preciso que te advirtiese, pues aquella pulsera... ¡Que no la vean nunca los ojos de Hiordis! Si quieres complacerme, arrójala a lo más hondo del mar.

DAGNY

No, Sigurd. Para eso me es demasiado cara. ¡Es un regalo tuyo! Pero estáte tranquilo; la esconderé a todas las miradas y nunca diré a nadie lo que tú hoy me has confiado.

*(Thorolf viene con las gentes de Sigurd, de hacia el barco.)*

THOROLF

Todo está ya dispuesto para la marcha hacia la casa de Gunnar.

DAGNY

Vamos, pues, Sigurd... ¡Tú, héroe noble y fuerte!

SIGURD

¡Silencio, Dagny, silencio! En tus manos está ahora si la visita ha de terminar en paz o en guerra. *(A los demás.)* ¡En marcha todos! Vamos al convite de Gunnar. *(Se va con Dagny por la derecha; los demás le siguen.)*

# ACTO SEGUNDO

Sala de festín en casa de Gunnar. La puerta de entrada está al centro, en el fondo. A la derecha y a la izquierda, puertas más pequeñas. En el primer término a la derecha, el asiento de honor principal, y a la derecha enfrente de él, el otro. En el centro de la habitación arde una hoguera sobre un hogar de piedra. En el fondo, a ambos lados de la puerta, tribunas para las mujeres de la casa. Partiendo de los dos asientos de honor y a lo largo de las paredes van dos mesas con bancos a ambos lados. Afuera está obscuro. La hoguera encendida ilumina la sala.

HIORDIS y DAGNY entran por la derecha.

DAGNY

No te entiendo, Hiordis. Me has enseñado toda tu casa, y yo no sé lo que puedes echar de menos: cuanto hay en ella es hermoso y magnífico. ¿De qué te quejas todavía?

HIORDIS

Si encierras un águila en una jaula, morderá siempre los barrotes, sin importarle que sean de hierro o de oro.

DAGNY

En una cosa eres más rica que yo: tienes a Egil, tu niño.

HIORDIS

Mejor sería no tener hijo, que tener uno que ha nacido en la deshonra.

DAGNY

¿En la deshonra?

HIORDIS

¿Has olvidado ya lo que tu padre dijo? Egil es un bastardo. Esas fueron sus palabras.

DAGNY

Palabras dichas en un momento de cólera... ¿Por qué les das importancia?

HIORDIS

No. Tenía razón Arnulfo. Egil es débil; se lo nota que no ha nacido con honra.

DAGNY

Hiordis, ¿cómo te atreves...?

HIORDIS

*(Sin oirla.)* Así puede obrar en la sangre la vergüenza, como el veneno de una mordedura de serpiente; ¡qué de otra casta son los hijos de héroes nacidos con honor! El otro día oí hablar de una reina que cosía a su hijo el jubón a la piel sin que el niño pestañease. *(Con expresión de crueldad.)* ¡Dagny!, eso mismo he de hacer yo con Egil.

DAGNY

*(Indignada.)* ¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS

*(Riéndose.)* ¡Ja, ja, ja! ¿Creías que hablaba en serio? *(Cambiando de tono.)* Pero, créasme o no, a veces siento un deseo irresistible de hacer cosas semejantes. Quizás sea que lo llevo en la sangre, pues se dice que desciendo de la casta de los gigantes. Y ahora siéntate, Dagny. En estos cinco años has corrido mucho mundo. Dime, ¿has estado muchas veces en la corte de los reyes?

DAGNY

¡Claro! Principalmente en la corte de Adelsthan de Inglaterra.

HIORDIS

¿Y te honraban en todas partes y te daban el puesto de honor en las mesas?

DAGNY

¿Cómo puedes dudarlo? Como esposa de Sigurd...

HIORDIS

Sí, ciertamente; Sigurd es un hombre famoso..., aunque Gunnar esté todavía más alto que él.

DAGNY

¿Gunnar?

HIORDIS

Gunnar realizó una hazaña a la que no se atrevió Sigurd; bien; dejemos eso. Pero dime una cosa: cuando Sigurd iba en sus expediciones guerreras y tú estabas con él...; entonces, cuando las espadas se cruzan con ímpetu loco, cuando la roja sangre hirviente corre por la cubierta del barco..., ¿no sientes un ansia irresistible de luchar tú también con los hombres? ¿No te vistes una armadura y coges las armas?

DAGNY

¡Nunca! ¿Pero cómo puedes pensar...? ¡Yo!... ¡Una mujer!...

HIORDIS

¡Una mujer, una mujer! ¡Nadie sabe de lo que una mujer es capaz!... Pero quiero preguntarte otra cosa..., pues esto lo sabes de seguro: cuando un hombre abraza a la mujer a quien ama..., ¿es verdad que ella siente que su sangre arde y que su corazón palpita con violencia..., que sus sentidos se desvanecen en un vértigo delicioso?

DAGNY

*(Enrojeciendo.)* ¡Hiordis! ¿Cómo puedes...?

HIORDIS

¡Pero contéstame!...

DAGNY

Supongo que tú misma lo habrás sentido.

HIORDIS

Sí, una vez, una vez única. Fué en la noche que Gunnar pasó en mi alcoba: me estrechó contra su pecho con tal violencia... y entonces..., entonces...

DAGNY

*(Con un grito.)* ¡Cómo! ¡Sigurd...!

HIORDIS

¡Sigurd! ¿Quién habla de Sigurd? Yo hablaba de Gunnar...; aquella noche, allá abajo..., en que nos robaron...

DAGNY

*(Dominándose.)* Sí, sí...; ya me acuerdo..., ya sé...

HIORDIS

Esa fué la única vez. ¡Y nunca más! Me parecía como si estuviese bajo un encanto... ¡Que Gunnar pudiese abrazar a una mujer de ese modo!... *(Se detiene y mira a Dagny.)* ¿Te pones mala? Estás tan pronto pálida, tan pronto roja.

DAGNY

¡No, no; te equivocas!

HIORDIS

*(Sin escucharla.)* Yo hubiera debido salir afuera a la guerra marítima sangrienta y animada. Hubiera sido lo mejor para mí... y acaso para todos nosotros. ¡Esa sería una vida agitada y va-

riada! ¿No te asombras, Dagny, de hallarme aquí viva? ¿No temes estar sola conmigo ahora que comienza la obscuridad? ¿No se te ocurre la idea de que yo hace mucho, mucho tiempo, estoy muerta y de que lo que tienes ante tus ojos no es más que un espectro?

DAGNY

*(Que comienza a inquietarse.)* ¡Ven..., ven; vámonos... a buscar a los demás!

HIORDIS

*(Cogiéndola por el brazo.)* ¡No, quédate! ¿Puedes tú comprender que viva aún una persona que ha permanecido aquí cinco noches?

DAGNY

¿Cinco noches?

HIORDIS

Aquí en el Norte cada invierno es una inmensa noche. *(Cambiando de pronto el tono.)* Por lo demás, esto es muy hermoso. Te he de mostrar cosas que no has visto nunca ni en la corte del rey de Inglaterra. Quiero que seamos como hermanas mientras seas mi huésped. Bajaremos a la orilla del mar cuando la tormenta ruge y las olas con su melena de espuma vienen con ímpetu salvaje hacia la tierra... ¡Y luego allá afuera las olas gigantescas! ¡Parecen luchar entre sí como guerreros con aceros y armaduras! ¡Ah, qué placer cabalgar como bruja sobre el lomo

de las olas, conjurar las tormentas y atraer con cantos de sirena a los hombres a lo profundo del mar!

DAGNY

¿Cómo puedes hablar de ese modo, Hiordis?

HIORDIS

Dagny, ¿sabes cantar canciones de encantamiento?

DAGNY

*(Con repugnancia.)* ¡Yo!

HIORDIS

Yo creo que sí. Si no, ¿cómo hubieras podido seducir a Sigurd?

DAGNY

¡No, no puedo oir más lo que dices; déjame marchar!

HIORDIS

*(Deteniéndola.)* ¿Porque bromeo? No; sigue escuchándome. Figúrate, Dagny, estar sentada a la noche aquí a la ventana y oir cómo allá abajo en las cabañas de los pescadores los espectros aúllan y se lamentan, y ver cómo desfila el cortejo de los muertos..., pues por aquí, por el Norte tienen que pasar. Allá van los osados guerreros, las mujeres fuertes que no pasaron su vida como tú y como yo, inactivas. ¡Montadas en negros caballos vuelan por los aires a través de vientos y

tempestades; haciendo sonar con estrépito las campanillas al cruzar! *(Abraza a Dagny y la aprieta con salvaje violencia contra sí.)* ¡Ah! ¡Qué hermoso sería hacer sobre un corcel tan magnífico la última cabalgada!

DAGNY

*(Soltándose.)* ¡Hiordis! ¡Hiordis! ¡Déjame! ¡No quiero oirte más!

HIORDIS

*(Riéndose.)* Blanda y fácil de asustar eres tú.

*(Gunnar entra con Sigurd y Thorolf por la puerta del fondo.)*

GUNNAR

Ahora me siento yo, en verdad, todo lo feliz que puede un hombre ser. Te he vuelto a encontrar a ti, Sigurd, mi valiente hermano, tan fiel como siempre a nuestra vieja amistad. El hijo de Arnulfo está aquí bajo mi techo, y él, el anciano, vendrá también pronto. ¿No es así?

THOROLF

Así lo ha prometido.

GUNNAR

Sólo me falta mi Egil.

THOROLF

Parece que te es muy caro; lo recuerdas muy a menudo.

GUNNAR

Me es muy caro, sí. Es mi hijo único y ha de ser hermoso y bueno.

HIORDIS

Pero no será nunca un guerrero.

GUNNAR

¿Cómo puedes decir eso?

SIGURD

¡Lástima que lo hubieses dejado marchar!

GUNNAR

¡Ojalá no lo hubiese hecho! *(A media voz.)* Pero ya lo sabes, Sigurd: se obra a veces irracionalmente cuando se ama a un ser sobre todo. *(En alta voz.)* Éramos poca gente aquí en casa y ninguno de nosotros podía estar seguro de su vida cuando oímos que Arnulfo con sus galeras estaba en la bahía.

HIORDIS

Yo sé de una cosa que debe salvarse ante todo; sólo después puede pensarse en la vida.

THOROLF

¿Y esa cosa sería...?

HIORDIS

La fama y la reputación ante las gentes.

GUNNAR

¡Hiordis!

SIGURD

Nadie podrá decir de Gunnar que ha desmerecido en su honra por este hecho.

GUNNAR

*(Con severidad.)* No has de conseguir excitarme contra la familia de Arnulfo.

HIORDIS

*(Sonriendo.)* ¡Ja, ja! Dime, Sigurd, ¿tu barco puede navegar con todos los vientos?

SIGURD

Para eso no hay más que dirigirlo hábilmente.

HIORDIS

Pues yo he de dirigir también con habilidad mi barco, y así llegará a su destino. *(Se va hacia el fondo.)*

DAGNY

*(En voz baja, inquieta.)* ¡Sigurd, vayámonos... esta noche misma!

SIGURD

Ahora es ya tarde. Y tú misma querías...

DAGNY

Entonces me era aún Hiordis cara. Pero aho-

ra... ¡Le he oído cosas en las que no puedo pensar sin espanto!

*(Por la puerta del fondo entran los hombres de Sigurd y otros huéspedes, hombres, mujeres, criados y criadas.)*

GUNNAR

*(Después de una corta pausa, empleada en mutuos saludos.)* Vamos ahora a beber. Mi huésped principal, Arnulfo de Fjord, vendrá más tarde; Thorolf me lo ha prometido.

HIORDIS

*(A los servidores.)* Escanciad cerveza y aguamiel. Eso desatará las lenguas y alegrará los ánimos.

*(Gunnar conduce a Sigurd al asiento de honor de la derecha. Dagny se sienta a la derecha de su marido. Hiordis enfrente, al otro lado de la misma mesa. A Thorolf se le señala del mismo modo un asiento en otra mesa. Gunnar se sienta frente al gran asiento de honor. Los demás toman asiento hacia el fondo.)*

HIORDIS

*(Después de una pausa corta, durante la cual se bebe y se habla en voz baja.)* Raras veces acontece que se reunan en una mesa tantos hombres valientes, como ocurre hoy en esta sala. Por eso estaría bien, siguiendo el antiguo uso, que cada cual contase sus hazañas, para que en vista de

ellas pudiera decidirse quién era el más valiente de todos.

GUNNAR

Esa costumbre es imprudente; de ella se originan a menudo pendencias.

HIORDIS

No sabía yo que Gunnar fuera miedoso.

SIGURD

Ni lo cree nadie. Pero si cada uno de nosotros quisiese relatar sus hazañas, tarde terminaríamos. Mejor será que nos cuentes, Gunnar, de tu viaje a Bjarmeland. Llegar tan arriba es una notable hazaña, y con gusto oiríamos tu relación.

HIORDIS

El viaje a Bjarmeland es empresa de marinero y no hazaña propia para mentarla en presencia de héroes. No. Comienza tú, Sigurd. Si no quieres que crea que no oyes con gusto alabanzas de mi esposo, habla. Di cuál de tus hazañas es para ti la mayor.

SIGURD

Si me obligas a ello, sea. Cuando una vez en mis expediciones me encontraba en Orknö, se aparecieron los enemigos ante nosotros; salimos a su encuentro abandonando los barcos, y yo solo luché contra ocho hombres.

HIORDIS

Buena fué la hazaña. ¿Pero ibas armado?

SIGURD

Armado por completo: con hacha, lanza y escudo.

HIORDIS

A pesar de eso la hazaña fué grande. Ahora te toca a ti, esposo mío, declarar cuál de tus hazañas te parece la más gloriosa.

GUNNAR

*(Con poco gusto.)* Una vez maté a dos piratas que habían robado un barco mercante. A continuación envié a sus casas a los marineros prisioneros, y les devolví el barco sin exigirles rescate alguno. Al rey de Inglaterra le agradó mucho mi acción: declaró que había obrado con honor, y me dió por ello las gracias y cuantiosos regalos.

HIORDIS

Yo creo, Gunnar, que hubieses podido aducir una hazaña mucho mayor.

GUNNAR

*(Violento.)* No me alabo de hazaña otra alguna. Desde que hice la última expedición a las costas de Islandia, he vivido aquí en paz, dedicado a la navegación. Y ahora, no se hable más de eso.

HIORDIS

Si tú mismo no quieres hablar de tus hechos gloriosos, lo hará por ti tu mujer.

GUNNAR

¡Hiordis, calla! ¡Te lo ordeno!

HIORDIS

Sigurd luchó él solo contra ocho hombres, armado de todas armas. Y Gunnar fué a mi dormitorio en medio de las tinieblas de la noche, mató al oso, que era tan fuerte como veinte hombres, y todo esto sin llevar más que una espada corta en la mano.

GUNNAR

*(Enérgicamente.)* ¡Mujer, ni una palabra más!

DAGNY

*(En voz baja.)* Sigurd..., no tolerarás...

SIGURD

*(En el mismo tono.)* Estáte tranquila.

HIORDIS

*(A los demás.)* Y ahora vosotros, valientes, decid: ¿quién es más valeroso, Sigurd o Gunnar?

GUNNAR

¡Calla!

HIORDIS

*(Levantando la voz.)* ¡Hablad! Tengo derecho a pedirlo.

UN ANCIANO

Si hemos de decir la verdad, la hazaña de Gunnar es la más grande que jamás hombre alguno haya realizado. Gunnar es el héroe más valeroso; tras él viene Sigurd.

GUNNAR

¡Oh Sigurd, Sigurd! ¡Si tú supieses!

DAGNY

*(En voz baja.)* Esto es demasiado, aun por un amigo.

SIGURD

*(En voz baja.)* ¡Calla, esposa mía! *(Alto, a los demás.)* Sin duda es Gunnar el más glorioso de todos los hombres. Y en tal concepto habría de tenerle hasta el último día de mi vida aunque no hubiera realizado aquella hazaña, pues ésta no la tengo yo en tanto como vosotros.

HIORDIS

La envidia te hace hablar así, Sigurd el Wiking.

SIGURD

*(Sonriéndose.)* Te equivocas en eso, mujer. *(Amistosamente a Gunnar, al mismo tiempo que bebe una copa.)* Salud, noble Gunnar. Nuestra amistad ha de permanecer firme aunque alguien intente destruirla.

HIORDIS

Que yo sepa, no lo intenta nadie.

SIGURD

No digas eso. Casi me siento inclinado a creer que no nos has invitado para otra cosa que para sembrar enemistades entre nosotros.

HIORDIS

Eso se te figurará a ti, Sigurd. Ahora estás colérico porque no puedes pasar aquí como el primero.

SIGURD

Siempre he tenido a Gunnar por más alto que yo mismo.

HIORDIS

Sí, es verdad... El puesto detrás de Gunnar no es malo. *(Con una ojeada a Thorolf.)* Y si estuviese aquí Arnulfo, hubiera ocupado el tercer puesto.

THOROLF

Entonces tu padre Jokul hubiera tenido que colocarse muy lejos, pues tuvo que ceder ante Arnulfo.

*(El cruce de palabras que sigue va adquiriendo una violencia creciente, pero cada vez más contenida.)*

HIORDIS

¿Cómo te atreves a hablar así? Arnulfo es un escalda. Y es fama en todo el país que se alaba de hazañas más grandes que las que realmente realizó.

THOROLF

¡Ay del que dijere eso tan alto que llegase a mis oídos!

HIORDIS

*(Con sonrisa de reto.)* ¿Pretenderías tú tomar venganza?

THOROLF

Cierto. Y tal, que en todo el país se hablase de ella.

HIORDIS

Entonces quiero vaciar mi cuerno para que te salga un poco de pelo en la cara.

THOROLF

Para pelear con mujeres basta un mozo lampiño.

HIORDIS

Pero es muy tierno para luchar con hombres. Por eso te dejaba tu padre allá en Islandia al arrimo del fuego mientras tus hermanos se marchaban a combatir.

THOROLF

¡Lástima ha sido que no te guardase a ti del mismo modo! Así no hubieras desaparecido de casa como mujer raptada.

GUNNAR Y SIGURD

¡Thorolf!

DAGNY

*(Al mismo tiempo.)* ¡Hermano mío!

HIORDIS

*(En voz baja y temblando de cólera.)* ¡Ah, espera..., espera un poco!

THOROLF

*(Alargando la mano a Gunnar.)* No te incomodes conmigo, Gunnar; es verdad que he pronunciado palabras ofensivas, pero es que tu esposa me ha excitado.

DAGNY

*(En voz baja y suplicante.)* ¡Hermana mía! Si alguna vez te he sido cara, no promuevas aquí ninguna disputa.

HIORDIS

*(Sonriendo.)* En el convite son necesarias las bromas, si ha de reinar la alegría.

GUNNAR

*(Que ha estado hablando en voz baja con Thorolf.)* ¡Eres un mozo valiente! *(Le da una espada que colgaba al lado del asiento de honor.)* Aquí tienes un buen regalo. Úsala bien, y deja que seamos amigos.

HIORDIS

Gunnar, no debías regalar tus propias armas. Si no, van a decir que te separas de cosas de que ya no haces uso.

THOROLF

*(Que ha estado entretanto examinando la espada.)* Gracias por el regalo, Gunnar; no la sacaré jamás en combate deshonroso.

HIORDIS

Si quieres cumplir tu promesa, no se la prestes nunca a tus hermanos.

GUNNAR

¡Hiordis!

HIORDIS

*(Continuando en el mismo tono.)* Ni la cuelgues en la casa de tu padre; porque si no, estaría entre armas de hombres sin honra.

THOROLF

Eso es más que verdad, Hiordis. El escudo y el hacha de tu padre están allí colgados desde hace muchos años.

HIORDIS

*(Dominándose.)* Que Arnulfo mató a mi padre.... De esa hazaña hablas sin cesar. Y sin embargo, según un rumor, el hecho no fué tan glorioso como tú dices.

THOROLF

¿De qué rumor hablas?

HIORDIS

*(Sonriendo.)* No me atrevo a declararlo. Te encolerizarías.

THOROLF

Pues entonces, calla; eso será mejor. *(Volviéndose hacia otro lado.)*

HIORDIS

Bien; habrá que decirlo. ¿Es verdad, Thorolf, que tu padre estuvo sentado, vestido de mujer, durante tres noches ante la cubeta mágica, y que tomó un filtro encantado antes de atreverse a acudir al duelo con Jokul?

*(Toda la concurrencia se pone en pie; gran sensación.)*

GUNNAR, SIGURD Y DAGNY

¡Hiordis!

THOROLF

*(Profundamente indignado.)* Tan miserable calumnia contra Arnulfo de Fjord no la has oído nunca. Tú misma la has inventado, pues sólo quien esté como tú, llena de veneno, puede inventar una cosa tan inaudita. La acción más vil que puede cometer un hombre se la has atribuído tú a mi padre. *(Arroja la espada.)* Gunnar, ahí te devuelvo tu regalo. Yo no puedo llevar nada de la casa donde se ha insultado a mi padre.

GUNNAR

¡Thorolf, calla de una vez!

THOROLF

¡Déjame que me vaya! Pero tened cuidado vos-

otros dos, tú y Hiordis, pues a estas horas está en poder de mi padre lo más caro que poseéis.

HIORDIS

*(Espantada.)* ¿Tu padre ha...?

GUNNAR

*(Grita.)* ¿Qué dices?

SIGURD

*(Inquieto.)* ¿Dónde está Arnulfo?

THOROLF

*(Sonriendo sarcásticamente.)* Navega hacia el Sur con mis hermanos.

HIORDIS

¡Gunnar! ¡Arnulfo ha matado a nuestro Egil!

GUNNAR

¡Egil! ¡Egil muerto! ¡Ay, si es verdad, de Arnulfo y toda su casta! Thorolf, habla. ¿Eso es verdad?

SIGURD

¡Gunnar, Gunnar!. . Escúchame.

GUNNAR

Habla si estimas tu vida.

THOROLF

¡No creas que vas a espantarme! Aguarda hasta que vuelva mi padre. Volverá a tu casa como enemigo. Y tú, Hiordis, piensa en las palabras

que hoy llegaron a mis oídos. Cuando llegue la noche, habrán dejado Gunnar y Hiordis de tener hijo. *(Sale apresuradamente por la puerta del fondo.)*

GUNNAR

*(Con el dolor más profundo.)* ¡Muerto!... ¡Muerto! ¡Mi pobre Egil muerto!

HIORDIS

*(Con salvaje ímpetu.)* ¡Y tú..., tú dejas que el otro se vaya! ¡Dejas sin venganza a nuestro hijo! ¡Todos tendrán derecho a llamarte cobarde si no...!

GUNNAR

*(Fuera de sí.)* ¡Una espada! ¡Un hacha! Esta ha sido su última embajada. *(Le arranca a uno de los concurrentes el hacha, y se precipita por la puerta del fondo.)*

SIGURD

*(Intentando seguirle.)* ¡Gunnar, ten calma!

HIORDIS

*(Deteniéndole.)* ¡Quédate, quédate! Los hombres los separarán; conozco a Gunnar.

*(De entre la multitud que se ha agolpado en la puerta del fondo sale un grito.)*

SIGURD Y DAGNY

¿Qué es eso?

UNA VOZ DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE

¡Thorolf ha caído!

SIGURD

¡Thorolf!... ¡Ah, dejadme!... *(Quiere salir, pero en el mismo momento se abre la multitud para dejar paso a Gunnar, que vuelve, y que al entrar arroja el hacha.)*

GUNNAR

Ya está hecho. ¡Egil queda vengado!

SIGURD

¡Ojalá que no te hayas precipitado!

GUNNAR

¡Puede ser, puede ser!... ¡Pero Egil, mi niño querido...!

HIORDIS

Ahora es preciso que nos armemos y que busquemos ayuda entre nuestros amigos, pues Thorolf tiene muchos vengadores.

GUNNAR

Él mismo ha de ser su mejor vengador; su recuerdo no me abandonará ya más.

HIORDIS

Thorolf recibió su merecido. El allegado tiene que pagar por el hecho de sus allegados.

GUNNAR

Será verdad. Pero mi ánimo estaba más tranquilo antes de esa muerte.

HIORDIS

La noche que sigue al derramamiento de sangre es la peor; una vez pasada, ya está. Arnulfo ha conseguido su venganza con astucia traidora. No se atrevió a ponerse frente a nosotros en lucha franca. Finge venir con intenciones de acomodo... ¡y luego cae de ese modo sobre nuestro hijo indefenso! ¡Ah! Yo veía más claro que vosotros; yo sabía que Arnulfo venía con intenciones traidoras. ¡Ya ves si tenía razón al excitarte contra él y su casta!

GUNNAR

*(Conmovido.)* ¡Tienes razón! Para la traición de Arnulfo es pequeña mi venganza. Ha perdido a Thorolf, pero le quedan aún seis hijos y yo no tengo ninguno, ¡ninguno!

UN CRIADO

*(Entra apresuradamente por la puerta del centro.)* ¡Arnulfo de Fjord viene!

GUNNAR

¡Arnulfo!

HIORDIS Y ALGUNOS HOMBRES

¡A las armas! ¡A las armas!

DAGNY

*(Al mismo tiempo.)* ¡Padre mío!

SIGURD

*(Como asaltado de un presentimiento.)* ¡Arnulfo!... ¡Ah, Gunnar, Gunnar!

GUNNAR

*(Sacando la espada.)* ¡Arriba todos! Venganza por la muerte de Thorolf!

*(Entra Arnulfo, trayendo a Egil en sus brazos.)*

GUNNAR

¡Egil!

ARNULFO

¡Aquí os devuelvo a vuestro amado hijo!

TODOS

¡Egil! ¡Egil vive!

GUNNAR

*(Dejando caer la espada.)* ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que he hecho!

DAGNY

¡Ay, Thorolf, hermano mío!

ARNULFO

*(Dejando en el suelo a Egil.)* Gunnar, aquí tienes a tu niño.

EGIL

Padre, el viejo Arnulfo no quería hacerme daño, como tú decías cuando me enviaste afuera.

ARNULFO

*(A Hiordis.)* Ya he pagado el rescate por la muerte de tu padre. Pienso que ahora podremos avenirnos.

HIORDIS

*(Con un gesto seco.)* ¡Puede ser!

GUNNAR

*(Como si despertase de una pesadilla.)* ¿No es un sueño lo que está pasando ante mis ojos?... ¿Me devuelves de veras a Egil?

ARNULFO

Ya lo ves. Pero quiero que sepas que estuvo cerca de la muerte.

GUNNAR

Eso ya lo sé.

ARNULFO

¿Y no te alegras de recobrarlo?

GUNNAR

Si hubiera llegado primero me hubiera alegrado más. Mas cuéntame lo acaecido.

ARNULFO

Puede contarse pronto. Kore, que abrigaba siniestros planes contra vosotros, marchó con otros cómplices hacia el Sur.

GUNNAR

¡Kore! ¡Ay, ahora entiendo las palabras de Thorolf!

ARNULFO

Su propósito llegó a mis oídos; yo me dispuse a impedir que tal traición se realizase. Rescate por Jokul no quería pagarlo, y te hubiera matado sin inconveniente en duelo, Gunnar, si ello hubiese sido necesario...; pero a tu descendencia debía protegerla; por eso marché con mis hijos en seguimiento de Kore.

SIGURD

*(En voz baja.)* ¡Qué horror se ha perpetrado aquí!

ARNULFO

Cuando yo llegué estaban atados los guardianes de Egil; tu hijo había ya caído en poder de sus enemigos, y no hubieran esperado mucho para deshacerse de él. Se produjo una lucha sangrienta. Pocas veces ha tenido mi espada que golpear con tal violencia. Al cabo, Kore y dos de los suyos huyeron; los demás duermen profundamente y no volverán á despertar.

GUNNAR

*(En la mayor excitación.)* ¡Pero tú..., tú, Arnulfo...!

ARNULFO

*(Sombríamente.)* Seis hijos fueron conmigo.

GUNNAR

*(Sin aliento.)* ¿Y volvieron?...

ARNULFO

No volvió ninguno.

GUNNAR

*(Horrorizado.)* ¿Ninguno? *(A media voz.)* ¡Oh, Thorolf, Thorolf! *(Movimiento de horror en la multitud. Hiordis parece que libra una ruda lucha interior. Dagny llora en el asiento de honor de la derecha. Sigurd está a su lado hondamente conmovido.)*

ARNULFO

*(Tras una corta pausa.)* Es terrible sentirse como un olmo coposo, y encontrarse de pronto con que una sola tormenta le ha quitado a uno todas las ramas. Pero tras unos hombres vendrán otros...; dadme acá el cuerno; tengo que beber a la memoria de mis hijos. *(Uno de los hombres de Sigurd le trae un cuerno.)* ¡Salud a vosotros, hijos míos, que ahora cabalgáis hacia el Walhalla! Las puertas de bronce se abrirán ante vosotros, pues tenéis muchas víctimas en vuestro séquito. *(Bebe y devuelve el cuerno.)* Y ahora volvamos a Islandia. Las expediciones guerreras de Arnulfo han terminado. El viejo árbol no tiene ya más que una rama verde y ésa hay que cuidarla. ¿Dónde está Thorolf?

EGIL

*(A su padre.)* Sí, déjame ver a Thorolf. Arnulfo me ha dicho que me iba a hacer un barco con muchos, muchos guerreros dentro.

ARNULFO

Debo dar gracias a todos los buenos espíritus de que Thorolf no hubiera ido conmigo también. Pues si también él... No, por fuerte que yo sea, soportar eso hubiera sido muy difícil. ¿Pero por qué no viene? Siempre es él quien primero sale a recibir a su padre; porque a los dos nos parece como si no pudiésemos estar un día sin vivir juntos.

GUNNAR

¡Arnulfo! ¡Arnulfo!

ARNULFO

*(Con inquietud creciente.)* Estáis todos silenciosos alrededor de mí; ahora reparo en ello... ¿Qué pasa? ¿Dónde está Thorolf?

DAGNY

¡Sigurd, Sigurd! ¡Es un golpe terrible para él!

GUNNAR

*(Luchando consigo mismo.)* ¡Buen anciano!... ¡No!... Y sin embargo no puede ocultarse...

ARNULFO

*(Impaciente.)* ¡Mi hijo! ¿Dónde está?

GUNNAR

¡Thorolf ha muerto!

ARNULFO

¡Muerto! ¿Thorolf? ¿Thorolf? ¡No! ¡Tú mientes!

GUNNAR

¡La sangre caliente de mi corazón diera por volverle a la vida!

HIORDIS

*(A Arnulfo.)* Thorolf mismo tiene la culpa de lo que ha ocurrido. Entre palabras obscuras dió a entender que tú habías sorprendido y matado a Egil...; nos habíamos separado medio enemistados; tú has matado ya a uno de mi casta..., y además..., Thorolf, como un mozo imprudente, se excitó por una broma, contestó con palabras duras a ella...; entonces comenzó a encolerizarse Gunnar; sólo entonces levantó el arma contra tu hijo. Creo que tenia causas bastantes para hacerlo.

ARNULFO

*(Tranquilamente.)* Bien se ve que eres una mujer. No son necesarias tantas palabras. ¿Para qué? Si Thorolf ha muerto, terminó su canción.

EGIL

Ahora no tendré yo mis guerreros.

ARNULFO

Sí, Egil; hemos perdido nuestros héroes nosotros dos. *(A Hiordis.)* Al morir dijo tu padre: «La estirpe de Jokul no ha de procurar más que muerte al matador de Jokul.» Tú has cuidado de que sus palabras se cumpliesen. *(Calla un momento y luego se dirige a uno de los hombres.)* ¿Dónde recibió mi hijo el golpe de muerte?

EL HOMBRE

En la frente.

ARNULFO

*(Satisfecho.)* Es un sitio honroso. No ha vuelto las espaldas. Y ¿cayó de lado o a los pies de Gunnar?

EL HOMBRE

La mitad de lado y la mitad a los pies de Gunnar.

ARNULFO

Eso no significa más que media venganza. Bien, bien...; ya veremos...

GUNNAR

*(Acercándose.)* Arnulfo, ya sé que todo mi haber no es bastante a compensarte de tu pérdida. Pero pide de mí lo que quieras.

ARNULFO

*(Secamente.)* Dame el cadáver de Thorolf y déjame marchar. ¿Dónde está? *(Gunnar, con un ges-*

*to mudo, señala hacia el fondo. Arnulfo da un par de pasos y luego se vuelve hacia Dagny, Sigurd y otros varios que quieren seguirle y con voz tonante les dice):* ¡Quedaos! ¿Creéis que Arnulfo necesita un cortejo funeral como una mujer plañidera? ¡Quedaos, os digo!... Yo solo basto para conducir a Thorolf. *(Con tranquila dignidad.)* Sin hijo salgo de aquí; mas nadie habrá de decir nunca que me vió doblegarme al peso de la desgracia. *(Lentamente se va hacia afuera.)*

HIORDIS

*(Con sonrisa forzada.)* Dejadle que se vaya según su voluntad. Si torna en son de guerra, no necesitaremos ser muchos para defendernos de él. Pero creo, Dagny, que ésta será la última vez que tu padre salga de Islandia con tales intenciones.

SIGURD

*(Indignado.)* ¡Oh, qué vergüenza!

DAGNY

*(En el mismo tono.)* ¡Te atreves a insultarle todavía! ¡A insultarle después de lo que aquí ha ocurrido!

HIORDIS

Realizado el hecho, hay que elogiarlo. Esta mañana le juré a Arnulfo odio y venganza. Yo podía olvidar la muerte de Jokul...; todo podría olvidarlo; pero no el haberme insultado. Concu-

bina me llamó. Aunque lo fuera, ya no me avergonzaría, pues Gunnar es ahora más poderoso que tu padre y más glorioso y valiente que Sigurd, tu esposo.

DAGNY

*(Con profunda emoción.)* Te equivocas, Hiordis...; y ahora ha de saber todo el mundo que vives bajo el techo de un cobarde.

SIGURD

*(Severamente.)* ¿Qué pretendes hacer, Dagny?

GUNNAR

¡Cobarde!

DAGNY

*(Sonriendo sarcásticamente.)* No quiero guardar más el secreto. Callé cuando injuriabas a mi padre y a mi hermano caído; callé mientras Arnulfo estaba presente, pues no quería que supiese que su hijo había caído a manos de un cobarde. Pero ahora..., ¡ahora no podrás elogiar más a Gunnar por aquella hazaña! ¡Gunnar es un cobarde! La espada desnuda que estaba entre ti y el raptor, cuelga ahora del cinto de mi esposo, y la pulsera de oro que desprendiste de tu brazo se la diste a Sigurd. *(Saca la pulsera y la muestra.)* ¡Aquí está!

HIORDIS

*(Con violencia salvaje.)* ¡Sigurd!

LA MUCHEDUMBRE

¡Sigurd! ¡De Sigurd fué la hazaña!

HIORDIS

*(Temblorosa de emoción.)* ¡Él! ¡Él!... ¿Es eso verdad, Gunnar?

GUNNAR

*(Con noble calma.)* Palabra por palabra... Lo que no es verdad es que yo sea un cobarde. No soy ni un cobarde ni un malvado.

SIGURD

*(Conmovido.)* ¡No, no lo eres, Gunnar! ¡No lo has sido nunca! *(A los demás.)* ¡Y ahora, los míos fuera de aquí!

DAGNY

*(A la salida, a Hiordis.)* ¿Quién es ahora el hombre más valiente, tu esposo o el mío? *(Se va con Sigurd y su séquito.)*

HIORDIS

*(Para sí.)* Ahora no tendré más que un pensamiento. Sigurd o yo tenemos que morir.

# ACTO TERCERO

En casa de Gunnar. La misma sala del acto anterior. Es de día. Hiordis sola: está sentada en el pequeño asiento de honor y ocupada en tejer la cuerda de un arco. Sobre la mesa hay un arco con varias flechas.

HIORDIS

*(Estirando la cuerda.)* Es fuerte y resistente. *(Mirando la flecha.)* Y la flecha es larga y aguda... *(Dejando caer sus manos en el regazo.)* ¿Pero dónde encontrar la mano que...? *(Con furia.)* ¡Injuriada, injuriada por él..., por Sigurd! Siento que le odio más que a todos los demás; pero sólo unos días más y habré... *(Cavilando.)* Sí, pero el brazo, ¡el brazo que se encargue de ello...!

*(Entra por la puerta del fondo, silencioso y meditabundo, Gunnar.)*

HIORDIS

*(Tras una pausa corta.)* ¿Cómo estás, esposo mío?

GUNNAR

Mal, Hiordis; el recuerdo de ayer pesa sobre mi corazón y no quiere alejarse.

HIORDIS

Haz lo que yo: procúrate una labor que te distraiga.

GUNNAR

Tendré que hacerlo así. *(Pausa. Gunnar pasea arriba y abajo; luego se fija en el trabajo de Hiordis y se acerca a ella.)* ¿Qué estás haciendo?

HIORDIS

*(Sin levantar la cabeza.)* Ya lo ves: estoy trenzando una cuerda de arco.

GUNNAR

¿Una cuerda de arco de tus propios cabellos?

HIORDIS

*(Sonriendo.)* En este tiempo trae cada hora una nueva acción heroica. Tú mataste a mi hermano adoptivo y yo he trenzado todo esto desde esta madrugada.

GUNNAR

¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS

*(Mirándole.)* ¿Qué pasa?

GUNNAR

¿Dónde estuviste esta noche?

HIORDIS

¿Esta noche?

GUNNAR

En tu dormitorio no fué.

HIORDIS

¿Lo sabes?

GUNNAR

No podía conciliar el sueño. Lo... lo que pasó con Thorolf me producía pesadillas; me parecía que tornaba de nuevo...; entonces desperté. Se oía un canto maravilloso y dulce; me levanté y abrí lentamente la puerta... Habías encendido una hoguera que daba llamas rojas y azules..., y sentada ante ella cantabas canciones mágicas y cortabas flechas.

HIORDIS

Era una tarea muy necesaria, pues el pecho que hoy hay que atravesar es fuerte.

GUNNAR

Ya te entiendo; tú quieres matar a Sigurd.

HIORDIS

Puede ser.

GUNNAR

Pues eso no ocurrirá nunca. Por mucho que quieras excitarme contra él, permaneceré en paz con Sigurd.

HIORDIS

*(Riendo.)* ¿Lo crees así?

GUNNAR

Lo sé.

HIORDIS

*(Dándole la cuerda del arco.)* Dime, Gunnar, ¿puedes deshacer este nudo?

GUNNAR

*(Intentándolo.)* No; está anudado demasiado fuertemente.

HIORDIS

*(Poniéndose en pie.)* Más fuertemente están anudados los tejidos de las Normas; tampoco esos lograrás deshacerlos.

GUNNAR

Los caminos de los todopoderosos son tortuosos e indescifrables y nosotros dos no podemos conocerlos.

HIORDIS

Mas una cosa sé de cierto. Sigurd nos traerá a ambos la desgracia.

*(Pausa. Gunnar se queda pensativo.)*

HIORDIS

*(Que le ha observado en silencio.)* ¿En qué piensas?

GUNNAR

En un sueño que tuve hace poco. Soñaba que se había realizado lo que tú ahora me pides. Si-

gurd yacía muerto en el suelo; tú estabas allí pálida como una muerta. Entonces te pregunté: «¿Estás satisfecha ahora que ha ocurrido lo que tú deseabas?...» Y tú te reíste y contestaste: «Más satisfecha estaría si tú estuvieses como Sigurd está.»

HIORDIS

*(Sonriendo forzadamente.)* Mal debes conocerme cuando un sueño tan desatinado puede contenerte.

GUNNAR

¡Hum!... Dime, Hiordis, ¿te gusta esta sala?

HIORDIS

Si he de hablar con verdad, a veces me parece demasiado estrecha.

GUNNAR

Sí, sí... Ya me lo había yo figurado. Aquí sobra uno.

HIORDIS

Y quizás dos.

GUNNAR

*(Que no ha oído sus palabras.)* Ese mal hay que remediarlo.

HIORDIS

*(Mirándole interrogativamente.)* ¿Hay que remediarlo? ¿Es que acaso piensas...?

GUNNAR

Pienso armar mis galeras y hacerme a la mar. Quiero recuperar la honra que perdí porque te amaba por sobre todo.

HIORDIS

*(Pensativa.)* ¿Quieres marcharte? Sí; puede ser que sea lo mejor para ambos.

GUNNAR

Ya desde el día que abandonamos Islandia comprendí que no podríamos terminar bien. Eres orgullosa y fuerte; hasta hay momentos en que me inspiras miedo. Y, sin embargo, cosa extraña, por eso mismo te quiero tanto. Tienes un terrible poder mágico; siento que podrías arrastrarme a cometer malas acciones y que me había de parecer bien cuanto tú me propusieras. *(Moviendo suavemente la cabeza.)* Los designios de las Normas son inescrutables; Sigurd hubiera debido ser tu esposo.

HIORDIS

*(Poniéndose en pie.)* ¡Sigurd!

GUNNAR

Sí, Sigurd. La venganza y el odio te ciegan; si no, sabrías apreciarle mejor. Si yo hubiera sido como Sigurd, hubiese sido más dichosa tu vida.

HIORDIS

*(Con ímpetu violento y contenido.)* ¿Y tú crees que... que eso hubiera podido hacerlo Sigurd?

GUNNAR

Es fuerte y además orgulloso como tú.

HIORDIS

*(Con ardor.)* Si eso es así... *(Conteniéndose.)* Pero es lo mismo, lo mismo. *(Con impetuosidad salvaje.)* ¡Gunnar, mata a Sigurd!

GUNNAR

¡Nunca!

HIORDIS

Me hiciste tu mujer con astucia y engaño... Lo olvidaré. He pasado aquí cinco años desdichados... ¡Todo lo olvidaré desde el día en que Sigurd haya dejado de existir!

GUNNAR

Mi mano no le reportará desgracia alguna. *(Vacila a pesar suyo.)* ¡Hiordis, Hiordis, no me tientes!

HIORDIS

Entonces tendré que buscar otro vengador. No puedo consentir que Sigurd siga injuriándonos a los dos. *(Retorciéndose las manos con terrible furia.)* Quizás está sentado ahora a su lado acariciándola...; al lado de la simple, y se burla de nosotros; la habla de toda la burla que me hizo

cuando me robó en tu lugar; la cuenta cómo reía cuando sin que yo le conociera estaba a mi lado en la obscura alcoba.

GUNNAR

Eso no lo hace él; estoy seguro de que eso no lo hace.

HIORDIS

*(Con violencia.)* ¡Sigurd y Dagny tienen que morir! No podré respirar libremente hasta que ambos hayan desaparecido del mundo. *(Se acerca a él y con ímpetu violento, pero susurrando, le dice mientras llamean sus ojos):* ¿No podrías ayudarme a ello Gunnar?... Entonces podría quererte. ¡Entonces te estrecharía entre mis brazos con una fuerza y un fuego que tú no soñaste nunca!

GUNNAR

*(Vacilando.)* ¡Hiordis! ¿Quieres...?

HIORDIS

Ponte a la obra, Gunnar; luego habrán terminado los días malos. No volveré a marcharme de la habitación al entrar tú, ni pronunciaré más palabras agrias para amargar tu sonrisa cuando estás alegre. Me vestiré pieles y trajes hermosos; te seguiré cuando vayas a la guerra; cuando cabalgues cabalgaré a tu lado; en los banquetes me sentaré junto a ti y llenaré tu cuerno y beberé contigo y te cantaré amorosas canciones que pongan gozoso tu corazón.

GUNNAR

*(Ya casi vencido.)* ¿De veras? ¿Quisieras...?

HIORDIS

Mucho más que eso, diez veces más que eso; créemelo. ¡Pero venganza! ¡Venganza en Sigurd y en Dagny!... Y yo quiero... *(Se detiene al abrirse la puerta.)* ¡Dagny! ¿Tú aquí?

*(Entra Dagny por la puerta del fondo.)*

DAGNY

¡Date prisa, Gunnar!... ¡Arma a tus hombres!

GUNNAR

¿Armarse? ¿Contra quién?

DAGNY

Kore viene hacia aquí con muchos desterrados. Viene con malas intenciones contra ti; Sigurd acaba de estorbarle sus planes, mas quién puede saber si...

GUNNAR

*(Conmovido.)* ¡Eso hizo por mí Sigurd!

DAGNY

Sigurd es un fiel amigo tuyo.

GUNNAR

¡Y nosotros, Hiordis..., nosotros hemos pensado...! ¡Ah! Tenía yo razón. Tus palabras tienen un poder mágico. Todas las acciones me parecen grandes cuando tú me las sugieres.

DAGNY

*(Asombrada.)* ¿A qué te refieres?

GUNNAR

¡Nada, nada! Gracias por la embajada, Dagny. Voy ahora a reunir mis criados. *(Se va hacia la salida, pero se detiene y vuelve.)* Dime... ¿Cómo está Arnulfo?

DAGNY

*(Inclinando la cabeza.)* No preguntes acerca de eso. Ayer ha transportado al barco el cadáver de Thorolf. Ahora está abriendo una sepultura en la arena... En ella quiere que descansen los restos de sus hijos.

*(Gunnar se va silencioso por la puerta del fondo.)*

DAGNY

Hasta la noche no hay peligro alguno. *(Acercándose más.)* Tengo todavía algo que hacer aquí en la casa. Hiordis, yo he venido para verte a ti.

HIORDIS

¿A mí? ¡Después de lo ocurrido ayer!

DAGNY

Precisamente por eso. Hiordis, hermana mía, no me guardes odio; olvida las palabras que el dolor y los espíritus malignos pusieron en mis labios. Perdóname todo el dolor que haya podido causarte, pues, ¡créeme!, ahora soy yo mucho más desgraciada que tú.

HIORDIS

¡Desgraciada tú!... ¡La mujer de Sigurd!

DAGNY

Todo lo acontecido es obra mía... Yo fuí quien hizo que la lucha estallase, que Thorolf cayese, que las burlas se dirigiesen contra ti y contra Gunnar. ¡De todo ello tengo yo la culpa! ¡Oh dolor! Mi suerte era como pocas feliz; mas de este día en adelante no volveré a tener alegría.

HIORDIS

*(Como cayendo de pronto.)* Pero antes..., en los cinco largos años..., en todo ese tiempo, ¿fuiste feliz?

DAGNY

¿Lo dudas?

HIORDIS

¡No sé! Ayer no lo dudaba, pero...

DAGNY

¿Qué quieres decir?

HIORDIS

¡Ah, no mucho! Hablemos de otras cosas.

DAGNY

¡No, de ningún modo! ¡Hiordis, dime...!

HIORDIS

De poco puede servir. Pero si tú lo pides... *(Con expresión maligna.)* ¿Te acuerdas?... Era allá en

Islandia; estábamos con tu padre sentadas con nuestras compañeras según uso y costumbre. En esto entraron dos forasteros.

DAGNY

Sigurd y Gunnar.

HIORDIS

Nos saludaron con la cortesía acostumbrada, sentáronse con nosotras en el banco y comenzamos a bromear. Algunos querían saber por qué habían venido los dos guerreros y si pensaban llevarse mujeres de la isla. Entonces dijo Sigurd: «Difícil será que yo encuentre una mujer tal como mi corazón la pide.» Arnulfo se sonrió y replicóle que no faltaban en Islandia nobles y ricas mujeres. Mas Sigurd respondió: «El héroe necesita una mujer de noble orgullo y elevados pensamientos. La que yo elija no deberá conformarse con una suerte pequeña. Ningún honor ha de parecerle demasiado para aspirar a él; habrá de seguirme a la guerra y vestir armadura y coraza; habrá de excitarme a la lucha y el brillo de las espadas no habrá de conmover su rostro; pues si fuese de ánimo encogido poca honra podría traerme.» ¿No es verdad que así habló Sigurd?

DAGNY

*(Vacilante.)* Es verdad...; pero...

HIORDIS

Así habría de ser la mujer que hiciese dichosa su vida, y luego... *(En tono despectivo.)* te eligió a ti.

DAGNY

*(Dolorosamente sorprendida.)* ¿Pero tú crees que...?

HIORDIS

¡Claro está! Por eso te has mostrado altanera y orgullosa; has exigido de todos que te honrasen para que Sigurd se honrase por ti..., ¿verdad?

DAGNY

No, Hiordis; mas...

HIORDIS

Le has excitado a hazañas gloriosas, le has seguido en la lucha y gustabas de estar en el sitio en que la pelea era más dura..., ¿no es así?

DAGNY

*(Profundamente impresionada.)* ¡No, no!

HIORDIS

¿Eres, pues, de ánimo encogido y Sigurd ha de recibir vergüenza de ello?

DAGNY

*(Vencida.)* ¡Hiordis, Hiordis!

HIORDIS

*(Sonriendo con ironía.)* Mas tu suerte ha sido dichosa de todos modos. ¿Crees que Sigurd puede decir lo mismo?

DAGNY

¡Calla! ¡Ay de mí! ¡Tú has hecho que me conozca a mí misma!

HIORDIS

¡Una sencilla palabra dicha en broma y lloras! Borra eso de tu memoria. Mira lo que he hecho hoy. *(Coge algunas flechas de la mesa.)* ¡Qué agudas y qué afiladas son! ¡Oh, aguzar flechas es cosa que yo sé hacer muy bien!

DAGNY

Y usarlas también. ¡Apuntas bien, Hiordis! Nunca había pensado en lo que tú me has dicho. *(Con violento dolor.)* ¡Pero que Sigurd..., que yo le haya hecho penosa y sin gloria la vida!... ¡No, no; eso no puede ser verdad!

HIORDIS

Consuélate Dagny. No, no es verdad. Sí, si Sigurd fuese del mismo modo de pensar que entonces, podría ser; entonces quería ser el hombre más famoso del país...; ahora se conforma con una suerte más modesta.

DAGNY

No, Hiordis, no. Sigurd es ahora tan ambicioso como entonces. Ahora veo claro que yo no soy la esposa que él necesitaba; nunca me lo ha dicho; pero las cosas no pueden seguir así.

HIORDIS

¿Qué vas a hacer?

DAGNY

No quiero seguir siendo un obstáculo en su camino; no quiero estorbar su marcha.

HIORDIS

Entonces, ¿piensas...?

DAGNY

¡Silencio! Alguien viene.

UN CRIADO

*(Entrando.)* ¡Sigurd el Wiking llega!

HIORDIS

¿Sigurd? Entonces llama a Gunnar.

EL CRIADO

Gunnar ha salido a caballo para llamar a sus vecinos, pues Kore quiere...

HIORDIS

Bien; ya lo sé, puedes irte.

*(El criado sale por la puerta del fondo.)*

HIORDIS

*(A Dagny, que hace ademán de irse.)* ¿Adónde quieres ir?

DAGNY

Me marcho para no encontrarme con Sigurd. Veo que tendremos que separarnos. Pero encontrarme ahora con él... ¡No, eso no puedo! *(Se va por la izquierda.)*

HIORDIS

*(Siguiéndola con la vista un momento.)* Y yo quería... *(Continúa cavilando, dirigiendo una mirada al arco.)* La venganza habría sido muy pequeña... ¡No, mejor ha sido este golpe! ¡Oh, es duro el morir, pero el vivir es a veces más duro aún!

*(Entra Sigurd por la puerta central del foro.)*

HIORDIS

¿Vienes buscando a Gunnar, verdad? Siéntate; en seguida vendrá. *(Hace ademán de irse.)*

SIGURD

No, quédate. Más que a él, te busco a ti.

HIORDIS

¿A mí?

SIGURD

Me alegro de encontrarte a solas.

HIORDIS

Si vienes a insultarme, no dejarías de hacerlo porque la sala estuviera llena de hombres y mujeres.

SIGURD

Ya sé lo que piensas de mí.

HIORDIS

*(Con amargura.)* ¡Te hago sin duda injusticia! No, no has envenenado toda mi vida. No olvides que tú fuiste quien realizó aquel engaño vergonzoso; tú fuiste quien se sentó conmigo en mi cuarto fingiéndome amor, mientras te burlabas de mí, y quien luego me arrojó en brazos de Gunnar; para él servía todavía. Luego te fuiste llevándote la mujer a quien amabas.

SIGURD

La voluntad humana puede hacer muchas cosas; pero los grandes hechos los regula el Destino. Eso nos ocurrió a nosotros dos.

HIORDIS

Puede ser; malas Normas reinan sobre la tierra; pero su poder es pequeño cuando no encuentran auxiliares en nuestro propio pecho. La felicidad es del que se siente bastante fuerte para osar la lucha con las Normas..., y eso quiero yo hacer.

SIGURD

¿Qué quieres hacer?

HIORDIS

Probar mi fuerza en las que están sobre mí. Pero no hablemos más de eso. Tengo que trabajar hoy mucho todavía. *(Se sienta en la mesa.)*

SIGURD

*(Después de una pausa corta.)* Haces buenas armas para Gunnar.

HIORDIS

*(Con una sonrisa.)* No para Gunnar, pero sí contra ti.

SIGURD

Viene a ser lo mismo.

HIORDIS

Sí, es posible. Pues si yo puedo medirme con las Normas, más tarde o más temprano Gunnar y tú habréis de... *(Se detiene, apoya la espalda en la mesa, le mira sonriendo y dice con otro tono de voz):* ¡Hum! ¿Sabes lo que ocurre a menudo? Ocurre que quiero alegrar con imágenes sonrientes mi fantasía. Entonces me siento aquí, cierro los ojos y empiezo a pensar: Ahora llega Sigurd el Fuerte; lo destruirá y lo quemará todo, y a mí y a mi marido también. Los hombres de Gunnar han caído todos. No quedamos más que él y yo; desde afuera comienzan a incendiar el tejado. «Un flechazo, uno solo, puede salvarnos», dice Gunnar...; pero la cuerda del arco se rompe. «Hiordis, corta una trenza de tu pelo y haz con

ella una cuerda... ¡Nos va la vida en ello!...» Y yo..., yo río... «¡Déjalo que destruya!... ¡Déjalo que queme!... ¡No doy por mi vida ni una trenza de mis cabellos!»

SIGURD

Tus palabras se apoderan de mí con fuerza extraña. *(Se acerca a ella.)*

HIORDIS

*(Mirándole fríamente.)* ¿Te sientas a mi lado?

SIGURD

Tú crees que yo te odio. Hiordis, hoy hablamos por última vez. Hay algo dentro de mí que me tortura y no me deja alejarme de aquí. Es preciso que me conozcas mejor.

HIORDIS

¿Qué quieres?

SIGURD

Contarte una leyenda.

HIORDIS

¿Es triste?

SIGURD

Triste como la vida.

HIORDIS

*(Amargamente.)* ¿Sabes tú que la vida puede ser triste?

SIGURD

Ya juzgarás cuando haya dado fin a la leyenda.

HIORDIS

Cuenta, pues, entretanto yo trabajo.

SIGURD

*(Se sienta en un escabel a su derecha.)* Hubo una vez dos guerreros jóvenes que salieron de Noruega a buscar gloria y riqueza. Se habían jurado amistad mutua y cumplían religiosamente su juramento adondequiera que fuesen.

HIORDIS

Y los dos guerreros se llamaban Sigurd y Gunnar.

SIGURD

Bien; podemos llamarlos así. Por fin llegaron los dos guerreros a Islandia. Vivía allí un viejo noble que había salido de Noruega en los tiempos del rey Harald. Tenía bajo su techo dos maravillosas doncellas. La una, su hija adoptiva, era la más admirable, pues tenía un ánimo esforzado. Y los dos guerreros hablaban de ella, y ninguno de los dos había visto jamás una tan hermosa mujer...; eso decían ambos.

HIORDIS

*(Ansiosa.)* ¡Ambos! ¡Quieres burlarte de mí!

SIGURD

Gunnar pensaba en ella noche y día, y lo mismo hacía Sigurd. Pero ambos callaban. A ella no podía adivinársele si le agradaba Gunnar; mas que Sigurd no era de su gusto podía verse fácilmente.

HIORDIS

*(Sin aliento.)* ¡Sigue! ¡Sigue! Te suplico...

SIGURD

Pero por eso mismo Sigurd pensaba más en ella; mas nadie lo sabía. En esto aconteció una noche que aquella orgullosa mujer dijo durante la comida que sólo el hombre que ejecutase la hazaña que ella exigiera sería su esposo. El corazón de Sigurd latió con violencia de alegría, pues sentía en sí la fuerza para realizar aquella hazaña. Mas después Gunnar llamó a Sigurd aparte y le habló de su amor. Sigurd calló y fué...

HIORDIS

*(Con un grito.)* ¡Sigurd! ¡Sigurd!... *(Dominándose.)* Y esa leyenda... ¿es verdad?

SIGURD

¡Verdad! Uno de los dos tenía que ceder. Gunnar era mi amigo...; no podía obrar de otro modo. Así fuiste la mujer de Gunnar, y yo tomé otra.

HIORDIS

¿Llegaste a amarla?

SIGURD

Aprendí a estimarla. Pero no hay más que una mujer a quien Sigurd haya amado, y esa mujer le odiaba desde el primer día que se vieron. *(Poniéndose en pie.)* Mi leyenda ha terminado. Ahora separémonos. Adiós, esposa de Gunnar; no nos volveremos a ver.

HIORDIS

¡No, quédate! ¡Ay de nosotros! ¿Qué has hecho, Sigurd?

SIGURD

*(Sorprendido.)* ¿Que qué he hecho? ¿Qué te pasa?

HIORDIS

¡Y me dices ahora todo eso! Pero no; ¡no puede ser verdad!

SIGURD

Esta es la postrera vez que hablamos. Palabra por palabra es verdad. Era preciso que hablara ahora para que pensaras de otro modo de mí.

HIORDIS

*(Se retuerce involuntariamente las manos y lo mira con mudo asombro.)* ¡Me ha amado! ¡Tú... me has... amado... a mí! *(Con violencia, aproxi-*

*mándose a él.)* ¡No te creo! *(Le contempla con fijeza y luego estalla en un dolor violento.)* ¡No! ¡Es verdad!...; y ¡ay de nosotros! *(Se cubre el rostro con las manos y se aleja.)*

SIGURD

*(Horrorizado.)* ¡Hiordis!

HIORDIS

*(Serena, entre llorando y riendo.)* ¡Déjame! Quería, quería decir tan sólo que... *(Poniendo una mano sobre su brazo.)* Sigurd, tu leyenda no está terminada. Aquella orgullosa doncella te amaba a su vez.

SIGURD

*(Retrocediendo.)* ¿Tú?

HIORDIS

*(Dominándose.)* Sí, Sigurd; yo te he amado; ahora lo veo. Dices que había sido esquiva y silenciosa contigo. ¿Pero qué otra cosa puede hacer una mujer? Si te hubiera manifestado mi amor hubiese sido indigna de ti. Tú te me aparecías siempre como el más grande de los hombres, y el saber que eras esposo de otra... me producía aquel agudo dolor que yo misma no podía comprender.

SIGURD

*(Aterrado.)* Las Normas han tejido sobre nosotros una tela de infortunios.

HIORDIS

Tuya es la culpa. El varón ha de obrar con ánimo y violencia. Al poner aquella condición tan difícil al que quisiese alcanzarme, no pensaba en otro sino en ti..., y tú fuiste capaz...

SIGURD

Yo sabía el dolor de Gunnar; yo sólo podía calmarlo. ¿Qué iba a hacer? Y sin embargo, si entonces hubiera sabido lo que ahora sé..., no respondo de lo que hubiera hecho. ¡El poder del amor es demasiado grande!

HIORDIS

*(Rápidamente.)* Ahora adelante, Sigurd. Un maldito azar nos ha tenido separados largo tiempo. El nudo está roto; que el porvenir nos indemnice.

SIGURD

*(Sacudiendo la cabeza.)* Eso no es posible. Tenemos que separarnos de nuevo.

HIORDIS

No tenemos que separarnos. Yo te quiero; ahora puedo decírtelo sin enrojecer, pues mi amor no pide como el de las mujeres blandas. Si fuera un hombre, ¡por los poderes supremos!, podría amarte del mismo modo que ahora te amo. ¡Vamos, pues, Sigurd! La dicha bien vale una gran acción. Si queremos somos libres los dos, y luego el juego es nuestro.

SIGURD

¿Libres? ¿Qué pretendes?...

HIORDIS

¿Qué espera de ti Dagny? ¿Qué puede ser para ti? No más de lo que es para mí Gunnar en lo íntimo de mi pensamiento. ¡Y qué importa si dos vidas miserables quedan destruídas!

SIGURD

¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS

Que Gunnar se quede aquí. A Dagny déjala que se vaya con su padre a Islandia. Yo te seguiré con coraza y hierro adondequiera que vaya tu rumbo.

*(Sigurd da muestras de estar fuertemente inquieto.)*

HIORDIS

No quiero seguirte como tu mujer, pues yo he pertenecido a otro y vive también la que un día descansó a tu lado. No, Sigurd; no como tu mujer, como tu compañera de armas; como una de esas mujeres fuertes que excitan a la lucha y a las acciones varoniles que hagan que tu nombre resuene en la tierra toda. En tus luchas estaré a tu lado, en tormentas y en expediciones de guerra me verás en medio de tus hombres, y

cuando resuene la canción de tus hazañas, sabrá el mundo de Sigurd y Hiordis reunidos.

SIGURD

Ese fué un día mi sueño más querido; mas ahora es ya tarde. Gunnar y Dagny están entre nosotros, y ambos tienen derecho a su puesto. A la amistad de Gunnar sacrifiqué el amor de mi juventud; ahora tengo que sufrir el castigo de haberlo hecho, para que por lo menos no haya sido en vano. ¡Y Dagny! Confiada e inocente, abandonó casa y parentela; nunca sospechará que yo suspiraba por Hiordis al abrazarla a ella.

HIORDIS

¡Y por eso quieres arrastrar esa carga durante toda tu vida! ¿Para qué se te dieron entonces la fuerza y el valor y las grandes dotes espirituales? ¿Y piensas que en adelante podré permanecer en la casa de Gunnar? No, Sigurd; aquí hay mucho que hacer para un hombre como tú. Erik rige el Imperio noruego; ¡álzate contra él! A tu lado se pondrán muchos valientes. ¡Nos pondremos con fuerza invencible a la obra, y lucharemos y haremos y no descansaremos hasta que te sientes en el trono de Harald!

SIGURD

¡Hiordis! ¡Hiordis! Ese era el sueño de mi juventud indómita. Déjame olvidarlo... No me tientes.

HIORDIS

*(Con majestad.)* Las Normas han decidido que nosotros dos vayamos juntos. Su decisión no podemos eludirla. Ahora veo yo clara mi misión en la vida: hacerte famoso en toda la tierra. Tú estabas ante mí todos los días y todas las horas que yo pasé en esta casa. Quería arrancarte de mi corazón y no lo lograba. Y ahora ya no es necesario, pues sé que me amas.

SIGURD

*(Con frialdad forzada.)* Si eso es así..., sábelo..., te he amado. Ahora ya pasó...; he olvidado aquellos días.

HIORDIS

¡Mientes, Sigurd! Valgo lo bastante para que no puedas olvidarme si alguna vez me has amado.

SIGURD

*(Con violencia.)* ¡Tiene que ser...; quiero que sea!

HIORDIS

Acaso, pero no puedes. Quieres impedírmelo, pero no lo conseguirás. Antes de que obscurezca lo sabrán todo Gunnar y Dagny.

SIGURD

¡Eso no puedes hacerlo!

HIORDIS

¡Lo haré!

SIGURD

Entonces te conozco mal. Te había tenido por compasiva.

HIORDIS

Días malos engendran malos pensamientos. Confías demasiado en mí. ¡Quiero seguirte, tengo que seguirte!... ¡Afuera, a la lucha, a la vida! El techo de Gunnar es demasiado bajo para mí.

SIGURD

*(Recalcando sus palabras.)* Bien; mas la honra entre hombres sabes tú de seguro apreciarla. Hay un motivo de lucha entre Gunnar y yo. Y si él cayera por mi mano..., ¿lo propagarías todo y me seguirías?

HIORDIS

*(Sorprendida.)* ¿Por qué preguntas eso?

SIGURD

Contéstame primero. ¿Qué harías tú si yo matase a tu marido?

HIORDIS

*(Mirándolo asombrada.)* Entonces tendría que callar y no podría descansar hasta que te hubiese matado.

SIGURD

*(Sonriendo.)* Bien, Hiordis...; eso ya lo sabía yo.

HIORDIS

*(Igualmente.)* Pero eso no sucederá.

SIGURD

Tiene que suceder. ¡Tú misma has echado los dados sobre la vida de Gunnar y la mía!

*(Gunnar con algunos servidores entra por la puerta del centro.)*

GUNNAR

*(Con violencia, a Hiordis.)* ¡Ahora grana el fruto que tú sembraste!

SIGURD

*(Acercándosele.)* ¿Qué te ha ocurrido?

GUNNAR

¡Eres tú, Sigurd! ¿Que qué me ha ocurrido? Nada más de lo que debía esperar. En cuanto llegó Dagny, tu esposa, con las nuevas de Kore, monté en mi caballo y me fuí a pedir a mis vecinos ayuda contra él.

HIORDIS

*(Interesada.)* ¿Y ocurrió...?

GUNNAR

La respuesta que recibí en todas partes fué dura: Mi conducta con Kore había sido poco honrosa, decían. ¡Hum! Hablaban de otras cosas que no puedo repetir. Que yo estoy cubierto de

afrenta; que de mí se dice que maté a un muchacho. Pasa por deshonroso hacer causa común conmigo.

SIGURD

No pasará por afrenta mucho tiempo, pues antes de que obscurezca has de salir contra Kore con soldados.

GUNNAR

¡Sigurd!

HIORDIS

*(En voz baja, triunfante.)* ¡Ah, bien lo sabía yo!

SIGURD

*(Con energía forzada.)* Mas después ha terminado la paz entre nosotros. Escúchame ahora, Gunnar. ¡Tú has matado a Thorolf, el hermano de mi esposa, y por eso te reto a combate singular mañana antes de la salida del sol!

*(Hiordis, dominada por una fuerte emoción interior, hace un movimiento hacia Sigurd, pero se domina y durante la escena que sigue permanece inmóvil.)*

GUNNAR

*(Con la mayor sorpresa.)* ¡A combate singular! ¡A mí! Tú bromeas, Sigurd.

SIGURD

A combate singular, según uso y ley te reto; jugaremos a los dados nuestras vidas. ¡Uno de los dos tendrá que caer!

GUNNAR

¡Ah, ya comprendo! Cuando yo llegué estabas solo con Hiordis. ¡Te habrá ofendido de nuevo!

SIGURD

¡Quizás! *(A media voz, a Hiordis.)* Una mujer de ánimo valeroso debe velar por la honra de su esposo. *(Y a los hombres que están en el fondo.)* Y vosotros, servidores, id ahora a los vecinos de Gunnar y decidles que mañana cruzará su espada con la mía. ¡Nadie llamará cobarde al hombre que prueba sus armas con las de Sigurd el Wiking!

*(Los criados salen por la puerta del fondo.)*

GUNNAR

*(Corriendo hacia Sigurd y estrechando conmovido su mano.)* ¡Sigurd, bravo hermano mío! ¡Ahora te comprendo! ¡Expones tu vida por mi honra, como un día la expusiste por mi felicidad!

SIGURD

Dale las gracias a tu esposa; a ella es a quien se debe principalmente mi conducta. Mañana al salir el sol...

GUNNAR

Nos encontraremos. *(Con ternura.)* Hermano mío de armas, ¿quieres una buena espada mía? Es una prenda magnífica.

SIGURD

Te doy las gracias; mas déjala colgada. Nadie puede saber si he de poder usarla la noche que viene.

GUNNAR

*(Estrechándole la mano.)* ¡Adiós, Sigurd!

SIGURD

¡Adiós, y suerte en tus empresas!

*(Se separan. Gunnar se va por la izquierda. Sigurd lanza una mirada a Hiordis y sale por el fondo.)*

HIORDIS

*(Tras una pausa, en voz baja y meditabunda.)* ¡El duelo mañana! ¿Quién caerá? *(Calla un momento y luego grita como poseída de una decisión firme.)* ¡Caiga quien caiga, Sigurd y yo permaneceremos siempre unidos!

# ACTO CUARTO

En la playa. Como en el primer acto. Anochecer. Aparece de cuando en cuando la luna entre nubes negras tormentosas. En el fondo un mausoleo negro. Arnulfo está sentado sobre una piedra, con la cabeza descubierta, en el primer término a la derecha; apoya los codos en las rodillas y se tapa la cara con las manos. Sus gentes trabajan en la tumba; algunos alumbran con antorchas. Después de una corta pausa salen Sigurd y Dagny de la cabaña de madera, en la que arde una hoguera de ramas.

DAGNY

*(En voz baja.)* Está allí todavía. *(Conteniendo a Sigurd.)* No, no le hables.

SIGURD

Tienes razón; es muy pronto. Vale más dejarle abandonado a sí mismo.

DAGNY

*(Va hacia la derecha y contempla a su padre con mudo dolor.)* Ayer cuando llevaba sobre sus hombres el cadáver de Thorolf, estaba tan fuerte y las fuerzas no le abandonaron mientras se excavaba la sepultura. Mas cuando los cadáveres estuvieron todos dentro y comenzaron a arrojar

sobre ellos piedras y tierra, el dolor se apoderó de él, sus fuerzas cedieron. *(Secándose las lágrimas.)* Di, Sigurd, ¿cuándo piensas irte hacia Islandia?

SIGURD

En cuanto cese la tormenta y haya arreglado mis cuentas con Gunnar.

DAGNY

¿Entonces comprarás tierras, construirás una casa y no volverás a salir al mar?

SIGURD

Sí, sí... ¿No te lo he prometido?

DAGNY

¿Y puedo creer que Hiordis me engañó al decirme que no era digna de ser tu mujer?

SIGURD

Sí, Dagny; confía en mi palabra.

DAGNY

Entonces vuelvo a ser dichosa y quiero tratar de olvidar todas las tragedias que aquí he presenciado. En las largas veladas invernales hablaremos de Gunnar y Hiordis y...

SIGURD

No, Dagny; por el bien de los dos, valdrá más que no nombres a Hiordis cuando estemos en casa allá en Islandia.

DAGNY

*(Con tono de dulce reproche.)* Tu odio es injusto. ¡Sigurd, eso no es digno de ti!

UNO DE LOS HOMBRES

*(Dirigiéndose a Arnulfo.)* La tumba está terminada.

ARNULFO

*(Como despertando.)* ¡La tumba! ¿Está?... Bien, bien.

SIGURD

Háblale ahora, Dagny.

DAGNY

*(Acercándose a él.)* Padre, hace frío aquí afuera; esta noche va a estallar una tormenta.

ARNULFO

¡Ah! No te preocupes. La tumba está ahora firme y debajo de ella están calientes.

DAGNY

Sí, pero tú...

ARNULFO

¿Yo? Yo no tengo frío.

DAGNY

No has comido hoy nada aún. ¿No quieres entrar? La cena está preparada.

ARNULFO

Deja la cena estar; no tengo hambre.

DAGNY

Pero, créeme, estar aquí sentado tan quieto y tan silencioso no te hará bien; no estás acostumbrado a ello.

ARNULFO

Sí, es verdad. Siento que algo me oprime el pecho; no puedo respirar. *(Se cubre de nuevo el rostro con las manos. Pausa.)*

DAGNY

*(Sentándose a su lado.)* Dispondrás tu barco para venirte con nosotros a Islandia, ¿verdad?

ARNULFO

*(Sin levantar la cabeza.)* ¿Y qué voy a hacer allí? No; quiero estar con mis hijos.

DAGNY

*(Apenada.)* ¡Padre!

ARNULFO

*(Levanta la cabeza.)* Entrad vosotros y dejadme aquí. Luego que la tormenta haya caído sobre mí una o dos noches, espero que se habrá acabado todo.

SIGURD

¡Eso no debes ni pensarlo!

ARNULFO

¿Te maravilla que quiera descansar? Pues mi obra está ya hecha; ya he enterrado a mis hijos. *(Con energía.)* ¡Dejadme aquí!... ¡Idos, idos!

SIGURD

*(Bajo a Dagny, que se ha levantado.)* Déjale que esté aquí un rato todavía.

DAGNY

No; quiero probar aún un medio...; le conozco bien. *(A Arnulfo.)* Dices que tu obra está ya terminada; pues no lo está aún. Has enterrado a tus hijos; mas tú eres un escalda, y tienes que componer una canción a su memoria.

ARNULFO

¿Cantar? No, no. Ayer podía hacerlo todavía; hoy soy ya demasiado viejo.

DAGNY

Y sin embargo es necesario. Todos tus hijos eran héroes gloriosos. Su memoria pide una canción, y nadie puede hacerla en nuestra casta tan bien como tú.

ARNULFO

*(Mirando interrogativamente a Sigurd.)* ¡Una canción fúnebre a mis hijos! ¿Qué te parece a ti?

SIGURD

Su deseo me parece justo. Haz lo que te pide.

DAGNY

Mal pensarían de tí tus vecinos de Islandia si en el banquete funeral no se cantase alguna canción en honor de los hijos de Arnulfo. Todavía no es tiempo de que sigas a tus hijos.

ARNULFO

Sea. Quiero intentarlo. Y tú, Dagny, escucha atenta para que puedas escribir luego la canción.

*(Se acercan los hombres con las antorchas y forman un corro alrededor de Arnulfo. Éste queda un momento pensativo; luego comienza):*

El Dios de los escaldas me otorgue el poder de cantar, y que mi lamento diga la dureza de mi destino.

Las Nornas crueles robáronme la dicha; tomáronme lo mío y me expulsaron, dejándome abandonado en el sendero duro.

Siete hijos debía a los dioses, y ahora tengo que caminar solitario y triste. Las siete figuras heroicas de los hijos eran la felicidad del padre.

Mas ahora huyó la dicha sublime... Mis hijos han muerto, mi casa está solitaria y solitarias sus estancias.

Thorolf, el menor, tú, el osado entre los osados, ¡si me quedaras tú no me lamentaría! Tú, flor de primavera, lleno de amor y vida; tú, orgullo de tu padre; ¡tú, héroe magnífico!

La herida mortal que te alcanzó prensa mi cabeza como si la tuviera apretada entre dos escu-

dos. ¡Oh! ¡Si mi espada tuviese aún bien afilado el corte y si los dioses protegiesen al anciano en la pelea, me vengaría de las normas envidiosas que me lo robaron todo, que se llevaron hasta el último de mis hijos!

¿Pero es que en verdad me lo han llevado todo? ¡No! ¡Una cosa me queda todavía!

Me queda el don de los dioses para lamentarme con palabras, para cantar el dolor que me oprime.

¡Suene, pues, el canto doloroso! Y lleve a los hijos que descansan en la tumba el último saludo amoroso de su padre.

¡Salud, oh héroes! ¡Salud, amados míos, que ahora cabalgáis hacia el Walhalla! ¡Los dioses amenguan mi sufrimiento y mi dolor! Mi canción me devuelve la salud.

*(Respira profundamente, se pasa la mano por los cabellos y por la frente, y dice con calma)*: Adelante; ahora Arnulfo está otra vez sano y fuerte. *(A los hombres.)* Venid a cenar, muchachos. ¡La faena del día ha sido dura! *(Se va con los hombres por la izquierda, hacia la cabaña de madera.)*

DAGNY

¡Gracias al Cielo que hemos encontrado tan buen medio! *(A Sigurd.)* ¿No quieres entrar?

SIGURD

No tengo gana ninguna. Dime, ¿está preparado todo para mañana?

DAGNY

Todo está dispuesto. Sobre el banco hay una sábana mortuoria ribeteada de seda. Pero yo sé que vencerás a Gunnar, y por eso no lloraba durante la labor.

SIGURD

Que todos los buenos poderes hagan que no viertas jamás una lágrima por mí. *(Se detiene y mira hacia la izquierda.)*

DAGNY

¿Qué escuchas?

SIGURD

¿No oyes?... Allí. *(Señalando hacia la izquierda.)*

DAGNY

Pasa una tormenta extraña sobre el mar.

SIGURD

Temo que esa tormenta va a traernos malas consecuencias. *(Gritando.)* ¿Quién viene?

KORE

*(Por la izquierda, en el fondo.)* ¡Gente conocida, Sigurd el Wiking! *(Entra con una porción de hombres armados.)*

SIGURD

¿Adónde queréis ir?

KORE

A casa de Gunnar.

SIGURD

¿Con propósitos enemigos?

KORE

¡Tenlo por seguro! La última vez me lo has impedido, pero ahora creo que te parecerá bien.

SIGURD

Es posible.

KORE

He oído hablar de tu desafío con Gunnar. Si las cosas van como yo quiero, las armas con que se presente ante ti han de ser bien frágiles.

SIGURD

Te atreves a mucho. ¡Ten cuidado, campesino!

KORE

*(Con maligna sonrisa.)* Tú déjame hacer. Si quieres aparejar por la noche tu barco, nosotros te iluminaremos... ¡Vamos, gente! Por aquí *(Señalando hacia la derecha.)* es el camino.

*(Se van por la derecha al fondo.)*

DAGNY

¡Sigurd, Sigurd! Tienes que impedir esa infamia.

SIGURD

*(Corre a la puerta de la cabaña y grita)*: ¡Arriba, Arnulfo; toma venganza de Kore!

ARNULFO

*(Saliendo con los demás.)* ¿Kore? ¿Dónde está?

SIGURD

¡Va a quemar la casa de Gunnar!

ARNULFO

¡Oh!... ¡Déjale! Así me vengará de Gunnar y Hiordis al mismo tiempo.

SIGURD

No; eso que has dicho no está bien. Esta misma noche tienes que buscar a Kore, dondequiera que lo encuentres; en cuanto haya hecho la fechoría, huirá a las montañas. A Gunnar lo he retado ya a combate singular; lo tienes, pues, seguro, a no ser que yo mismo... Pero de todos modos, esta noche hay que defenderlo de sus enemigos. ¡No es posible que un miserable como Kore me quite mi venganza!

ARNULFO

Lo que dices es verdad. Hoy quiero proteger al matador de Thorolf. Pero mañana ha de morir.

SIGURD

Él o yo. Puedes estar seguro.

ARNULFO

¡Adelante! Seguidme a vengar la casta de Arnulfo. *(Sale con sus gentes por el fondo derecha.)*

SIGURD

Dagny, vete con ellos. Yo tengo que quedarme, pues la noticia de mi duelo con Gunnar habrá cundido ya y no debo encontrarme con él hasta que el tiempo sea llegado. Ve y aconseja a tu padre para que realice con honor la empresa. En casa de Gunnar hay muchas mujeres; que nadie ejerza violencia contra Hiordis o contra las demás.

DAGNY

Sí, sí, voy corriendo; piensas todavía en Hiordis. ¡Gracias por tu bondad!

SIGURD

¡Vete, vete, Dagny!

DAGNY

Voy a toda prisa. Mas por Hiordis no hay que temer; en su cuarto tiene una armadura dorada, y ya sabrá defenderse.

SIGURD

También yo lo creo. Pero a pesar de eso, ve. Vela por tu padre; protégele, y protege también a la mujer de Gunnar.

DAGNY

Confía en mí. Hasta pronto. *(Se va por donde habían salido los demás.)*

SIGURD

Esta es la primera vez, hermano mío de armas, que estoy inactivo mientras te amenaza un peligro. *(Escucha hacia la derecha.)* Oigo gritos y chocar de espadas; ya han llegado. *(Va a ir hacia la derecha, pero se para asombrado y retrocede.)* ¡Hiordis viene aquí!

*(Llega Hiordis con un traje corto de escarlata, con armas doradas, yelmo y coraza; trae el cabello suelto; a la espalda lleva un carcaj, en el cinturón un escudo pequeño y en la mano el arco con la cuerda tejida de sus cabellos. Entra apresuradamente y mira hacia atrás como si temiese algún perseguidor; se acerca a Sigurd, le coge el brazo y dice con voz contenida):* ¡Sigurd, Sigurd! ¿No le ves?

SIGURD

¿A quién? ¿Dónde?

HIORDIS

El lobo..., allí..., muy cerca. No se mueve; me mira con ojos fosforescentes. ¡Es una advertencia para mí, Sigurd! Ya lo he visto tres veces; eso significa que esta noche tengo que morir.

SIGURD

¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS

Ahora se hunde en la tierra. Sí, claro; ahora ya me ha advertido.

SIGURD

*(Señalando hacia la izquierda.)* Estás enferma. Ven allá adentro.

HIORDIS

No; quiero esperar aquí. ¡Me queda ya poco tiempo!

SIGURD

¿Qué te ha ocurrido?

HIORDIS

¿Qué ha ocurrido? No sé; pero es verdad lo que tú dijiste de que Gunnar y Dagny estaban entre nosotros. Tenemos que huir de ellos y de la vida; entonces podremos estar juntos.

SIGURD

¿Nosotros? ¡Ah! ¿Tú crees...?

HIORDIS

*(Con majestad.)* El día en que escogiste a otra para tu mujer, quedé expatriada de la tierra. Mal obraste tú entonces. El hombre debe dar a su fiel amigo cuanto posea..., todo, menos la mu-

jer a quien ama; pues al hacerlo rasga el secreto tejido de las Normas, y quedan dos vidas aniquiladas. Una voz que no engaña dice dentro de mí que yo había sido creada para que mi ánimo valeroso te sostuviese y levantase en los tiempos difíciles, y que tú habías nacido para que hubiera un hombre en quien yo pudiera encontrar cuanto me parecía grande y glorioso. Pues eso es seguro, Sigurd. Si nosotros dos nos hubiéramos unido, seríamos, tú más glorioso, y yo más feliz que todos los demás hombres.

SIGURD

Los lamentos son ya inútiles. ¿Crees que es una vida dichosa la que ahora me espera? ¿Tener que estar constantemente al lado de Dagny y fingirle un amor que me oprime el corazón? Y sin embargo, tiene que ser así; nada puede salvarnos.

HIORDIS

*(Con energía creciente.)* ¡No puede ser! Nosotros dos tenemos que huir de la vida. ¿Ves este arco? Con él apunto bien, pues he cantado sobre él una canción mágica. *(Colocando una flecha en el arco, tendido.)* ¿Oyes cómo murmura el aire? Es la marcha de los muertos al Walhalla. Yo la he conjurado; iremos en su compañía.

SIGURD

¡Hiordis, Hiordis, me das miedo!

HIORDIS

*(Sin atenderle.)* No hay poder que pueda cambiar nuestro destino. Y es mejor así que si me hubiese unido a ti en esta vida; que si hubiera vivido en tu casa para tejer lino y lana y para darte descendencia. ¡Uf! ¡Uf!

SIGURD

¡Detente! Tu poder mágico te ha vencido. Ha enfermado tu alma. *(Horrorizado, señalando hacia la derecha.)* ¡Mira allí! ¡La casa de Gunnar ardiendo!

HIORDIS

¡Déjala arder, déjala arder! ¡Vale más vivir allá arriba entre nubes que en la sala de Gunnar!

SIGURD

¿Y Egil, tu hijo?... ¡Le están matando!

HIORDIS

Deja que le maten. Así morirá mi vergüenza con él.

SIGURD

¡Pero Gunnar!... Le quitan la vida a tu marido.

HIORDIS

Eso me es igual. Esta noche iré con un marido mejor. Sí, Sigurd; así tiene que ser. El nuevo Dios viene hacia el Norte y no quiero esperarle.

Los dioses antiguos ya no son lo fuertes que eran: duermen, viven medio entre sombras. ¡A luchar con ellos! Vámonos de esta vida, Sigurd. Quiero sentarte en el trono del cielo, y quiero sentarme yo a tu lado. *(Estalla la tormenta.)* ¡Oye, oye; ahí viene nuestro séquito! ¿No ves los dos corceles negros, veloces? El uno es para mí; para ti el otro. *(Coloca el arco sobre la mejilla y dispara.)* Entra, pues, en este último viaje.

SIGURD

¡Bien dado, Hiordis! *(Cae.)*

HIORDIS

*(Jubilosa, corre hacia él.)* ¡Sigurd, hermano mío! Ahora somos uno de otro.

SIGURD

Ahora menos que nunca. Aquí se separan nuestros caminos, pues... ¡yo soy cristiano!

HIORDIS

*(Horrorizada.)* ¿Tú?... ¡Ah! No, no.

SIGURD

Yo rezo al Dios nuevo. El rey Adelsthan me ha enseñado a conocerlo. Hacia Él voy ahora.

HIORDIS

¡Y yo! *(Desesperada, arroja el arco.)* ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

SIGURD

Dura ha sido mi vida desde la hora en que te arranqué de mi corazón y te entregué a Gunnar. Gracias, Hiordis... ¡Ahora me siento tan libre y tan dichoso! *(Muere.)*

HIORDIS

*(En voz baja.)* ¡Muerto!... ¡He perdido, pues, mi alma! *(La tormenta ruge con más fuerza. Hiordis grita con salvaje violencia.)* ¡Ya vienen! Yo los he conjurado. Mas no, no. Yo no voy con vosotros; no quiero ir sin Sigurd. Ya no hay salvación. Me persiguen con sus miradas; se sonríen y me hacen señas; hacen caracolear sus caballos. *(Corre hacia las rocas del fondo.)* Ya están sobre mí. Y ningún auxilio, ninguna huída es posible. Mas quién sabe... Acaso en el fondo del mar... *(Se precipita por el acantilado.)*

*(Arnulfo, Dagny, Gunnar y Egil y las gentes de Sigurd van entrando poco a poco por la derecha.)*

ARNULFO

*(Dirigiéndose a los sepulcros.)* Ahora ya podéis dormir tranquilos, porque estáis vengados.

DAGNY

*(Entrando.)* ¡Padre, padre..., me muero de horror! Tanta sangre vertida... y la tormenta. ¡Oye, oye!

GUNNAR

*(Con Egil en los brazos.)* Paz y protección para mi hijo.

ARNULFO

¿Tú, Gunnar?

GUNNAR

Sí, mi casa está incendiada y mis hombres han caído todos. Estoy en tu poder. Haz lo que quieras conmigo.

ARNULFO

Eso lo decidirá Sigurd. Pero ahora vámonos a techado. Aquí no estamos seguros.

DAGNY

Sí, adentro, adentro. *(Se dirige hacia la cabaña, ve el cadáver y da un grito.)* ¡Sigurd, esposo mío ¡Le han matado!

ARNULFO

*(Corre apresuradamente.)* ¡Sigurd!

GUNNAR

*(Dejando a Egil en el suelo.)* ¡Sigurd muerto!

DAGNY

*(Mira desesperadamente a los hombres que rodean el cadáver de Sigurd.)* ¡No, no; no es posible! ¡Es preciso que viva! *(Viendo el arco.)* ¿Qué es esto? *(Se pone en pie.)*

ARNULFO

Hija mía, tienes razón. Sigurd ha sido asesinado.

GUNNAR

*(Acometido de una idea repentina.)* ¿Y Hiordis? ¿Ha estado aquí Hiordis?

DAGNY

*(Bajo y conteniéndose.)* No lo sé. Pero su arco sí que estuvo.

GUNNAR

¡Ya me lo figuraba yo!

DAGNY

¡Calla, Calla! *(Para sí.)* ¡Tanto le odiaba!

GUNNAR

*(En voz baja.)* Le ha matado en la noche antes del duelo. Me amaba, pues.

*(Pasa por el aire rugiendo el cortejo mortuorio. Todos se horrorizan.)*

EGIL

*(Aterrado.)* ¡Padre! ¡Mira, mira allí!

GUNNAR

¿Qué es?

EGIL

Allá arriba..., los caballos negros...

GUNNAR

Son las nubes que...

ARNULFO

No; los muertos cabalgan al Walhalla.

EGIL

*(Dando un grito.)* ¡Mi madre va con ellos!

DAGNY

¡Espíritus buenos!

GUNNAR

Niño, ¿qué dices?

EGIL

¡Allí..., allá arriba..., sobre el caballo negro! ¡Padre! ¡Padre! *(Se coge a él horrorizado.)*

*(Pausa corta; cesa la tormenta; se despejan las nubes; la luna ilumina quietamente el paisaje.)*

GUNNAR

*(En voz baja y doliente.)* Sí, Hiordis ha muerto sin duda.

ARNULFO

Así es, Gunnar; y en ella tenía más que vengar que en ti. El encuentro nos ha salido caro a ambos. He aquí mi mano. Sea paz y reconciliación entre nosotros.

GUNNAR

Gracias, Arnulfo. Y ahora, a los barcos. Yo voy con vosotros a Islandia.

ARNULFO

Sí, a Islandia. Y nuestra expedición habrá de recordarse por mucho tiempo. Hasta más allá de las tierras septentrionales resonará la fama de las acciones heroicas realizadas en playas extrañas por la última casta de Islandia.

FIN

# LA SEÑORA INGER DE OSTROT

DRAMA EN CINCO ACTOS

## PERSONAJES

La señora Inger Ottisdatter Römer, *viuda del maestresala imperial Nils Gyldenlöve.*
Elina Gyldenlöve, *hija suya.*
Nils Lykke, *caballero danés.*
Olaf Skaktval, *noble noruego proscrito.*
Nils Stenson.
Jens Bjelke, *coronel sueco.*
Bjorn, *ayuda de cámara.*
Finn, *criado.*
Ejnar Huk, *mayordomo del castillo.*

Criados, campesinos, soldados suecos.

**La acción en el castillo de Ostrot, en Drontheimfjord, en 1528.**

Derecha e izquierda, del actor.

# ACTO PRIMERO

Una estancia en Ostrot. Por la puerta del fondo que está abierta se ve la sala de armas iluminada débilmente por los rayos de luna que de cuando en cuando caen de una ventana estrecha que hay en el muro opuesto. A la derecha, la puerta de salida; delante de ella una ventana con cortinas. A la izquierda, una puerta que conduce a las habitaciones interiores. Al fondo, un gran hogar encendido que alumbra la habitación. Es una noche tempestuosa. Bjorn y Finn están sentados en el hogar; este último limpia un yelmo; al lado de ellos hay varias armas, una espada y un escudo.

FINN

*(Después de una pausa.)* ¿Quién fué Knut Alfson?

BJORN

La señora dice que ha sido el último caballero noruego.

FINN

¿Y los daneses lo vencieron en Oslo-Fiord?

BJORN

Pregúntaselo a un niño de cinco años, si no lo sabes.

FINN

¿De modo que Knut Alfson fué nuestro último caballero? ¡Y ahora ha muerto y ya no existe!

*(Levantando el yelmo.)* Entonces tienes que conformarte con colgar limpio y reluciente en la sala de armas. Ya no eres más que una cáscara de nuez vacía. El grano..., el grano se lo han comido ya hace tiempo los gusanos. Oye, Bjorn..., ¿no se podría decir que Noruega es una cáscara de nuez como este yelmo, reluciente por fuera, comida de los gusanos por dentro?

BJORN

¡Cállate y haz tu trabajo! ¿Has terminado con el yelmo?

FINN

Reluce como plata a la luz de la luna.

BJORN

Entonces llévatelo. Mira aquí; quítale el óxido a esta espada.

FINN

*(La coge y la da vueltas por todas partes.)* ¿Pero valdrá la pena de hacerlo?

BJORN

¿Qué quieres decir?

FINN

No tiene corte alguno.

BJORN

No te preocupes de ello. Dámela a mí... Aquí tienes el escudo.

FINN

Si le falta la abrazadera...

BJORN

*(Entre dientes.)* ¡Ah! Quisiera poder cogerte como...

FINN

*(Murmura algunas palabras ininteligibles.)*

BJORN

¿Qué es lo que te pasa?

FINN

Un yelmo vacío, una espada sin corte, un escudo sin abrazadera...; en esto consiste toda la grandeza. Yo creo que nadie podrá censurar a la señora Inger por dejar que tales armas cuelguen limpias y brillantes en la sala de armas, en vez de bañarse en sangre danesa.

BJORN

¿A qué esas charlatanerías? Me parece que vivimos en paz.

FINN

¿Paz? Sí; cuando el labrador ha gastado su última flecha y el lobo le ha comido la última oveja, entonces hacen las paces. ¡Pero qué amistad más admirable entre los dos! Bien; que las cosas vayan como quieran. Como he dicho, está perfectamente que las armas cuelguen tranquilas en la sala, pues ya conoces la antigua máxima: «Sólo

el caballero es un hombre...» Y puesto que no hay ya más caballero aquí en Noruega, no hay tampoco más hombres, y donde no hay hombres tienen que mandar las mujeres. Por eso...

BJORN

Por eso..., por eso te mando que dejes toda esa charla sin substancia. *(Se levanta.)* Va a ser pronto de noche. Vuelve a colgar en la sala el yelmo y el escudo.

FINN

*(En voz baja.)* No; prefiero dejarlo para mañana.

BJORN

¿Pero qué es eso? ¿Sigues siendo miedoso?

FINN

Por el día no. Pero si tuviera que ir de noche preferiría ir con compañía. Sí, tú me miras asombrado; pero debes saber que allá en la cocina se cuentan muchas cosas. *(Bajando la voz.)* Hay algunos que dicen que todas las noches pasea por la sala un fantasma grande vestido de negro.

BJORN

¡Habladurías de viejas!

FINN

Pues ellos juran que es verdad.

BJORN

Eso sí lo creo.

FINN

Y lo más extraño es que la señora cree también lo mismo.

BJORN

*(Sorprendido.)* ¡La señora! ¿Qué es lo que cree?

FINN

¿Lo que la señora Inger cree? ¡Ah!, eso no lo sabe mucha gente. Pero lo que es cierto es que no tiene sosiego ninguno. ¿No ves que de día en día se pone más delgada y más pálida? *(Con mirada inquisitiva.)* La gente dice que no duerme nunca y que eso es por causa del espectro...

*(Durante las últimas palabras, Elina Gyldenlöve aparece en la puerta de la izquierda, que está entreabierta; sin que los otros se aperciban se para y escucha.)*

BJORN

¿Y tú crees semejantes tonterías?

FINN

A medias. Por lo demás, hay gente que explica de otro modo las cosas. Pero esto no es más que malignidad. Oye, Bjorn, ¿conoces la canción que circula por todo el país?

BJORN

¿Una canción?

FINN

Sí; anda en lenguas del pueblo. Es una canción

indigna. Por lo demás, está muy bien. Escucha. *(Canta a media voz.)*

La señora Inger de Ostrot
viste de terciopelo
con perlas en el cabello;
tiene triste el corazón.
La señora Inger vendióse al danés;
todos sus criados vendiólos también,
y en pago...

*(Bjorn, indignado, le sujeta por el pecho. Elina se retira sin ser notada.)*

BJORN

Y yo te envío sin salario al demonio, si dices otra sola palabra ofensiva para la señora.

FINN

*(Soltándose.)* Pero, pero..., ¿he sido yo el que inventó la canción?

*(Afuera suena un cuerno.)*

BJORN

¡Escucha! ¿Qué es eso?

FINN

Un cuerno. Parece que tendremos huéspedes esta noche.

BJORN

*(En la ventana de la derecha.)* Se abre la puerta. Suenan golpes de herraduras en el patio. Debe de ser un caballero.

FINN

¿Un caballero? Eso me parece difícil.

BJORN

¿Por qué no?

FINN

Tú mismo lo has dicho: el último de nuestros caballeros ha muerto. *(Se va por la derecha.)*

BJORN

¡Maldito canalla!... En todas partes tiene los ojos. Para esto ha servido todo mi trabajo para ocultar y esconder las cosas. Anda ya en lenguas de la gente; no pasará mucho tiempo sin que todo el mundo grite que...

*(Elina vuelve a entrar por la puerta de la izquierda; mira alrededor y pregunta con ademán misterioso):* ¿Estás solo, Bjorn?

BJORN

¿Lo estáis vos, señorita Elina?

ELINA

Oye, cuéntame uno de tus cuentos. Sé que sabes más que los que...

BJORN

¿Que cuente?... ¿Pero ahora, tan tarde?...

ELINA

Si cuentas desde que obscurece aquí en Ostrot, sí que es en verdad tarde.

BJORN

¿Qué os pasa? ¿Os ha ocurrido algo desagradable? Parecéis tan intranquila...

ELINA

Puede ser.

BJORN

Algo ha tenido que ocurriros. En este último medio año no sois la misma que erais.

ELINA

Piensa que desde hace medio año duerme en la tumba Lucía, mi adorada hermana.

BJORN

No es eso, no. No es eso sólo lo que hace que andéis ora pálida y meditabunda, ora desesperada y furiosa como esta noche.

ELINA

¿Lo crees así? ¿Y por qué no? ¿No era Lucía dulce y piadosa y bella como una noche de verano? Bjorn..., yo amaba a Lucía como a mi propia vida. ¿Te acuerdas de cuántas veces en las noches de invierno, cuando éramos niñas, nos sentábamos en tus rodillas? Nos cantabas canciones y nos contabas...

BJORN

Sí; entonces estabais fresca y alegre.

ELINA

¡Ah, entonces! Entonces vivía una hermosa vida con los cuentos y con mis propias fantasías ¿Es posible que fuera entonces la playa tan fría como ahora? Yo al menos no lo notaba. Allí era donde yo me refugiaba con más gusto y donde soñaba las más hermosas fantasías. Mis héroes venían de muy lejos y tornaban luego a marcharse por el mar. Yo vivía con ellos, y al marcharse los acompañaba. *(Se deja caer sobre una silla.)* Y ahora me siento tan débil y tan cansada... Ya no puedo vivir de mis cuentos...; no son más que cuentos. *(Se levanta con un impulso repentino.)* Bjorn, ¿sabes qué es lo que me ha puesto así? Una verdad. Una verdad muy mala, muy mala, que día y noche pesa sobre mí.

BJORN

¿Qué queréis decir?

ELINA

¿Te acuerdas de que a veces nos dabas consejos y reglas de vida? Lucía los seguía, pero yo... ¡Dios me haga mejor!

BJORN

*(Consolándola.)* ¡No, no!

ELINA

¡Si lo sé! ¡Era orgullosa, altanera! Cuando jugá-

bamos juntas yo quería siempre hacer de reina porque me tenía por la más grande, la más hermosa, la más inteligente. ¡Si lo sé muy bien!

BJORN

Eso es verdad.

ELINA

Una vez me cogiste de la mano, me miraste muy serio y me dijiste: «No te enorgullezcas de tu hermosura ni de tu inteligencia, ¡pero sé orgullosa como el águila en la cima de las montañas cuando pienses que eres la hija de Inger Gyldenlöve!»

BJORN

Y teníais razones para estar orgullosa de ello.

ELINA

Sí; de eso me contabas muy a menudo, Bjorn. ¡Oh, me contaste tantos cuentos en aquel tiempo! *(Estrechándole la mano.)* ¡Gracias por todos! Y cuéntame ahora uno; acaso pueda volver a estar alegre como antes.

BJORN

Ahora ya no sois una niña.

ELINA

Cierto que no. Pero déjame figurarme que todavía lo soy... ¡Anda, cuenta! *(Se arroja sobre una silla.)*

BJORN

*(Sentándose a la vera del hogar.)* Había una vez un alto caballero de quien se contaba la extraña leyenda...

ELINA

*(Que ha estado escuchando hacia la sala, desasosegada le coge por un brazo y dice con energía, pero susurrando):* ¡Silencio! No grites así. No soy sorda.

BJORN

*(Más bajo.)* Había una vez un alto caballero de quien se contaba la extraña leyenda... *(Elina se incorpora y escucha con toda su alma hacia la sala.)* Señorita Elina, ¿qué os sucede?

ELINA

*(Tornando a sentarse.)* ¿A mí? Nada. Sigue adelante.

BJORN

Pues se decía que todas las mujeres a quienes miraba fijamente a los ojos no podían olvidarlo jamás, sino que le seguían en pensamiento a todas partes y acababan por morir de tristeza.

ELINA

Eso ya lo he oído. Además, no es un cuento lo que cuentas, pues el caballero que tú dices es

Nils Lykke, que todavía hoy se sienta en el Consejo del Imperio.

BJORN

Puede ser.

ELINA

Bien, es igual. Sigue.

BJORN

Y una vez ocurrió...

ELINA

*(Poniéndose en pie.)* ¡Escucha! ¡Silencio!

BJORN

¿Qué es eso? ¿Qué tenéis?

ELINA

*(Escuchando.)* ¿No oyes?

BJORN

¿Qué?

ELINA

¡Allí está! ¡Junto a la cruz de Cristo! ¡Allí está!

BJORN

*(Levantándose.)* ¿Qué es lo que está allí? ¿Dónde?

ELINA

Ella misma... En la sala de armas... *(Corre hacia el fondo.)*

BJORN

*(Yendo detrás de ella.)* ¡Cómo podréis creer...! ¡Señorita Elina, idos a vuestra habitación!

ELINA

¡Silencio! ¡Estáte quieto! ¡No te muevas! ¡Que no te vea! Espera... Ahora sale la luna... ¿Puedes ver la figura negra...?

BJORN

¡Por todos los santos!

ELINA

¿Ves? Vuelve el retrato de Knut Alfson hacia la pared. ¡Ah, ah!, sin duda la mira demasiado fijo a los ojos.

BJORN

¡Oidme, señorita Elina!

ELINA

*(Yendo hacia el hogar.)* ¡Ahora sé lo que sé!

BJORN

*(Para sí.)* ¡De modo que es verdad!

ELINA

¿Quién era, Bjorn; quién era?

BJORN

Vos lo habéis visto del mismo modo que yo.

ELINA

¿Entonces a quién vi yo?

BJORN

Visteis a vuestra madre.

ELINA

*(Para sí.)* Noche por noche he escuchado sus pasos. La he oído suspirar y murmurar como un alma desasosegada. Ya la canción dice... ¡Ah, ahora lo sé yo! Ahora sé que...

BJORN

¡Silencio!

*(La señora Inger entra por el fondo. Entra apresuradamente, sin ver a los otros; va a la ventana de la derecha, separa la cortina y mira un rato hacia afuera, como si aguardase a alguien. Luego se aparta de la ventana y vuelve lentamente a la sala.)*

ELINA

*(La ha seguido con los ojos y dice en voz baja):* ¡Vacilante y pálida como una muerta!...

*(Hacia la derecha, afuera, se oye ruido y voces.)*

BJORN

¿Qué es eso?

ELINA

Sal y mira a ver lo que pasa.

*(Ejnar Huk aparece en la antecámara con una muchedumbre de criados y campesinos.)*

HUK

*(Desde la puerta.)* ¡A ella directamente! Y luego sin vacilar.

BJORN

¿A quién buscáis?

HUK

A la señora misma.

BJORN

¡A la señora! ¿Tan tarde?

HUK

Tarde, y sin embargo bastante temprano me parece.

CAMPESINOS

¡Sí, ahora tendrá que oirnos!

*(La muchedumbre penetra en la habitación. En el mismo momento la señora Inger se muestra en la puerta de la sala de armas. Todos callan de pronto.)*

LA SEÑORA INGER

¿Qué queréis de mí?

HUK

Os buscamos, noble señora, para...

LA SEÑORA INGER

Bien; entonces hablad.

HUK

Es una buena causa. En pocas palabras... Venimos a pediros permiso y armas.

LA SEÑORA INGER

¿Permiso y armas? ¿Para qué?

HUK

Ha llegado un rumor de Suecia que dice que el pueblo en Dalakarlia se ha sublevado y marcha contra el rey Gustavo.

LA SEÑORA INGER

¿Eso hace el pueblo en Dalakarlia?

HUK

Eso se dice y parece que es seguro.

LA SEÑORA INGER

Y aunque así fuese, ¿qué tenéis que ver vosotros con la sublevación de Dalakarlia?

CAMPESINOS

¡Queremos pelear también! ¡Queremos librarnos a nosotros mismos!

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Ah, si hubiese llegado el momento!

HUK

Los campesinos de todos los pueblos de la frontera noruega marchan hacia Dalakarlia. Hasta los proscritos que llevan años viviendo perseguidos en las montañas se atreven ahora a bajar a poblado, reclutan gente y afilan el corte de sus armas oxidadas.

LA SEÑORA INGER

*(Tras una pausa.)* Escuchadme. ¿Habéis pensado lo que vais hacer? ¿Habéis pensado en lo que os costaría si las gentes del rey Gustavo llegasen a vencer?

BJORN

*(En voz baja y suplicante, a la señora Inger.)* Pensad en lo que les costaría a los daneses si las gentes del rey Gustavo fuesen vencidas.

LA SEÑORA INGER

Eso no es cosa mía. *(Volviéndose a la muchedumbre.)* Sabed que el rey Gustavo puede contar seguramente con el apoyo de Dinamarca. El rey Federico es su amigo y no ha de dejarle solo...

HUK

¿Pero y si los campesinos se levantan en toda la tierra noruega? ¿Si nos levantamos todos a una..., los señores y el pueblo? Sí, señora; ahora

casi creo que ha llegado la ocasión que nosotros aguardábamos. Si ahora estalla tendrán que salir del país los extranjeros.

CAMPESINOS

Sí. ¡Fuera los gobernadores daneses! ¡Fuera los señores extranjeros! ¡Fuera la Dieta imperial!

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Oh, hay fuerza en ellos y sin embargo...!

BJORN

*(Para sí.)* Está indecisa. *(A Elina.)* Señorita Elina, os habéis equivocado en el juicio de vuestra madre.

ELINA

Bjorn, me arrancaría los ojos si me hubiese engañado.

HUK

Ved, noble señora. Primero hay que luchar con el rey Gustavo. Una vez que haya perdido la fuerza no se sostendrán por mucho tiempo en Noruega los daneses.

LA SEÑORA INGER

¿Y entonces?

HUK

Entonces seremos libres. No tendremos más dominadores extranjeros y podremos elegirnos

por nosotros mismos un rey, lo mismo que lo han hecho los suecos antes que nosotros.

LA SEÑORA INGER

*(Con fuego.)* ¿Un rey elegido por nosotros mismos? ¿Piensas acaso en la casta de los Sture?

HUK

El rey Cristián y otros después de él han hecho una buena limpia en los mayorazgos. La mayoría de nuestros nobles, si es que aun viven, yerran proscritos por las montañas; pero a pesar de todo bien podría encontrarse uno de las antiguas familias que...

LA SEÑORA INGER

*(Interrumpiéndole con vehemencia.)* ¡Basta, Ejnar Huk! ¡Basta! *(Para sí.)* ¡Oh, mi más cara esperanza! *(Dirigiéndose a los campesinos y criados.)* Os he advertido todo lo que podía. Os he dicho a qué grandes peligros os exponíais. Mas si a pesar de eso persistís en vuestro propósito, sería una locura de mi parte querer prohibiros lo que podéis hacer muy bien sin mi permiso.

HUK

¿De modo que tenemos vuestro consentimiento para...?

LA SEÑORA INGER

Tenéis vuestra propia firme voluntad; consultad con ella. Si es verdad, como decís, que cada

día se os tiraniza y se os molesta más... Yo de esas cosas sé tan poco... Y no quiero saber más. ¿Qué puedo hacer yo, una pobre mujer sola?... Aunque quisierais saquear la sala de armas... y allí hay unas pocas...; esta noche vosotros disponéis sobre Ostrot. Podéis hacer cuanto se os antoje. ¡Buenas noches! *(Quiere irse. La muchedumbre prorrumpe en vivas atronadores. Se encienden luces. Los criados sacan gran número de armas de la sala.)*

BJORN

*(Coge a la señora Inger cuando ésta hace ademán de irse.)* ¡Gracias, noble señora! Yo, que os conozco desde la infancia, no he dudado nunca de vos.

LA SEÑORA INGER

¡Silencio, Bjorn! Lo que esta noche he osado es un juego peligroso. Los demás sólo comprometen la vida. Pero yo... comprometo mil veces más; créeme.

BJORN

¿Cómo? ¿Teméis por vuestro poder y vuestras buenas relaciones con...?

LA SEÑORA INGER

¡Mi poder! ¡Oh, Dios mío!

UN CRIADO

*(Viene de la sala con una gran espada.)* ¡Esta sí que es una buena arma! ¡Con ella haré correr a los criados de las sanguijuelas!

HUK

*(A otro criado.)* ¿Qué es eso que llevas?

OTRO CRIADO

Un coselete al que llaman Herlof Hyttefads.

HUK

Es demasiado para ti. Mira, aquí tengo el mango de la lanza de Sten Sture. Si colgamos de él...

FINN

*(Entra por la puerta de la derecha con una carta en la mano y se dirige a la señora Inger.)* Os he buscado por todas las habitaciones.

LA SEÑORA INGER

¿Qué pasa?

FINN

*(Dándole la carta.)* Un muchacho de Drontheim ha traído esta carta para usted.

LA SEÑORA INGER

A ver. *(Mientras abre la carta.)* ¿De Drontheim? ¿Qué puede ser? *(Recorre la carta.)* ¡Cristo bendito! ¡De él, y aquí!... *(Sigue leyendo. Las gentes siguen sacando armas de la sala. La señora Inger, para sí.)* Y viene aquí. Viene esta noche. ¡Oh, entonces hay que luchar con la astucia y no con la espada!

HUK

Basta; basta ya, amigos; estamos ya bastante pertrechados. Podemos ponernos en camino.

LA SEÑORA INGER

*(Cambiando de pronto de tono.)* ¡Nadie saldrá de casa esta noche!

HUK

Pero, noble señora, ahora tenemos viento favorable. Navegamos por el fjord y...

LA SEÑORA INGER

Lo que he dicho queda dicho.

HUK

¿Entonces tendremos que esperar hasta mañana?

LA SEÑORA INGER

Hasta mañana o hasta cuando sea. Por ahora que ningún hombre armado salga de Ostrot. *(Señales de descontento en la muchedumbre.)*

ALGUNOS CAMPESINOS

¡A pesar de eso vamos, señora Inger!

OTROS MUCHOS

¡Sí, sí; vamos a pesar de todo!

LA SEÑORA INGER

*(Adelantando un paso hacia ellos.)* ¿Quién se atreve? *(Callan todos. Tras una pausa corta.)* Yo

he pensado por vosotros. ¿Qué sabéis vosotros, pobre gente del pueblo, de lo que conviene al país? ¿Cómo podéis atreveros a opinar sobre cosas semejantes? Tenéis que procurar soportar por algún tiempo todavía la tiranía y los abusos. Eso no puede seros muy duro si pensáis que tampoco nosotros, las mejores familias, corremos mejor suerte. Más tarde sabréis cuál es mi voluntad. ¡Salid ahora!

*(Los criados se llevan las armas. La muchedumbre se va por la puerta de la derecha.)*

ELINA

*(En voz baja, a Bjorn.)* ¿Crees todavía que me equivoqué en mi juicio sobre... la señora Ostrot?

LA SEÑORA INGER

*(Llama a Bjorn y le dice)*: Prepara una habitación para un huésped.

BJORN

Como ordenéis, señora.

LA SEÑORA INGER

¡Y que la puerta esté abierta para todo el que llame!

BJORN

Pero...

LA SEÑORA INGER

¡La puerta abierta!

BJORN

Estará abierta. *(Se va por la derecha.)*

LA SEÑORA INGER

*(A Elina, que se va hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Quédate! *(Elina se vuelve.)* Elina, hija mía, tengo que decirte a solas una cosa.

ELINA

Os escucho.

LA SEÑORA INGER

¿Tú piensas mal de tu madre?

ELINA

Pienso lo que vuestra conducta, con gran dolor mío, me hace creer.

LA SEÑORA INGER

Y me respondes como tu ánimo enemigo te dicta.

ELINA

¿Quién ha hecho desaparecer el cariño de mi ánimo? Desde niña me había acostumbrado a venerar en vos una mujer grande y noble. Como vos me figuraba yo aquellas mujeres cuyos hechos gloriosos cuentan las crónicas. Me parecía que el mismo Dios había impreso una señal en vuestra frente, y os había elegido para conducir a los temerosos y a los vacilantes. Señoras y caballeros cantaban en la gran sala vuestras alabanzas, y hasta el pueblo os llamaba la esperanza

y el apoyo del país. Y todos creían que con vos iban a volver los buenos tiempos. Todos creían qué con vos amanecería un nuevo día para nosotros. Hoy es noche aún y ya no sé si puedo esperar que con vos venga alguna vez la luz del día.

LA SEÑORA INGER

Ya supongo de dónde tomas esas palabras venenosas. Dices todo lo que la turba murmura y cuchichea sobre cosas de que no puede juzgar.

ELINA

La verdad está en boca del pueblo, decíais en otros tiempos, cuando discursos y canciones decían vuestras alabanzas.

LA SEÑORA INGER

Acaso. Pero aunque yo permaneciese aquí inactiva siendo mi deber obrar..., ¿crees que una situación semejante no me pesaría lo suficiente para que tú echases todavía piedras sobre mi carga?

ELINA

Las piedras que yo arrojo sobre vuestra carga pesan sobre mí tanto como sobre vos. Libre y dichosa era mi vida mientras pude creer en vos, pues para poder vivir necesito poder sentir orgullo. Y con razón hubiera podido ser orgullosa si vos hubieseis seguido siendo siempre lo que erais.

LA SEÑORA INGER

¿Y quién te dice que no lo soy, Elina? ¿Cómo sabes con tal seguridad que no cometes una injusticia con tu madre?

ELINA

*(Con vehemencia.)* ¡Ojalá fuese así!

LA SEÑORA INGER

¡Silencio! Tú no tienes derecho a pedir cuentas a tu madre. Con una sola palabra podría...; pero no te haría bien oirla; tienes que esperar hasta que llegue el tiempo. Puede ser que...

ELINA

*(Haciendo ademán de irse.)* ¡Descansad, madre!

LA SEÑORA INGER

*(Vacilante.)* No..., quédate. Tengo que decirte todavía algo que... Acércate. Es preciso que oigas, Elina. *(Se sienta al lado de la mesa que está junto a la ventana de la derecha.)*

ELINA

Os escucho.

LA SEÑORA INGER

A pesar de lo reservada que eres, sé muy bien que más de una vez has ansiado salir de aquí. Ostrot te parece demasiado solitario y triste.

ELINA

¿Cómo puede extrañaros eso, madre?

LA SEÑORA INGER

Depende de ti el que en el porvenir sea de otra manera.

ELINA

¿Cómo?

LA SEÑORA INGER

Óyeme. Esta noche espero un huésped.

ELINA

*(Acercándose.)* ¡Un huésped!

LA SEÑORA INGER

Un huésped que debe permanecer desconocido. Nadie debe saber ni de dónde viene ni adónde va.

ELINA

*(Arrojándose con un grito de alegría a sus pies y cogiendo sus manos.)* ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Perdonadme, si podéis, toda la injusticia que he cometido contra vos!

LA SEÑORA INGER

¿Qué crees? No te entiendo, Elina.

ELINA

¡De modo que todos se han equivado! ¡Vuestro corazón es siempre fiel!

LA SEÑORA INGER

Pero levántate y habla...

ELINA

¡Oh! ¿Creéis que no sé quién es el huésped?

LA SEÑORA INGER

¿Lo sabes? ¿Y a pesar de eso...?

ELINA

¿Creéis que las puertas de Ostrot están tan cerradas que de cuando en cuando no dejen pasar un grito de dolor? ¿Pensáis que no sé que muchos descendientes de nobles familias andan errantes y proscritos, sin casa ni amparo, mientras los señores daneses viven tranquilamente en los castillos de sus padres?

LA SEÑORA INGER

Bien. ¿Y qué?

ELINA

Sé muy bien que más de un caballero anda por el bosque perseguido como lobo hambriento. No tienen un hogar donde descansar, ni un pedazo de pan que comer.

LA SEÑORA INGER

¡Basta! Ahora te comprendo.

ELINA

*(Continuando.)* ¡Y por eso le abrís las puertas de noche! ¡Por eso ha de permanecer desconocido ese huésped de quien nadie ha de saber ni de

dónde viene ni adónde va! ¡Darle asilo a pesar de que las órdenes de los señores os lo prohiben!...

LA SEÑORA INGER

¡Basta te digo! *(Calla un momento, y conteniéndose, agrega):* Te equivocas, Elina. El que espero no es un proscrito.

ELINA

*(Levantándose.)* Entonces os he entendido mal.

LA SEÑORA INGER

Óyeme, hija mía; pero óyeme tranquila, si te es posible domar tu ánimo vehemente.

ELINA

Escucharé tranquila hasta que hayáis terminado.

LA SEÑORA INGER

Escucha, pues, lo que tengo que decirte. En tanto que he podido he procurado que no supieses de los apuros y las dificultades en que nos encontrábamos. ¿Porque de qué podía servir llenar tu alma joven de preocupaciones y amarguras? De las dificultades no han de sacarnos lágrimas y quejas femeniles. Para ello son precisos valor y fuerza varoniles.

ELINA

¿Y quién os ha dicho que yo no posea valor y fuerza varoniles, si fuese necesario?

LA SEÑORA INGER

¡Calla, niña! Podía cogerte por la palabra.

ELINA

¿Cómo, madre mía?

LA SEÑORA INGER

Podría pedirte ambas cosas. Podría... Pero déjame que termine de hablar. Has de saber que se acerca el tiempo que la Dieta imperial danesa aguarda ya de largo..., el tiempo en que puedan dar a nuestras libertades el último golpe. Por eso es necesario...

ELINA

*(Con ímpetu.)* ¿Combatir, madre?

LA SEÑORA INGER

No; es necesario ganar tiempo. En Copenhague está a estas horas reunida la Dieta para determinar la forma más conveniente de proceder. Parece que la mayoría es de opinión que la oposición no ha de cesar hasta que noruego y dinamarqués sean una misma cosa. Pues si nosotros seguimos creyendo en nuestro derecho de constituir nación independiente, cuando la elección de nuevo rey sobrevenga tendrá que estallar el conflicto. Y eso quieren evitarlo los señores daneses...

ELINA

¡Quieren evitarlo! Bien. ¿Pero nosotros vamos

a tolerar tal atropello? ¿Vamos a contemplar tranquilamente que...?

LA SEÑORA INGER

No; no lo toleraremos. Pero hacer uso de las armas..., presentarse en lucha abierta..., ¿de qué servirá todo eso hasta que estemos unidos? ¿Y cuándo hemos estado menos unidos que ahora? No; cuanto podamos hacer contra esos planes tendremos que hacerlo en secreto y sin ruido. Necesitamos, como te digo, ganar tiempo para reflexionar. Al sur de Noruega una gran parte de la nobleza está con los daneses; aquí en el norte no se sabe bien cómo están los ánimos. Por eso el rey Federico envía a uno de sus hombres de confianza para informarse por sus propios ojos de nuestra manera de pensar.

ELINA

*(Con gran interés.)* Bien... Y...

LA SEÑORA INGER

Ese caballero llega a Ostrot esta noche.

ELINA

¿Aquí? ¿Y esta noche?

LA SEÑORA INGER

Ayer llegó a Drontheim. Y hace un momento recibí la noticia de que iba a venir aquí. Dentro de una hora habrá llegado.

ELINA

¿Y no pensáis, madre, el daño que sufrirá vuestro nombre si consentís en recibir de tal modo al enviado danés? ¿No veis que la gente desconfía ya de vos? ¿Cómo podéis esperar que luego se deje guiar de vos si ahora llega a saberse que...?

LA SEÑORA INGER

No te preocupes. En todo eso ya he pensado. Pero no hay otro remedio. Su comisión es secreta; por eso ha llegado de incógnito a Drontheim, y por eso tendrá que ser secreta su estancia en Ostrot.

ELINA

¿Y el nombre del señor danés...?

LA SEÑORA INGER

Suena bien, Elina. La nobleza de Dinamarca no puede presentar uno mejor.

ELINA

¿Pero qué es lo que queréis? Todavía no he podido entenderlo.

LA SEÑORA INGER

Lo comprenderás pronto. Ya que no podemos aplastar a la serpiente, tenemos que atarla.

ELINA

Tened cuidado que no sea pequeña la cuerda.

LA SEÑORA INGER

De ti depende que esté ligada con firmeza.

ELINA

¿De mí?

LA SEÑORA INGER

Hace tiempo que he notado que Ostrot es para ti una jaula. Un halcón joven no se encuentra a gusto entre barras de hierro.

ELINA

Mis alas están paralizadas. Si ahora me dieseis la libertad, de poco me serviría.

LA SEÑORA INGER

Tus alas no están paralizadas más que hasta que tú lo quieras.

ELINA

¿Hasta que yo quiera? Mi voluntad está en vuestras manos. Si vos continuaseis siendo lo que erais, también yo querría...

LA SEÑORA INGER

Basta de eso. Escúchame ahora. No creo que tengas inconveniente en marcharte de Ostrot.

ELINA

Puede ser.

LA SEÑORA INGER

Un día me dijiste que tú vivías tu vida más dichosa en cuentos y fantasías. Esa vida podía volver para ti.

ELINA

¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER

Elina, ¿si llegara un caballero poderoso que te llevase a su castillo, donde hallaras doncellas y escuderos, trajes de seda y suntuosos salones...?

ELINA

¿Un caballero decís?

LA SEÑORA INGER

Un caballero.

ELINA

*(En voz baja.)* Y el caballero danés llega aquí esta noche.

LA SEÑORA INGER

Esta noche.

ELINA

Si es así temo haber entendido vuestras palabras.

LA SEÑORA INGER

Nada tienes que temer si me has entendido bien. No entra en mis intenciones el forzarte. Según tu propia voluntad has de escoger y decidir en este asunto.

ELINA

*(Acercándosele.)* ¿Habéis oído contar de una madre que corría en un trineo por la noche por

la montaña? Seguíala un rebaño de lobos; estaba en peligro su vida, y para ganar tiempo y salvarse a sí misma fué arrojándoles uno tras otro todos sus pequeñuelos.

LA SEÑORA INGER

¡Eso no es más que un cuento! Antes se dejaría una madre arrancar del pecho el corazón, que arrojar sus hijos a los lobos hambrientos.

ELINA

Si no fuera yo la hija de mi madre os daría la razón. Pero vos sois lo mismo que esa madre y habéis arrojado a los lobos, una tras otra, a vuestras hijas. Primero les echasteis la mayor. Hace cinco años que Merete salió de Ostrot. Ahora es la mujer de Vinzent Lungen. Mas ¿creéis que es dichosa la mujer del caballero danés? Merete tiene doncellas y escuderos, trajes de seda y suntuosos salones; pero el día no tiene sol para ella ni la noche sosiego, porque él no la ha amado nunca. Vino aquí y la pretendió porque era la más rica heredera de Noruega, y porque necesitaba afirmarse en el país. ¡Lo sé, lo sé muy bien! Merete os obedeció y siguió al señor extranjero. ¿Y qué le costó el haberlo hecho? Más lágrimas de las que debe desear una madre que habrá de responder por ellas el día del juicio.

LA SEÑORA INGER

Sé cuál es la cuenta que tengo que dar y no me asusta.

ELINA

Vuestra cuenta no acaba aquí. ¿Dónde está Lucía, vuestra segunda hija?

LA SEÑORA INGER

Pregúntaselo a Dios, que la llamó a sí.

ELINA

A vos os lo pregunto, porque vuestra es la responsabilidad de que haya tenido que dejar tan joven la vida. Cuando salió de Ostrot para visitar a Merete era alegre y dichosa como un pájaro en primavera. Un año después había tornado a casa. Sus mejillas estaban pálidas y traía la muerte en su pecho. Qué, ¿os maravilláis, madre? Creíais que su terrible secreto había muerto con ella..., pero a mí me lo confió todo. Un cortesano había conquistado su corazón. Quería casarse con ella. Vos sabíais que la honra andaba de por medio, y a pesar de eso fuisteis inflexible y vuestra hija tuvo que morir. Ya veis que lo sé todo.

LA SEÑORA INGER

¿Todo? ¿Te ha dicho también su nombre?

ELINA

No; su nombre no me lo ha dicho. Tenía un miedo terrible ante ese nombre...; jamás lo pronunció.

LA SEÑORA INGER

*(Tranquilizada.)* Entonces no lo sabes todo, Elina... Lo que tú has dicho ahora lo sabía yo

muy bien. Pero en ello hay algo sobre lo que tú acaso no has puesto atención. El caballero a quien Lucía conoció en Berguen era un danés...

ELINA

Lo sé.

LA SEÑORA INGER

Y su amor era una mentira. Por medio de astucia y de falsas palabras la había engañado.

ELINA

Lo sé también. Pero ella a pesar de eso le amaba, y si hubieseis tenido un verdadero corazón de madre, la honra de vuestra hija hubiera pesado sobre todas las consideraciones.

LA SEÑORA INGER

No por sobre su felicidad. ¿Crees que teniendo a la vista el ejemplo de Merete iba a sacrificar mi segunda hija a un hombre que no la amaba?

ELINA

Palabras astutas engañan a menudo, pero a mí no me engañan. No creáis que desconozco tan por completo lo que pasa en el país. Estoy al tanto de vuestra conducta. Sé muy bien que los daneses no tienen en vos una amiga completamente fiel. Acaso les odiáis, pero les teméis al mismo tiempo. Cuando entregasteis a Lucía dominaban los daneses en el país. Cuando tres años después prohibisteis a Lucía casarse con aquel a

quien había ligado su vida, las cosas habían cambiado. Los gobernadores daneses habían cometido vergonzosas crueldades con el pueblo, y entonces no os pareció conveniente ligaros más estrechamente de lo que estabais a los dominadores extranjeros. ¿Y qué es lo que habéis hecho para vengar a aquella que tan joven hubo de morir? Nada habéis hecho. ¡Pues bien; yo obraré por vos! ¡Yo tomaré venganza de toda la ignominia que sobre nuestro pueblo y sobre nuestra casta han caído!

LA SEÑORA INGER

¿Tú? ¿Qué es lo que pretendes?

ELINA

Quiero seguir mi camino, del mismo modo que vos seguís el vuestro. Yo misma no sé qué es lo que voy a hacer. Pero siento en mí la fuerza para osarlo todo por nuestra causa.

LA SEÑORA INGER

Entonces vas a tener que entrar en una lucha dura. Una vez hice yo los mismos votos que tú ahora y mis cabellos han encanecido bajo su peso.

ELINA

¡Buenas noches! Puede venir vuestro huésped y mi presencia no es necesaria. Acaso sea aún tiempo para vos... ¡Que Dios dirija y facilite vuestra obra! No olvidéis que los ojos de muchos

miles os vigilan. Pensad en Merete, que llora día y noche sobre su dicha perdida. Pensad en Lucía, que duerme en la tumba. Y una cosa todavía: ¡no olvidéis que esta noche echáis los dados sobre la suerte de vuestra última hija! *(Se va por la izquierda.)*

LA SEÑORA INGER

*(La sigue con la vista.)* ¡Mi última hija! Has dicho más verdad de la que suponías. Pero no sólo sobre mi hija: esta noche se echan los dados sobre la suerte de toda Noruega. *(Asomándose a la ventana de la derecha.)* ¿No entra alguien a caballo por la puerta del castillo? *(Escucha.)* ¡No; todavía no! Era el viento. Hay un frío sepulcral... ¿Tenía Dios derecho a eso?... ¡Hacerme mujer... y luego echar sobre mis hombros una carga de varón! Porque la suerte del país está en mis manos. De mí depende que se levanten todos como un solo hombre. Y si no doy ahora la señal, quizá no volverá a presentarse nunca la ocasión. ¿Aguardar? ¿Sacrificar la voluntad de todos a la de uno? ¿No sería mejor si pudiese...? ¡No, no, no! ¡No quiero!... ¡No puedo! *(Mira hacia la sala de armas, aparta asustada la vista y dice susurrando):* ¡Están allí otra vez!... Pálidos espectros... Antepasados muertos... Parientes caídos... ¡Oh, esos ojos punzantes que me persiguen de todos los rincones! *(Hace ademán de apartarlos con las manos y grita)*: ¡Sten Sture! ¡Knut Alfson! ¡Olaf Skaktval! ¡Atrás! ¡Atrás! ¡No puedo! ¡No quiero!

*(Un desconocido, hombre fuerte, con los cabellos y la barba canosos, en desorden, vestido con una piel de carnero toda destrozada y con armas sucias, entra por la puerta de la sala de armas; se para en la puerta, y con voz contenida dice):* ¡Salud à vos, señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER

*(Se vuelve y da un grito.)* ¡Oh, Cristo divino! ¡Asísteme! *(Se deja caer en una silla. El desconocido la contempla inmóvil, apoyado en su espada.)*

# ACTO SEGUNDO

La misma habitación que en el primer acto. La señora Inger está sentada en la mesa a la derecha de la ventana. Olaf Skaktval está un poco alejado de ella. Los rostros de ambos indican que han sostenido una conversación accidentada.

OLAF

Por última vez, Inger Gyldenlöve, ¿es irrevocable vuestro propósito?

LA SEÑORA INGER

No puedo hacer otra cosa. Y a vos aconsejo que hagáis lo que yo. Si la voluntad del Cielo es que Noruega tenga que caer, será lo mismo si nosotros la protegemos que si no.

OLAF

¿Y creéis que con eso voy a contentarme? ¿Que voy a resignarme a aguardar tranquilo y a ver lo que ocurre, ahora que el tiempo ha llegado? ¿Habéis olvidado lo que tengo que vengar? Me han robado toda mi hacienda y se la han repartido. Como a un perro han asesinado ante mis ojos a mi único hijo, el último resto de mi casta. A mí mismo me han perseguido durante veinte años por las selvas y los montes. Muchas veces

se ha dicho que yo había muerto; pero yo conservo la esperanza de no morir sin haberme antes vengado.

LA SEÑORA INGER

Entonces vais a vivir todavía largo tiempo. ¿Y qué es lo que queréis hacer?

OLAF

¿Hacer? ¡Qué sé yo lo que quiero hacer! Nunca he sabido combinar planes. Para eso pido vuestra ayuda. Vos sois bastante inteligente para hacerlos. Yo no tengo más que mis dos brazos y mis armas.

LA SEÑORA INGER

¡Vuestras armas están oxidadas, Olaf Skaktval! ¡En Noruega están todas las armas oxidadas!

OLAF

¡Por eso ciertas gentes no pelean más que con la lengua! Inger Gyldenlöve, habéis cambiado mucho. Un tiempo hubo en que en vuestro pecho latía un corazón masculino.

LA SEÑORA INGER

No me recordéis lo que fué.

OLAF

Pues precisamente para eso he venido a veros. Habéis de oirme, y si...

LA SEÑORA INGER

Bien. Pero apresuraos, porque..., tengo que decíroslo...: no estáis seguro aquí en mi casa.

OLAF

¿El proscrito no está seguro en Ostrot? Eso lo sé hace tiempo. ¿Pero olvidáis que el proscrito no está en ninguna parte seguro?

LA SEÑORA INGER

Entonces, hablad; os escucho.

OLAF

Van cerca de treinta años desde que os vi por primera vez. Fué en Akershus, en casa de Knut Alfson y su esposa. Erais todavía una niña entonces; y a pesar de eso erais ya audaz como un halcón, y a veces impetuosa e indomable. Muchos eran los que os pretendían. También yo os amaba..., os amaba como no amé a ninguna mujer. Mas vos sólo teníais un fin ante los ojos y un pensamiento: el pensamiento en la desdicha de la nación.

LA SEÑORA INGER

Tenía entonces quince primaveras. ¡Pensadlo! ¿Y no era como si todos nosostros estuviésemos poseídos de un delirio en aquellos días?

OLAF

Llamadlo como queráis. Lo que sé es una cosa. Los más viejos y más experimentados entre nos-

otros pensaban que estaba dispuesto por Dios que vos seríais quien rompiese nuestro yugo y quien nos devolviese nuestros antiguos derechos. Y sé además que vos misma entonces pensabais del mismo modo.

LA SEÑORA INGER

¡Era un pensamiento pecaminoso, Olaf Skaktval! Lo que en mí hablaba era el orgullo y no la voz del Señor.

OLAF

Hubierais podido ser la elegida si lo hubierais querido. Descendíais de la más antigua familia de Noruega, y teníais oídos para los gritos de dolor en aquel tiempo. ¿Recordáis aquella tarde en que Enrique Krummedike apareció con la flota danesa ante Akershus? Los daneses ofrecieron un acomodo ventajoso, y asegurado por ellos se fué a bordo Knut Alfson: tres horas después le entrábamos por las puertas del palacio...

LA SEÑORA INGER

¡Muerto! ¡Muerto!

OLAF

Dejó de latir el mejor corazón de Noruega cuando los mercenarios de Krummedike le mataron. Paréceme que estoy viendo el lúgubre desfile que entró en el salón. Allí yacía en el ataúd, con el hachazo en la frente, blanco como una nube de primavera. En derredor de él esta-

ban aquel día los más bravos guerreros de Noruega. La señora Margarita estaba a la cabeza, y ante ella juramos todos perder la vida y bienestar para vengar aquella afrenta y todas las demás. ¿Quién fué, Inger Gyldenlöve, la que entonces se abrió paso por entre el círculo de los hombres? Una doncella, casi una niña aún; despedían fuego sus ojos y las lágrimas ahogaban su voz. ¿Y qué fué lo que juró? ¿Queréis que os repita sus palabras?

LA SEÑORA INGER

Yo juré lo que otros habían jurado; ni más ni menos.

OLAF

¡Recordáis vuestro juramento..., y lo habéis olvidado!

LA SEÑORA INGER

¿Y cómo cumplieron los demás sus promesas? No hablo de vos, sino de vuestros amigos, de toda la nobleza noruega. ¡No hay uno solo entre ellos que haya tenido en estos años valor para ser hombre! ¡Y luego me echan a mi cara el ser una mujer!

OLAF

Ya sé lo que vais a decir: ¿Por qué se sometieron, en vez de resistirse hasta el último momento, a los tiranos? Verdad es; hay mucha cobardía en nuestra generación. Pero si hubiesen estado unidos, ¿quién sabe lo que hubiera ocu-

rrido? Y vos hubierais podido mantenerlos unidos, pues ante vos todos se hubieran inclinado.

LA SEÑORA INGER

Con facilidad podría contestaros; pero no querríais hacer caso de mi respuesta. Por eso, ¿a qué hablar de lo que ya no puede mudarse? Mejor será que tratemos de lo que hoy os trae a Ostrot. ¿Necesitáis asilo? Bien; quiero intentar ocultaros. Si queréis otra cosa hablad; estoy dispuesta a...

OLAF

Vivo hace veinte años sin hogar. Mis cabellos han encanecido en las rocas de Jämteland; he dormido cerca de los lobos y los osos. Ya veis, señora, que no necesito de vos. Pero el pueblo y la nobleza os necesitan.

LA SEÑORA INGER

La vieja canción.

OLAF

Ya sé que no suena bien en vuestros oídos; pero a pesar de eso tendréis que oirla. En pocas palabras: vengo de Suecia; va a haber movimiento; comenzará en Dalakarlia.

LA SEÑORA INGER

Lo sé.

OLAF

El canciller está comprometido..., pero en secreto.

LA SEÑORA INGER

*(Sorprendida.)* ¿Cómo?

OLAF

Él es quien me envía a Ostrot.

LA SEÑORA INGER

*(Poniéndose en pie.)* ¿Decís que el canciller Pedro...?

OLAF

El mismo... ¿O es que ya no le conocéis?

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Demasiado!... Pero, decidme, os lo ruego..., ¿qué embajada me traéis?

OLAF

Cuando llegó el rumor de los sucesos a las montañas de la frontera donde yo andaba refugiado, púseme inmediatamente en camino para Suecia. Ya me figuraba que la mano del canciller andaba en el juego. Le busqué y le ofrecí mis servicios; como sabéis, me conocía de otros tiempos; sabía que se puede confiar en mí..., y me envió aquí.

LA SEÑORA INGER

*(Impaciente.)* ¡Bien, bien! Os envió aquí para...

OLAF

*(Misteriosamente.)* Señora Inger, esta noche viene un desconocido a Ostrot.

LA SEÑORA INGER

*(Sorprendida.)* ¡Cómo! ¿Sabéis que...?

OLAF

Ya lo creo que lo sé. Lo sé todo. El canciller me ha enviado aquí para verme con él.

LA SEÑORA INGER

¡Con él! ¡Imposible, Olaf!... ¡Esò es imposible!

OLAF

Como os lo digo. Si no ha llegado todavía, no pasará mucho tiempo sin que...

LA SEÑORA INGER

Sí, pero...

OLAF

¿Esperáis, pues, su venida?

LA SEÑORA INGER

Sin duda. Me ha enviado un mensajero anunciándomela. Por eso se os ha abierto en cuanto llamasteis.

OLAF

*(Escuchando.)* ¡Oid! Se oye afuera el paso de un caballo. *(Asomándose a la ventana.)* Se abre la puerta.

LA SEÑORA INGER

*(Mirando también por la ventana.)* Un caballero con su escudero. Se bajan en el patio.

OLAF

Ahí está, pues. ¿Cómo se llama?

LA SEÑORA INGER

¿No sabéis su nombre?

OLAF

El canciller se negó a decírmelo. Sólo me dijo que le encontraría la tercera noche después de la fiesta de San Martín, en Ostrot.

LA SEÑORA INGER

Esa noche es hoy.

OLAF

Me dijo que traería documentos, y que por ellos, o de vuestra propia boca, sabría quién era.

LA SEÑORA INGER

Dejadme entonces que os acompañe a vuestra habitación. Necesitáis descanso y sosiego. Y pronto hablaréis al forastero.

OLAF

Como gustéis. *(Salen ambos por la izquierda.)*

*(Tras una corta pausa, Finn entra con precaución por la puerta de la derecha, mira alrededor de sí, arroja una ojeada por la sala de armas y vuelve luego a la puerta, donde hace una seña a alguien que está fuera. Nils Lykke y el comisionado sueco, Jens Bjelke, entran en la habitación.)*

LYKKE

*(A media voz.)* ¿Nadie?

FINN

*(Del mismo modo.)* Nadie, señor.

LYKKE

¿Y podemos abandonarnos a ti en todo?

FINN

El gobernador de Drontheim ha certificado siempre de que yo soy hombre de confianza.

LYKKE

Bien; eso mismo me ha dicho a mí. Y ahora, ante todo, ¿ha llegado a Ostrot algún otro forastero?

FINN

Sí; hace como una hora que llegó un desconocido.

LYKKE

*(En voz baja, a Bjelke.)* Esta aquí. *(A Finn.)* ¿Podrías reconocerle? ¿Le has visto?

FINN

No; que yo sepa no le ha visto nadie más que el guardián. La señora le tomó inmediatamente por su cuenta y...

LYKKE

¿Y qué? ¿No se habrá vuelto a marchar?

FINN

No; pero ha decidido esconderlo en sus propias habitaciones, pues...

LYKKE

Está bien.

BJELKE

*(En voz baja.)* Entonces, ante todo, vigilar la puerta y le tenemos seguro.

LYKKE

*(Sonriendo.)* ¡Hum! *(A Finn.)* Oye, dime. ¿No hay aquí en el castillo otra salida además de la de la puerta? *(Finn le mira asombrado.)* ¡No me mires con esa cara! Quiero decir, si no puede alguien salir en secreto de Ostrot estando cerrada la puerta principal.

FINN

Yo no lo sé. Sí que se habla de pasillos secretos abajo en las bóvedas; pero no creo que los conozca nadie más que la misma señora. Y acaso también la señorita Elina.

LYKKE

Está bien. Puedes irte.

FINN

Perfectamente. Si necesitarais de mí no tenéis más que llamar a la segunda puerta de la derecha de la sala de armas; inmediatamente estaré a vuestra disposición.

LYKKE

Bien. *(Le muestra la puerta. Finn se va.)*

BJELKE

¿Sabéis, querido amigo y hermano, que la cosa se pone mal para nosotros dos?

LYKKE

*(Sonriendo.)* ¡Oh! Espero que para mí no.

BJELKE

¿Lo creéis así? En primer lugar, no es una gran honra cazar a un muchacho barbilampiño como ese Nils Sture. Dada la manera como ha procedido, ¿he de tenerle por inteligente, o por loco? Primero agitar a los campesinos, prometerles su apoyo, y cuando llega el momento escaparse y venir a esconderse entre las faldas de una mujer. Por lo demás me arrepiento de haber seguido vuestro consejo y de no haber obrado a mi antojo.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡El arrepentimiento viene tarde, hermano!

BJELKE

Porque, creedme, este género de cacerías no son de mi gusto. Yo había esperado otra cosa. Heme aquí que he venido con mis jinetes de Jämteland; he recibido la carta del gobernador de Drontheim facultándome para buscar donde

yo quiera a los promotores de los tumultos. Todas las señales indican que se ha refugiado en Ostrot...

LYKKE

¡Está aquí! ¡Yo aseguro que está aquí!

BJELKE

Pero entonces, ¿habría nada más natural que cerrar la puerta y buscarlo? ¿Por qué no lo he hecho? Entonces hubiera tenido aplicación para mis soldados.

LYKKE

Y en lugar de eso se nos abre muy cortésmente la puerta. Y pensad que, si su fama no miente, la dueña de Ostrot cuida de que a sus huéspedes nada les falte en comida y en bebida.

BJELKE

Sí; para disuadirme de mis propósitos. ¿Pero por qué me pedisteis que dejase mis jinetes a un cuarto de hora del castillo? Si los hubiésemos traído...

LYKKE

A pesar de eso nos hubiera recibido amablemente. Pero pensad que en tal caso el intento no hubiera podido realizarse sin ruido. Los campesinos de las cercanías hubiesen visto en ello un atropello contra la señora Inger; de esa manera hubiera vuelto a adquirir el favor de la muchedumbre, y eso no es conveniente.

BJELKE

Acaso. ¿Pero qué hemos de hacer ahora? Decís que el conde Sture está en Ostrot; ¿pero de qué me sirve eso? La señora Inger dispone de seguro de un escondrijo, y su palacio tiene, sin duda, más de una salida. ¡Nosotros dos solos podemos aguardar tranquilamente! ¡Que el diablo se lleve la historia entera!

LYKKE

Bien, mi querido señor. Si el cariz que vuestra misión ha tomado os desagrada, dejadme a mí solo el campo de batalla.

BJELKE

¿A vos? ¿Qué queréis hacer vos?

LYKKE

Con listeza y astucia puede aquí quizás lograrse lo que por las armas no podríamos conseguir. Y, hablando francamente, algo semejante pienso desde que nos encontramos ayer en Drontheim.

BJELKE

¿Me habéis persuadido por eso a separarme de mis soldados?

LYKKE

Lo mismo vuestro negocio que el mío pueden llevarse mejor a cabo sin ellos; y luego...

BJELKE

Iba casi a decir ¡lléveos el demonio! ¡Y a mí

con vos! Hubiera debido figurarme que no podíais dejar de ser zorro.

LYKKE

Sí, pero ved: aquí es el lugar indicado para el zorro, porque hay que luchar con armas análogas. Y debo deciros que para mí tiene la mayor importancia despachar de buen modo y en poco tiempo mi misión. Sabed que mi rey y señor no estaba conmigo en las mejores relaciones al partir. Él creía tener sus razones para ello, aunque yo pienso haberle servido en muchas ocasiones tan bien como cualquier otro podría hacerlo.

BJELKE

En eso tenéis razón, sin duda. Dios y el mundo entero saben que vos sois el más astuto demonio de los tres reinos.

LYKKE

Mil gracias, pero eso no es mucho; porque lo que ahora pretendo hacer es realmente una obra maestra, pues aquí se trata de burlar a una mujer.

BJELKE

¡Ja, ja, ja! ¡En ese terreno habéis realizado muchas obras maestras, hermano! ¿Creéis que no conocemos también en Suecia la canción que dice que todas las doncellas suspiran por el amor de Nils Lykke?

LYKKE

La canción vale sólo para las mujeres hasta los veinte años. La señora Inger anda por los

cincuenta, y es, además, astuta como pocas. No será fácil entendérselas con ella. ¡Pero habrá de ser..., cueste lo que cueste! Si consigo alcanzarle al rey ciertas ventajas sobre ella, que ha largo tiempo persigue, puedo estar seguro de que en la primavera próxima se me confiará la Embajada de Francia. ¿Sabéis que he pasado en la Universidad de París tres años? Todas mis aspiraciones van hacia allá, sobre todo si pudiera entrar en París con una posición tan importante como la de embajador de un rey. Ahora, ¿verdad?, dejad a la señora Inger de mi cuenta. Recordad, allá cuando estabais en Copenhague, que en la corte más de una vez os dejé el campo libre para que pudieseis conseguir una hermosa mujer.

BJELKE

¡Hum! Vuestra magnanimidad no era tan grande. ¡Las teníais a todas a vuestra disposición! Pero de todos modos, puesto que yo he comprendido mal la cosa, me parece lo mejor que vos obréis por vuestra cuenta y riesgo. Ahora..., y os exijo vuestra palabra de honor de que así lo haréis, si el conde Sture está en Ostrot habéis de entregármelo vivo o muerto.

LYKKE

Vivo habéis de tenerlo. Al menos no quiero quitarle la vida. Y ahora debéis volveros donde están vuestros hombres. Vigilad el camino. En cuanto descubriese algo sospechoso os mandaría aviso.

BJELKE

Bien, bien. ¿Pero cómo voy a salir de aquí?

LYKKE

El criado que nos ha guiado hasta aquí os ayudará. Pero con el mayor silencio...

BJELKE

Naturalmente. Entonces..., ¡buena suerte!

LYKKE

Hasta ahora nunca me ha abandonado la suerte en luchas con mujeres. ¡Daos prisa!
*(Bjelke sale por la derecha.)*

LYKKE

*(Se queda un momento inmóvil, luego pasea por el aposento y dice a media voz):* Por fin estoy en Ostrot, esa antigua residencia señorial de la cual tanto me contó hace dos años una niña, Lucía. Sí, hace dos años era aun una niña; ahora ha muerto. *(Canturrea medio sonriente):*

Se marchitan y secan las flores...

*(Mirando en derredor.)* Ostrot. Me parece como si lo hubiera visto ya; como si estuviera en un sitio conocido de antiguo. Allí está la sala de armas y allá abajo están las tumbas. Allí estará también Lucía. *(Medio en serio, medio en broma forzada.)* Si yo fuese un hombre temeroso podría figurar-

me que se levanta de su ataúd al pisar yo el umbral de Ostrot. Cuando yo entraba en el patio del castillo levantaba ella la tapa de la sepultura. Y al pronunciar yo ahora su nombre sintió como si una voz la llamase de lo profundo. Quizás está ahora subiendo la escala. Le estorba el sudario, pero a pesar de eso sigue subiendo. ¡Ya ha llegado a la sala de armas! Se apoya en el quicio de la puerta y me contempla con fijeza. *(Echa hacia atrás la cabeza, la hace señas y dice en alta voz):* ¡Acércate, Lucía! ¡Charlemos un poco! Tu madre me hace esperar. ¡El esperar es tan fastidioso..., y tú me has ayudado a pasar tantas horas de fastidio! *(Se pasa la mano por la frente y da unos pasos por el aposento.)* ¡Allí está! Justo; esa es la ventana con la cortina. Allí suele colocarse Inger Gyldenlöve. *(Mira hacia el camino, como si aguardase a alguien que no viene nunca.)* Por allá adentro... *(Señalando hacia la izquierda.)* anda el aposento de Elina, su hermana. ¿Elina? Sí, se llama Elina. ¿Puedo creer que es tan original, tan inteligente y tan animosa como Lucía contaba? Y hermosa debe serlo también. ¿Pero para mujer...? No debí haberlo escrito tan claro. *(Hundido en sus reflexiones quiere sentarse en la mesa, pero se levanta en seguida.)* ¿Cómo me recibirá la señora Inger? No nos quemará en el castillo. No me querrá tender una celada, ni hacer que me acometan asesinos con un puñal. *(Escucha hacia la sala.)* ¡Ajá!

*(La señora Inger entra por el centro de la sala.)*

LA SEÑORA INGER

*(Con frialdad.)* Os saludo, señor consejero imperial.

LYKKE

*(Inclinándose profundamente.)* ¡Ah, la señora de Ostrot!

LA SEÑORA INGER

Y os doy las gracias por haberme avisado con anticipación de vuestra llegada.

LYKKE

Era mi deber. Tenía razones para creer que mi venida había de sorprenderos.

LA SEÑORA INGER

En verdad, señor consejero, en eso no os equivocáis. Nunca hubiera esperado ver a Nils Lykke como huésped de Ostrot.

LYKKE

Y todavía habréis esperado menos que hubiese de venir como amigo.

LA SEÑORA INGER

¿Como amigo? ¿Queréis agregar todavía la burla a toda la deshonra y el dolor que habéis arrojado sobre mi casa? ¿Después de haberle quitado la vida a mi hija osáis aún...?

LYKKE

Perdonad, señora Inger Gyldenlöve... En este punto es difícil que lleguemos a estar conformes,

pues vos no tenéis en cuenta lo que yo perdí en ese desdichado asunto. Mis intenciones eran honradas. Estaba cansado de mi vida libre; ya había pasado de los treinta; ansiaba una mujer buena y piadosa. Añadid a esto la posibilidad de tener la honra de ser vuestro yerno...

LA SEÑORA INGER

¡Tened cuidado, señor consejero imperial! Lo que ha ocurrido con mi hija lo he ocultado lo mejor que podía. Pero no creáis que aunque secreto esté oculto. Podía llegar pronto el momento...

LYKKE

¿Me amenazáis, señora? Os he ofrecido conciliación. ¿Os negáis a aceptarla? ¿Es que ha de comenzar desde hoy guerra abierta entre nosotros?

LA SEÑORA INGER

No sabía que antes hubiera sido de otro modo.

LYKKE

De vuestra parte acaso. Yo no he sido nunca vuestro enemigo, aunque como súbdito del rey de Dinamarca hubiera tenido motivo para ello.

LA SEÑORA INGER

Ya os comprendo. No he sido bastante dócil. No conseguíais con toda la facilidad que desearais atraerme a vuestro campo. Sin embargo,

creo que no tenéis de qué quejaros. Mi hija Merete es la esposa de un compatriota vuestro. Más lejos no podía ir. ¡Mi posición es difícil, Nils Lykke!

LYKKE

En eso os doy enteramente la razón. La nobleza y el pueblo noruego creen tener derecho a esperar de vos el cumplimiento de antiguas promesas, promesas que, según se dice, sólo en parte habéis satisfecho.

LA SEÑORA INGER

Perdonad, señor consejero imperial; pero de mi conducta no doy cuenta a nadie más que a Dios y a mí misma. Por lo tanto, tened la bondad de decirme, si os place, qué es lo que os trajo aquí.

LYKKE

En seguida, señora. El objeto de mi envío a este país no puede seros desconocido...

LA SEÑORA INGER

Sé, en general, qué misión se os adjudica. Nuestro rey quiere saber cuál es la actitud de la nobleza noruega.

LYKKE

Sin duda.

LA SEÑORA INGER

Entonces, ¿por eso habéis venido a Ostrot?

LYKKE

En parte por eso. Sin embargo, no vengo a pediros seguridades verbales.

LA SEÑORA INGER

¿Entonces?

LYKKE

Oidme, señora. Vos misma acabáis de decir que vuestra posición era difícil. Estáis entre dos campamentos enemigos, que sólo a medias se atreven a confiar en vos. Vuestro interés personal debe inclinaros hacia nosotros. Por el contrario, a los descontentos estáis unida por vuestra patria y... ¡quién sabe si acaso algún lazo secreto!...

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Un lazo secreto! ¡Dios mío! ¿Sabrá él...?

LYKKE

*(Ve sin que ella lo note su movimiento, y agrega con naturalidad)*: Vos misma veis seguramente que esta situación a la larga no es tolerable. Suponed ahora que estuviese en mi poder el libraros de estas circunstancias que...

LA SEÑORA INGER

¿En vuestro poder decís?...

LYKKE

Ante todo os pido, señora, que no deis importancia al tono ligero con que antes he tratado la

situación en que nosotros dos nos encontramos. No creáis que se aparta de mi pensamiento un momento la conciencia de la culpa en que frente a vos estoy. Suponed que hace mucho tiempo fuera mi intención reparar el daño que os hice. Suponed que con ese objeto haya procurado que me enviasen aquí.

LA SEÑORA INGER

Explicaos más claramente; ahora no os entiendo.

LYKKE

No me equivoco acaso suponiendo que vos estáis tan al tanto como yo de los movimientos que amenazan estallar en Suecia. Sabéis o adivináis que esos movimientos tienen más importancia de la que en general se les concede, y comprenderéis, por tanto, que nuestro rey no puede permanecer tranquilo viendo cómo las cosas se van desenvolviendo. ¿No es verdad?

LA SEÑORA INGER

Seguid.

LYKKE

*(Después de una pausa y mirándola inquisitivamente.)* Puede pensarse un caso en el cual corriese peligro el trono de Gustavo Wasa.

LA SEÑORA INGER

¿Dónde quiere ir a parar?

LYKKE

El caso de que se hallase en Suecia un hombre que tuviese derecho, en virtud de su nacimiento, a ser elegido como señor del pueblo.

LA SEÑORA INGER

La nobleza de Suecia está tan diezmada como lo nuestra, señor consejero imperial. ¿Dónde ibais a buscar...?

LYKKE

*(Sonriendo.)* ¿Buscar? El hombre está ya encontrado.

LA SEÑORA INGER

*(Aterrada.)* ¿Encontrado?

LYKKE

Y os está demasiado allegado para que no hayáis pensado en él. El difunto conde Sture ha dejado un hijo...

LA SEÑORA INGER

*(Con un grito.)* ¡Redentor divino! ¿Por dónde sabéis...?

LYKKE

Conteneos, noble señora, y dejadme que termine de hablar. Este muchacho vivió tranquilamente hasta ahora con su madre, la viuda de Sten Sture.

LA SEÑORA INGER

*(Respirando de nuevo.)* ¿Con...? ¡Ah, sí..., sin duda!

LYKKE

Mas ahora ha aparecido públicamente. En Dalekarlia se ha mostrado a la cabeza de los campesinos. Su número crece de día en día y, como quizás sabéis, encuentran también apoyo de este lado de la frontera.

LA SEÑORA INGER

*(Que entretanto ha recobrado su sangre fría.)* Señor consejero imperial, habláis de todas esas cosas con la plena convicción de que yo tengo conocimiento de ellas. ¿Qué motivo os he dado para suponerlo así? No sé nada ni quiero saber nada. No pretendo más que vivir tranquilamente en mis dominios. No presto mi apoyo a los agitadores; pero tampoco podéis contar conmigo para combatirlos.

LYKKE

*(Con voz contenida.)* ¿Permaneceríais también inactiva si tuviese la intención de ponerme a vuestro lado?

LA SEÑORA INGER

¿Cómo he de entenderos?

LYKKE

¿No habéis comprendido, pues, adónde quería ir a parar? Bien; entonces os lo diré todo noble

y honradamente. Sabed que el rey y su Consejo han comprendido que no podríamos nunca asentarnos con pie firme en Noruega mientras pueblo y nobleza siguieran creyéndose oprimidos y vejados. Hemos comprendido que valen más aliados voluntarios que súbditos sometidos por fuerza, y en el fondo nada deseamos tanto como romper lazos que nos atan a nosotros por lo menos tanto como a vosotros. Pero habéis de reconocer que el ánimo de los noruegos contra nosotros hace que resulte peligroso intentar ese paso..., mientras no tengamos un apoyo seguro a nuestras espaldas.

LA SEÑORA INGER

¿Y ese apoyo...?

LYKKE

Ese apoyo hay que buscarlo, ante todo, en Suecia. Pero, notadlo, no mientras rija Gustavo Wasa; porque Gustavo no ha ajustado aún sus cuentas con Dinamarca, ni las ajustará nunca. En cambio, un nuevo rey que tuviera de su parte al pueblo y debiera la corona al apoyo de Dinamarca... ¿Qué, comenzáis a entenderme?... Entonces podríamos tranquilamente deciros a vosotros: «Noruegos, os devolvemos vuestros antiguos derechos tradicionales; elegid libremente un rey, y sed nuestros amigos en la hora del peligro, como nosotros lo hemos sido vuestros.» Fijaos bien también, señora, en que esta generosidad no es en el fondo tan grande como acaso

pudiera parecer, pues de seguro veis perfectamente que ello en vez de debilitarnos nos fortalecería más bien. Y puesto que con tal franqueza he hablado con vos, dejad toda desconfianza. *(Con convicción.)* Haced que el caballero sueco que una hora antes de mí ha entrado...

LA SEÑORA INGER

¿Sabéis ya, pues...?

LYKKE

Lo sé. A él es precisamente a quien busco.

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Es increíble! Tenía, pues, razón Olaf Skaktval. *(A Nils.)* Tened la bondad de aguardar un momento, señor consejero imperial. Voy a buscarlo. *(Sale por la puerta del centro, en el fondo.)*

LYKKE

*(La sigue con la vista, con asombro triunfante.)* ¡Lo trae! ¡Lo trae, sin duda! La batalla está, pues, ganada a medias. No hubiera creído nunca que fuera tan fácil. Se ve que está muy comprometida en el movimiento. Cuando pronuncié el nombre del hijo de Sture se aterró. ¿Y ahora? ¡Oh! Si con tanta confianza ha caído en la celada la señora Inger, no creo que Nils Sture me proporcione grandes dificultades. Un mozo sin reflexión ni juicio... En cuanto le prometa nuestro apoyo es hombre seguro. Desgraciadamente lo prende-

rá Jens Bjelke el salir de aquí..., y ha fracasado el proyecto. ¿Y luego? Luego todo será en beneficio de nuestra causa. Corre el rumor de que el joven conde Sture estaba en Ostrot, de que un enviado danés tenía una cita con la señora Inger, y de que a consecuencia de eso los soldados del rey Gustavo prendieron a Nils Sture a un cuarto de hora del castillo. Por grande que sea el prestigio de Inger Gyldenlöve en el pueblo, no podrá resistir un golpe semejante. *(Se muestra de pronto desconfiado.)* ¡Por todos los diablos! ¡Si habrá sospechado algo la señora Inger! Acaso nos lo está ocultando en este momento... *(Escuchando hacia la sala.)* ¡Bah! No hay por qué alarmarse. Ahí están ya.

LA SEÑORA INGER

*(Entra acompañada de Olaf Skaktval.)* Aquí os traigo al que aguardáis.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Voto a ...! ¿Qué quiere decir esto?

LA SEÑORA INGER

He comunicado a este caballero vuestro nombre y todo lo que me habéis dicho...

LYKKE

*(Indeciso.)* ¿Sí? Está bien... De modo...

LA SEÑORA INGER

Y no quiero disimularos que no tiene gran confianza en vuestro apoyo.

LYKKE

¿No?

LA SEÑORA INGER

¿Os maravilla eso? Sin embargo, sabéis quién es, conocéis su amargo destino...

LYKKE

¿El destino de este hombre?... Sí, sí..., claro está...

OLAF

*(A Lykke.)* Mas puesto que el canciller Pedro mismo ha dispuesto que tuviéramos aquí una entrevista...

LYKKE

¿El canciller? *(Dominándose rápidamente.)* Sí, muy bien. Tengo una embajada del canciller.

OLAF

Y él debe saber mejor que nadie en quién puede confiarse. Por lo tanto, no quiero torturarme la cabeza para averiguar cómo...

LYKKE

Tenéis mucha razón; ante todo, eso no.

OLAF

Es preferible ir desde luego al asunto.

LYKKE

Al asunto sin rodeos. Esa es mi manera...

OLAF

¿Queréis, pues, decirme, qué clase de embajada me traéis?

LYKKE

¿Mi embajada? Creo que fácilmente podéis averiguar...

OLAF

El canciller hablaba de papeles que...

LYKKE

¿Papeles? ¡Ah, claro está, los papeles!

OLAF

¿Los traeréis con vos, verdad?

LYKKE

Naturalmente; bien guardados; casi demasiado bien para así con la prisa... *(Hace como si buscara en su jubón, y dice para sí)*: ¿Quién diablos puede ser? Aquí podían hacerse grandes descubrimientos. *(Nota que los criados ponen la mesa en la sala y encienden las luces.)* ¡Ah, veo que la señora Inger prepara la cena! En la mesa podremos hablar mejor de nuestro asunto.

OLAF

Bien; como gustéis.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Ganar tiempo es ganarlo todo! Y entretanto, ¿no podemos saber qué parte quiere tomar la señora Inger en nuestra empresa?

LA SEÑORA INGER

¿Yo? Ninguna.

LYKKE Y OLAF

¡Ninguna!

LA SEÑORA INGER

¿Os maravilla, nobles señores, que no me decida a entrar en un juego en el que se compromete todo? Además de que ninguno de mis aliados se confiaría completamente en mí.

LYKKE

Ese reproche no me alcanza. Yo confío a ciegas en vos. Estad segura de ello. Os lo ruego.

OLAF

¿Quién podría confiar en vos mejor que vuestros compatriotas?

LA SEÑORA INGER

En verdad, señores..., esa confianza me honra. *(Abre un armario que hay en el fondo y llena dos copas de vino.)*

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Ay de mí si ahora se le ocurriera tirar del lazo!

LA SEÑORA INGER

*(Ofreciendo una copa a cada uno.)* Y si ello es así bebed la bienvenida a Ostrot. ¡Bebed, nobles señores! ¡Bebed hasta la última gota! *(Después*

*que han bebido los contempla alternativamente y dice):* Y ahora sabedlo: ¡una copa contenía la bienvenida para el aliado...; la otra, la muerte para el enemigo!

LYKKE

*(Arrojando la copa.)* ¡Ah, me han envenenado!

OLAF

*(Al mismo tiempo, echando mano a la espada.)* ¡Infierno y muerte! ¡Me habéis envenenado!

LA SEÑORA INGER

*(A Olaf, sonriendo y señalando a Lykke.)* ¡Esa es la confianza que tienen los daneses en Inger Gyldenlöve! *(A Lykke, señalando a Olaf.)* ¡Y esa la fe de mis compatriotas en mí! *(A los dos.)* ¿Y a pesar de eso iba a entregarme a vosotros? ¡Poco a poco, mis nobles señores, poco a poco! La dueña de Ostrot conserva todavía sano su juicio.

*(Elina entra por la izquierda.)*

ELINA

¿Qué ruido es ése? ¿Qué ocurre?

LA SEÑORA INGER

*(A Lykke.)* Mi hija Elina.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Elina! No me la hubiera figurado así. *(Elina ve a Lykke y queda sorprendida contemplándole.)*

LA SEÑORA INGER

*(Tocándola en un brazo.)* Hija mía, este caballero es...

ELINA

*(Hace ademán de apartar a su madre, y dice mirando fijamente a Lykke):* No es necesario. Ya veo quién es: Nils Lykke.

LYKKE

*(En voz baja, a la señora Inger.)* ¿Cómo? ¿Me conoce? ¿Es que Lucía...? ¿Es que sabe acaso...?

LA SEÑORA INGER

*(Del mismo modo.)* ¡Silencio! No sabe nada.

ELINA

*(Para sí.)* Ya lo sabía yo. Así tenía que ser Nils Lykke.

LYKKE

*(Acercándosele.)* Sí, Elina Gyldenlöve, habéis adivinado. Y puesto que en cierto modo me conocéis, y que además soy el huésped de vuestra madre, os rogaría que no me negarais el ramo de flores que lleváis en el pecho. Mientras siga siendo fresco y oloroso, poseeré algo así como un retrato vuestro.

ELINA

*(Con altanería y mirándole sin cesar fijamente.)* Perdonad, señor caballero. Este ramo de flores lo

he cogido con mis propias manos en mi habitación, y allí no crecen flores para vos.

LYKKE

*(Quitándose unas flores que lleva en su jubón.)* ¡Oh, entonces no despreciaréis este pequeño don! Una virtuosa dama me lo dió hoy como despedida al marchar de Drontheim. Y notad, noble señora... Si tratara de haceros un regalo que fuera digno de vos, tendría que ser a lo menos una corona real.

ELINA

*(Que ha cogido maquinalmente las flores.)* Aunque me ofrecierais la corona de Dinamarca..., antes de compartirla con vos la destrozaría con mis manos y os arrojaría los pedazos a los pies. *(Le arroja a los pies el ramo de flores y se va por la sala.)*

OLAF

*(Murmurando.)* ¡Audaz..., como Inger Ottisdatter ante el cadáver de Knut Alfson!

LA SEÑORA INGER

*(Para sí, después de haber contemplado alternativamente a Elina y a Lykke.)* ¡El lobo puede domarse!

LYKKE

*(Recogiendo las flores y siguiendo apasionadamente con la vista a Elina.)* ¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa y qué altanera es!

# ACTO TERCERO

La sala de convites. En el fondo una gran ventana; en primer término, a la derecha, otra ventana más pequeña. A ambos lados varias puertas. El techo está sostenido por gruesas columnas de madera, en las cuales, lo mismo que en las paredes, cuelgan armas de todas clases. En las paredes hay también muchos retratos de santos, caballeros y damas. Una lámpara de muchos brazos cuelga del techo. En el primer término, a la derecha, un asiento de honor. En el centro del aposento una mesa puesta, con los restos del banquete.

ELINA

*(Entra despacio y meditabunda por la izquierda. La expresión de su cara indica que vuelve a sentir la impresión de la escena anterior con Lykke. Hace un ademán como si arrojase otra vez el ramo de flores. Con voz contenida.)* Y luego reunió los pedazos esparcidos de la corona de Dinamarca...: eso eran las flores... y... «¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa y qué altanera es!» ¡Si hubiera susurrado esas palabras en el más oculto rincón, a cien mil leguas de Ostrot..., las hubiese oído del mismo modo! ¡Cómo le odio! ¡Cómo le he odiado siempre a ese Nils Lykke! Las gentes dicen que ningún hombre es igual a él. Juega con

las mujeres..., y las humilla a sus pies. ¡Y mi madre quería entregarme a él! ¡Cómo le odio! Dicen que Lykke es distinto de los demás hombres. ¡No es verdad! ¡No hay nada de extraordinario en él! ¡Hay muchos, muchos como él! Cuando Bjorn me contaba cuentos, todos los príncipes se parecían a Nils Lykke. Cuando yo estaba sola aquí en la sala y soñaba y mis caballeros iban y venían..., todos, todos eran como Nils Lykke. ¡Qué extraño y qué dulce es odiar! Nunca había sabido lo dulce que era hasta esta noche. ¡No, no cambiaría por mil años de vida los momentos que he pasado desde que le vi! «¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa...!» *(Camina lentamente hacia el fondo, abre la ventana y mira hacia afuera. Entra Lykke por la primera puerta de la derecha.)*

LYKKE

*(Para sí.)* «¡Que durmáis bien en Ostrot!», dijo la señora Inger al marchar. ¡Dormir bien! Eso se dice pronto, pero... Allá afuera, el cielo y el mar alborotados. Abajo, en el sótano, Lucía en el sepulcro; la suerte de dos reinos en mis manos..., y en mi pecho un ramo de flores marchitas que una mujer me arrojó a los pies. En verdad, temo que el sueño tarde en aparecer. *(Elina abandona la ventana y se dispone a marcharse por la izquierda. Lykke la ve y dice):* Allí está. La altanera mirada parece pensativa. ¡Oh, si me atreviera!... *(En alta voz.)* ¡Señorita Elina!

ELINA

*(Deteniéndose en la puerta.)* ¿Qué queréis? ¿Por qué me perseguís?

LYKKE

Os equivocáis. No os persigo. Yo soy el perseguido.

ELINA

¿Vos?

LYKKE

Por muchos pensamientos. Por eso me pasa a mí con el sueño lo que con vos...: huye de mí.

ELINA

Idos a la ventana. Allí podéis encontrar entretenimiento...; un mar tempestuoso...

LYKKE

¿Un mar tempestuoso? Eso puedo hallarlo en vos.

ELINA

¿En mí?

LYKKE

Nuestra primera entrevista me ha dado la certeza de ello.

ELINA

¿Y os quejáis por eso?

LYKKE

No, de ningún modo; pero quisiera encontraros menos severa para conmigo.

ELINA

*(Altanera.)* ¿Creéis que vais a lograrlo?

LYKKE

Estoy seguro de ello, porque os traigo una nueva que os agradará.

ELINA

¿Cuál?

LYKKE

Mi despedida.

ELINA

*(Dando un paso hacia él.)* ¿Vuestra despedida? ¿Os vais de Ostrot..., tan pronto?

LYKKE

Antes de que esta noche termine.

ELINA

*(Un momento está vacilante; luego, fríamente.)* ¡Entonces, recibid mi adiós, señor caballero! *(Se inclina y hace ademán de irse.)*

LYKKE

Elina Gyldenlöve: no tengo derecho alguno a deteneros; pero no sería generoso de vuestra parte negaros a oir lo que tengo que deciros.

ELINA

¡Os escucho, señor caballero!

LYKKE

Ya sé que me odiáis.

ELINA

Vuestra penetración no se ha debilitado, por lo que veo.

LYKKE

Pero sé también que merezco plenamente ese odio. La manera como he hablado de vos en mi escrito a vuestra madre era inconveniente y ofensiva.

ELINA

Es posible, pero yo no lo he leído.

LYKKE

Pero, por lo menos, su contenido no lo desconocéis. Sé que vuestra madre os lo ha comunicado; por lo menos os ha dicho que yo consideraba feliz al hombre que... ¡Ya sabéis las esperanzas que alimentaba!...

ELINA

Señor caballero, si pensáis hablar de eso...

LYKKE

Pienso hablar de ello tan sólo para disculpar mi conducta; por ningún otro motivo..., os lo juro. Si mi fama ha llegado antes que yo a Ostrot, y por desgracia tengo razones para suponerlo, conoceréis bastante mi vida para no asom-

braros de que vaya con tanta osadía a mi objeto. ¡Durante mi vida me he encontrado ya con muchas mujeres, Elina Gyldenlöve! Invencible no he encontrado ninguna todavía. Con estos hábitos se vuelve uno un poco atrevido. Se pierde la costumbre de hacer rodeos...

ELINA

Será posible. No sé de qué casta serían aquellas mujeres. Por lo demás, os equivocáis si creéis que es la carta a mi madre la que ha despertado en mi corazón odio y amargura contra vos. Tenía razones más antiguas.

LYKKE

*(Intranquilo.)* ¿Razones más antiguas? ¿Qué queréis decir?

ELINA

Como suponéis, vuestra fama ha llegado a Ostrot, como a todo el país. Cuando se pronuncia el nombre de Nils Lykke, va siempre acompañado del de una mujer a quien ha seducido y abandonado. Unos lo pronuncian con indignación, otros con una sonrisa y con burlas ligeras sobre la débil criatura engañada. Pero a través de la indignación, de las sonrisas, de las burlas, suena atronadora vuestra leyenda, incitando a la cólera, como el himno de victoria del enemigo. Todo esto ha producido mi odio contra vos. Vuestra imagen estaba incesantemente ante mí, y sentía como un ansia de encontrarme con vos

frente a frente para haceros saber que hay mujeres con las cuales serían inútiles vuestros halagos..., caso de que quisierais emplearlos.

LYKKE

Cometéis una injusticia si me juzgáis por lo que la fama os ha dicho de mí. Acaso sea verdad lo que habéis oído, pero la causa no la conocéis. A los diez y siete años comencé mi vida ligera y disipada. Mujeres fáciles me otorgaban lo que yo deseaba aun antes de que el deseo se tradujera en ruego, y lo que yo les ofrecía lo tomaban ellas con las manos abiertas. Vos sois la primera mujer que me arroja despectiva a los pies un regalo mío. No creáis que me quejo por ello, no; al contrario, os honro por eso como no he honrado nunca a ninguna mujer. Mas de lo que me quejo y lo que pesa sobre mí como un gran dolor del alma es que el destino no me haya hecho encontraros antes. ¡Elina Gyldenlöve! Vuestra madre me ha hablado de vos. Mientras fuera de aquí corría la vida su carrera desasosegada, andabais vos tranquila por esta soledad de Ostrot con vuestras fantasías y vuestros sueños. ¡Ved! Por eso podréis comprender lo que yo voy a deciros. ¡Sabed, pues, que yo he vivido también una vida como la vuestra! Pensaba yo que cuando saliese al mundo me encontraría con una mujer noble y generosa que me llamaría y me allanaría el camino que habría de conducirme a las acciones gloriosas. ¡La esperanza aquella me

engañó, Elina Gyldenlöve! Muchas mujeres han salido a mi encuentro, pero ella no. Antes de haberme hecho hombre había aprendido a despreciarlas a todas. ¿Fué mía la culpa? ¿Por qué las demás no fueron como vos? Ya sé que la suerte de vuestra patria pesa sobre vuestra alma. Conocéis el influjo que sobre lo existente ejerzo. Se dice que yo soy falso como la espuma del mar. Acaso; pero si es verdad, las mujeres son quienes me lo han enseñado a ser. Si hubiese encontrado antes lo que buscaba; si hubiese encontrado una mujer noble, altanera y generosa como vos, hubiera sido distinta mi vida. Quizás estaría en este momento a vuestro lado como defensor de los noruegos oprimidos. Pues creo firmemente una cosa: una mujer es lo más poderoso que hay en el mundo, y en su mano está llevar al hombre allí donde el Señor quiere que vaya.

ELINA

*(Para sí.)* Quizás sea como dice. No, no; en sus ojos brilla la mentira y la falsedad está en sus labios. Y sin embargo..., ninguna canción haría en mí el efecto que sus palabras.

LYKKE

*(Acercándose, con voz queda y confiada.)* ¡Cuántas veces habréis estado aquí a solas con vuestros inquietos pensamientos! Vuestro corazón se sentía oprimido; el techo y las paredes se hundían y pesaban sobre vuestra alma. Entonces ha-

béis mirado hacia afuera; hubierais querido volar a lo alto, sin saber vos misma adónde. ¡Cuántas veces habréis paseado solitaria por el fjord! Allá en lontananza cruzaba un bajel suntuoso; dentro de él iban damas y caballeros y sonaban música y cantos. Un rumor vago de grandes acciones llegaba a vuestros oídos, y sentíais que os apretaba el corazón una gran ansia, un impulso invencible que quería saber lo que al otro lado del mar había. Pero vos no habéis comprendido lo que ansiabais. A veces habéis pensado que era la suerte de vuestra patria la que os daba todos estos desasosegados pensamientos. Os engañabais a vos misma. A vuestros años, una doncella tiene otras cosas en que cavilar. ¡Elina Gyldenlöve! ¿No habéis creído nunca en una fuerza misteriosa, en un poder invencible y secreto que liga los destinos de los hombres? Cuando soñabais con la vida abigarrada de allá afuera, con torneos y fiestas suntuosas..., ¿no veíais un caballero que con la risa en los labios y la tristeza en el corazón estaba allí, en medio del bullicio...; un caballero que había soñado dulcemente con una mujer, como vos, noble y magnífica, a la cual buscaba en vano entre todas las que le rodeaban?

ELINA

¿Quién sois vos, que sabéis vestir con palabras mis más íntimos pensamientos? ¿Cómo podéis saber lo que yo llevaba en lo más hondo de mi

pecho, sin saberlo yo misma? ¿Por dónde sabéis...?

LYKKE

Lo que os he dicho me lo han contado vuestros ojos.

ELINA

Nunca me ha hablado un hombre como vos me habláis. Sólo obscuramente os he entendido, y sin embargo, todo, todo me parece cambiado ahora. *(Para sí.)* Ahora comprendo por qué dicen que Nils Lykke es distinto de los demás.

LYKKE

Hay una cosa en el mundo que puede trastornar al que sobre ella reflexiona, y es el pensar qué es lo que hubiera pasado si las cosas hubieran ido de esta o de la otra manera. Si os hubierais cruzado en mi camino cuando el árbol de mi vida era aún verde y frondoso, acaso en esta hora... ¡Mas perdonadme, noble doncella! Esta corta conversación me había hecho olvidar nuestra situación. Era como si desde el principio una voz secreta me dijese que podía hablar con vos abiertamente y sin disimulo.

ELINA

Y podéis hacerlo.

LYKKE

Bien...; y esa franqueza nos ha quizás reconciliado un poco. Acaso llegue el tiempo en que

podáis pensar sin odio ni amargura en mí. ¡Pero, entendedme bien; no quiero decir ahora mismo..., sino más tarde! Y para hacéroslo menos difícil, y puesto que ya he comenzado a hablar con vos franca y honradamente, permitidme que os diga...

ELINA

¡Señor caballero!...

LYKKE

*(Sonriendo.)* ¡Ah, veo que mi carta os asusta todavía! Pero estad tranquila. No sé lo que daría porque no estuviera escrita, pues... Bien; puesto que sé que no os causará gran dolor el oirlo, puedo decíroslo...: no os amo, no os amaré nunca. Estad, pues, segura; os lo repito. No intentaré jamás... *(Elina se muestra impresionada.)* Mas ¿qué os pasa?...

ELINA

¿A mí? ¡Nada, nada! Decidme sólo una cosa. ¿Por qué lleváis todavía esas flores? ¿Qué pueden significar para vos?

LYKKE

¿Estas flores? ¿No son un guante de desafío, que vos, en nombre de todas las mujeres, habéis arrojado a Nils Likke? ¿No debía recogerlo? ¿Preguntáis qué quiero con ellas? *(En tono quedo.)* Cuando yo vuelva a estar en Dinamarca entre mujeres hermosas, y suene música, y en la

sala reine el silencio, entonces mostraré estas flores y contaré una leyenda de una doncella que vive sola en un castillo allá en la Noruega lejana... *(Se interrumpe y se inclina respetuosamente.)* Mas temo que he detenido demasiado tiempo a la hermosa hija de la casa. Ya no nos veremos más, pues antes de que amanezca me marcharé. Os ofrezco, pues, mi adiós.

ELINA

Y yo os doy el mío, señor caballero.
*(Pausa corta.)*

LYKKE

Parecéis preocupada otra vez, Elina Gyldenlöve. ¿Es que pensáis en la suerte de vuestra patria?

ELINA

*(Moviendo negativamente la cabeza y mirando abstraída a lo lejos.)* ¿Mi patria? Yo no pienso en mi patria.

LYKKE

¿Entonces es el tiempo con todas sus luchas y dolores lo que os angustia?

ELINA

¿El tiempo? Ahora lo tengo olvidado... ¿Vais a Dinamarca? ¿No decíais eso?

LYKKE

Voy a Dinamarca.

ELINA

¿Puedo ver Dinamarca desde esta sala?

LYKKE

*(Señalando a la ventana de la izquierda.)* Sí; desde aquella ventana. Allá, hacia el Sur, está Dinamarca.

ELINA

¿Y está muy lejos de aquí? ¿Más de mil millas?

LYKKE

Mucho más lejos. Entre vos y Dinamarca está el mar.

ELINA

*(Para sí.)* ¿El mar? El pensamiento vuela como una gaviota. El mar no basta para detenerlo. *(Se va por la izquierda.)*

LYKKE

*(La sigue un rato con la vista y luego dice):* Si pudiera disponer de dos días..., o sólo de uno, caería, como las otras, en mi poder. Esta niña es de un carácter original; es orgullosa. ¿Es que acaso debo decidirme? No; prefiero humillarla. *(Pasea por el aposento.)* ¡No puedo creer que haya puesto en ardor mi sangre! ¿Quién lo hubiera tenido por posible?... ¡Pero fuera con ello! ¡Tengo que salir de todo este embrollo, en el que me he perdido! *(Se sienta en una silla, a la derecha.)* ¿Cómo he de explicármelo? Lo mismo

Olaf Skaktval que la señora Inger parecen ciegos para la sorpresa que se produciría al saberse que yo estoy en alianza con ellos. ¿O habrá penetrado la señora Inger mis intenciones? ¿Habrá comprendido que todas mis promesas no tendían más que a sacar a Nils Sture del agujero en que está escondido? *(Dando un salto.)* ¡Voto a ...! ¿Es que soy yo el engañado? Es muy verosímil que el conde Sture no esté en Ostrot. Es posible que a estas horas esté tranquilamente entre sus amigos en Suecia, mientras yo... Acaso su fuga no ha sido más que un ardid de guerra. *(Vuelve a pasear, desasosegado, arriba y abajo.)* ¡Por qué habré tenido tanta confianza en mí mismo! ¡Y si la señora Inger penetra mis intenciones... y divulga lo ocurrido!... ¡Burlado y escarnecido así aquí como en Dinamarca! ¡Querer atraer a la señora Inger a la celada..., y luego trabajar por su causa, elevar su prestigio a los ojos del pueblo!... ¡Ah, estaría dispuesto a tratar con el mismo demonio si me ayudase a poner la mano sobre el conde Sture!

*(Se abre la ventana del fondo. Nils Stenson aparece en ella.)*

LYKKE

*(Echando mano a la espada.)* ¿Quién va?

STENSON

¡Ajá! ¡Por fin estoy aquí!

LYKKE

*(Para sí.)* ¿Qué quiere decir esto?

STENSON

¡La paz de Dios sea con vos, señor!

LYKKE

Gracias. Pero os aseguro que habéis escogido un modo de entrar algo desusado, caballero.

STENSON

¿Y qué diablos iba a hacer? La puerta estaba cerrada. Aquí en el palacio parece que duermen las gentes como el oso en el invierno.

LYKKE

¡Gracias sean dadas a Dios! Una conciencia limpia es una almohada blanda, como sabéis.

STENSON

Sí; así debe ser; porque por más que he llamado y llamado...

LYKKE

¿No os han abierto?

STENSON

Claro está que no. De modo que yo me dije: Puesto que tienes que estar esta noche en Ostrot, aunque tengas que pasar por agua y fuego, puedes entrar también por la ventana.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Ah!, si éste... *(Dando unos pasos hacia él.)* ¿Os importa mucho, pues, estar precisamente esta noche en Ostrot?

STENSON

¿Si me importa mucho? Digo, me parece que sí. A mí no me gusta hacer que me esperen.

LYKKE

¡Ah! ¿De modo que os espera la señora Inger Gyldenlöve?

STENSON

¿La señora Inger Gyldenlöve? Ved: a eso no puedo contestar abiertamente. *(Con una sonrisa maliciosa.)* Pero acaso hay aquí algún otro que...

LYKKE

*(Sonriendo también.)* ¡Ajá! ¿De modo que acaso hay aquí algún otro...?

STENSON

Decidme: ¿sois vos de la casa?

LYKKE

¿Yo? Sí, en tanto que soy desde esta noche huésped de la señora Inger.

STENSON

¿Ah, sí? Me parece que ésta es la tercera noche después de la fiesta de San Martín.

LYKKE

¿La tercera noche después...? Sí, sin duda tenéis razón... ¿Deseáis acaso ser conducido inmediatamente a la presencia de la señora de la casa? Por lo que yo puedo suponer, no se ha acostado todavía. ¿Mas no quisierais sentaros y descansar, joven amigo? Ved: aquí ha quedado una jarra de vino. Algo de comer podríamos encontrarlo todavía. Quizás un refuerzo os vendría bien.

STENSON

Tenéis razón; no me vendría mal. *(Se sienta a la mesa y durante lo que sigue come y bebe.)* ¡Asados y pasteles dulces! ¡Lleváis una vida deliciosa! Cuando se ha dormido, como yo, sobre la tierra fría y se ha vivido de agua y pan durante cuatro, cinco días, como yo...

LYKKE

*(Le mira sonriendo.)* Sí, eso debe ser difícil para quien está acostumbrado a sentarse en el sitio de honor de la sala condal.

STENSON

¿De la sala condal?

LYKKE

Mas aquí en Ostrot podréis descansar todo el tiempo que gustéis.

STENSON

¿Puedo hacerlo de veras? ¿No tendré que marcharme en seguida?

LYKKE

No lo sé. Eso lo debéis saber vos mejor que nadie.

STENSON

*(Para sí.)* ¡Voto a ...! *(Reclinándose cómodamente en la silla.)* ¡Hum!... La cosa no está completamente decidida aún. Por mi parte, yo no tendría ningún inconveniente en quedarme aquí; pero...

LYKKE

¿Pero no dependéis de vos mismo? ¿Tenéis encargos y comisiones?...

STENSON

Sí, esa es precisamente la dificultad. Si de mí dependiese, sin duda que descansaría en Ostrot todo el invierno. La mayor parte del tiempo he estado en pie de guerra, y por eso... *(Se interrumpe de pronto, se echa vino y bebe.)* ¡A vuestra salud, caballero!

LYKKE

¿En pie de guerra? ¡Hum!

STENSON

No; lo que yo quería decir era esto: hace tiempo que ansiaba ver a la señora Inger, de quien

tanto se habla. Debe ser una mujer admirable, ¿verdad? Lo único que me desagrada es que le cuesta tanto trabajo decidirse...

LYKKE

¿Decidirse?

STENSON

Ya me comprendéis. Quiero decir que hace de mala gana algo para expulsar del reino a los extranjeros.

LYKKE

Sí, en eso tenéis razón. Ahora debéis hacer cuanto podáis; quizás podáis lograrlo.

STENSON

¿Yo? ¡Dios me valga! ¡De mucho serviría que yo...!

LYKKE

Entonces, si no tenéis esperanza, es extraño que vengáis en busca de la señora Inger.

STENSON

¿Qué queréis decir con eso? Oid: ¿conocéis a la señora Inger?

LYKKE

Naturalmente, puesto que soy su huésped...

STENSON

Eso no quiere decir que la conozcáis. También yo soy su huésped y no he visto nunca ni su sombra.

LYKKE

Sin embargo, podéis hablar...

STENSON

¿De lo que todo el mundo sabe? Sí, eso claro está. Además le he oído con frecuencia al canciller... *(Se para confundido y comienza a comer con furia.)*

LYKKE

¿Qué es lo que queríais decir?

STENSON

¿Yo? *(Comiendo.)* No, nada; nada importante. *(Lykke se ríe.)* ¿De qué os reís?

LYKKE

De nada, caballero.

STENSON

*(Bebiendo.)* Aquí bebéis un vino fuerte.

LYKKE

*(Acercándose a él y en tono de confianza.)* Oid... ¿No será ya tiempo de arrojar la máscara?

STENSON

¿La máscara? Podéis conservarla todo el tiempo que queráis.

LYKKE

¡Dejad todo disimulo aparte! ¡Os he reconocido, conde Sture!

STENSON

*(Riéndose a carcajadas.)* ¿Conde Sture? ¿Creéis que soy el conde Sture? *(Poniéndose en pie.)* ¡Os esquivocáis, caballero; yo no soy el conde Sture!

LYKKE

¿De veras? ¿Quién sois vos, entonces?

STENSON

Me llamo Nils Stenson.

LYKKE

*(Le contempla sonriendo.)* ¡Nils Stenson (1)! ¿Y no sois Nils, el hijo de Sten Sture? Por lo menos el nombre es el mismo.

STENSON

Es verdad; pero Dios sabe con qué derecho lo traigo. A mi padre no le he conocido; mi madre era una pobre campesina que en una de las guerras pasadas fué saqueada y asesinada. Casualmente el canciller Pedro andaba entonces por las cercanías. Me tomó a su cargo, me educó y me enseñó la profesión de las armas. Como sabéis, el rey Gustavo le persiguió durante muchos años, y yo le seguí fielmente dondequiera que fué.

LYKKE

Parece que el canciller os ha enseñado algo

(1) Quiere decir el hijo (*son*) de Sten.

más que la profesión de las armas. Bien. ¿De modo que no sois Nils Sture? Pero venís de Suecia, y el canciller os envía a un hombre que...

STENSON

*(Haciendo un gesto malicioso.)* Que ya ha parecido.

LYKKE

*(Vacilando un poco.)* ¿Y al cual no conocéis?

STENSON

Del mismo modo que vos no me conocéis a mí; pues, ¡os lo juro por Dios!, yo no soy el conde Sture.

LYKKE

¿Lo decís en serio?

STENSON

¡Por mi vida lo juro! ¿Y por qué iba a negarlo si así fuese?

LYKKE

Pero entonces, ¿dónde está el conde Sture?

STENSON

*(A media voz.)* Ese es precisamente el secreto.

LYKKE

*(En tono quedo.)* ¿Que vos conocéis? ¿No es eso?

STENSON

Y que tengo que comunicaros.

LYKKE

¿A mí? Bien, adelante. ¿Dónde está? *(Stenson señala hacia arriba.)* ¿Allá arriba? ¿La señora Inger le ha escondido en el desván?

STENSON

No acabáis de entenderme. *(Mira, precavido, a su alrededor.)* Nils Sture está en el cielo.

LYKKE

¡Muerto! ¿Dónde?

STENSON

En el regazo de su madre..., ya hace tres semanas.

LYKKE

¡Oh, me engañáis! Hace cinco o seis días que entró en Noruega por la frontera.

STENSON

Ése era yo.

LYKKE

Pero poco tiempo antes se había mostrado en Dalekarlia el joven conde. El pueblo, que estaba ya intranquilo, se proclamó en abierta rebelión, y quería hacerlo rey.

STENSON

¡Ja, ja, ja! ¡Todo eso lo hice yo!

LYKKE

¡Vos!

STENSON

Ahora vais a saber cómo ocurrieron las cosas. Un día me llamó el canciller y me confió que se preparaban grandes acontecimientos. Me pidió que fuera a Ostrot, en Noruega, donde tenía que estar para un día determinado...

LYKKE

La tercera noche después de la fiesta de San Martín.

STENSON

Allí encontraría un amigo...

LYKKE

Perfectamente. Ese amigo soy yo.

STENSON

Por él sabría lo que tenía que hacer en adelante. Tenía que comunicarle que el conde había muerto repentinamente, pero que no lo sabía nadie más que la madre, él, el canciller y algunos viejos servidores de la familia Sture.

LYKKE

Comprendo. El conde era la cabeza de los campesinos. En cuanto se sepa su muerte se disuelven, y la cosa está perdida.

STENSON

Quizás. Yo no estoy tan al tanto de esas cosas.

LYKKE

Pero ¿cómo pudo ocurrírseos haceros pasar por el conde?

STENSON

¿Cómo pudo ocurrírseme? ¡Eso no lo sé! Ya se me han ocurrido varias locuras en la vida. Además, no fué invención mía, pues adondequiera que en Dalekarlia llegaba, la gente se congregaba a mi alrededor, y me saludaban llamándome conde Sture. Cuanto yo para sacarlos de su error pude decirles, fué inútil. Hacía dos años que el conde había estado allí, y hasta los niños pequeños me reconocían. Bien, me dije, sea. Conde no lo has de ser en toda tu vida; puesto que tienes ocasión, prueba una vez lo que es eso.

LYKKE

¿Y qué hicisteis luego?

STENSON

¿Yo? Comía y bebía y dejaba hacer. La lástima es que haya tenido que marcharme tan pronto de allí. Al pasar la frontera..., ¡ja, ja, ja!..., les prometí que pronto volvería con cuatro o cinco mil hombres..., o con los que fuesen, y entonces comenzaría de veras la cosa.

LYKKE

¿Y no comprendíais que obrabais imprudentemente?

STENSON

Sí; después se me ocurrió, pero ya era tarde.

LYKKE

Lo siento por vos, mi joven amigo, porque ya notaréis pronto las consecuencias de vuestra imprudencia. Puedo deciros que estáis perseguido. Una sección de caballería sueca os va a los alcances.

STENSON

¿A los alcances a mí? ¡Ja, ja, ja! ¡Pero eso es admirable! ¡Y cuando lleguen y crean que han echado la zarpa sobre el conde Sture!... ¡Ja, ja, ja!

LYKKE

*(Serio.)* Entonces habrá terminado vuestra vida.

STENSON

¡Mi...! ¡Pero yo no soy el conde Sture!

LYKKE

Sí; pero habéis excitado al pueblo a tomar las armas. Habéis hecho promesas a los rebeldes y habéis introducido la intranquilidad en el país.

STENSON

Pero todo eso no era más que una broma.

LYKKE

El rey Gustavo ha de ver la cosa de otra manera.

STENSON

Sí, es verdad. Hay algo de cierto en lo que decís. ¡Pero cómo he podido ser tan loco! Bien, ya me libraré de algún modo. Vos me protegeréis, y además los soldados no están todavía encima.

LYKKE

¿Qué otra cosa tenéis que comunicarme?

STENSON

¿Yo? Nada. No me falta más que entregaros el paquete...

LYKKE

*(Sin pensar.)* ¿El paquete?

STENSON

Claro; ya lo sabéis...

LYKKE

¡Ah, sí, los papeles del canciller!...

STENSON

Tened; aquí están todos. *(Le da un paquete que ha sacado del jubón.)*

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Cartas y pergaminos para Olaf Skaktval! *(A Stenson.)* Como veis, el paquete viene abierto. ¿Es que conocéis el contenido?

STENSON

No; no me gusta leer cosas escritas; no hay para qué.

LYKKE

Comprendo; os dedicáis con preferencia al ejercicio de las armas. *(Se sienta en la mesa a la derecha y recorrre los papeles.)* ¡Ajá! Son datos más que suficientes para comprender lo que hay detrás de ellos. Esta cartita, con un cordón de seda. *(Mira la dirección.)* También para Olaf Skaktval. *(Abre la carta y la lee rápidamente.)* Del canciller Pedro. Esto podía suponérmelo. *(Murmurando.)* «Estoy en un gran aprieto, pues...» Perfectamente; aquí dice: «El conde Sture ha muerto precisamente en el momento en que el movimiento había de comenzar...; pero todavía puede arreglarse todo.» ¿Pero qué puede ser esto? *(Sigue leyendo con afán.)* «Habéis de saber, señor Olaf Skaktval, que el joven que os entregue esta carta es un hijo de...» ¡Dios de los cielos! ¿Dice eso, en efecto? ¡Sí, eso dice! *(Arrojando una mirada a Stenson.)* ¿De modo que él sería...? ¡Ah, si así fuera! *(Sigue leyendo.)* «Lo he criado desde que tenía un año; pero hasta hoy me he negado a devolverlo, porque creía tener en él una garantía de la seguridad, de la fidelidad de la señora Inger Gyldenlöve a nosotros y a nuestros amigos. Mas para ese objeto, de poco nos ha servido. Os maravillaréis acaso de que no os hubiera confiado este secreto cuando hace poco estuvisteis a verme; pero quiero confesaros francamente que temía quisierais conservarlo en vuestro poder con el mismo objeto que yo. Mas ahora que

habréis visto a la señora Inger y os habréis persuadido de lo poco dispuesta que está a apoyarnos, comprenderéis que lo más prudente es devolverle lo que es suyo. Acaso sea posible que la alegría y la gratitud la..., esta es nuestra última esperanza.» *(Queda un rato como anonadado por la impresión; de pronto dice para sí):* ¡Pero esta carta vale más que oro!

STENSON

Parece que las nuevas que os he traído son importantes. ¡Oh!, el canciller es hombre listo.

LYKKE

*(Para sí.)* Y ahora, ¿qué hago yo con todo esto? Tengo mil caminos en que escoger... ¿Si me...? No; esto sería demasiado aventurado. Pero si... ¡Ah, si yo...! ¡Hay que intentarlo! *(Rasga la carta y guarda los pedazos en el jubón. Coloca los demás papeles en el paquete, los mete en el cinturón, se pone en pie y dice):* ¡Una palabra todavía, amigo mío!

STENSON

*(Acercándose.)* Qué, ¿parece que el juego tiene buen aspecto?

LYKKE

Sí; eso parece. No me habéis puesto más que figuras en la mano...

STENSON

¿Pero yo, que tan buenas noticias os he traído, no tengo nada más que hacer?

LYKKE

¿Vos? Al contrario. Vos entráis también en el juego. Vos sois rey y triunfo, además.

STENSON

¿Yo? ¡Ah! Ya os entiendo. Os referís a la elevación...

LYKKE

¿Qué elevación?

STENSON

Me habéis profetizado que si el rey Gustavo llega a cogerme... *(Indica con un gesto que le van a ahorcar.)*

LYKKE

Eso es verdad. Pero dejad de pensar en ello. De vos depende el tener, antes de terminar el mes, o una cuerda de cáñamo o un collar de oro al cuello.

STENSON

¡Un collar de oro! ¿Y eso depende de mí? *(Lykke hace un signo afirmativo.)* ¡Oh, eso sería cosa de pensarlo! Pero decidme qué es lo que tengo que hacer.

LYKKE

Voy a hacerlo. Mas primero juradme solemne-

mente que no comunicaréis a nadie en el mundo el secreto que os voy a revelar.

STENSON

¿Nada más? Os prestaré diez juramentos, si queréis.

LYKKE

¡Hablad con seriedad, caballero! Yo no gasto ninguna broma con vos.

STENSON

Bien, bien. Ya estoy serio.

LYKKE

En Dalekarlia os decían que erais el hijo de un conde, ¿no es verdad?

STENSON

¿Volvéis ya a hablar de eso? Os he rogado encarecidamente...

LYKKE

No me entendéis. Lo que allí oísteis era verdad.

STENSON

¡Verdad! ¿Qué queréis decir? Explicadme cómo...

LYKKE

Antes el juramento. ¡El más solemne y sagrado que sepáis!

STENSON

Lo prestaré. Allí, en el muro, hay una estampa de la Virgen María...

LYKKE

La Virgen María ha perdido mucho prestigio en estos últimos tiempos. ¿No habéis oído hablar de lo que dice el monje de Wittemberg?

STENSON

¡Uf! ¡Cómo podéis hablar del monje de Wittemberg! El canciller dice que es un hereje.

LYKKE

Bien; no discutamos sobre eso. Voy a mostraros un santo sobre el cual podéis jurar. *(Le muestra un retrato que está en una de las columnas.)* Venid y prometedme el silencio hasta que yo mismo liberte vuestra lengua. ¡Silencio, por vuestra salvación y por la del que está aquí en el retrato!

STENSON

*(Acercándose al cuadro.)* Lo juro, y si no cumpliere mi juramento, que Dios me abandone. *(Retrocede espantado.)* ¡Pero salvador mío!...

LYKKE

¿Qué os pasa?

STENSON

Ese retrato..., ¡soy yo mismo!

LYKKE

Es el viejo conde Sture, tal como era en su juventud.

STENSON

¡Sten Sture! ¡Y la semejanza!... ¡Y... he dicho la verdad al decir que era hijo de un conde! ¿Decíais...? ¿No es verdad?

LYKKE

Es verdad.

STENSON

Entonces ya lo sé, ya lo sé. Yo soy...

LYKKE

¡Vos sois el hijo de Sten Sture, caballero!

STENSON

*(Anonadado por la sorpresa.)* ¡Yo el hijo de Sten Sture!

LYKKE

Y también por el lado materno sois de noble origen. El canciller mentía al decir que vuestra madre había sido una humilde campesina.

STENSON

¡Es maravilloso, increíble! ¿Pero puedo pensar realmente...?

LYKKE

Podéis creer cuanto yo os digo. Pero tened en cuenta que irá en vuestro propio daño si olvi-

dáis lo que por la salvación de vuestro padre jurasteis.

STENSON

¿Olvidar eso? ¡Oh, no! ¡Estad seguro de que no lo olvidaré nunca! Pero vos, a quien he dado mi palabra, decidme: ¿quién sois vos?

LYKKE

Me llamo Nils Lykke.

STENSON

*(Sorprendido.)* ¡Nils Lykke! ¿Pero no seréis el consejero imperial danés?

LYKKE

El mismo.

STENSON

Y vos sois quien... ¡Qué cosa más extraña! ¿Cómo es posible que...?

LYKKE

¿Que reciba una embajada del canciller? ¿Eso es lo que os asombra?

STENSON

Sí, no quiero negarlo. Siempre ha hablado de vos como de su enemigo más acérrimo.

LYKKE

¿Y por eso desconfiáis de mí?

STENSON

No, no precisamente por eso; pero... ¡Y bien; que el diablo se lleve todas las cavilaciones!

LYKKE

Tenéis razón. Tenéis tan segura la cuerda de cáñamo si seguís vuestras propias inspiraciones, como el título de conde y el collar de oro si os abandonáis a mí.

STENSON

¡En todo y sin vacilar! ¡Mi mano en prenda de ello! Aconsejadme mientras sea necesario. Cuanhaya que pelear, ya sabré yo ayudarme.

LYKKE

Bien. Seguidme a la habitación; allí os lo explicaré todo y os diré lo que tenéis que hacer. *(Sale por la derecha.)*

STENSON

*(Dirigiendo una mirada al retrato.)* ¡Yo el hijo de Sten Sture! ¡Es maravilloso como un sueño! *(Sigue a Lykke.)*

# ACTO CUARTO

La sala de convites, como en el acto anterior. La mesa ha desaparecido. El ayuda de cámara Bjorn va alumbrando con un candelabro a la señora Inger Gyldenlöve y a Olaf Skaktval. Entran por la segunda puerta de la izquierda. La señora Inger trae algunos papeles en la mano.

LA SEÑORA INGER

¿Y estás seguro de que mi hija habló aquí con el caballero?

BJORN

*(Dejando el candelabro sobre la mesa de la izquierda.)* Completamente seguro; precisamente la encontré cuando entraba en aquel pasillo.

LA SEÑORA INGER

Y parecía muy excitada, ¿no es verdad?

BJORN

Estaba muy pálida y muy desmayada. Yo la pregunté si estaba enferma, y en vez de contestar a mi pregunta, me dijo: «Ve a ver a mi madre y dile que el caballero piensa salir de aquí antes de que amanezca el día. Si tiene que darle

cartas o alguna otra comisión, ruégala que no le produzca ninguna detención innecesaria.» Y seguidamente añadió algo que yo no pude percibir claramente.

LA SEÑORA INGER

¿Es que no has entendido nada?

BJORN

Sonaba algo así como si dijese: «Casi me parece que ya ha estado demasiado tiempo en Ostrot.»

LA SEÑORA INGER

Y el caballero, ¿dónde está?

BJORN

Supongo que en su aposento, en el ala de la torre.

LA SEÑORA INGER

Bien. Tengo ya preparado lo que he de darle. Ve y dile que le aguardo aquí, en la sala.

*(Bjorn sale por la derecha.)*

OLAF

Quisiera deciros, señora... Yo soy, es verdad, ciego como un topo en esas cosas...; pero me parece que... ¡hum!

LA SEÑORA INGER

¿Qué queréis decir?

OLAF

Que a Nils Lykke le agrada vuestra hija.

LA SEÑORA INGER

Pues no sois tan ciego como decís: o yo me equivoco mucho, o tenéis razón completa. ¿No habéis notado con qué curiosidad escuchaba durante la cena cuanto yo de Elina contaba?

OLAF

Se olvidaba de comer y de beber.

LA SEÑORA INGER

Y de nuestros asuntos también.

OLAF

Y hasta de los papeles del canciller.

LA SEÑORA INGER

¿Y de todo eso deducís...?

OLAF

Y de todo eso deduzco que vos, que conocéis a Nils Lykke y sabéis la fama que tratándose de mujeres tiene...

LA SEÑORA INGER

¿Debo sentirme dichosa cuando se haya marchado?

OLAF

Sí, y cuanto antes mejor.

LA SEÑORA INGER

*(Sonriendo.)* ¿Y si os dijera que era al contrario, Olaf Skaktval?

OLAF

¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER

Si es verdad lo que nosotros creemos, por nada del mundo debe abandonar Nils Lykke todavía a Ostrot.

OLAF

*(Mirándola con aire de desaprobación.)* ¿Emprendéis otra vez caminos tortuosos, señora Inger? ¿Qué es lo que pretendéis? ¿Hay aquí algo que pueda aumentar en daño nuestro vuestro poder y...?

LA SEÑORA INGER

¡Oh, esa limitación que os hace a todos tan injustos contra mí! Veo en vuestro rostro que pensáis que yo trato de hacer de Nils Lykke el marido de mi hija. Si eso buscara... ¿Por qué había de negarme a prestar mi concurso a las cosas que en Suecia se preparan y que parecen apoyadas por Lykke y por los daneses?

OLAF

Pero si no pretendéis ganar a Nils Lykke y atraerlo a vos, ¿qué es lo que pensáis?

LA SEÑORA INGER

Quiero explicároslo en pocas palabras. En una carta que me dirigió, decía Nils Lykke que consideraría como una dicha poder entrar en nuestra familia, y debo confesar que en un momento pensé en la posibilidad de que su deseo se realizase.

OLAF

Ya veis, pues, que...

LA SEÑORA INGER

La alianza de mi familia con Nils Lykke era un medio de hacer cesar muchas enemistades en el país.

OLAF

Yo pienso que la unión de vuestra hija Merete con Vinzent Lungen ha debido convenceros de lo que con tales medios se consigue. Apenas Lungen había asentado entre nosotros, y ya se arrogaba derechos y privilegios...

LA SEÑORA INGER

¡Demasiado sé eso, Olaf Skaktval!; mas a veces pasan por mi ánimo diversos pensamientos. Por entero no puedo confiároslos ni a vos ni a otro alguno. A menudo no sé qué es lo que debo hacer. Sin embargo..., elegir a un danés por segunda vez para marido de una hija mía..., ese es un recurso por el que sólo una necesidad extrema podría hacerme decidirme. Y, gracias sean

dadas al Cielo, a tales extremos no he llegado todavía.

OLAF

Ahora no lo entiendo mejor que antes, señora. ¿Por qué queréis retener a Nils Lykke en Ostrot?

LA SEÑORA INGER

*(Con voz contenida.)* Porque tengo un resentimiento secreto contra él. Nils Lykke me ha ofendido como nadie lo ha hecho. No puedo deciros lo que fué. Mas no tendré sosiego hasta que me haya vengado de él. ¿No me entendéis? Suponed que a Nils Lykke le agradara mi hija. Me parece que esto no es inverosímil. Quiero incitarle a que se quede aquí. Debe conocer más de cerca a Elina. Es hermosa e inteligente a un tiempo... ¡Ah, si un día con el corazón lleno de ardiente amor viniese a pedírmela!... Expulsarle como a un perro. Expulsarle con burla, con desprecio. ¡Hacer que el reino entero supiese que Nils Lykke había sido rechazado en Ostrot!... ¡Os aseguro que daría diez años de mi vida por que llegase un día tal!

OLAF

¡Con la mano sobre el corazón, señora Inger! ¿Es esa vuestra intención para con él?

LA SEÑORA INGER

¡Eso y sólo eso! ¡Por Dios lo puedo jurar! Podéis creérmelo, Olaf Skaktval; yo procedo hon-

radamente con mis compatriotas. ¡Pero soy tan poco dueña de mis actos! Hay ciertas cosas que deben permanecer secretas, si es que no he de ser herida de muerte. Mas si algún día estuviese segura de *aquella* parte, veríais si había olvidado el juramento que ante el cadáver de Knut Alfson presté.

OLAF

*(Estrechando su mano.)* ¡Gracias por vuestras palabras! Me dolería tener que pensar mal de vos. Ahora, que en vuestro proyecto con el caballero me parece que emprendéis un juego arriesgado... ¿Si os hubieseis equivocado?... ¿Si vuestra hija...? Porque se dice que no hay mujer que pueda resistir a los halagos de ese demonio.

LA SEÑORA INGER

¿Mi hija? ¿Creéis que podría...? No, estad tranquilo; conozco bien a Elina. Cuanto ha oído en su alabanza no ha servido más que para acrecer su odio hacia él. Vos mismo habéis visto...

OLAF

Sí, sí... Pero ánimo femenino es un cimiento inseguro. Y debíais obrar con precaución.

LA SEÑORA INGER

Eso sí lo haré. Tendré sobre ellos un ojo vigilante. Mas si a pesar de eso lograra prenderla en sus redes, me bastará susurrar una sola palabra al oído de mi hija para que ella...

OLAF

Para que ella...

LA SEÑORA INGER

Huya de él como un enviado del diablo. Silencio, Olaf Skaktval. Ahí está él. Tened prudencia.

*(Lykke entra por la puerta de la derecha.)*

LYKKE

*(Se dirige cortésmente a la señora Inger.)* Noble señora, me habéis mandado llamar...

LA SEÑORA INGER

He sabido por mi hija que pensabais abandonarnos esta misma noche.

LYKKE

¡Por desgracia! Mi misión en Ostrot ha terminado.

OLAF

No, mientras yo no haya recibido los papeles.

LYKKE

Perfectamente. A poco olvido lo más importante de mi misión. Pero ello es culpa de la señora de la casa. Durante la comida supo entretener tan agradablemente a sus huéspedes...

LA SEÑORA INGER

Que olvidasteis lo que os había traído aquí. Me alegro en el alma, porque precisamente esa era

mi intención. Pensé que si mi huésped Nils Lykke se encuentra realmente bien en Ostrot, tendrá que...

LYKKE

¿Qué, ilustre señora?

LA SEÑORA INGER

Ante todo, olvidar su comisión... y cuanto ha ocurrido antes de su venida.

LYKKE

*(A Olaf, sacando el paquete y entregándoselo.)* Las cartas del canciller. En ellas encontraréis todas las explicaciones necesarias sobre nuestros partidarios en Suecia.

OLAF

Está bien. *(Se sienta en la mesa de la izquierda, abre el paquete y recorre los papeles.)*

LYKKE

Y ahora, señora Inger Gyldenlöve, no sé de nada más que tenga aquí que hacer.

LA SEÑORA INGER

En cuanto a los asuntos públicos que nos han juntado, puede ser que tengáis razón. Y sin embargo, sólo de mala gana lo creería.

LYKKE

¿Pensáis...?

LA SEÑORA INGER

Pienso que Nils Lykke, no sólo como consejero imperial danés o como aliado del canciller, es huésped mío. ¿Me equivocaría si me figurase que allá en Dinamarca habéis oído varias cosas sobre la señora de Ostrot, que os han puesto en curiosidad de conocerla?

LYKKE

Lejos de mi intención el negarlo.

OLAF

*(Hojeando los papeles.)* ¡Es extraño! No hay ninguna carta.

LYKKE

La fama de la señora Inger Gyldenlöve está demasiado extendida para que yo no ansiara desde hace tiempo conocerla personalmente.

LA SEÑORA INGER

Ya lo pensaba yo. ¿Pero es que para eso basta hablar una hora durante una cena? Vamos a intentar borrar lo que entre nosotros ha pasado. Quizás sea posible que el Nils Lykke a quien conozco pueda tender un velo sobre mi odio al Nils Lykke que no conocía. ¡Demorad por unos días vuestra partida, señor consejero imperial! A Olaf Skaktval no me atrevo a rogárselo. Tiene una comisión secreta para Suecia. Mas por lo que toca a vos, de seguro habréis arreglado las cosas de modo que vuestra presencia no fuese necesa-

ria. Creedme; el tiempo no ha de hacérseos largo entre nosotras. Por lo menos mi hija y yo haremos cuanto nos sea posible para que os sea agradable la estancia.

LYKKE

No dudo ni de vuestra buena voluntad para conmigo, ni de la de vuestra hija tampoco. De ella he recibido pruebas bastantes. Si a pesar de eso os digo que no puedo prolongar mi estancia en Ostrot, comprenderéis que soy absolutamente necesario en otra parte.

LA SEÑORA INGER

Bien. ¿Sabéis, señor consejero, que si yo fuera mal pensada podría creer que habéis venido a Ostrot para sostener una lucha conmigo? Parece que en el combate no os ha ido bien, y por eso no os agrada permanecer en el campo de batalla y ante los testigos de vuestra derrota.

LYKKE

*(Sonriendo.)* Para una explicación semejante habría más de un fundamento. Pero lo cierto es que yo no doy de ningún modo la batalla por perdida.

LA SEÑORA INGER

Razón de más. Si os quedáis aquí unos días, aun podéis acaso recuperar lo perdido. Ya veis cómo yo misma estoy vacilante en mis posiciones, sin atreverme a atacar de frente...; cómo

pienso mis ataques para no exponerme a tener que dejaros el campo. Ahora hablemos francamente. Las cosas están así. Vuestra alianza con los descontentos suecos me parece un poco..., ¿cómo he de decirlo?, un poco extraña. Os lo digo sin rodeos, querido señor. El pensamiento que ha inducido al Consejo del rey a dar ese paso me parece muy justo. Pero está en contradicción con toda la conducta de nuestros compatriotas en los pasados años. No debe ofenderos, por tanto, si pido, para confiar en vuestras bellas promesas, garantías mayores antes de poner en vuestras manos bienestar y hacienda.

LYKKE

Para ese objeto no serviría de nada mi estancia en Ostrot, pues no pienso hacer más tentativas para cambiar vuestra resolución.

LA SEÑORA INGER

Entonces os compadezco de todo corazón. Sí, señor consejero imperial; es verdad que no soy más que una viuda indefensa. Pero debéis creer mis palabras si os digo que han de crecer espinas de vuestro paso por Ostrot.

LYKKE

*(Sonriendo.)* ¿Eso me profetizáis, señora?

LA SEÑORA INGER

¡Ciertamente! ¿Qué va a decirse, noble señor? ¡Las gentes murmuran hoy de tan buen grado!... Más de una canción burlesca sobre vos sonará.

Antes de un año estaréis en lenguas del pueblo. Las gentes se pararán a vuestro paso, se quedarán contemplándoos y dirán: Ved, ved. Ahí pasa el señor Nils Lykke, que fué a Ostrot a coger a la señora Inger Gyldenlöve, y allí resultó preso en sus propios lazos. *(Lykke hace un gesto de impaciencia.)* ¡Aguardad, no seáis tan impaciente, señor caballero! No es que sea esta mi opinión; pero es lo que pensarán todas las gentes malintencionadas y maliciosas. ¡Y por desgracia abundan bastante! Es triste, pero es la verdad. Vuestra recompensa será la burla. Burla, porque una mujer fué más astuta que vos. Con la astucia de un zorro se deslizó en Ostrot, se dirá, y salió de allí avergonzado como un perro. Y otra cosa aún. ¿Pensáis que el canciller y su gente os darán las gracias por vuestro cometido cuando sepan que no habéis sido capaz de atraerme a vuestras banderas?

LYKKE

¡Habláis sabiamente, noble señora! Y para librarme de esa burla, y lo que es más, para servir la causa de los buenos amigos de Suecia, me veo obligado...

LA SEÑORA INGER

*(Apresuradamente.)* ¿A prolongar vuestra estancia en Ostrot?

OLAF

*(Que ha estado escuchando, para sí.)* Ahora cae en el lazo.

LYKKE

No, noble señora; me veo obligado a hacer una apuesta con vos.

LA SEÑORA INGER

¿Y si no la ganaseis?

LYKKE

La ganaré.

LA SEÑORA INGER

Estáis seguro de vuestra cosa, parece.

LYKKE

¿Qué apostáis a que habéis de aceptar mi propuesta y la del canciller?

LA SEÑORA INGER

¡El castillo de Ostrot contra el vuestro de Knieriemen!

LYKKE

*(Golpea en su pecho y exclama):* Olaf Skaktval... ¡Ved aquí el señor de Ostrot!

LA SEÑORA INGER

Señor consejero...

OLAF

*(Poniéndose en pie.)* ¿Qué va a pasar aquí?

LYKKE

*(A la señora Inger.)* No acepto la apuesta, pues dentro de muy poco daríais con gusto a Ostrot,

y más todavía porque os sacase del lazo que a vos y no a mí os rodea.

LA SEÑORA INGER

¡Vuestra broma comienza a ser entretenida, señor caballero!

LYKKE

Y lo ha de ser más aún..., para mí al menos. Os vanagloriáis de haberme engañado. Me amenazáis con arrojar sobre mí la burla y la ironía de las gentes. ¡Ah!, guardaos de excitarme demasiado, pues sólo con dos palabras puedo hacer que os arrodilléis ante mí.

LA SEÑORA INGER

¿Sí? En verdad... *(Se detiene de pronto, como invadida por un presentimiento.)* ¿Y esas dos palabras, Nils Lykke? ¿Esas dos palabras?...

LYKKE

Encierran el secreto del hijo vuestro y de Sten Sture.

LA SEÑORA INGER

*(Dando un grito.)* ¡Oh, señor mío Jesucristo!

OLAF

¿El hijo de Inger Gyldenlöve? ¿Qué es lo que decís?

LA SEÑORA INGER

*(Medio inclinada ante Lykke.)* ¡Gracia! ¡Oh, sed generoso!...

LYKKE

*(Levantándola.)* Calmaos y dejad que hablemos sosegadamente.

LA SEÑORA INGER

*(A media voz, como en ensueño.)* ¿Habéis oído, Olaf Skaktval? ¿O sólo fué un sueño? ¿Habéis oído lo que dijo?

LYKKE

No fué un sueño, señora Inger.

LA SEÑORA INGER

*(Retorciéndose las manos.)* ¿Y vos lo sabéis? ¡Vos! ¡Vos!... ¿Pero dónde le tenéis? ¿Dónde le tenéis? *(Gritando.)* ¡No le matéis, Nils Lykke! ¡Devolvédmelo! ¡No me lo matéis!

OLAF

¡Ah!, comienzo a entender...

LA SEÑORA INGER

¡Y ese terror..., ese miedo atormentador!... Por largos años me ha acompañado..., ¡y ahora todo ha sido en balde y tengo que soportar todo este dolor y esta angustia! ¿Es esto justo, Señor, Dios mío? ¿Para eso me lo has dado? *(Se domina y dice con voz trabajosa):* ¡Nils Lykke, decídmelo! ¿Dónde lo tenéis? ¿Dónde está?

LYKKE

Con su padre adoptivo.

LA SEÑORA INGER

¡Todavía con su padre adoptivo! ¡Oh, ese hombre insaciable!... ¡Siempre me lo ha negado!... ¡Pero así no puede seguir! ¡Ayudadme, Olaf Skaktval!

OLAF

¿Yo?

LYKKE

Eso no es necesario en absoluto, si vos...

LA SEÑORA INGER

Oidme, señor consejero. Lo que sabéis habéis de saberlo por entero. ¡Y vos también, viejo y fiel amigo! ¡Adelante! Hace poco me recordabais el día aciago en que Knut Alfson cayó muerto en Oslo. Me recordabais el juramento que entonces, rodeada de los hombres más bravos de Suecia, hice. Era yo entonces una niña; pero me sentía con fuerzas dentro de mí, y pensaba, como otros muchos lo han creído también, que el Señor me había señalado y escogido para ponerme a la cabeza de todos y combatir por la patria y por el reino. ¿Era esto orgullo o era una inspiración de arriba? Nunca lo he meditado. Mas ¡ay de aquel que tiene que realizar grandes acciones! Puedo asegurar que durante siete años cumplí fielmente lo que había jurado. A pesar de todo me mantuve al lado de mis compatriotas. Todas mis amigas eran esposas y madres. Sólo yo no podía dar oídos a ningún pretendiente. A ninguno. Vos lo sabéis mejor que nadie, Olaf

Skaktval. Entonces vi por primera vez a Sten Sture. Jamás había visto hombre tan hermoso.

LYKKE

¡Oh, ahora lo veo claro! Sten Sture estaba entonces con una misión secreta en Noruega. No debíamos saber nosotros, daneses, que tenía simpatías por vuestra causa.

LA SEÑORA INGER

Disfrazado de soldado vivió durante el invierno bajo mi mismo techo. Durante aquel invierno fuí pensando cada vez menos en la suerte del reino... Nunca había visto un hombre tan hermoso. ¡Y tenía ya cerca de veinticinco años!... Al otoño siguiente volvió Sten Sture. Y al marcharse llevaba consigo en secreto un niño. No era que yo temiese a las malas lenguas de los hombres...; pero hubiera dañado a nuestra causa el que se hubiese sabido lo pasado entre Sten Sture y yo. El niño pasó al poder del canciller Pedro para que lo educase. Yo esperaba mejores tiempos, que pronto habían de venir. No llegaron nunca. Sten Sture se casó dos años después en Suecia, y al morir dejó una viuda...

OLAF

Y con ella un heredero legítimo de su nombre y sus derechos.

LA SEÑORA INGER

Infinitas veces le escribí al canciller pidiéndole que me devolviese mi hijo. Pero él se ne-

gaba siempre. «Uníos a nosotros firme e indisolublemente — contestaba —, y os enviaré vuestro hijo a Noruega; antes, no.» ¿Cómo iba yo a osar ese paso? Nosotros los descontentos vivíamos vigilados por muchos temerosos. Si hubiesen sabido la cosa..., ¡oh, de seguro lo sé!, para herir a la madre habrían preparado al hijo la misma suerte que le hubiera cabido al rey Cristián si no se hubiese salvado huyendo. Y además, los daneses estaban en actividad constante; con amenazas y promesas procuraban incesantemente atraerme a ellos.

OLAF

Es comprensible; todos los ojos estaban fijos en vos, como en la bandera que habían de seguir.

LA SEÑORA INGER

En esto llega el levantamiento de Herulf Hydefad. ¿Recordáis aquellos tiempos, Olaf Skaktval? ¿Verdad que parecía como si una primavera radiante hubiera venido sobre el país? Muchas veces me animaban a participar en la lucha, pero yo no tuve valor para decidirme. Vacilando aguardaba lejos del campo de batalla, solitaria en mi castillo. A veces me parecía que la voz misma de Dios me llamaba. Pero en seguida caía de nuevo sobre mí aquel terror mortal y paralizaba mi voluntad. ¿Quién vencerá? Esta era la pregunta que sonaba sin cesar en mis oídos. Aquella primavera que vino sobre la tierra noruega fué corta. Herulf Hydefad y otros muchos

después de él fueron enrodados. A mí nadie podía exigirme responsabilidad, y sin embargo no dejó Dinamarca de amenazarme. ¿Qué hubiera pasado si conociesen el secreto? En un tiempo de angustia semejante llegó el maestresala de palacio, Gyldenlöve, y pidió mi mano. ¡Pensad en que yo era entonces una pobre madre angustiada! Al mes era la esposa del maestresala de palacio, y había perdido la patria en el corazón de mis compatriotas. Luego vinieron tiempos tranquilos. Ya nadie se movía. Los dominadores podían oprimirnos cuanto querían. Había momentos en que me asqueaba de mí misma. Pues ¿qué era lo que yo hacía? Nada, sino temblar de angustia, dejar que me adulasen los dominadores y echar hijas al mundo. Dios me perdone si no tengo para ellas un corazón de madre. Mis deberes de esposa eran penosos deberes. ¿Cómo podía amar a mis hijas?... ¡Oh! ¡Mi hijo era otra cosa! ¡Era el hijo de mi alma! Era lo único que me recordaba aquel tiempo en que no era más que mujer y nada más que mujer! ¡Y me lo habían quitado! ¡Y crecía entre extraños, que quizás sembraban en su alma la semilla de la perdición! ¡Olaf Skaktval!, si hubiese tenido que correr perseguida y errante por montes y valles como vos, y hubiese tenido conmigo a mi hijo, ¡creedme!, no hubiera llorado ni me hubiera lamentado tan amargamente como he llorado y me he lamentado desde el día de su nacimiento hasta hoy.

OLAF

¡Tomad mi mano! ¡Os he juzgado muy duramente, señora! Disponed de mí como antes. Os obedeceré ciegamente. ¡Porque yo sé lo que es llorar un hijo!

LA SEÑORA INGER

Al vuestro lo mataron los tiranos. ¿Pero qué es la muerte frente a esta larga angustia de años y años?

LYKKE

Bien. En vuestro poder está hacer cesar esa angustia. Si pacificáis a los dos partidos, ninguno de ellos querrá conservar a vuestro hijo, para asegurarse vuestra adhesión.

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* ¡Este es un castigo del Cielo! *(Mirándole.)* ¡Decid brevemente lo que pedís!

LYKKE

Primero pido que llaméis a las armas al pueblo de Noruega para auxiliar a los descontentos suecos.

LA SEÑORA INGER

¿Y luego...?

LYKKE

Habéis de influir para que el conde Sture sea reconocido, en virtud de sus derechos, como rey de Suecia.

LA SEÑORA INGER

¿Vos? ¿Vos pedís que yo...?

OLAF

*(En voz baja.)* Es el deseo de muchos suecos. Y para nosotros sería también de desear.

LYKKE

Pensadlo bien, noble señora. ¿Tembláis por la seguridad de vuestro hijo? ¿Y podéis desear mayor garantía que su hermano ocupe el trono de Suecia?

LA SEÑORA INGER

*(Pensativa.)* Es verdad... Es verdad...

LYKKE

*(Mirándola fijamente.)* Si no, será que hay en vos otro deseo.

LA SEÑORA INGER

¿Qué queréis decir?

LYKKE

Que Inger Gyldenlöve sueña en ser madre de un rey.

LA SEÑORA INGER

¡No, no! Devolvedme a mi hijo, y podéis dar vuestras coronas a quien mejor os plazca. Pero ¿sabéis si el conde Sture está dispuesto...?

LYKKE

De eso puede él mismo daros certeza.

LA SEÑORA INGER

¡Él mismo! ¿Y cuándo?

LYKKE

Hoy todavía.

OLAF

¿Cómo es posible eso?

LA SEÑORA INGER

¿Qué decís?

LYKKE

En una palabra, el conde Sture está en Ostrot.

OLAF

¿Aquí?

LYKKE

*(A la señora Inger.)* Quizás os hayan dicho que yo no entré solo por la puerta del castillo. Mi compañero era el conde.

LA SEÑORA INGER

*(Para sí.)* Estoy en su poder. No me queda elección alguna. *(A Lykke.)* Bien, señor consejero..., os aseguro mi cooperación.

LYKKE

¿Por escrito?

LA SEÑORA INGER

Como queráis. *(Va a la mesa de la izquierda, se sienta y saca de un cajón recado de escribir.)*

LYKKE

*(Que queda a la derecha de la mesa; aparte.)* ¡Por fin es mía la victoria!

LA SEÑORA INGER

*(Tras un momento de reflexión, se vuelve de pronto y le susurra a Olaf):* ¡Olaf Skaktval!... Ahora lo sé con certeza... ¡Nils Lykke es un traidor!

OLAF

*(En el mismo tono.)* ¿Cómo? ¿Creéis...?

LA SEÑORA INGER

Obra con falsía. *(Pone delante de sí el papel y sumerge la pluma, dispuesta a escribir.)*

OLAF

¿Y a pesar de eso vais a darle por escrito esa seguridad que puede ser vuestra ruina?

LA SEÑORA INGER

¡Silencio! Dejadme hacer. *(Olaf hace ademán de irse.)* No; quedaos y oïdme antes...

LYKKE

*(Sin perderla de vista.)* ¡Ah, podéis murmurar cuanto queráis! Ahora ya no hay peligro. Con su confesión escrita puedo denunciarla cuando se me antoje. Con enviar esta noche un mensajero a Jens Bjelke... No falto a mi palabra si le aseguro que el conde Sture no está en Ostrot. Y

mañana, cuando el camino esté libre, a Drontheim con el caballero. Y de allí, en un barco me lo llevo prisionero a Copenhague. En cuanto lo tengamos en nuestro poder, podemos exigir de la señora Inger cuanto queramos. ¿Y yo...? Después de esto, creo que el rey no pondrá la Embajada de Francia en otras manos que en las mias.

LA SEÑORA INGER

*(Siempre en voz baja, a Olaf.)* ¿Me habéis entendido?

OLAF

Perfectamente. Hágase lo que queréis. *(Sale por el fondo de la derecha.)*

*(Stenson entra por la primera puerta de la derecha, sin que la señora Inger se aperciba.)*

STENSON

*(Con tono susurrante.)* ¡Señor caballero..., señor caballero!

*(La señora Inger, ocupada en escribir, no lo nota.)*

LYKKE

*(Va hacia él; en voz baja, como todo lo que sigue.)* ¡Imprudente! ¿A qué venís aquí? ¿No os dije que aguardarais hasta que os llamase?

STENSON

¿Pero cómo iba a poder contenerme? Después que me habéis confiado que Inger Gyldenlöve era mi madre, siento cada vez con mayor

ansia la necesidad de verla frente a frente. *(Viendo a la señora Inger.)* ¡Allí está! ¿Qué majestad y qué grandeza! Así me la he figurado yo siempre. No temáis que me traicione. Desde que he descubierto ese secreto, me siento mayor y más prudente. Ya no volveré a obrar locamente y sin reflexión. Quiero ser como los demás nobles. Decidme: ¿sabe que estoy aquí? ¡Sin duda la habréis preparado!

LYKKE

Claro está; mas...

STENSON

¿Qué?

LYKKE

No quiere reconoceros como hijo.

STENSON

¿No quiere reconocerme? Pero es mi madre. ¡Oh, si sólo es eso!... *(Saca un anillo que lleva al cuello pendiente de un cordón.)* Bastará que le muestre este anillo. Lo traigo desde mi infancia. Y sin duda él le explicará...

LYKKE

¡Guardad ese anillo! ¡Guardadlo, os digo! No me entendéis. No es que la señora Inger dude de que vos sois su hijo, sino que... ¡Ved! Mirad a vuestro alrededor. Ved toda esta riqueza; ved todos estos poderosos ascendientes cuyos retratos orgullosos cuelgan en todas las paredes, y

por último vedla a ella misma, que está acostumbrada a ser la más noble mujer del reino. ¿Creéis que podría darle placer mostrar a los demás un pobre mozo ignorante y decirles: ¡He aquí a mi hijo!

STENSON

Sí, tenéis razón: soy pobre e ignorante. No tengo nada que ofrecerla en cambio de lo que le pido. ¡Oh, nunca sentí como hoy la tristeza de ser pobre! Pero decidme: ¿qué creéis que puedo hacer para ganar su cariño? Decídmelo, querido señor; vos debéis saberlo.

LYKKE

Tenéis que ganar tierra y riquezas. Mas antes de que lo consigáis guardaos de ofender sus oídos con una alusión a vuestro parentesco. Ella fingirá tomaros por el verdadero conde Sture hasta que os hayáis mostrado digno de ser su hijo.

STENSON

¡Oh, decidme, sin embargo...!

LYKKE

¡Silencio, silencio!

LA SEÑORA INGER

*(Se levanta y le da el papel.)* Señor caballero, aquí tenéis mi escrito.

LYKKE

¡Gracias, señora!

LA SEÑORA INGER

*(Contemplando a Stenson.)* ¡Ah! ¿Este joven es...?

LYKKE

Sí, señora Inger, el conde Sture.

LA SEÑORA INGER

*(Mirándole con disimulo, para sí.)* ¡Los mismos rasgos! ¡Sí, en verdad; este es el hijo de Sten Sture! *(Se acerca a él y dice con fría cortesía):* ¡Sed bienvenido a mi casa, señor Conde! En vuestra mano está el que dentro de un año podamos o no bendecir vuestra visita.

STENSON

¿En mi mano? ¡Oh, decidme lo que tengo que hacer! Creedme: tengo voluntad y ánimo...

LYKKE

*(Escuchando intranquilo.)* ¿Qué ruido y qué tumulto son esos, señora? Quieren entrar aquí. ¿Qué quiere decir eso?...

LA SEÑORA INGER

*(En alta voz.)* ¡Son los espíritus, que despiertan!

*(Por el fondo derecha entran Olaf Skaktval, Ejnar Huk, Bjorn, Finn, campesinos y criados.)*

CAMPESINOS Y CRIADOS

¡Viva la señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER

¿Les habéis dicho lo que se prepara?

OLAF

Saben cuanto necesitan saber.

LA SEÑORA INGER

*(A la muchedumbre.)* Sí, mis fieles servidores y campesinos, ahora podéis armaros cuanto queráis. Lo que esta noche misma os negaba os lo tolero ahora con toda amplitud. Y aquí os presento al joven conde Sture, futuro conductor de los suecos... y de los noruegos, si Dios lo permite.

LA MUCHEDUMBRE

¡Viva! ¡Viva el conde Sture! *(Se produce una gran excitación. Campesinos y criados, en medio del mayor estruendo, buscan todo género de armas y se ponen corazas y armaduras.)*

LYKKE

*(Inquieto, para sí.)* ¿Dice que los espíritus despiertan? Jugando he conjurado el demonio de la rebelión. ¡Ay de mí, si no puedo luego dominarlo!

LA SEÑORA INGER

Recibid de mí la primera ayuda. Treinta campesinos armados que os seguirán y os defende-

rán. Creedme: antes de que hayáis pasado la frontera se habrán agrupado bajo vuestra bandera y la mía muchos centenares. ¡Y ahora que Dios os proteja!

STENSON

¡Gracias, señora Inger Gyldenlöve, gracias! ¡Y, creedme, no tendréis nunca que avergonzaros... del conde Sture! ¡Cuando me volváis a ver, habré ganado tierra y riqueza!

LYKKE

*(Para sí.)* Sí, si te vuelve a ver.

OLAF

¡Los caballos aguardan, buena gente! ¿Estáis dispuestos?

LOS CAMPESINOS

¡Sí, sí, sí!

LYKKE

*(Inquieto, a la señora Inger.)* ¿Cómo? ¿No querréis que esta misma noche...?

LA SEÑORA INGER

¡En este mismo momento, señor caballero!

LYKKE

¡No, no; es imposible!

LA SEÑORA INGER

¡Como lo digo!

LYKKE

*(En voz baja, a Stenson.)* No la obedezcáis.

STENSON

*(Igualmente.)* ¿Qué puedo hacer? ¡Lo quiere! ¡Es necesario!

LYKKE

¡Será vuestra perdición!

STENSON

Es lo mismo. ¡Ella manda sobre mí!

LYKKE

*(Imperativo.)* ¿Y yo?

STENSON

Cumpliré mi palabra, perded cuidado. El secreto no saldrá de mis labios hasta que vos mismo desatéis mi lengua. ¡Pero es mi madre!

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Y Jens Bjelke que acecha en el camino!... ¡Maldición!... Me arrebata la presa de entre las manos... *(A la señora Inger.)* Esperad hasta mañana.

LA SEÑORA INGER

Conde Sture, ¿me obedecéis o no?

STENSON

¡A caballo! *(Se va hacia el fondo.)*

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Desdichado! ¡No sabe lo que hace! *(A la señora Inger.)* Bien; si ha de ser, ¡quedad con Dios! *(Se inclina rápidamente y quiere irse.)*

LA SEÑORA INGER

*(Deteniéndole.)* ¡No, quedaos! ¡No así, señor caballero, no así!

LYKKE

¿Qué queréis hacer?

LA SEÑORA INGER

*(Con voz contenida.)* Nils Lykke..., ¡sois un traidor! Que nadie note que ha habido diferencias entre los sublevados. La confianza del canciller la habréis conseguido por alguna astucia diabólica que yo no acierto a comprender. Pero a mí me habéis excitado a una rebelión abierta..., no para apoyar nuestra causa, sino para servir a vuestros planes, sean los que fueren. Ya no puedo retroceder. ¡Pero no creáis por eso que ya habéis vencido! Ya sabré haceros inofensivo.

LYKKE

*(Llevando involuntariamente la mano a la espada.)* ¡Señora Inger!

LA SEÑORA INGER

¡Tranquilizaos, señor consejero imperial! ¡No peligra vuestra vida! Pero no pasaréis las puertas de Ostrot hasta que la victoria sea nuestra.

LYKKE

¡Maldición!

LA SEÑORA INGER

Toda resistencia es inútil. No os escaparéis. Por tanto, conducíos tranquilamente; es lo mejor que podéis hacer.

LYKKE

¡Oh!... ¡Es más astuta que yo! *(Se le ocurre de pronto una idea.)* Sin embargo, si...

LA SEÑORA INGER

*(En voz baja, a Olaf.)* Id con el conde Sture hasta la frontera. En seguida corred sin deteneros a buscar al canciller Pedro y traedme a mi hijo. Ahora ya no tiene pretexto para seguir reteniendo lo que es mío. *(Olaf va a marcharse.)* ¡Aguardad!... Un signo de reconocimiento. El que traiga el anillo de Sten Sture es el verdadero.

OLAF

¡Por todos los santos! ¡Lo tendréis!

LA SEÑORA INGER

¡Gracias, gracias, mi fiel amigo!

LYKKE

*(A Finn, a quien sin que los demás lo notasen ha llamado a su lado, en voz baja.)* De modo que... intenta escaparte. A un cuarto de hora de aquí aguardan los suecos. Anúnciales que los otros llegan. Que el conde Sture ha muerto. Que ese

joven debe salir ileso. Eso díselo al jefe. Dile que la vida del caballero tiene un valor inmenso.

FINN

*(En voz baja.)* Se hará.

LA SEÑORA INGER

*(Que entretanto no ha perdido de vista a Lykke.)* ¡Y ahora que Dios os proteja! *(Señalando a Nils Lykke.)* Este caballero no puede decidirse a abandonar tan pronto a sus amigos de Ostrot. Quiere aguardar en mi casa hasta que llegue la nueva de la victoria.

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Satanás!

STENSON

*(Estrechando su mano.)* ¡Confiad en mí! No necesitaréis esperar mucho tiempo.

LYKKE

Bien, bien. *(Aparte.)* Aun no está todo perdido. ¡Si mi mensajero llega a tiempo a encontrarse con Jens Bjelke!...

LA SEÑORA INGER

*(A Ejnar Huk, señalando a Finn.)* Y a ése ciérrale bien guardado en el calabozo.

FINN

¿A mí?

HUK Y CRIADOS

¡Finn!

LYKKE

*(Para sí.)* ¡Adiós, mi último recurso!

LA SEÑORA INGER

*(Imperativa.)* ¡Al calabozo! *(Huk, Bjorn y algunos de los criados se llevan a Finn por la izquierda. La señora Inger sigue a los que salen, y al pasar al lado de Lykke le dice):* ¿Quién es el vencedor? *(Sale.)*

LYKKE

*(Solo.)* ¿Quién? ¡Ay de ti! ¡Cara compras la victoria! Yo me lavo las manos, inocente. No soy yo quien le mata. Mas mi presa se me va, sin embargo. ¡Y la rebelión crece y se extiende! ¡Ha sido un juego loco en el que me he metido! *(Escucha por la ventana de la derecha.)* Ahora pasan la puerta... Se cierra tras ellos..., y yo aquí prisionero... ¡No hay posibilidad de huir! Dentro de media hora caerán sobre él los suecos. Lleva treinta jinetes bien armados. Será una lucha a vida o muerte. ¡Pero si cayese vivo en sus manos!... Si yo estuviera libre podría alcanzar a los suecos antes de que llegasen a la frontera y me lo entregarían vivo. *(Va a la ventana del fondo y mira hacia afuera.)* ¡Maldición! ¡Por todas partes centinelas! ¿Es que no va a haber ningún medio? *(Pasea arriba y abajo por la sala; de pronto se para y escucha.)* ¿Qué es eso? ¡Canto y música!

Vendrá del aposento de Elina. Sí, ella es la que canta. Está todavía en pie. *(Se le ocurre de pronto una idea.)* ¡Oh, si eso fuera posible! ¡Si pudiera hacer eso!... ¿Y por qué no? ¿Es que no soy el mismo? La canción dice que todas las doncellas suspiran por el amor de Nils Lykke. ¿Y ella? ¡Elina Gyldenlöve me salvará! *(Entra apresurada y calladamente por la primera puerta de la izquierda.)*

# ACTO QUINTO

En la misma sala. Todavía es de noche. Un candelabro colocado en una mesa de la izquierda, en primer término, alumbra débilmente la estancia.

LA SEÑORA INGER

*(Sentada en la mesa, meditabunda; después de una pausa corta.)* Dicen que soy la mujer más avisada del reino. También yo lo creo. Pero nadie sabe por qué lo soy. Desde hace más de diez años lucho por mi hijo. Esta es la solución del enigma. ¡Cómo aguza la inteligencia una lucha semejante! ¡La inteligencia! Y esta noche, ¿dónde estuvo mi ingenio? ¿Qué se hizo de mi prudencia? Siento que zumban mis oídos. Veo ante mis ojos fantasmas tan vivos, que podría cogerlos. *(Poniéndose en pie.)* ¡Señor Dios mío! ¿Qué es esto? ¿No he de ser dueña de mi ánimo? ¿Es que he de haber llegado a...? *(Se coge la cabeza con las manos, luego vuelve a sentarse y dice en tono tranquilo):* No, no es nada. Pasará. No tiene importancia. Pasará... ¡Qué sosiego reina aquí esta noche! Los retratos de mis antepasados ya no me miran amenazadores. Ya no necesito volverlos

contra la pared. *(Volviendo a levantarse.)* Sí, me alegro de haber encontrado ánimo al cabo. Venceremos..., y entonces habré alcanzado mi objeto. Recobraré a mi hijo. *(Coge la luz para marcharse, pero queda parada y dice con voz concentrada):* ¡Mi objeto! ¡Mi objeto! ¡Recobrarlo! ¡Sólo esto... y nada más! *(Deja nuevamente el candelabro sobre la mesa.)* ¡Aquella frase que de pasada arrojó Nils Lykke! ¿Cómo pudo él penetrar mis más íntimos pensamientos? *(Más bajo.)* «Madre de rey..., madre de rey», dijo. ¿Y por qué no? ¿No regían mis antepasados como reyes, aunque no llevaran este nombre? ¿No tiene mi hijo él mismo derecho que otro cualquiera a las preeminencias de la casta de los Sture? Ante Dios lo tiene..., si es que en el cielo hay justicia. ¡Y estos derechos los he renunciado por escrito en una hora de miedo! Los he entregado con mano dilapidadora como rescate de mi libertad. ¿Podrán volver a ganarse? ¿Se encolerizaría el Cielo si yo...? ¿Conjuraría sobre mí nuevas calamidades si...? ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe! Quizás sea mejor renunciar. *(Coge de nuevo la luz.)* A mi hijo lo recobro. Esto debe bastarme. Quiero buscar ahora mi sosiego y desechar todos estos tormentosos pensamientos. *(Va hasta el fondo; allí queda un instante parada y dice meditabunda):* ¿Madre de rey? *(Se aleja lentamente por el fondo.)*

*(Después de un momento entran calladamente por la primera puerta de la izquierda Lykke con una linterna, y Elina.)*

LYKKE

*(Alumbra con la linterna alrededor y dice con voz queda):* No hay nadie. Tengo que marcharme.

ELINA

¡Oh, déjame que te vea los ojos otra vez antes de marcharte!

LYKKE

*(Abrazándola.)* ¡Elina!

ELINA

*(Después de una pausa corta.)* ¿No volverás a Ostrot?

LYKKE

¿Cómo puedes dudarlo? ¿No eres mi prometida? ¿Pero me serás tú fiel también? ¿No me olvidarás hasta que volvamos a vernos?

ELINA

¿Si te seré fiel? ¿Es que tengo acaso voluntad? ¿Es que podría serte infiel aunque lo quisiese? Viniste en la noche, llamaste a mi puerta... y yo te dejé entrar. Me hablaste. ¿Qué fué lo que me dijiste? ¡Me miraste a los ojos! ¿Qué poder misterioso era aquel que se adueñaba de mí y me envolvía como red mágica? *(Esconde la cara en su hombro.)* ¡Oh, no me mires, Nils Lykke! No debes mirarme después de lo que ha ocurrido! ¿Fiel dices tú? Si ya me tienes. Si soy tuya..., tengo que serlo... por toda la eternidad.

LYKKE

¡Elina, por mi honor de caballero, antes de un año entrarás como esposa mía en el castillo de mi padre!

ELINA

*(Sácudiendo la cabeza.)* ¡Juramentos, no! ¡No jures nada!

LYKKE

¿Qué te pasa? ¿Por qué sacudes dolorosamente la cabeza?

ELINA

Porque sé que las dulces palabras que me trastornan, antes que a mí se las has susurrado ya a muchas. ¡No, no te encolerices, amado mío! No te censuro como lo hacía antes de conocerte. Ahora veo lo alto que estás sobre los demás. ¿Cómo el amor va a ser para ti más que un juego, y la mujer más que un juguete?

LYKKE

Elina..., ¡óyeme!

ELINA

Desde niña sonaba sin cesar tu nombre en mis oídos. Yo odiaba ese nombre porque me parecía que tú, con tu conducta, ofendías a todas las mujeres. Y sin embargo..., ¡qué extraño!, cuando en sueños construía mi vida futura, sin que yo misma lo supiese, tú eras siempre mi héroe. Ahora lo comprendo todo. Lo que yo entonces

sentía era un ansia misteriosa y oculta hacia ti, hacia ti único..., hacia ti, que debías llegar un día para hacerme sentir toda la hermosura de la vida.

LYKKE

*(Para sí, mientras coloca la linterna sobre la mesa.)* ¿Qué es esto que pasa por mí? ¡Este vértigo irresistible! Si esto es amor, no lo he sentido jamás hasta este momento. ¿No habrá llegado el tiempo...? ¡Ah, pero el recuerdo terrible de Lucía! *(Se sienta, suspirando, en la silla.)*

ELINA

¿Qué te ocurre? Un suspiro profundo...

LYKKE

¡Oh, nada, nada! Elina, ahora quiero confesártelo lealmente. Te he engañado con mis miradas y mis palabras. Lo que te he susurrado a ti esta noche se lo había dicho ya a otras muchas. Pero, créeme...

ELINA

¡Silencio! No hablemos más de eso. Mi amor no es una indemnización por el que tú me das. ¡Oh, no! Te amo porque cada una de tus miradas es una orden real a la que tengo que obedecer. *(Arrodillándose ante él.)* ¡Oh, imprime en mi alma una vez más ese mandato real, aunque sepa que he de quedar aquí enterrada por el tiempo y la eternidad! ¡Oh, Dios mío, qué ciega he sido con

respecto a mí! Todavía esta noche le decía a mi madre: «Para vivir necesito poder conservar mi orgullo.» ¿Y cuál es ahora mi orgullo? ¿Ver libre a mi pueblo o a mi estirpe, señoreando sobre el reino? ¡Oh, no, no! ¡Mi amor es mi orgullo! El perro está orgulloso cuando puede tenderse a los pies de su amo y recibir de su mano unas migajas de pan. Así estoy yo orgullosa a tus pies, mientras tus miradas y tus palabras me alimentan con el pan de la vida. Por eso te digo a ti: «Para poder vivir necesito conservar mi amor», pues en él está mi orgullo ahora y por toda la eternidad.

LYKKE

*(Atrayéndola a su regazo.)* ¡No, no! No a mis pies; a mi lado está tu puesto..., por muy alto que el destino quiera colocarme. Sí, Elina, me has traído a un camino mejor. Y si me es dado lograr reparar con una acción gloriosa el mal que mi juventud tumultuosa ha causado, tuya y mía al mismo tiempo será la honra.

ELINA

¡Oh, hablas como si yo fuese la misma Elina que esta noche arrojó a tus pies el ramo de flores! En mis libros leía yo, de la vida tumultuosa, el mundo allá afuera. El caballero sale al campo al son del cuerno, con el halcón en la mano. Así vas tú por la vida. Tu nombre llega siempre antes que tú adondequiera. Todo lo que

yo solicito de tu grandeza es poder descansar en tu brazo, como el halcón. Como él andaba yo, ciega por la vida, hasta que tú arrancaste la venda que cubría mis ojos y me hiciste elevarme por sobre las cimas verdes del bosque. Mas créeme: por muy animosa que extienda mis alas, no tardaré en volver a mi jaula.

LYKKE

*(Levantándose.)* ¡Yo desafío también al pasado! He aquí mi anillo. Tómalo y sé mía..., mía..., aunque los muertos tuviesen por ello sueños intranquilos.

ELINA

¡Me asustas! ¿Por qué dices...?

LYKKE

No es nada. Ven; déjame colocar el anillo en tu dedo. *(Lo hace.)* Así... ¡Ahora me he desposado contigo!

ELINA

¡Yo la prometida de Nils Lykke! ¡Todo lo que ha pasado esta noche me parece como un sueño! ¡Oh, pero es un hermoso sueño! ¡Me parece la vida tan ligera! En mi corazón ya no hay odio ni amargura. Quiero reparar todas las faltas que haya cometido. No amaba bastante a mi madre; mañana iré a ella; tendrá que perdonarme.

LYKKE

Y dar su consentimiento para nuestra unión.

ELINA

¡Oh, sí, lo dará! Mi madre es buena. Todos los hombres son buenos. Ya no tendré rencor a nadie; sólo a uno.

LYKKE

¿Sólo a uno?

ELINA

Sí; es una historia triste. Yo tenía una hermana...

LYKKE

¿Lucía?

ELINA

¿Conociste a Lucía?

LYKKE

No, no; oí hablar de ella solamente.

ELINA

También ella entregó su corazón a un hombre. Él la engañó..., y ella está en el cielo.

LYKKE

¿Y tú...?

ELINA

Yo le odio.

LYKKE

No le odies. Si hay compasión en tu alma, perdónale. Créeme: lleva el castigo en su propio pecho.

ELINA

¡No le perdonaré nunca! No podría aunque quisiese, pues he jurado de tal modo... *(Escuchando.)* ¡Oye! ¿No oyes?

LYKKE

¿Qué? ¿Dónde?

ELINA

Fuera. Lejos. Suena el galope de muchos caballos en el camino, hacia aquí.

LYKKE

¡Son ellos! ¡Y yo pude olvidar...! Vienen hacia aquí. Entonces estoy en peligro. Tengo que irme.

ELINA

¿Pero adónde? ¡Ah, Nils Lykke! ¿Qué es lo que me ocultas?

LYKKE

Mañana, Elina..., pues, ¡por Dios!, volveré. Ahora, pronto... ¿Dónde está la salida de que hablabas?

ELINA

Por el subterráneo de las tumbas. Aquí está la puerta.

LYKKE

¡El subterráneo de las tumbas!... Es lo mismo: tengo que salvarle.

ELINA

*(En la ventana de la derecha.)* Los jinetes llegan en seguida... *(Le da la linterna.)*

LYKKE

¡Adelante, pues! *(Comienza a descender.)*

ELINA

Vete de frente por el corredor hasta la tumba que tiene una calavera y una cruz negra; allí descansa Lucía.

LYKKE

*(Se vuelve apresuradamente y cierra tras sí la puerta falsa.)* ¡Lucía! ¡Horror!

ELINA

¿Qué dices?

LYKKE

¡Oh, nada! ¡El olor de los cadáveres me marea!

ELINA

¡Oye, llaman a la puerta!

LYKKE

*(Dejando caer la linterna.)* ¡Ay de mí! ¡Es demasiado tarde!

*(Bjorn entra apresuradamente con una luz, por la derecha.)*

ELINA

*(Yendo a su encuentro.)* ¿Qué es eso, Bjorn? ¿Qué ha ocurrido?

BJORN

¡Atacado! ¡El conde Sture...!

ELINA

¿El conde Sture? ¿Qué le ha ocurrido?

LYKKE

¿Muerto?

BJORN

*(A Elina.)* ¿Dónde está vuestra madre?

DOS CRIADOS

*(Entran corriendo por la derecha.)* ¡Señora Inger! ¡Señora Inger!

LA SEÑORA INGER

*(Entra por la última puerta de la izquierda, con un candelabro en la mano.)* Lo sé todo. ¡Idos abajo, al patio! Que la puerta esté abierta para nuestros amigos y cerrada para los demás. *(Coloca la luz sobre la mesa de la izquierda. Bjorn y los demás criados se van por la derecha. A Likke.)* ¡Esa era, pues, la celada, señor consejero imperial!

LYKKE

¡Inger Gyldenlöve, creedme...!

LA SEÑORA INGER

¡Una emboscada que debía apoderarse de él en cuanto tuvierais el documento firmado por mí!

LYKKE

*(Sacando el papel y rasgándolo en pedazos.)* Aquí tenéis vuestro documento. No quiero conservar nada que pueda atestiguar contra vos.

LA SEÑORA INGER

¿Qué hacéis?

LYKKE

Desde este momento os protejo. Si he pecado contra vos..., ¡por el Cielo que he de procurar remediar el mal que os he hecho! ¡Pero ahora tengo que salir, aunque sea abriéndome camino con la espada! ¡Elina, díselo todo a tu madre! ¡Y vos, señora, olvidad nuestros resentimientos! ¡Sed generosa y callad! Creedme: antes de que amanezca el día tendréis que darme las gracias. *(Sale apresuradamente por la derecha.)*

LA SEÑORA INGER

*(Le sigue, triunfante, con la vista.)* ¡Así está bien; le comprendo! *(A Elina.)* ¿Nils Lykke?... ¿Y bien...?

ELINA

Ha llamado a mi aposento y ha colocado este anillo en mi dedo.

LA SEÑORA INGER

¿Y te ama?

ELINA

Me lo ha dicho y le creo.

LA SEÑORA INGER

¡Has obrado bien, Elina! ¡Ah, caballero! Ahora comienzo yo.

ELINA

¡Madre mía!... ¡Me parecéis tan extraña!... ¡Oh, ya sé!... Mi conducta poco cariñosa para con vos os ha encolerizado.

LA SEÑORA INGER

¡De ningún modo, Elina querida! Eres una hija obediente. Le has dejado entrar. Has prestado oídos a sus dulces palabras. Comprendo lo que te habrá costado, pues conozco tu odio...

ELINA

¡Madre mía!...

LA SEÑORA INGER

¡Calla! Nuestros planes se han encontrado. ¿Cómo has comenzado, mi niña querida? ¿En sus ojos brillaba el amor? ¡Oh, ten firmeza! Envuélvelo más y más en tus redes; y luego... ¡Oh, Elina! Si pudiéramos arrancarle del pecho ese corazón mentiroso...

ELINA

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que decís?

LA SEÑORA INGER

No desfallezcas. Óyeme. Yo conozco las palabras que sostendrán tu ánimo. Sabe, pues... *(Escuchando.)* Ahora pelean ante la puerta... ¡Prudencia!... Pronto habrá llegado el momento de... *(A Elina.)* Sabe, pues, que Nils Lykke es quien ha enviado a la tumba a tu hermana Lucía.

ELINA

*(Dando un grito.)* ¡Lucía!

LA SEÑORA INGER

¡Él ha sido! ¡Por el vengador supremo que está sobre nosotros!...

ELINA

Entonces, ¡que el Cielo tenga compasión de mí!

LA SEÑORA INGER

*(Horrorizada.)* ¡Elina!

ELINA

Soy suya ante Dios.

LA SEÑORA INGER

¡Niña infeliz!... ¿Qué has hecho?

ELINA

*(Con voz ahogada.)* He perdido la paz de mi corazón. ¡Buenas noches, madre mía! *(Sale por la izquierda.)*

LA SEÑORA INGER

*(Sola.)* ¡Ay! Mal anda la casta de Inger Gyldenlöve. Era la última de mis hijas. ¿Por qué no habré callado? Si no lo hubiese sabido, quizás hubiera sido feliz a su manera. Tenía que ser. Allá arriba en las estrellas está escrito que he de cortar una a una las ramas verdes hasta que el árbol seco quede solo. ¡Sea como Dios quiera! Ahora recobraré a mi hijo. En las otras, en mis

hijas, no quiero volver a pensar... ¡Cuentas! ¿Dar cuentas? ¡Bah! Para eso tengo tiempo hasta el día del juicio. Falta aún mucho para que llegue.

STENSON

*(Suena su voz fuera, por la derecha.)* ¡Cerrad! ¡Cerrad la puerta!

LA SEÑORA INGER

¡La voz del conde Sture!

STENSON

*(Entra apresuradamente por la derecha, sin armas y con los vestidos destrozados, y grita con risa desesperada):* ¡Salud, señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER

¿Qué habéis perdido?

STENSON

¡Mi reino y mi vida!

LA SEÑORA INGER

¿Y los campesinos? Y mis criados, ¿dónde están?

STENSON

Los cadáveres yacen a lo largo del camino. Adonde haya ido lo demás no sé decíroslo.

OLAF

*(Afuera. Por la derecha.)* ¡Conde Sture! ¿Dónde estáis?

STENSON

¡Aquí, aquí!

*(Olaf, con la mano derecha herida, entra por la derecha.)*

LA SEÑORA INGER

¡Oh, Olaf Skaktval! ¿Vos también...?

OLAF

Fué imposible pasar por encima de ellos.

LA SEÑORA INGER

Pero veo que estáis herido.

OLAF

Un dedo de menos y nada más.

STENSON

¿Dónde están los suecos?

OLAF

Vienen persiguiéndonos. Van a saltar la puerta.

STENSON

¡Oh, Dios! ¡Pero no, no! ¡Yo no puedo..., no quiero morir!

OLAF

¡Un escondrijo, señora! ¿No hay aquí un agujero donde se le pueda ocultar?

LA SEÑORA INGER

¿Y si registran el castillo?

STENSON

Sí, sí; me encontrarán. ¡Y ser llevado a la prisión o al patíbulo!... ¡Oh, no, señora Inger Gyldenlöve! Estoy seguro de que no lo toleraréis.

OLAF

*(Escuchando.)* Ahora saltan la puerta.

LA SEÑORA INGER

*(A la ventana de la derecha.)* Entran muchos hombres en el patio.

STENSON

¡Y haber de perder ahora mi vida! ¡Ahora que era cuando empezaba! ¡Ahora que acabo de saber que tenía un objeto! ¡No, no, no! ¡No creáis que soy un cobarde, señora Inger Gyldenlöve! No quisiera más sino que mi vida durase lo bastante para...

LA SEÑORA INGER

Se les oye ya abajo en la cocina. *(A Olaf, con decisión.)* Es preciso salvarlo, cueste lo que cueste.

STENSON

*(Cogiendo su mano.)* ¡Oh, bien lo sabía yo! Vos sois noble y buena.

OLAF

¿Pero cómo? Si no podemos esconderle...

STENSON

¡Ya lo tengo, ya lo tengo! ¡El secreto!

LA SEÑORA INGER

¿El secreto?

STENSON

Sin duda. El vuestro y mío.

LA SEÑORA INGER

¡Dios del cielo! ¿Lo sabéis vos?

STENSON

Del principio al fin. Y ahora que me juego la vida... ¿Dónde está Nils Lykke?

LA SEÑORA INGER

Ha huído.

STENSON

¿Huído? ¡Dios me asista entonces, pues sólo él puede desatar mi lengua! ¡La vida tiene más valor que un juramento! Cuando venga el jefe de los suecos...

LA SEÑORA INGER

¿Qué? ¿Qué queréis hacer entonces?

STENSON

Salvar mi vida y mi libertad. Revelárselo todo.

LA SEÑORA INGER

¡Oh, no! ¡Tened compasión!

STENSON

No hay otra salvación posible. Cuando le haya revelado lo que sé...

LA SEÑORA INGER

*(Mirándole con emoción contenida.)* ¿Os habréis salvado?

STENSON

Sí, sí; Nils Lykke se encargará de mi causa. Ya veis que es el único medio.

LA SEÑORA INGER

*(Decidida y acentuando sus palabras.)* ¿El último recurso? Tenéis razón. Todos debemos intentar el último recurso. *(Señalando hacia la derecha.)* ¡Id; allá adentro podéis ocultaros!

STENSON

*(Con emoción contenida.)* Creedme... ¡No habrá de pesaros vuestra conducta!

LA SEÑORA INGER

*(Medio para sí.)* ¡Quiera Dios que digáis la verdad! *(Stenson sale por la última puerta de la izquierda. Olaf quiere seguirle. Inger le detiene.)* ¿Habéis entendido lo que quiere?

OLAF

¡Desgraciado! Revelar vuestro secreto. Quiere sacrificar a vuestro hijo para salvarse a sí mismo.

LA SEÑORA INGER

«Cuando la vida va en ello hay que apelar al último recurso», dijo. Adelante, pues, Olaf Skaktval... ¡Que sea lo que quiere!

OLAF

¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER

¡Vida por vida! Uno de ellos tiene que perecer.

OLAF

¡Oh!... ¿Queréis...?

LA SEÑORA INGER

Si el que está allá adentro no enmudece antes de haber hablado el jefe de los suecos, está mi hijo perdido. Por el contrario, si él desaparece podré reclamar con el tiempo para mi propio hijo todos sus derechos. Entonces veréis si hay todavía valor en Inger Ottisdatter. Estad tranquilo; entonces no necesitaréis aguardar largo tiempo a la venganza por que desde hace veinte años suspiráis... ¿Oís? Ya suben la escalera. Olaf Skaktval, en vuestras manos está el que mañana no tenga yo hijo o...

OLAF

¡Sea como decís! Todavía tengo un brazo fuerte. *(Estrecha su mano.)* Inger Gyldenlöve, yo haré cuanto pueda por que vuestro nombre no desaparezca. *(Entra en el cuarto en que está Stenson.)*

LA SEÑORA INGER

*(Sola. Pálida y estremecida.)* ¿Puedo ahora osar...? *(Se oye ruido en el aposento donde está*

*Stenson. Da un grito y corre hacia la puerta.)* ¡No, no, no es posible! *(Se oye dentro la caída sorda de un cuerpo. Inger se tapa los oídos con ambas manos y retrocede con la mirada extraviada; después de un momento se quita las manos de los oídos, escucha y dice):* Ya está. Ahí adentro no se oye nada... ¡Oh, Dios mío! ¡Tú lo viste...; me arrepentí, pero Olaf Skaktval anduvo demasiado aprisa!

*(Olaf entra silencioso en la sala.)*

LA SEÑORA INGER

*(Tras una pausa corta y sin mirarle.)* ¿Está hecho?

OLAF

En cuanto a él, podéis estar tranquila; ya no traicionará a nadie más.

LA SEÑORA INGER

*(Lo mismo que antes.)* ¿Está, pues, mudo?

OLAF

El acero ha entrado seis pulgadas en su pecho; se lo introduje con la mano izquierda.

LA SEÑORA INGER

Sí, sí; la derecha es demasiado buena para empresas semejantes.

OLAF

Eso es cosa vuestra; vuestra ha sido la idea. ¡Y ahora, a Suecia! ¡Salud entretanto! Cuando vuel-

va la próxima vez a Ostrot no volveré solo. *(Se va por la última puerta de la derecha.)*

LA SEÑORA INGER

¡Hay sangre en mis manos! ¡Hasta esto tuve que llegar! Caro tengo que comprarlo.

*(Bjorn, con algunos soldados suecos, entra por la derecha.)*

UN SOLDADO

Perdonad; si sois vos la dueña de la casa...

LA SEÑORA INGER

¿Buscáis al conde Sture?

SOLDADO

Así es.

LA SEÑORA INGER

Entonces seguís buena pista. El conde ha buscado refugio en mi casa.

SOLDADO

¿Refugio? Perdonadme, noble señora...; no podéis concedérselo, porque...

LA SEÑORA INGER

Eso mismo que decís lo ha comprendido el conde, y por eso..., convenceos vos mismo de ello..., por eso se ha quitado la vida.

SOLDADO

¿La vida?

LA SEÑORA INGER

Convenceos por vos mismo, como os he dicho. Ahí dentro está el cadáver. Y yo pienso que salga de aquí con todas las honras que por su noble nacimiento le son debidas. Bjorn, ya lo sabes. En mi aposento está preparado desde hace tiempo mi propio ataúd. *(A los soldados.)* Pido que en él sea conducido a Suecia el cadáver del conde Sture.

SOLDADO

Se dispondrá como vos queréis. *(A uno de los otros.)* Corre a llevarle la nueva al señor Jens Bjelke. Aguarda en el camino con los demás jinetes. Entretanto entraremos y...

*(Uno de los soldados vase por la derecha. Los demás, con Bjorn, entran en el aposento de la izquierda.)*

LA SEÑORA INGER

*(Sola. Pasea silenciosa y desasosegada por la habitación.)* Si el conde Sture no hubiese dado con tanta prisa su adiós al mundo, dentro de un mes le habrían colgado o le habrían metido en prisión para toda su vida. ¿Hubiera sido mejor una tal suerte, o hubiera adquirido la libertad entregando a mi hijo en manos de mis enemigos? ¿Soy yo, pues, quien le ha matado? ¿Quién osará condenarme por haber hundido mis garras en la carne de quien quería robarme carne y sangre? Tenía que ser así. Todas las madres hubiesen obrado lo mismo que yo. Mas ahora no es tiempo de pensar en lo hecho. Obrar es lo que

necesito. *(Se sienta en la mesa de la izquierda.)* Quiero escribir a todos mis amigos. Que se levanten para apoyar la causa santa. Un nuevo rey... ¡al principio gobernador del reino!..., y luego rey. *(Comienza a escribir, se para y reflexiona.)* ¿A quién elegirán para reemplazar al muerto?... ¡Madre de rey!... He aquí una orgullosa palabra. Pero... ¿y la otra palabra... regicida? Madre de rey y regicida. Regicida... es la que le quita a un rey la vida... Madre de rey... la que se la da... *(Levantándose.)* Bien. Voy a daros una substitución para lo que os he quitado. ¡Mi hijo será rey! *(Vuelve a sentarse para escribir, pero de nuevo deja la pluma y se recuesta en la silla.)* Es terrible tener un cadáver bajo su techo. Por eso estoy excitada de este modo. *(Vuelve la cabeza como si hablase con alguien.)* ¿No? ¿De dónde, pues, había de venir? *(Cavilando.)* ¿Hay tan grande diferencia entre matar a un hombre y asesinarle? Knut Alfson ha partido más de una frente con su espada y, sin embargo, la suya era pura como la frente de un niño. Entonces, ¿por qué veo sin descanso ese... *(Hace un gesto como de clavar un cuchillo.)* esa herida en el corazón... y la sangre roja que sale a torrentes?... *(Sigue hablando mientras busca por entre los papeles.)* De hoy en adelante no quiero saber más de estas terribles visiones. Día y noche quiero estar en actividad. Y dentro de un mes..., dentro de un mes... vendrá mi hijo...

*(Bjorn entra por la izquierda.)*

BJORN

¿Habéis llamado, señora?

LA SEÑORA INGER

*(Escribiendo.)* Trae más luces. De hoy en adelante quiero tener muchas luces en mi aposento.

*(Bjorn se va por la izquierda.)*

LA SEÑORA INGER

*(Se levanta después de una pausa.)* ¡No, no, no! ¡Esta noche no puedo escribir! Mi cabeza arde y trabaja sin cesar... *(Escucha horrorizada.)* ¿Qué es eso? ¡Ah! Ahí dentro destornillan la tapa del ataúd... Cuando yo era niña me contaban la leyenda del caballero Age, que andaba con el ataúd sobre las espaldas. ¡Si al de allá adentro se le ocurriese venir con el ataúd sobre las espaldas para darme las gracias por el que le he prestado!... *(Se ríe.)* ¡Bah! Nosotros no tenemos nada que ver con nuestras creencias infantiles. *(Con violencia.)* Pero, sin embargo, leyendas semejantes no debieran existir; ocasionan sueños intranquilos. Cuando mi hijo sea rey se prohibirán. *(Da unos paseos por la estancia y luego abre la ventana.)* ¿Cuándo será rey mi hijo? Habrá que purificar todas las habitaciones. Hasta que no se haga será insano vivir aquí.

*(Bjorn entra por la izquierda con dos candelabros y los coloca sobre la mesa.)*

LA SEÑORA INGER

*(Que ha vuelto a coger los papeles.)* Está bien

así. Y no te olvides de lo que te he dicho. ¡Muchas luces sobre la mesa! ¿Qué hacen allá adentro?

BJORN

Están tapando la caja.

LA SEÑORA INGER

¿La cerrarán de modo que esté segura?

BJORN

Todo lo que sea menester.

LA SEÑORA INGER

Sí, sí; no sabes bien lo importante que eso es. Cuida de que lo hagan a conciencia. *(Va hacia él con un puñado de papeles y le dice misteriosamente):* Bjorn, tú eres un viejo, pero quiero hacerte una advertencia. Guárdate de todos los hombres...: de los que ya han muerto y de los que morirán. Ahora vete allá adentro; vete y cuida de que la caja se cierre a conciencia.

BJORN

*(Para sí, sacudiendo la cabeza.)* No puedo entenderla. *(Se va por la izquierda.)*

LA SEÑORA INGER

*(Comienza a sellar una carta, pero la deja a medias, pasea un rato y luego dice con violencia):* ¡Si yo fuese cobarde no hubiera hecho eso nunca! Si fuera cobarde me hubiera gritado: ¡Detente, si tu alma tiene alguna esperanza en la eternidad! *(Se fija en el retrato de Sten Sture.)* ¡Oh, me sonríe él en persona! ¡Horror! *(Vuelve el retrato*

*hacia la pared, sin mirarlo.)* ¿Por qué te sonreías? ¿Porque me he portado mal con tu hijo? Pero y el otro..., ¿no es tu hijo también? Y es el mío al mismo tiempo... ¡Fíjate en eso! *(Mira de soslayo a los demás retratos.)* No los he visto nunca tan iracundos como esta noche. Sus miradas me siguen adondequiera que vaya. *(Dando un golpe en el suelo con el pie.)* ¡Pero no quiero saber nada de ellos! Quiero tener paz y sosiego en mi casa. *(Comienza a volver los retratos hacia la pared.)* ¡Aunque fuese la misma Virgen Santísima!... ¿Crees que es aún tiempo? ¿Por qué no oíste mis súplicas cuando te pedía que me devolviesen a mi hijo? ¿Por qué? Porque el monje de Wittemberg tiene razón: «¡No hay nadie entre Dios y los hombres!» *(Respira con fuerza y continúa con excitación creciente):* Está bien que yo sepa esas cosas. Nadie ha visto lo que ocurrió allá adentro. Nadie puede atestiguar contra mí. *(Abre de pronto los brazos y susurra):* ¡Hijo mío! ¡Querido hijo mío! ¡Ven a mí! ¡Aquí estoy yo! ¡Quiero decirte una cosa! ¡Escucha! Allá arriba..., más allá de las estrellas, se me odia... porque te engendré. Mi misión era cumplir en el reino los designios de Dios. Mas yo seguí mi propio camino. Por eso he tenido que sufrir tanto y tan largo tiempo.

*(Bjorn viene por la izquierda, del aposento.)*

BJORN

Noble señora, tengo que anunciaros... ¡Cristo, redentor mío! ¿Qué es eso?

LA SEÑORA INGER

*(Que ha subido al asiento de honor que está a la derecha.)* ¡Silencio! ¡Silencio! Soy madre de rey. Han elegido rey a mi hijo. Fué difícil lograrlo..., pues yo misma tuve que luchar con los tiranos.

*(Lykke entra sin aliento, por la derecha.)*

LYKKE

¡Está salvado! ¡Traigo un salvoconducto de Jens Bjelke! Señora Inger, sabed...

LA SEÑORA INGER

¡Silencio digo! ¿No oís el rumor de la muchedumbre? *(Del aposento de la izquierda se oye un salmo funerario.)* Ahora llega la cabalgata de la coronación. ¡Qué tumulto! Todos se inclinan ante la madre del rey. Sí, sí...; ella ha luchado por su hijo... tanto, que sus manos se enrojecieron con sangre. ¿Dónde están mis hijas? No las veo. ¡Oh, ya no tengo ninguna! Sólo una me quedaba, y la perdí al subir al lecho conyugal. *(Susurrando.)* En él está el cadáver de Lucía. No hay sitio para dos.

LYKKE

¡Oh!, ¿eso habéis hecho? La venganza del Señor me ha alcanzado.

LA SEÑORA INGER

¿No le veis? ¡Vedle, vedle! ¡Es el hijo de Inger Gyldenlöve! Lo conozco por la corona y por el anillo de Sten Sture, que pende de su cuello. Ya

se acerca. ¡Pronto podrán mis brazos estrecharle! ¡Ah, ah!... ¿Quién vence, Dios o yo?

*(Los soldados salen con el ataúd.)*

LA SEÑORA INGER

*(Se lleva las manos a la cabeza y grita):* ¡El cadáver! *(Murmurando.)* ¡Horror! ¡Qué sueño más espantoso! *(Se deja caer sobre el asiento.)*

BJELKE

*(Que ha entrada por la derecha, se para y grita sorprendido):* ¡Muerto! ¡A pesar de todo, muerto!

UN SOLDADO

Él mismo se mató.

BJELKE

*(Mirando a Lykke.)* ¿Él mismo?

LYKKE

¡Silencio!

LA SEÑORA INGER

*(Cansada y como si despertase.)* Sí, sí; ahora me acuerdo de todo.

BJELKE

*(A los soldados.)* Dejad el cadáver. Ése no es el conde Sture.

UN SOLDADO

Perdonad, señor caballero; mas este anillo que lleva al cuello...

LYKKE

*(Cogiéndole por el brazo.)* ¡Calla, calla!

LA SEÑORA INGER

*(Horrorizada.)* ¡El anillo! ¡El anillo! *(Corre al cadáver y lo coge.)* ¡El anillo de Sten Sture! *(Dando un grito.)* ¡Oh, Cristo, Señor! ¡Mi hijo! *(Se arroja sobre el ataúd.)*

LOS SOLDADOS

¿Su hijo?

BJELKE

*(Al mismo tiempo.)* ¿El hijo de Inger Gyldenlöve?

LYKKE

Así es.

BJELKE

Mas ¿por qué no me dijisteis...?

BJORN

*(Intentando levantarla.)* Señora, ¿qué os pasa?

LA SEÑORA INGER

*(Con voz desfallecida, incorporándose a medias.)* ¿Que qué me pasa? ¡Un ataúd! ¡Una sepultura al lado de mi hijo! *(Cae sin conocimiento sobre el ataúd. Lykke se marcha rápidamente por la derecha. Consternación general entre los demás.)*

FIN

# LA DAMA DEL MAR

DRAMA EN CINCO ACTOS

## PERSONAJES

El doctor Wangel, *médico.*
La señora Ellida Wangel, *su segunda mujer.*
Bolette, *hija del primer matrimonio del doctor.*
Hilde, *una muchachita joven.*
El profesor Arnholm.
Lyngstrand.
Ballested.
Un forastero.

Muchachos y muchachas de la ciudad, turistas, veraneantes.

**La acción transcurre durante el verano en una pequeña ciudad a orillas de un fjord, en la Noruega septentrional.**

Derecha e izquierda, del actor.

# ACTO PRIMERO

A la izquierda, la casa del doctor Wangel, con una gran terraza llena de muebles. Delante de la casa y alrededor, jardín. Debajo de la terraza, un asta de bandera. A la derecha, en el jardín, un cenador, con una mesa y tres sillas. Una valla de seto al fondo. Detrás de la valla, un camino que va a lo largo de la playa. El camino tiene una avenida de árboles. Por entre los árboles se divisa el fjord y el contorno de montañas y rocas en la lejanía. Un día de verano cálido y resplandeciente. Derecha e izquierda, del espectador. Ballested, de media edad, con una vieja zamarra y un ancho sombrero de artista, está al lado del asta de la bandera y dispone el lienzo. El asta yace en el suelo. Un poco más lejos hay un caballete con un lienzo. A su lado, en una silla de campo, pincel, paleta y cajas de colores. Bolette Wangel sale a la terrazа por la puerta abierta del cuarto del jardín. Trae un florero lleno de flores, que coloca sobre la mesa.

BOLETTE

¿Qué, Ballested, andará bien la bandera?

BALLESTED

Sí, señorita... Es una pequeñez... Perdone usted, señorita. ¿Aguardan ustedes hoy visita?

BOLETTE

Sí; esperamos esta mañana al profesor Arnholm. Ya está en la ciudad desde esta noche.

BALLESTED

¿Arnholm?... Aguarde usted... ¿No se llamaba también Arnholm el que hace unos años era profesor aquí en la casa?

BOLETTE

Sí, es el mismo.

BALLESTED

¡Vea usted! ¿De modo que vuelve por aquí?

BOLETTE

Por eso quisiéramos izar la bandera.

BALLESTED

Se comprende.

*(Bolette vuelve a entrar en el cuarto del jardín. Lyngstrand viene inmediatamente por el camino, y se para lleno de interés al ver el caballete y los aparejos de pintar. Es un muchacho delgado, vestido sencilla pero decorosamente, que parece de débil constitución.)*

LYNGSTRAND

*(Del otro lado del vallado.)* ¡Buenos días!

BALLESTED

*(Volviéndose.)* ¡Buenos días! *(Iza la bandera.)* Ya está. Ahora a pintar. *(Asegura el lienzo y comienza a trabajar en el caballete.)* Buenos días, querido. No creo que tenga el honor...

LYNGSTRAND

¿Usted es pintor, sin duda?

BALLESTED

Claro que sí. ¿Por qué no habia de ser pintor?

LYNGSTRAND

Ya lo veo... ¿Podría quizás entrar un momento?

BALLESTED

¿Quiere usted venir y ver cómo pinto?

LYNGSTRAND

Sí; tendría un gran placer en ello.

BALLESTED

La cosa no vale mucho la pena. Pero tenga usted la bondad; entre usted.

LYNGSTRAND

Muchas gracias. *(Entra por la puerta del jardín.)*

BALLESTED

*(Pintando.)* Estoy precisamente ahora en el fjord, allá entre las islas.

LYNGSTRAND

Ya veo, ya.

BALLESTED

Pero falta la figura todavía. Aquí en el pueblo no hay modo de encontrar modelos.

LYNGSTRAND

¿Habrá una figura también?

BALLESTED

Sí; en primer término habrá una sirena medio muerta.

LYNGSTRAND

¿Por qué ha de ser medio muerta?

BALLESTED

Ha salido a tierra y no puede encontrar el camino para volver al mar.

LYNGSTRAND

¡Ah!

BALLESTED

La señora de la casa es la que me ha dado el pensamiento de pintar algo por el estilo.

LYNGSTRAND

¿Qué nombre le va a dar usted al cuadro cuando esté terminado?

BALLESTED

Pienso titularle «El fin de la sirena».

LYNGSTRAND

Está muy bien. Y con el asunto puede usted hacer algo bueno.

BALLESTED

*(Le mira.)* ¿Es usted, acaso, un colega?

LYNGSTRAND

¿Pintor, quiere usted decir?

BALLESTED

Sí.

LYNGSTRAND

No; pintor, no. Pero quiero ser escultor. Me llamo Hans Lyngstrand.

BALLESTED

¿De modo que quiere usted ser escultor? Sí; la Escultura es también un arte simpático y agradable... Me parece que ya le he visto a usted alguna vez en la calle. ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?

LYNGSTRAND

No; no hace más que unos quince días. Pero quiero ver si puedo quedarme para todo el verano.

BALLESTED

¿Quiere usted gozar los atractivos de la temporada de baños, eh?

LYNGSTRAND

Quiero fortalecerme un poco.

BALLESTED

¿No será que esté usted enfermo?

LYNGSTRAND

¡Hum! Estoy un poco débil. Pero no es nada de peligro. Algo así como estrechez de pecho.

BALLESTED

¡Bah! Eso son pequeñeces. Sin embargo, conviene que consulte usted con un buen médico.

LYNGSTRAND

He pensado en hablar con el doctor Wangel.

BALLESTED

Sí, hágalo usted. *(Mirando hacia la izquierda.)* Ahí viene otro bote de vapor, y una nube de pasajeros a bordo. En los últimos años han aumentado aquí los viajeros de un modo nunca visto.

LYNGSTRAND

Sí; parece que hay mucha vida.

BALLESTED

Veraneantes hay también muchísimos. Muchas veces me temo que nuestra buena ciudad pierda con tanto forastero su viejo carácter.

LYNGSTRAND

¿Ha nacido usted aquí?

BALLESTED

No, eso no. Pero me he aclimatado. Me siento unido al pueblo por los lazos del tiempo y de la costumbre.

LYNGSTRAND

¿De modo que hace mucho tiempo que vive usted aquí?

BALLESTED

Diez y siete o diez y ocho años. Llegué aquí con la Compañía de teatro de Skive. Pero tropezamos con dificultades pecuniarias, y entonces la Compañía se deshizo y se esparció a todos los los vientos.

LYNGSTRAND

¿Y usted se quedó aquí?

BALLESTED

Yo me quedé. Y con el tiempo, como digo, me he aclimatado muy bien. Le diré a usted: por aquel entonces, yo me dedicaba principalmente a las decoraciones.

*(Bolette sale de la casa con una mecedora, que coloca en la terraza, y habla hacia adentro, hacia el cuarto del jardín.)*

BOLETTE

Hilde, a ver si encuentras el escabel bordado de papá.

LYNGSTRAND

*(Va hacia la terraza y saluda.)* ¡Buenos días, señorita Wangel!

BOLETTE

*(En la balaustrada.)* ¡Oh! ¿Es usted, señor Lyngstrand? ¡Buenos días! Dispense usted un momento...; voy sólo a... *(Entra en la casa.)*

BALLESTED

¿Conoce usted a la familia?

LYNGSTRAND

No mucho. Sólo he encontrado de cuando en cuando a las señoritas en otras casas. Y el último día de música, arriba, en el Miradero, hablé un poco con la señora. Me dijo que viniera y la visitase.

BALLESTED

Sí, sí. Debe usted cultivar el conocimiento.

LYNGSTRAND

Sí; ya había pensado en hacer una visita. ¡Si tuviera un pretexto!

BALLESTED

¿Qué es eso?... Un pretexto... *(Mirando hacia la izquierda.)* ¡Pero, hombre, otra vez! *(Recoge sus cosas.)* El bote está ya en el puente de desembarco. Tengo que ir al hotel. Quizás alguno de los viajeros necesite mis servicios. Debo decir a usted que también trabajo como peluquero.

LYNGSTRAND

Es usted una enciclopedia verdadera.

BALLESTED

En los pueblos pequeños hay que aclimatarse a diversos oficios. Si alguna vez necesitase usted algo en lo tocante al pelo, no tiene usted más que preguntar por el maestro de baile Ballested.

LYNGSTRAND

¿Maestro de baile?...

BALLESTED

Si quiere usted, también director de la Sociedad musical «El Cuerno». Esta noche tenemos concierto en el Miradero. ¡Adiós, adiós! *(Sale con los adminículos por la puerta del jardín, y sigue hacia la izquierda.)*

*(Bolette e Hilde salen de la casa. Hilde trae el escabel, y Bolette, más flores. Lyngstrand saluda a Hilde desde el jardín.)*

HILDE

*(En la balaustrada, sin saludar.)* Bolette me ha dicho ya que se había usted atrevido a entrar.

LYNGSTRAND

Sí; me he tomado la libertad de entrar un poco.

HILDE

¿Ha dado usted ahora su paseo de mañana?

LYNGSTRAND

¡Oh, no! Hoy no he dado ningún paseo largo.

HILDE

¿Ha estado usted en el baño?

LYNGSTRAND

Sí; estuve un momento en el agua. Allí he visto a su madre de usted. Iba a su caseta.

HILDE

¿Quién iba?

LYNGSTRAND

Su madre de usted.

HILDE

¡Aaah! *(Coloca el escabel ante la mecedora.)*

BOLETTE

*(En cierto modo, interrumpiendo.)* ¿No ha visto usted allá afuera, en el fjord, rastros del bote de papá?

LYNGSTRAND

Me parece que vi un bote de vela que iba hacia tierra.

BOLETTE

Era, de seguro, papá. Ha hecho visitas en las islas. *(Arregla la mesa.)*

LYNGSTRAND

*(Dando un paso por la escalera de la terraza.)* ¡Qué hermoso ha adornado usted esto con flores!

BOLETTE

¿Verdad que está muy bonito?

LYNGSTRAND

Sí, está magnífico. Parece que hay hoy fiesta en la casa.

HILDE

Y la hay.

LYNGSTRAND

Casi podía figurármelo. Sin duda el cumpleaños de su señor padre.

BOLETTE

*(Advirtiendo a Hilde.)* ¡Hum! ¡Hum!

HILDE

*(Sin hacerle caso.)* No..., el de mamá.

LYNGSTRAND

¡Ah, de su mamá!

BOLETTE

*(En voz baja, encolerizada.)* ¡Pero Hilde!

HILDE

*(En el mismo tono.)* ¡Déjame en paz! *(A Lyngstrand.)* ¿Usted irá ahora a casa a desayunarse?

LYNGSTRAND

*(Bajando un tramo.)* Sí; quisiera tomar un bocado.

HILDE

¿Se encuentra usted bien en el hotel?

LYNGSTRAND

Ya no vivo en el hotel. Era demasiado caro.

HILDE

¿Pues dónde vive usted ahora?

LYNGSTRAND

En casa de la señora Jensen.

HILDE

¿De qué señora Jensen?

LYNGSTRAND

La comadrona.

HILDE

Usted perdone, señor Lyngstrand; pero de veras tengo más que hacer que...

LYNGSTRAND

¡Oh! No debía haberlo dicho.

HILDE

¿El qué?

LYNGSTRAND

Eso; lo que acabo de decir.

HILDE

*(Midiéndole impaciente con la mirada.)* No le entiendo a usted en absoluto.

LYNGSTRAND

No, no. Pero ya es tiempo de que les diga a ustedes adiós.

BOLETTE

*(Viene a la escalera.)* Adiós, adiós, señor Lyngstrand. Hoy tiene usted que disculparnos. Pero otro día..., cuando usted tenga tiempo..., tiene usted que visitar a papá... y a nosotras todas.

LYNGSTRAND

Muchas gracias. Lo haré con el mayor placer. *(Saluda y sale por la puerta del jardín. Al pasar por la izquierda saluda otra vez.)*

HILDE

*(A media voz.) ¡Adieu, monsieur!* Salude usted de mi parte a la señora Jensen.

BOLETTE

*(En voz baja, sacudiendo su brazo.)* ¡Hilde! ¡Niña mal educada! ¿Es que estás loca? Hubiera podido oirte.

HILDE

¿Crees que eso me importa?

BOLETTE

*(Señalando hacia la derecha.)* ¡Ahí viene papá!

*(El doctor Wangel, en traje de viaje, viene por la derecha.)*

WANGEL

¡Ajá! ¡Aquí estoy otra vez, niñas! *(Entra por la puerta del jardín.)*

BOLETTE

*(Yendo a su encuentro por el jardín.)* ¡Cuánto me alegro de que vengas!

HILDE

*(Bajando también al jardín.)* ¿Estás libre para todo el día, papá?

WANGEL

No; más tarde tengo que ir un momento al despacho. Decidme: ¿sabéis si ha venido Arnholm?

BOLETTE

Sí; ha llegado por la noche. Lo hemos enviado al hotel.

WANGEL

¿De modo que no le habéis visto todavía?

BOLETTE

No; pero de seguro viene esta mañana.

WANGEL

Claro; eso sin duda.

HILDE

Papá, ahora tienes que ver cómo hemos arreglado esto.

WANGEL

*(Mirando hacia la terraza.)* Ya lo veo, ya. Está admirablemente.

BOLETTE

¿Verdad que lo hemos puesto muy bonito?

WANGEL

Sí, sí, magnífico. ¿Estamos..., estamos solos en casa?

BOLETTE

*(Contestando con prontitud.)* Mamá ha ido a bañarse.

WANGEL

*(Mira a Bolette cariñosamente y le acaricia el cabello. En seguida dice vacilando un poco):* Oid,

niñas... ¿Va a estar esto así todo el día, con la bandera izada y todo?

HILDE

¡Eso ya puedes figurártelo, papá!

WANGEL

¡Hum!... Sí, claro... Pero ved...

BOLETTE

*(Haciéndole guiños.)* Ya puedes pensar que todo esto sólo por Arnholm lo hacemos. Cuando un amigo semejante viene y te visita por primera vez...

HILDE

*(Sacudiéndole y sonriéndose.)* ¡Fíjate, papá, que ha sido el maestro de Bolette!

WANGEL

*(Sonriendo a medias.)* Sois un par de picaronas... ¡Bah! Y después de todo es tan natural que nos acordemos de la que ya no está entre nosotros... Y sin embargo... Toma, Hilde *(Dándole la cartera.)*, llévala al despacho... No, niñas, no. No me gusta eso. La manera de hacerlo, quiero decir. Eso de que todos los años... ¡Bueno, qué se le ha de hacer! Ahora ya no se puede cambiar.

HILDE

*(Quiere irse con la cartera por la izquierda, pero se para, se vuelve y señala.)* Mirad aquel

señor que viene allí. Seguramente que es el profesor.

BOLETTE

*(Mirándole.)* ¿Aquel que viene allí? *(Riéndose.)* ¡Qué graciosa eres! ¡Va a ser Arnholm tan viejo!

WANGEL

Aguarda, aguarda un momento, pues yo creo también que es él. Sí, sin duda es él.

BOLETTE

*(Mirando aturdida.)* ¡Sí, yo creo también!...

*(Arnholm, en elegante traje de mañana, con anteojos de oro y un bastón delgado y una cartera de viaje, aparece por la izquierda en el camino. Parece algo cansado, mira al jardín, saluda y entra por la puerta.)*

WANGEL

*(Saliendo a su encuentro.)* Bien venido, querido Arnholm. Mil gracias por su visita. *(Se estrechan las manos y vienen juntos por el jardín.)* Y allí tenemos ya a las niñas.

ARNHOLM

*(Dándoles la mano.)* Apenas si las hubiera conocido.

WANGEL

Lo creo.

ARNHOLM

Sin embargo..., a Bolette quizás... Sí, a Bolette la hubiera conocido.

WANGEL

Me parece difícil. Han pasado ya ocho o nueve años desde que usted la vió por última vez. Sí, en ese tiempo han cambiado aquí muchas cosas.

ARNHOLM

*(Mirando alrededor.)* A mí no me lo parece. A excepción de los árboles, que han crecido, y del cenador aquel...

WANGEL

¡Oh, claro! Así por fuera...

ARNHOLM

Y luego, naturalmente que usted tiene ahora en casa dos hijas crecíditas, en edad de casarse...

WANGEL

¡Oh!, realmente en estado de casarse no lo está más que la una.

HILDE

*(A media voz.)* No, lo que es el que oiga a papá...

WANGEL

Pero vamos a sentarnos a la terraza. Allí esta más fresco. ¿Me permite usted?

ARNHOLM

¡Gracias, gracias, querido doctor! *(Se van a la terraza.)*

WANGEL

*(Señalándole a Arnholm la mecedora.)* ¡Ajá! Ahora siéntese usted tranquilo y descanse, pues

parece que está usted cansado después del viaje.

ARNHOLM

¡Oh!, eso no vale nada. Aquí en esta tierra...

BOLETTE

*(A Wangel.)* ¿No estaría bien traer un poco de soda y de zumo de frutas aquí al cuarto del jardín?

WANGEL

Eso estará bien. Traednos soda y zumo de frutas. Y acaso también algo de coñac.

BOLETTE

¿Coñac también?

WANGEL

Un poco nada más. Por si alguien lo quiere.

BOLETTE

Bien. Hilde, lleva la cartera al despacho. *(Se vá por el cuarto del jardín y cierra la puerta tras sí. Hilde coge la cartera y se va por el jardín hacia la izquierda, por detrás de la casa.)*

ARNHOLM

*(Que ha seguido a Bolette con los ojos.)* Tiene usted una magnífica... Dos magníficas muchachas tiene usted.

WANGEL

*(Sentándose.)* ¿No es verdad que sí?

ARNHOLM

Como se ha transformado Bolette, es sorprendente. Hilde también... Pero ¿y usted, querido doctor, piensa usted vivir siempre aquí?

WANGEL

¡Oh, sí! Espero que en eso pararé. ¡Aquí he vivido tan feliz con la que tan pronto nos ha abandonado!... Con aquella, Arnholm, que todavía estaba entre nosotros la última vez que nos dejó usted.

ARNHOLM

Sí, sí...

WANGEL

Y ahora soy feliz aquí con la que ha entrado en su lugar. ¡Oh, tengo que reconocerlo! El Destino ha sido bastante clemente conmigo.

ARNHOLM

Pero en su segundo matrimonio no tiene usted hijos, ¿verdad?

WANGEL

Hace dos años..., dos y medio, tuvimos un niño, pero no le tuvimos mucho tiempo entre nosotros: murió a los cuatro o cinco meses.

ARNHOLM

¿No está hoy en casa su mujer de usted?

WANGEL

Sí, vendrá en seguida. Ha ido al baño. Ahora va todos los días, haga el tiempo que quiera.

ARNHOLM

¿Está enferma acaso?

WANGEL

No, enferma no está, por más que en estos dos últimos años se ha hecho muy nerviosa. Es decir, así de vez en cuando. Yo no acabo de entender bien qué es lo que le pasa. Pero vea usted; el ir al mar es para ella la vida.

ARNHOLM

Si me acuerdo; antes le ocurría eso mismo también.

WANGEL

*(Con una sonrisa casi imperceptible.)* Es verdad que usted conoce a Ellida de los tiempos en que era usted maestro en Skjoldvik.

ARNHOLM

Sí; venía a menudo de visita a la casa del párroco. Y además la veía casi siempre que iba a visitar a su padre allá al faro.

WANGEL

Créame usted; ese tiempo ha dejado en ella huellas profundas. La llaman la dama del mar.

ARNHOLM

¿De veras?

WANGEL

Sí; y por eso... Hable usted con ella de aquellos tiempos. Eso le hará mucho bien.

ARNHOLM

*(Mirándole con aire de duda.)* ¿Tiene usted motivos para creerlo así?

WANGEL

Sin duda que los tengo.

ELLIDA

*(Su voz suena en el jardín, a la derecha.)* ¿Eres tú, Wangel?

WANGEL

*(Poniéndose en pie.)* Sí, querida.

*(Ellida Wangel, con una bata ligera, con el cabello húmedo que le cuelga de los hombros, aparece por la derecha hacia el cenador. Arnholm se levanta.)*

WANGEL

*(Sonriendo y tendiéndole las manos.)* ¡Aquí tenemos a la dama del mar!

ELLIDA

*(Entra aprisa y le coge las manos.)* ¡Gracias a Dios que te vuelvo a ver! ¿Cuándo viniste?

WANGEL

Ahora mismo. Hace un momento. *(Señalando a Arnholm.)* ¿Pero no quieres saludar a un antiguo conocido?

ELLIDA

*(Le da la mano a Arnholm.)* ¿De modo que ha venido usted...? Bien venido. Perdone que no haya estado en casa.

ARNHOLM

¡Oh, por Dios! No gaste usted ceremonias conmigo...

WANGEL

Qué, ¿estaba hoy fría el agua?

ELLIDA

¿Fría? Aquí nunca está fría el agua. ¡Tan tibia y tan abatidora! ¡Puf! ¡El agua del fjord está enferma!

ARNHOLM

Sí, está enferma. Y yo creo que a uno le pone enfermo también.

WANGEL

*(Sonriendo.)* ¡De verdad que es una buena recomendación para nuestros baños!

ARNHOLM

Más bien creo, señora Wangel, que usted está en una relación particular con el mar y con todo lo que de él depende.

ELLIDA

Acaso. Casi lo creo yo misma... ¡Pero vea usted qué hermoso han puesto esto las niñas para conmemorar su venida!

WANGEL

*(Cortado.)* ¡Hum!... *(Mirando el reloj.)* ¡Oh! Tengo que ir ya pronto...

ARNHOLM

¿Es realmente para conmemorar mi venida?

ELLIDA

Ya puede usted figurárselo. Esto no lo hacemos todos los días. ¡Uf! ¡Qué calor más asfixiante hace aquí! *(Baja al jardín.)* ¡Venid aquí! Aquí hay, por lo menos, algo así como una brisa. *(Se sienta en el cenador, a la derecha.)*

ARNHOLM

*(Va hacia ella.)* A mí me parece que está muy fresco.

ELLIDA

Claro; usted está acostumbrado a la atmósfera pesada de la capital. Por lo que he oído, allí debe ser terrible el verano.

WANGEL

*(En el jardín también.)* Querida Ellida; ahora tendrás que entretener tú sola a nuestro amigo por un rato.

ELLIDA

¿Tienes que hacer?

WANGEL

Sí; tengo que ir abajo, al despacho. Y además quiero cambiar un poco de ropa. Pero no tardaré mucho en volver.

ARNHOLM

*(Sentándose al lado de Ellida.)* No se apresure usted, querido doctor. Su señora y yo ya nos arreglaremos para matar el tiempo.

WANGEL

*(Guiñando el ojo.)* Sí; en eso confío. De modo que hasta luego. *(Se va por el jardín detrás de la casa.)*

ELLIDA

*(Después de una pausa corta.)* ¿Verdad que se está bien aquí?

ARNHOLM

A mí me parece que estoy muy bien.

ELLIDA

Este cenador se llama mi cenador, pues yo he sido quien lo ha hecho construir. O, mejor dicho..., Wangel para mí.

ARNHOLM

¿De modo que se sienta usted aquí con frecuencia?

ELLIDA

Sí; aquí paso por lo menos el día.

ARNHOLM

Con las niñas, ¿verdad?

ELLIDA

No; las niñas... están arriba, en la terraza.

ARNHOLM

¿Y Wangel?

ELLIDA

¡Oh!, Wangel anda de acá para allá. Unas veces está conmigo y otras con las niñas.

ARNHOLM

¿Es usted la que desea que las cosas estén así arregladas?

ELLIDA

Me parece que todos lo encontramos mejor así. Además, desde aquí podemos hablarnos... cuando creemos que tenemos algo que decirnos.

ARNHOLM

*(Después de un rato de meditación.)* Cuando yo crucé su camino por última vez..., allá en Skjoldvik, quiero decir..., ¡hum!..., hace ya mucho tiempo de eso.

ELLIDA

Han pasado diez años desde entonces.

ARNHOLM

Sí, poco más o menos. ¡Pero cuando la recuerdo a usted, allá en el faro!... La pagana, como decía el párroco, porque su padre le había dado a usted el nombre de un barco en vez de un nombre cristiano.

ELLIDA

¿Qué entonces?

ARNHOLM

En lo que menos hubiera yo pensado era en que iba a volver a verla a usted aquí como la señora de Wangel.

ELLIDA

No; además, entonces no era Wangel todavía...

Entonces vivía aún la primera madre de las muchachas, su verdadera madre...

ARNHOLM

Sí, sí. Pero aun cuando no hubiera sido eso..., aunque él hubiera estado libre..., no hubiera yo podido pensar que pudiese suceder esto.

ELLIDA

Yo tampoco. Nunca..., entonces.

ARNHOLM

Wangel es tan simpático, tan honrado, tan verdaderamente bueno para todos...

ELLIDA

*(Con calor.)* ¡Sí que lo es!

ARNHOLM

Pero yo me figuro... que debe ser completamente distinto de usted.

ELLIDA

En eso lleva usted razón. Lo es, en efecto.

ARNHOLM

Y..., ¿y cómo fué posible? ¿Cómo se hizo?

ELLIDA

Querido Arnholm, no me pregunte acerca de eso. No podría explicárselo. Y aunque pudiera hacerlo no entendería lo más mínimo.

ARNHOLM

*(En voz baja.)* ¡Hum! ¿Le ha confiado usted a su marido algo con respecto a mí? Me refiero, naturalmente, a... aquel paso infructuoso que una vez di cerca de usted.

ELLIDA

No. ¿Cómo puede usted dudarlo? Ni una sola palabra le he dicho de... eso a que usted alude.

ARNHOLM

Me alegro mucho. Pues me sentía algo molesto con el pensamiento de que...

ELLIDA

Puede usted estar tranquilo. No le he dicho más que lo que es verdad; que yo le tenía a usted en gran aprecio, y que usted había sido el mejor y más caro amigo que yo había tenido allá afuera.

ARNHOLM

Muchas gracias. Pero dígame usted...: ¿por qué no quiso usted escribirme ni una sola vez después de mi marcha?

ELLIDA

Pensaba que acaso le fuera a usted doloroso oir hablar de la que..., de la que no había podido ser tan condescendiente con usted como usted hubiera deseado. Me parecía que escribiendo iba a tocar de nuevo un punto doloroso.

ARNHOLM

¡Hum!... ¡Hum!... Sí; en eso es posible que tuviera usted razón.

ELLIDA

Pero y usted, ¿por qué no escribió nunca?

ARNHOLM

*(La mira y se sonríe con aire de medio reproche.)* ¿Yo? ¿Había de empezar yo? ¿Exponerme a que se sospechase que quería volver de nuevo? ¿Tras una respuesta negativa como la que había recibido de usted?

ELLIDA

Sí; lo comprendo también... ¿Y no ha pensado usted después en otra?

ARNHOLM

Nunca. Permanecí fiel a mis queridos recuerdos.

ELLIDA

*(En tono de semiburla.)* ¡Oh, deje usted los viejos y tristes recuerdos! Me parece que sería mejor que usted pensara en hacerse un marido dichoso.

ARNHOLM

Pero eso tendría que ser pronto, señora Wangel. No se olvide de que..., sea dicho para vergüenza mía..., he dejado ya atrás los treinta y siete.

ELLIDA

Razón de más para apresurarse. *(Calla un momento y luego dice en tono serio y contenido):* Pero ahora oiga usted, querido Arnholm. Quiero decirle a usted algo que no hubiese confesado entonces, aunque me fuese en ello la vida.

ARNHOLM

¿Qué es?

ELLIDA

Cuando dió usted... aquel paso de que acaba de hablar, entonces no podía yo contestar de otro modo de como lo hice.

ARNHOLM

Eso ya lo sé. Usted no podía tener para mí más que una buena amistad.

ELLIDA

Pero no sabe usted que mis pensamientos estaban entonces en otra parte.

ARNHOLM

¿Entonces?

ELLIDA

¡Sí, entonces!...

ARNHOLM

¡Pero eso es imposible! ¡Debe usted confundirse en el tiempo! Me parece que entonces apenas si conocía usted a Wangel.

ELLIDA

Yo no he hablado de Wangel.

ARNHOLM

¿De Wangel no? Pero en aquel tiempo..., allá en Skjoldvik..., no recuerdo una sola persona de la cual pudiera yo creer que pudiera infundirla a usted una inclinación...

ELLIDA

Sí, lo creo. Porque la cosa fué tan insensata que casi era para volverse loca.

ARNHOLM

Pero entonces cuéntemelo usted con más detalles.

ELLIDA

Basta que sepa usted que entonces estaba comprometida. Y ahora ya lo sabe.

ARNHOLM

¿Y si usted no hubiese estado comprometida?

ELLIDA

¿Qué quiere usted decir?

ARNHOLM

¿Hubiera sido otra su contestación a mi carta?

ELLIDA

¿Cómo voy a saberlo? Cuando llegó Wangel fué otra.

ARNHOLM

Entonces, ¿qué objeto tiene el contarme que estaba usted comprometida?

ELLIDA

*(Se levanta intranquila y dolorida.)* Porque necesito poder confiarme a alguien. *(Arnholm hace ademán de levantarse.)* No, no; siga usted sentado.

ARNHOLM

¿De modo que su marido no sabe nada de la cosa?

ELLIDA

Le confesé al principio que mis pensamientos habían estado en otra parte. Él no quiso saber más, y desde entonces no hemos vuelto a hablar de ello. En substancia no fué más que una locura. Y además desapareció pronto. Es decir..., ¡hasta cierto punto!

ARNHOLM

*(Poniéndose en pie.)* ¿Sólo hasta cierto punto? ¿Del todo no?

ELLIDA

¡Sí, claro que sí! ¡Oh, Dios mío, Arnholm! No es nada de lo que usted se figura. Es algo completamente incomprensible. No sé cómo podría contarlo. Iba usted a creer que estaba enferma, o que estaba loca.

ARNHOLM

¡Querida señora!... Ahora sí que tiene usted que hablar con franqueza.

ELLIDA

Sí, sí; procuraré hacerlo. Que va usted a pensar, como hombre razonable, a pensar... *(Mira*

*hacia la izquierda y se interrumpe.)* Espere usted hasta luego. Parece que viene una visita.

*(Lyngstrand viene por el camino de la izquierda, y entra por la puerta central en el jardín. En el ojal lleva una flor, y en la mano un ramo envuelto con papel y atado con una cinta de seda. Queda parado y vacilante en la terraza.)*

ELLIDA

*(Saliendo del cenador.)* ¿Busca usted a las niñas, señor Lyngstrand?

LYNGSTRAND

*(Volviéndose.)* ¡Ah! ¿Está usted ahí, señora? *(Acercándose.)* No a las señoritas; a usted misma, señora. Usted me ha permitido visitarla...

ELLIDA

Sin duda. Usted nos es siempre bienvenido.

LYNGSTRAND

Muchas gracias. Y puesto que hoy hay fiesta en la casa...

ELLIDA

¡Ah! ¿Lo sabe usted?

LYNGSTRAND

Sí, y por eso me tomo la libertad de rogarle que acepte esto. *(Se inclina y le ofrece el ramo.)*

ELLIDA

*(Sonriendo.)* Pero, mi buen señor Lyngstrand, ¿no sería mejor que le ofreciese usted las flores

al mismo señor profesor Arnholm? Pues propiamente él es el que...

LYNGSTRAND

*(Mirándolos a entrambos perplejo.)* Perdone usted...; pero yo no tengo el gusto de conocer al señor. No es más que... Yo venía por el cumpleaños, señora Wangel.

ELLIDA

¿Cumpleaños? Entonces se equivoca usted, señor Lyngstrand. En la casa no hay hoy ningún cumpleaños.

LYNGSTRAND

*(Sonriendo con aire de inteligencia.)* Ya... me hago cargo. Pero no creía que hubiera de ser tan secreto.

ELLIDA

¿Qué es lo que cree usted?

LYNGSTRAND

Que usted celebra hoy su..., el aniversario de su nacimiento.

ELLIDA

¿Yo?

ARNHOLM

*(Mirándole interrogativamente.)* ¡Hoy! No, de veras que no.

ELLIDA

*(A Lyngstrand.)* ¿Pero de dónde lo ha sacado usted?

LYNGSTRAND

La señorita Hilde lo ha traicionado. Hace un momento pasé por aquí, y pregunté a las señoritas por qué adornaban esto con flores y banderas.

ELLIDA

Y...

LYNGSTRAND

Y la señorita Hilde me contestó: «Hoy celebramos el cumpleaños de mamá.»

ELLIDA

¡De mamá! ¡Ah!

ARNHOLM

¡Ajá! *(Ellida y Arnholm se dirigen miradas de inteligencia.)* Pero, puesto que el señor lo sabe, señora Wangel...

ELLIDA

*(A Lyngstrand.)* Sí, puesto que usted lo sabe...

LYNGSTRAND

*(Tendiéndole el ramo.)* ¿Puedo, pues, felicitarla?

ELLIDA

*(Cogiendo las flores.)* Mil gracias. ¿No quiere usted sentarse un momento, señor Lyngstrand? *(Se sientan los tres en el cenador.)* Esto de mi cumpleaños ha debido ser un secreto, señor Arnholm.

ARNHOLM

Parece que sí. No era para nosotros, los no iniciados.

ELLIDA

*(Poniendo el ramo sobre la mesa.)* Así es. No era para los no iniciados.

LYNGSTRAND

Le aseguro que por mí no lo sabrá nadie.

ELLIDA

¡Oh, no tanto!... ¿Pero cómo anda usted? Tiene usted mejor aspecto.

LYNGSTRAND

Sí; creo que estoy muy bien. Y hasta el año que viene, en que acaso pueda irme allá a los países del Sur...

ELLIDA

Y, según las niñas, irá usted.

LYNGSTRAND

Sí; tengo en Bergen una persona que me protege, y me ha prometido ayudarme para el año que viene.

ELLIDA

¿Cómo hizo usted conocimiento con ella?

LYNGSTRAND

Fué una casualidad muy afortunada. Navegué una vez en uno de sus barcos.

ELLIDA

¿Ah, sí? ¿Es que tenía usted entonces afición a navegar?

LYNGSTRAND

Ni la más mínima. Pero cuando murió mi madre, mi padre no quiso que me estuviese más en casa parado, y por eso me hizo navegar. En el viaje de vuelta naufragamos en el Canal de la Mancha, y ese fué el comienzo de mi suerte.

ELLIDA

¿Cómo? Explíquese usted.

LYNGSTRAND

Sí; en el naufragio fué donde cogí esta cosa...; quiero decir esto del pecho. ¡Estuve tanto tiempo en el agua helada antes de que me salvaran!... Y por eso tuve que dejar de navegar... Sí; fué una gran felicidad para mí.

ARNHOLM

¿Cree usted eso?

LYNGSTRAND

Claro, porque lo del pecho no es de cuidado. Y ahora puedo ser escultor, que era lo que yo de todo corazón ansiaba. ¡Figúrese usted; poder modelar con el barro mejor, y sentir con qué suavidad se va deslizando entre los dedos!

ELLIDA

¿Y qué quiere usted modelar? ¿Sirenas y monstruos marinos, o antiguos guerreros?

LYNGSTRAND

No; no creo que haga cosas semejantes. En lo

que me sea posible, quiero probar con una obra grande. Un grupo, como se dice.

ELLIDA

¿Y qué representaría ese grupo?

LYNGSTRAND

¡Oh, sería algo que yo mismo he vivido!

ARNHOLM

Sí, sí; lo mejor es que se decida usted a ello.

ELLIDA

¿Pero qué es lo que va a ser?

LYNGSTRAND

Yo había pensado en una mujer de un marinero, joven, que está tendida y duerme desasosegadamente. Y sueña además. Me parece que podré hacerlo de tal modo que se vea que sueña.

ARNHOLM

¿No ha de haber más que esa figura?

LYNGSTRAND

Otra además. La de su marido, a quien ella ha sido infiel mientras él navegaba. Y él se ha ahogado.

ARNHOLM

¿Qué dice usted?

ELLIDA

¿Él se ha ahogado?

LYNGSTRAND

Sí, se ha ahogado en el mar. Y lo extraño es que, a pesar de eso, vuelve a casa. Es de noche, y él está al pie de su cama y la contempla. Debe aparecer completamente mojado, como si acabase de salir del agua.

ELLIDA

*(Reclinándose en la silla.)* Es una cosa extraña. *(Cerrando los ojos.)* Y lo veo lleno de vida ante mí.

ARNHOLM

¡Pero por vida de, señor..., señor...! Usted dijo que había de ser algo que usted había vivido.

LYNGSTRAND

Sí, sí...; es que eso lo he vivido... en cierto modo.

ARNHOLM

¿Visto que un muerto...?

LYNGSTRAND

No; no quiero decir precisamente visto...; no le he visto materialmente. Pero sí...

ELLIDA

¡Cuénteme usted todo lo que sepa y pueda! Quiero saberlo bien.

ARNHOLM

*(Sonriendo.)* Esto le gustará a usted. Una cosa así, con ambiente marino.

ELLIDA

Cuente usted, señor Lyngstrand.

LYNGSTRAND

Bien; la cosa fué así: al salir con el barco de una ciudad que se llama Halfaz, tuvimos que dejar allí, en el hospital, a un marinero. En su lugar tomamos un americano. Este nuevo marinero...

ELLIDA

¿El americano?

LYNGSTRAND

Sí... Un día le pidió al capitán un paquete de periódicos antiguos, en los que comenzó a leer sin descanso, pues decía que quería aprender noruego.

ELLIDA

¿Y qué ocurrió?

LYNGSTRAND

Una tarde se levantó una gran marejada. Todos los tripulantes estaban sobre cubierta, excepto el americano y yo; porque él se había lastimado un pie y no podía subir, y yo me sentía un poco mal y me había tendido en el camarote. Él estaba en el camarote de los marineros, y como de costumbre, leía sus viejos periódicos...

ELLIDA

¡Sí, sí!...

LYNGSTRAND

De pronto oigo que rompe a llorar. Le miro y veo que su cara está pálida como la cera. Al cabo

de un momento comenzó a estrujar el periódico que estaba leyendo, y a morderlo y a rasgarlo en pedazos. Pero todo esto muy despacio, muy despacio.

ELLIDA

¿Y qué? ¿No dijo nada?

LYNGSTRAND

Por el momento, no. Pero en seguida exclamó como para sí mismo: «Casada con otro. Mientras yo estaba fuera.»

ELLIDA

*(Cierra los ojos y dice con voz queda):* ¿Dijo eso?

LYNGSTRAND

Sí. Y figúrese usted: en noruego perfecto. El hombre debía tener una facilidad extraordinaria para aprender idiomas extranjeros.

ELLIDA

¿Y luego? ¿Qué pasó después de eso?

LYNGSTRAND

Ahora viene lo extraordinario, lo que yo no olvidaré jamás... Pues agregó, y también con voz muy queda: «Pero mía es y mía será. Y me seguirá, aunque tuviera que salir ahogado del mar para ir a buscarla.»

ELLIDA

*(Se sirve con mano temblorosa un vaso de agua.)* ¡Oh, qué calor más pesado hace hoy aquí!

LYNGSTRAND

Y lo dijo con tal expresión de fuerza, que creo que era hombre capaz de ello.

ELLIDA

¿Sabe usted acaso... qué es lo que ha sido del hombre aquel?

LYNGSTRAND

¡Ah, señora Wangel, seguramente no vive ya!

ELLIDA

*(Rápidamente.)* ¿Por qué lo cree usted?

LYNGSTRAND

Después de lo que he contado fué cuando naufragamos en el Canal. Yo estaba en el bote grande con el capitán y otros cinco tripulantes. En el otro bote iba el piloto, y con él el americano y otro marinero.

ELLIDA

¿Y no se ha vuelto a saber más de ellos?

LYNGSTRAND

Nunca; ni lo más mínimo. Mi protector me lo escribió hace poco. Pero precisamente por eso tendría tanto placer en hacer de ello una obra de arte. ¡Veo tan distintamente a la mujer infiel! Y luego al vengador, que se ha ahogado y sale del mar. ¡Los veo a los dos tan claramente!...

ELLIDA

Yo también. *(Levantándose.)* Venga usted...; vámonos adentro. O mejor, abajo con Wangel.

Aquí hay una atmósfera tan pesada... *(Sale del cenador.)*

LYNGSTRAND

A mí tiene usted que dispensarme. No quería más que hacer una visita corta para felicitarla por sus cumpleaños.

ELLIDA

Como usted guste. *(Dándole la mano.)* Usted siga bien, y muchas gracias por las flores. *(Lynstrand saluda y se va por la puerta del jardín hacia la izquierda.)*

ARNHOLM

*(Levantándose y yendo hacia Ellida.)* Ya veo que le ha hecho a usted una impresión profunda, querida señora.

ELLIDA

¡Oh!, puede usted creerlo así, aunque...

ARNHOLM

Pero, en resumen, a eso ya debía usted estar preparada.

ELLIDA

*(Sorprendida y mirándole.)* ¿Preparada?

ARNHOLM

Me parece que sí.

ELLIDA

¿Preparada a que uno vuelva? ¿A que vuelva de ese modo?...

ARNHOLM

¡Pero, por Dios, señora! Es ese loco del escultor con su historia...

ELLIDA

Querido Arnholm, acaso no sea tan loco.

ARNHOLM

¿De modo que es esa historia del hombre muerto lo que la ha impresionado a usted? Y yo que creía que...

ELLIDA

¿Qué es lo que usted creía?

ARNHOLM

Creía naturalmente que eso no era más que una máscara. Que la dolía a usted el saber que se celebra aquí en la casa en secreto una fiesta de familia. Que su marido y sus hijas tienen una vida de recuerdos, en la que usted no puede participar.

ELLIDA

¡Oh, no, no! De eso que sea lo que quiera. Yo no tengo derecho a conservar a mi marido exclusivamente para mí.

ARNHOLM

Yo, sin embargo, creería que lo tenía usted.

ELLIDA

Sí, pero no lo tengo. Esa es la cosa. Yo misma vivo también en algo de lo que los demás están excluídos.

ARNHOLM

¡Usted! *(Bajando la voz.)* ¿Debo entender eso?... Usted..., usted no ama a su marido.

ELLIDA

¡Oh, sí, sí! He aprendido a amarle con toda mi alma. ¡Y por eso es tan horrible..., tan incomprensible!

ARNHOLM

Tiene usted que confiarme sus pesares. ¿No quiere usted hacerlo?

ELLIDA

No puedo, querido amigo. Por lo menos ahora, no. Acaso más tarde.

*(Bolette sale de la casa a la terraza y baja al jardín.)*

BOLETTE

Papá viene ahora del despacho. ¿No será mejor que nos vayamos todos al cuarto del jardín?

ELLIDA

Sí, vamos allá.

WANGEL

*(Ha cambiado de ropa; viene con Hilde por la izquierda, de detrás de la casa.)* ¡Ajá! Aquí estoy ya libre. Ahora estará bien tomar un vaso con algo refrigerante.

ELLIDA

Espera un momento. *(Entra en el cenador y saca el ramo de flores.)*

HILDE

¡Ah, mirad! ¡Qué flores más bonitas! ¿De dónde las has sacado?

ELLIDA

Me las ha regalado Lyngstrand el escultor, querida Hilde.

HILDE

*(Confusa.)* ¿Lyngstrand?

BOLETTE

*(Intranquila.)* ¿Ha estado aquí Lyngstrand... otra vez?

ELLIDA

*(Sonriendo a medias.)* Sí; vino a traerme esto. Con motivo del cumpleaños, ¿sabes?

BOLETTE

*(Mirando de soslayo a Hilde.)* ¡Oh!

HILDE

*(Murmurando.)* ¡El majadero!

WANGEL

*(En penosa confusión, a Ellida.)* Oye... Mira... Voy a explicarte, mi querida Ellida...

ELLIDA

*(Interrumpiéndole.)* ¡Bien; vamos, pues! Pondré las flores en agua con las otras. *(Se va hacia la terraza. Wangel la sigue lentamente.)*

BOLETTE

*(A Hilde.)* ¡Pues mira, en el fondo es buena!

HILDE

*(A media voz; la mira encolerizada.)* ¡Bah! ¡Pura comedia! No lo hace más que para congraciarse con papá.

WANGEL

*(En la terraza, apretando la mano de Ellida.)* ¡Gracias..., gracias! ¡Gracias de corazón por lo que has hecho!

ELLIDA

*(Ocupada con las flores.)* ¡Bah! ¿Es que no puedo yo ayudar y arreglar las cosas... para el cumpleaños de mamá?

ARNHOLM

*(Sube hacia ellos.)* ¡Hum!

*(Bolette e Hilde se quedan en el jardín.)*

# ACTO SEGUNDO

Arriba, en el Miradero, una meseta con arboleda, situada a espaldas de la ciudad. Hacia atrás hay una torre, y a su alrededor y en el primer término grandes piedras, arregladas como asientos. Al fondo se ve el fjord exterior con islas y lenguas de tierra salientes. La vista no alcanza al mar abierto. Noche de verano, a media luz. En el aire y sobre las cimas de las rocas lejanas, una claridad amarillo-rojiza. A la derecha se oyen débilmente los ecos de un canto a cuatro voces. Jóvenes de la ciudad. De la derecha suben en parejas muchachos y muchachas, pasan conversando íntimamente por delante de la torre y se van por la izquierda. Al poco tiempo viene, también por la derecha, Ballested como guía de una sociedad de turistas extranjeros, con sus señoras. Ballested va cargado de pañuelos y bolsas de viaje.

BALLESTED

*(Señalando hacia arriba con el bastón.) Do you see, ladies and gentlemen...* Allá detrás hay todavía otra *hauteur*. Vamos a subir a ella, y *down again... (Sigue hablando en francés y se lleva a la caravana por la izquierda.)*

*(Hilde sube corriendo por la derecha, se para y mira hacia atrás. Bolette viene inmediatamente por el mismo camino.)*

BOLETTE

Pero, querida, ¿por qué hemos corrido de Lyngstrand?

HILDE

Porque no puedo resistir subir tan despacio. Mira, mira cómo se arrastra.

BOLETTE

¿Pero no sabes que está enfermo?

HILDE

¿Crees que es de cuidado?

BOLETTE

Sí lo creo.

HILDE

Ha estado a ver a papá después de comer. Me gustaría saber lo que le parece.

BOLETTE

Papá me dijo que era no sé qué cosa del pulmón... Que no podía llegar a viejo.

HILDE

¿De veras ha dicho eso? Exactamente lo mismo he pensado yo.

BOLETTE

¡Pero, por Dios, que no le hagas notar nada!

HILDE

¿Pero tú qué crees? *(A media voz.)* Vamos, por fin ha conseguido Hans arrastrarse hacia arriba. ¡Hans!... ¿Verdad que se le nota que se llama Hans?

BOLETTE

*(En voz baja.)* Compórtate como debes, te lo aconsejo.

*(Lyngstrand llega con una sombrilla en la mano.)*

LYNGSTRAND

Tengo que rogarles que me perdonen por no haber podido correr tanto como ustedes.

HILDE

¿Qué tiene usted, una sombrilla?

LYNGSTRAND

Es de su madre de ustedes. Se empeñó en que había de utilizarla como bastón, porque yo no traía ninguno conmigo.

BOLETTE

¿Están abajo todavía papá y los demás?

LYNGSTRAND

Sí; su papá entró un poco en el café. Y los otros están fuera sentados y oyen la música. Pero su mamá ha dicho que después vendrían también.

HILDE

*(Que está en pie y le contempla.)* ¿Usted estará ahora terriblemente cansado?

LYNGSTRAND

Sí; casi creo que estoy algo cansado. Creo que debo sentarme un poco. *(Se sienta en una piedra en el primer término de la derecha.)*

HILDE

*(Está de pie delante de él.)* ¿Sabe usted que después habrá baile en el paseo?

LYNGSTRAND

Sí, oí que se hablaba de eso.

HILDE

¿A usted le gustará, de seguro, bailar?

BOLETTE

*(Que coge flores en el campo.)* Pero Hilde..., déjale respirar primero.

LYNGSTRAND

Sí, señorita; me gustaría bailar... si supiese...

HILDE

¿No ha aprendido usted a bailar?

LYNGSTRAND

Eso también; pero no era eso lo que quería decir. Quería decir que no podía por esto del pecho.

HILDE

¿Por eso que usted tiene en el pecho?

LYNGSTRAND

Sí.

HILDE

¿Está usted muy triste porque tiene eso en el pecho?

LYNGSTRAND

No, de ningún modo. *(Sonriendo.)* Además, de eso depende, creo yo, que las gentes sean tan amables y tan buenas para mí.

HILDE

Sí, y luego no hay peligro alguno.

LYNGSTRAND

No, absolutamente ninguno. Así se lo he entendido bien claro a su padre.

HILDE

Y además, de seguro pasará cuando sea usted mayor.

LYNGSTRAND

Sí, entonces pasará, de seguro.

BOLETTE

*(Con flores.)* Señor Lyngstrand..., esta flor tiene usted que ponérsela en el ojal.

LYNGSTRAND

¡Ah, muchas gracias, señorita! Es muy amable de parte de usted...

HILDE

*(Mirando hacia abajo, por la derecha.)* Allá abajo por el camino vienen ya.

BOLETTE

*(Mirando hacia abajo también.)* Si supieran por dónde tenían que torcer... No; van equivocados.

LYNGSTRAND

*(Levantándose.)* Voy a bajar a llamarlos.

HILDE

Entonces tiene usted que gritar muy alto.

BOLETTE

No, no vale la pena. Se volverá usted a cansar.

LYNGSTRAND

¡Oh!, cuesta abajo se va muy bien. *(Baja por la derecha.)*

HILDE

Sí, cuesta abajo, sí. *(Siguiéndole con la vista.)* ¡Y hasta salta y todo! No se fija en que luego tiene que volver a subir.

BOLETTE

¡Pobre hombre!

HILDE

Oye: ¿si Lyngstrand te pretendiera, le aceptarías?

BOLETTE

¿Te has vuelto loca?

HILDE

Claro que si no tuviera eso del pecho. Y si no tuviera que morir pronto. ¿Le aceptarías entonces?

BOLETTE

Me parece que lo mejor sería que te quedases tú con él.

HILDE

No; eso sí que no lo haría. Si no tiene nada. Ni siquiera para vivir de ello.

BOLETTE

Entonces, ¿por qué estás tan amable con él siempre?

HILDE

Eso lo hago por lo del pecho.

BOLETTE

No he notado ni en lo más mínimo que le compadecieras por eso.

HILDE

Y no le compadezco. Pero me resulta tan divertido...

BOLETTE

¿El qué?

HILDE

Hacerle hablar de que no está enfermo de cuidado. Y de que quiere ir al extranjero y hacerse artista. Todo se lo cree, y está tan satisfecho de ello. Y nada de eso ocurrirá jamás, porque no llegará a vivir tanto tiempo. El pensar en eso me parece interesante.

BOLETTE

¡Interesante!

HILDE

Sí, yo pienso que es interesante; me permito pensar eso.

BOLETTE

¡Uf, Hilde! ¡Eres un mal bicho!

HILDE

Y quiero serlo. *(Mira hacia abajo.)* ¡Por fin! A Arnholm no le gusta, de seguro, subir a las montañas. *(Volviéndose.)* Oye: ¿sabes lo que noté hoy a la comida en Arnholm?

BOLETTE

¿Qué?

HILDE

¡Figúrate!... Comienza a quedarse sin pelo..., aquí, en medio de la cabeza.

BOLETTE

¡Eso no es verdad, de seguro!

HILDE

Que sí. Y además tiene arrugas aquí, en los dos ojos. ¡No, Bolette; que tú hayas estado tan enamorada de él cuando te daba lecciones!

BOLETTE

*(Sonriendo.)* ¿Verdad que parece absurdo? Recuerdo que una vez lloré a lágrima tendida porque había dicho que Bolette era un nombre feo.

HILDE

¡Es gracioso! *(Yendo hacia abajo.)* Oye: ¿no quieres venir un poco a ver lo que hacen? Ahora está hablando con él la dama del mar. Con él, no con papá... Quisiera saber si no simpatizarán los dos.

BOLETTE

Debías avergonzarte, sí; debías avergonzarte. ¿Cómo puedes decir semejantes cosas de ella? ¡Habíamos quedado tan bien todos!...

HILDE

Claro. ¡Sí, sí, hazte ilusiones! ¡Oh, no; entre ella y nosotras no podrá haber nunca paz. Porque ella no pega con nosotras..., ni nosotras con ella. ¡No sé por qué se le ocurrió a papá traerla a casa!... No me extrañaría si un buen día se nos volviera loca.

BOLETTE

¡Loca! ¿Cómo se te ocurre eso?

HILDE

¡Bah! No sería tan raro. Su madre se puso loca también. Murió loca. Lo sé muy bien.

BOLETTE

¿Sí? ¿Dónde no habrás metido tú la nariz? Pero haz el favor de no hablar de esas cosas. Hazlo... por papá. ¿Oyes, Hilde?

*(Wangel, Ellida, Arnholm y Lyngstrand vienen por la derecha.)*

ELLIDA

*(Señalando hacia el fondo.)* Por allá está.

ARNHOLM

Sí, sin duda; en esa dirección tiene que estar.

ELLIDA

Por allí está.

BOLETTE

*(A Arnholm.)* ¿No le parece muy hermoso esto?

ARNHOLM

Me parece admirable. Una vista magnífica.

WANGEL

Es verdad. ¿Antes no habría usted subido aquí?

ARNHOLM

No, nunca. En mis tiempos estaba esto impracticable. Ni un mal sendero había.

WANGEL

Ni tampoco estaban los jardines. Todo eso se ha hecho en los últimos años.

BOLETTE

Y allá arriba es todavía más hermosa la vista.

WANGEL

¿Quieres que subamos, Ellida?

ELLIDA

*(Señalando hacia una piedra a la derecha.)* No, gracias. Yo no. Pero id vosotros. Yo os aguardaré aquí sentada.

WANGEL

Entonces me quedo contigo. Las niñas se encargarán de enseñárselo todo a Arnholm.

BOLETTE

¿Quiere usted venir con nosotras, señor Arnholm?

ARNHOLM

Con mucho gusto. ¿Pero hay un camino para subir allá arriba?

BOLETTE

Ya lo creo; un camino muy bueno y muy ancho.

HILDE

El camino es tan ancho, que pueden ir por él perfectamente dos personas del brazo.

ARNHOLM

*(Bromeando.)* ¿Cree usted eso de veras, señorita Hilde? *(A Bolette.)* ¿Quiere usted que probemos nosotros dos a ver si es verdad lo que dice?

BOLETTE

*(Conteniendo una sonrisa.)* Por mi parte...

HILDE

*(A Lyngstrand.)* ¿Vamos también nosotros?

LYNGSTRAND

¿Del brazo?

HILDE

¿Por qué no? Por mí, no hay inconveniente.

LYNGSTRAND

*(La coge del brazo y se ríe satisfecho.)* ¡Tiene mucha gracia esto!

HILDE

¿Gracia?

LYNGSTRAND

Sí, porque parece como si fuésemos dos prometidos.

HILDE

¿Usted no ha dado nunca el brazo a una señorita, señor Lyngstrand?

*(Se van por la izquierda.)*

WANGEL

Ahora tenemos unos momentos para nosotros, querida Ellida.

ELLIDA

Sí; ven y siéntate a mi lado.

WANGEL

*(Sentándose junto a ella.)* Aquí se está tranquilo y bien. Vamos a hablar un poco.

ELLIDA

¿De qué?

WANGEL

De ti. Y luego de nuestra situación. Bien veo que las cosas no pueden seguir así.

ELLIDA

¿Qué crees tú que debiera pasar?

WANGEL

Que volviera la confianza plena. Una verdadera vida común..., como antes.

ELLIDA

¡Oh, si eso pudiera ser! ¡Pero es tan imposible!

WANGEL

Me parece que te entiendo. Por ciertas palabras que aquí y allá has dejado caer, me parece que he comprendido lo que piensas.

ELLIDA

*(Con violencia.)* ¡No es verdad! ¡No digas que compréndes!...

WANGEL

Sin embargo, tú tienes una naturaleza noble. Eres leal...

ELLIDA

Eso sí.

WANGEL

Para que tú te sientas dichosa y a tu gusto en tu situación frente a mí, ha de ser una situación franca y completa.

ELLIDA

*(Le mira interesada.)* Y... ¿qué?

WANGEL

Tú no eres a propósito para ser la segunda esposa de un hombre.

ELLIDA

¿Cómo se te ha ocurrido eso?

WANGEL

A menudo he tenido como un presentimiento de ello. Hoy lo he visto claro. La fiesta de las niñas... Tú ves en mí como una especie de cóm-

plice... Claro..., los recuerdos de un hombre no pueden borrarse... Por lo menos los míos. Yo no soy así.

ELLIDA

Ya lo sé. Lo sé perfectamente.

WANGEL

Pero te equivocas al mismo tiempo. Te parece como si la madre de las niñas viviese todavía; como si anduviera invisible por entre nosotros. Crees que mi alma está repartida entre ella y tú. El pensar eso es lo que te indigna. Te parece que en nuestra unión hay algo de inmoral. Por eso no puedes..., no quieres seguir viviendo conmigo como mi esposa.

ELLIDA

*(Poniéndose en pie.)* ¿Todo eso lo has visto, Wangel? ¿Has penetrado todo eso?

WANGEL

Sí; hoy, por fin, he visto hasta en lo más íntimo, hasta el fondo.

ELLIDA

¿Hasta el fondo dices? ¡Oh, no lo creas!

WANGEL

*(Levantándose también.)* Ya sé perfectamente que hay algo más que eso, querida Ellida.

ELLIDA

*(Asustada.)* ¿Sabes que hay algo más?

WANGEL

Sí; es que no puedes soportar este paisaje. Las rocas pesan sobre tu ánimo y lo oprimen. No encuentras claridad bastante. El horizonte te parece pequeño. El aire no tiene bastante fuerza y bastante poder.

ELLIDA

En eso tienes razón completa. Día y noche vive en mí esa nostalgia invencible hacia el mar abierto.

WANGEL

Lo sé, querida Ellida. *(Poniendo su mano sobre su cabeza.)* Y por eso la pobre niña enferma debe volver a los suyos.

ELLIDA

¿Qué quieres decir?

WANGEL

Es muy sencillo. Nos vamos de aquí.

ELLIDA

¿Irnos de aquí?

WANGEL

A cualquier parte junto al mar...; a un sitio donde puedas encontrar un hogar según tu gusto.

ELLIDA

¡Oh, amigo mío; no pienses en eso! Eso es imposible. Tú no puedes vivir dichoso más que aquí.

WANGEL

Que sea lo que Dios quiera. Y además, ¿crees tú que puedo yo ser dichoso aquí... sin ti?

ELLIDA

Pero yo estoy aquí, y aquí sigo. Ya me tienes.

WANGEL

¿Te tengo realmente, Ellida?

ELLIDA

¡Oh, no hables de lo otro! Aquí tienes todo aquello por lo que vives y respiras. Toda tu actividad está aquí concentrada.

WANGEL

De eso sea lo que Dios quiera; ya te lo he dicho. Pero vayámonos de aquí. Lejos, a cualquier parte. La cosa está ya decidida, querida Ellida.

ELLIDA

¿Pero qué crees tú que íbamos a salir ganando con eso?

WANGEL

Tú recobrarías salud y paz.

ELLIDA

Apenas eso. Pero ¿y tú? Piensa también en ti mismo. ¿Qué ganarías tú?

WANGEL

Yo te recobraría a ti, querida mía.

ELLIDA

¡Pero eso no puede ser! ¡No, no puede ser, Wangel! Eso es precisamente lo terrible, lo desesperante.

WANGEL

Es preciso intentarlo. Si aquí te atormentas con tales pensamientos, no habrá otra salvación más que... ¡fuera de aquí! Y eso, cuanto antes mejor. La cosa está inconmoviblemente decidida; ¿oyes?

ELLIDA

¡No! En ese caso prefiero confesártelo todo francamente.

WANGEL

Sí, sí. Hazlo.

ELLIDA

Pues por mi causa no quiero que te hagas desgraciado. Tanto más cuanto que para nada ha de servir.

WANGEL

Me has dado palabra de decírmelo todo francamente.

ELLIDA

Te lo diré lo mejor que pueda. Y como a mí misma me parece que lo sé... Ven, siéntate a mi lado. *(Se sientan sobre la piedra.)*

WANGEL

De modo, Ellida, que...

ELLIDA

En el día aquel que viniste a verme y me preguntaste si podía y quería ser tuya..., me hablaste leal y honradamente de tu primer matrimonio. Me dijiste que había sido tan feliz...

WANGEL

Y lo fué.

ELLIDA

No; si lo creo, querido. No es por eso por lo que hablo de ello ahora. Sólo quiero recordarte que yo también, por mi parte, fuí leal contigo. Te dije que había querido a otro; que la cosa había llegado a una especie de desposorio entre nosotros.

WANGEL

¿Una especie?

ELLIDA

Sí, algo semejante. La cosa duró muy poco tiempo. Él se fué. Y luego yo puse fin a aquellas relaciones. Todo esto te dije.

WANGEL

Pero, querida, ¿por qué recuerdas ahora todo eso? En el fondo, no me importaba nada. Y ni siquiera te pregunté quién había sido.

ELLIDA

No, no me lo preguntaste. Siempre has sido considerado para conmigo.

WANGEL

*(Sonriendo.)* ¡Oh, en ese caso!... Yo podía decirme a mí mismo, poco más o menos, el nombre.

ELLIDA

¿El nombre?

WANGEL

Allá en Skjoldvik y en los alrededores no había muchos entre los cuales hubiese que adivinar; o, mejor dicho, no había más que uno...

ELLIDA

¿A que crees que... Arnholm ha sido...?

WANGEL

Sí. ¿Es que no era él?

ELLIDA

No.

WANGEL

¿No era él? Entonces no puedo adivinar...

ELLIDA

¿Puedes acordarte de que una vez, ya muy avanzado el otoño, entró en Skjoldvik un barco americano que tenía averías?

WANGEL

Me acuerdo muy bien. A bordo de él fué donde se encontró al capitán asesinado en su camarote. Yo mismo practiqué la inspección del cadáver...

ELLIDA

Es verdad que fuiste tú.

WANGEL

Se suponía que le había matado el segundo timonel.

ELLIDA

Eso no puede asegurarlo nadie, pues no llegó nunca a averiguarse.

WANGEL

Sin embargo, no cabía ninguna duda de ello. ¿Por qué, si no, se arrojó al mar y se ahogó, como lo hizo?

ELLIDA

No se ahogó. Se fué con una expedición al polo Norte.

WANGEL

*(Sorprendido.)* ¿Cómo sabes tú eso?

ELLIDA

Wangel..., aquel hombre... fué con el que yo me había prometido.

WANGEL

*(Dando un salto.)* ¿Qué es lo que dices? ¿Cómo puede ser eso posible?

ELLIDA

Pues así es. Con él fué.

WANGEL

¡Pero, por todos los santos, Ellida!... ¿Cómo pudiste hacer eso? ¡Prometerte con un hombre semejante! ¡Con un desconocido!... ¿Cómo se llamaba?

ELLIDA

Entonces decía que se llamaba Friman. Más tarde, en las cartas firmaba Alfredo Johnston.

WANGEL

¿Y de dónde era?

ELLIDA

Decía que había nacido en Finlandia. Cuando era niño había emigrado..., creo que con su padre.

WANGEL

¿Qué más sabes de él?

ELLIDA

Nada más sino que había empezado a navegar desde muy joven, y que había hecho muchos viajes.

WANGEL

¿Y nada más?

ELLIDA

No. Nunca hablábamos de esas cosas.

WANGEL

¿De qué hablabais, pues?

ELLIDA

Generalmente del mar.

WANGEL

¡Ah!... De modo que del mar...

ELLIDA

De las tormentas y de los días de calma; de las noches obscuras mar adentro. A veces también del mar en días de sol brillante. Pero de lo que

más hablábamos era de las ballenas y los delfines que allá afuera salen al calor del mediodía. Y luego hablábamos de las gaviotas y de las águilas de mar y de todas las aves marinas... ¡No es extraño!... Figúrate: cuando hablábamos de esas cosas me parecía que los animales marinos estaban emparentados con él.

WANGEL

¿Y tú?

ELLIDA

A mí me parecía como si estuviese emparentada con todos ellos.

WANGEL

Sí, sí... ¿Y entonces te prometiste con él?

ELLIDA

Sí; él me dijo que tenía que hacerlo.

WANGEL

¿Que tenías?... ¿Es que en ti no había voluntad?

ELLIDA

Cuando él estaba a mi lado, no. ¡Oh, ahora me parece incomprensible!

WANGEL

¿Estuviste con él muchas veces?

ELLIDA

No, no muchas. Un día estaba mirando el faro, y así le conocí. Y luego nos encontramos de

cuando en cuando. Pero en esto ocurrió lo del capitán, y tuvo que marcharse.

WANGEL

¡Cuéntame, cuéntame eso!

ELLIDA

Era muy temprano, al amanacer; en esto recibí un papel suyo, y en él me escribía que fuese al Martillo...; ya sabes, la punta entre el faro y el pueblo.

WANGEL

Sí, la conozco muy bien.

ELLIDA

Tenía que ir en seguida, porque quería hablar conmigo.

WANGEL

¿Y fuiste?

ELLIDA

Sí; no podía hacer otra cosa. Entonces me contó que durante la noche había matado al capitán.

WANGEL

¿Lo dijo él mismo? ¿Lo dijo así, francamente?

ELLIDA

Sí. Pero decía que no había hecho más que lo que era justo.

WANGEL

¿Lo que era justo? ¿Pues por qué le mató?

ELLIDA

No quiso decirlo. Decía que no era propio para mis oídos.

WANGEL

¿Y tú le creíste por su palabra?

ELLIDA

Sí; no se me ocurrió que pudiera ser de otro modo. Pero de todas formas tenía que marcharse. Mas al ir a decirme adiós... No, no puedes figurarte lo que se le ocurrió... Sacó del bolsillo un llavero, y luego se quitó un anillo que llevaba en su mano. A mí me quitó un anillito que yo acostumbraba a llevar. Cogió los dos anillos y los metió en el llavero, y dijo que el mar tenía que casarnos.

WANGEL

¿Casaros?

ELLIDA

Sí, así dijo, y con toda su fuerza arrojó al fondo el llavero.

WANGEL

¿Y tú, Ellida, tú consentiste?

ELLIDA

Sí... Yo pensaba entonces que era necesario...; pero, a Dios gracias..., en seguida se fué.

WANGEL

¿Y una vez que por fortuna se había marchado...?

ELLIDA

Ya puedes figurarte que recobré en seguida el sentido y comprendí qué absurdo y qué loco había sido todo ello.

WANGEL

Pero tú hablabas antes de cartas. ¿Has sabido de él después?

ELLIDA

Sí, he sabido de él. Primero recibí un par de líneas desde Arkángel. No decía más que pensaba irse a América, y a continuación me decía adónde debía contestarle.

WANGEL

¿Contestaste?

ELLIDA

En seguida. Le dije, naturalmente, que todo había terminado entre nosotros. Y que no volviera a pensar en mí, del mismo modo que yo no volvería a pensar en él.

WANGEL

¿Y a pesar de eso volvió a escribir?

ELLIDA

Sí, volvió a escribir.

WANGEL

¿Y qué contestó a lo que tú le habías dicho?

ELLIDA

A eso nada. Como si no hubiera roto con él. Me decía muy tranquilamente que le esperase. Cuando pudiera recibirme me lo haría saber, y yo me pondría en camino inmediatamente.

WANGEL

¿De modo que no quería devolverte tu libertad?

ELLIDA

No. Volví a escribirle. Casi literalmente como la primera vez, o con más dureza.

WANGEL

¿Y entonces se resignó?

ELLIDA

¡Oh, no lo creas! Escribió con la misma tranquilidad que la primera vez. Ni una alusión a lo de que yo hubiera roto con él. Entonces comprendí que era inútil, y no volví a escribirle.

WANGEL

¿Ni volviste a saber de él?

ELLIDA

Sí; después de aquello recibí todavía otras tres cartas suyas. Una de California y otra de China. La tercera estaba escrita en Australia. Decía que iba a ir a las minas de oro. Pero desde entonces no ha vuelto a hacer saber de sí.

WANGEL

Ese hombre ha poseído un poder extraordinario sobre ti, Ellida.

ELLIDA

¡Ah, sí; el hombre terrible!...

WANGEL

Pero no debes pensar más en ello. ¡Nunca más! ¡Prométemelo, Ellida mía querida! Vamos a probar otro tratamiento contigo. Un aire más fresco que este del fjord. El aire fuerte del mar. ¿Qué te parece de eso?

ELLIDA

¡Ah, no hables de eso! No pienses en esas cosas. Eso no me serviría de nada. Lo veo muy claro..., y allá afuera no podré tampoco echarlo de mí.

WANGEL

¿El qué?... ¿Qué es lo que quieres decir?

ELLIDA

Esa cosa terrible. Ese poder sobre mí.

WANGEL

Pero si lo has echado ya. Hace mucho tiempo ya. Cuando rompiste con él. Eso ya ha pasado ahora.

ELLIDA

*(Poniéndose en pie.)* ¡No, no ha pasado!

WANGEL

¿No ha pasado?

ELLIDA

¡No, Wangel, no ha pasado! Y temo que no pasará nunca. ¡Nunca, mientras viva!

WANGEL

*(Con voz ahogada.)* ¿Quieres decir con eso que en lo más íntimo no has podido nunca olvidar a ese hombre?

ELLIDA

Lo había olvidado. Pero de pronto ha sido como si retornase.

WANGEL

¿Cuánto tiempo hace de eso?

ELLIDA

Hace unos tres años o más. Era en el tiempo en que yo esperaba al niño.

WANGEL

¡Ah! ¿Entonces?... Ahora empiezo a explicarme muchas cosas.

ELLIDA

¡Te equivocas, querido! Aquello que vino sobre mí... ¡Ah, creo que no podré explicarlo nunca!

WANGEL

*(Mirándola dolorido.)* ¡Pensar que durante tres años has vivido en el amor a otro hombre!... ¡A otro! ¡No a mí..., sino a otro!

ELLIDA

¡Te equivocas! Yo no tengo amor para nadie más que para ti.

WANGEL

*(Con voz queda.)* Entonces, ¿por qué no has querido en todo ese tiempo vivir conmigo como esposa?

ELLIDA

Por miedo a ese hombre.

WANGEL

¿Miedo?

ELLIDA

Sí, miedo. Un miedo tan espantoso como sólo el mar puede producirlo, y ahora vas a saber...

*(Los muchachos y muchachas de la ciudad vuelven por la izquierda, pasan por delante de ellos, saludan y se van por la derecha. Con ellos vienen Arnholm, Bolette, Hilde y Lyngstrand.)*

BOLETTE

*(Al pasar.)* Qué, ¿estáis todavía aquí arriba?

ELLIDA

Sí. ¡Se está tan bien y tan fresco!...

ARNHOLM

Nosotros nos vamos abajo a bailar.

WANGEL

Bien, bien; nosotros iremos también en seguida.

HILDE

Entonces hasta luego.

*(Arnholm, Bolette e Hilde se van por la derecha.)*

ELLIDA

Señor Lyngstrand... ¡Oh, tenga usted la bondad de esperar un momento! *(Lyngstrand se para.)* ¿Quiere usted también bailar?

LYNGSTRAND

No, señora Wangel. Creo que no me conviene.

ELLIDA

No; debe ser usted prudente. Eso del pecho...; todavía no está usted del todo bien.

LYNGSTRAND

No del todo, no.

ELLIDA

*(Un poco insegura.)* ¿Cuánto tiempo hará de aquel viaje?

LYNGSTRAND

¿El viaje en que me ocurrió esto del pecho?

ELLIDA

Sí; el viaje de que usted hablaba esta mañana.

LYNGSTRAND

¡Oh! Hará aproximadamente..., aguarde usted... Sí..., unos tres años.

ELLIDA

¿De modo que tres años?

LYNGSTRAND

O algo más. Salimos de América en febrero, y el naufragio ocurrió en marzo. Caímos en las tormentas.

ELLIDA

*(Mirando a Wangel.)* En ese tiempo era...

WANGEL

Pero, querida Ellida...

ELLIDA

Pero no se detenga usted, señor Lyngstrand. Vaya usted. Pero no baile usted.

LYNGSTRAND

No, no haré más que mirar. *(Se va por la derecha.)*

WANGEL

¿Por qué le preguntaste por el viaje?

ELLIDA

Johnston iba también a bordo. Estoy segura de ello.

WANGEL

¿De dónde deduces eso?

ELLIDA

*(Sin contestar.)* Ha sabido a bordo que yo me había casado con otro mientras él estaba fuera. Y... en el mismo momento vino sobre mí...

WANGEL

¿Ese miedo?

ELLIDA

De pronto parece que le veo delante de mí; o, mejor dicho, a mi lado. No me mira nunca. Está allí quieto.

WANGEL

¿En qué figura le ves?

ELLIDA

Como le vi por última vez.

WANGEL

¿Hace diez años?

ELLIDA

Sí; allá afuera, en el Martillo. Lo que más claramente veo es su alfiler de corbata con una perla azul clara. La perla parece un ojo muerto de pez.

WANGEL

¡Ellida!.. ¡Estás más enferma de lo que yo creía! Más de lo que tú misma crees, Ellida.

ELLIDA

¡Sí, sí, ayúdame si puedes! Porque cada vez me siento más agobiada.

WANGEL

¿Y has estado durante tres años en un estado semejante? ¿Has arrastrado contigo todo ese dolor sin confiármelo?

ELLIDA

¡Pero si no podía hacerlo! Hasta hoy no podía, hasta que se ha hecho necesario... por ti. Si te hubiera confiado todo esto, hubiera tenido que decirte también lo otro..., lo indecible.

WANGEL

¿Lo indecible?

ELLIDA

¡No, no me preguntes! Y ahora todavía una cosa. Nada más, Wangel...; a ver si nos explicamos esto..., lo de los ojos del niño...

WANGEL

Ellida querida, yo te aseguro que aquello no era más que una figuración tuya. El niño tenía los mismos ojos que todos los niños normales.

ELLIDA

¡No, no los tenía! ¿Cómo no has podido notarlo? Los ojos del niño cambiaban de color con el mar. Cuando el fjord estaba tranquilo, aparecían como él los ojos. En días de tormenta también... ¡Oh, yo vi lo que tú no veías!

WANGEL

*(Cediendo.)* ¡Hum!... Es posible. Pero aunque así fuese, ¿qué?

ELLIDA

*(En voz baja y acercándosele.)* Esos ojos los he visto ya una vez.

WANGEL

¿Dónde? ¿Cómo?

ELLIDA

Allá afuera, en la rompiente. Hace diez años.

WANGEL

*(Retrocediendo un paso.)* ¡Qué quieres decir!...

ELLIDA

*(Susurra temblorosa.)* El niño tenía los ojos del extranjero.

WANGEL

*(Dando un grito.)* ¡Ellida!

ELLIDA

*(Se lleva las manos a la cabeza.)* Ahora comprenderás por qué no quiero volver..., por qué no puedo volver a vivir contigo como tu esposa. *(Se aparta rápidamente de él, y huye por la derecha, montaña abajo.)*

WANGEL

*(Va detrás de ella y llama)*: ¡Ellida! ¡Ellida! ¡Mi pobre Ellida infeliz!

# ACTO TERCERO

Un sitio apartado del jardín del doctor Wangel. A la izquierda un banco de piedra. El sitio es húmedo, con marismas, y grandes árboles le dan sombra. Bolette está sentada en el banco de piedra, a la izquierda, cosiendo; sobre el banco hay un par de libros y un cesto de costura. Hilde y Lyngstrand, con aparejos de pescar, van por la orilla del estanque. En seguida entra Arnholm.

HILDE

*(Haciéndole una seña a Lyngstrand.)* ¡Estése usted quieto! Allí veo una muy grande.

LYNGSTRAND

*(Mirando.)* ¿Dónde está?

HILDE

*(Señalando.)* ¿No la ve usted allá abajo? Y mire usted allí. Ahí hay otra de fijo. *(Mirando por entre los árboles.)* ¡Adiós! Ahora viene él y nos la espanta.

BOLETTE

*(Levantando los ojos.)* ¿Quién viene?

HILDE

¡Tu profesor, querida!

BOLETTE

¿Mi...?

HILDE

Claro. Lo que es mío no lo ha sido nunca.

ARNHOLM

*(Viene por la derecha por entre los árboles.)* Qué, ¿hay también ahora peces en el estanque?

HILDE

Sí, algunos peces muy viejos.

ARNHOLM

¿Pero viven todavía?

HILDE

Sí, son muy tercos. Pero ahora vamos a ver si acabamos con algunos de ellos.

ARNHOLM

Mejor sería hacerlo afuera, en el fjord.

LYNGSTRAND

No; el estanque es en cierto modo misterioso, por decirlo así.

HILDE

Sí; aquí es más interesante... ¿Se ha bañado usted?

ARNHOLM

Ahora precisamente. Vengo de la casa de baños.

HILDE

Entonces no ha ido usted muy lejos.

ARNHOLM

Sí; no soy ningún nadador extraordinario.

HILDE

¿Sabe usted nadar de espaldas?

ARNHOLM

No.

HILDE

Yo sé. *(A Lyngstrand.)* Vamos a ver allá al otro lado. *(Se van por la orilla hacia la derecha.)*

ARNHOLM

*(Acercándose a Bolette.)* ¿Cómo está usted tan sola, Bolette?

BOLETTE

Casi siempre es así.

ARNHOLM

¿No está su mamá en el jardín?

BOLETTE

No; habrá ido a paseo con papá.

ARNHOLM

¿Cómo se encuentra esta mañana?

BOLETTE

No lo sé; me olvidé de preguntar.

ARNHOLM

¿Qué libros son esos que tiene usted ahí?

BOLETTE

Uno de ellos es una Botánica; y el otro una Geografía.

ARNHOLM

¿Le gusta a usted leer esas cosas?

BOLETTE

Sí, cuando tengo tiempo para ello... Pero, sobre todo, tengo que ocuparme de la casa.

ARNHOLM

¿Pero su madre de usted..., su madrastra, no le ayuda a usted?

BOLETTE

No; eso corre de mi cuenta. Tenía que cuidarme de la casa durante los años que papá estuvo solo; y luego he seguido haciéndolo.

ARNHOLM

¿Pero no ha perdido usted la afición a la lectura?

BOLETTE

No; leo todos los libros útiles que tropiezo. Le gusta a una saber algo del mundo. ¡Porque aquí estamos tan aislados de todo lo que realmente existe!...

ARNHOLM

No diga usted eso, querida Bolette.

BOLETTE

Sí, sí. No hay mucha diferencia entre la vida que aquí llevamos y la de los peces del estanque. El fjord está muy cerca de ellos, y sin embargo los pobres peces no saben nada de las grandes bandadas de compañeros suyos que viven en el mar libre.

ARNHOLM

No creo que les fuera muy bien si lograsen entrar allí.

BOLETTE

A mí me parece que es indiferente.

ARNHOLM

Por lo demás, no puede usted decir que aquí se viva tan apartado del mundo. Por lo menos en el verano, no. Aquí se da cita la gente. Es una especie de punto central..., así, de pasada.

BOLETTE

*(Sonriendo.)* ¡Ya lo creo! Para usted, que sólo de pasada está aquí, para usted es fácil burlarse de nosotros.

ARNHOLM

¿Yo burlarme? ¿Cómo puede usted creer tal cosa?

BOLETTE

Sí, porque todo eso de sitio de cita y de punto central son cosas que les ha oído usted a las gentes de la ciudad. Esos suelen decirlo.

ARNHOLM

Sí; hablando con franqueza, le diré que yo también lo he notado.

BOLETTE

Pero en el fondo no hay la menor verdad en todo ello. Al menos, no para los que vivimos siempre aquí. ¿Qué nos importa a nosotros el que pase por aquí el gran mundo desconocido, cuando sube a ver el sol de media noche? No, no; nosotros tenemos que vivir nuestra vida de peces de estanque.

ARNHOLM

*(Sentándose a su lado.)* Dígame usted una cosa, querida Bolette. ¿Es algo determinado por lo que usted siente nostalgia al pensar en el gran mundo lejano?

BOLETTE

¡Hum! Pudiera ser.

ARNHOLM

¿Y qué es ello? ¿Qué es lo que a usted la atrae?

BOLETTE

Principalmente, marcharme.

ARNHOLM

¿De modo que eso en primer lugar?

BOLETTE

Sí. Y luego saber algo más. Saber algo de todas las cosas.

ARNHOLM

Cuando yo le daba lecciones a usted, decía su padre a menudo que pensaba estudiarla.

BOLETTE

¡El pobre papá dice tantas cosas!... Pero cuando llega el momento de hacerlas, entonces... no tiene verdadera energía.

ARNHOLM

No; por desgracia, en eso tiene usted razón. Energía no la tiene. ¿Pero ha hablado usted con él de ello, seriamente y con insistencia?

BOLETTE

No, eso no lo he hecho en realidad.

ARNHOLM

Pues eso debía usted hacerlo de veras. Antes de que sea demasiado tarde, Bolette. ¿Por qué no lo hace usted?

BOLETTE

Probablemente porque tampoco yo tengo verdadera energía. Sin duda eso lo he heredado de papá.

ARNHOLM

¿No se juzgará usted mal?

BOLETTE

No; por desgracia, no. Y además papá tiene tan poco tiempo para pensar en mí y en mi porvenir... Y poco gusto. Aplaza siempre que puedo

tratar de ello. Porque está tan ocupado siempre con Ellida...

ARNHOLM

¿Con quién?... ¡Cómo!

BOLETTE

Quiero decir que él y mi madrastra... *(Interrumpiéndose.)* Papá y mamá viven para sí solos, como usted puede figurarse.

ARNHOLM

Bien; razón de más para que usted tratara de marcharse de aquí.

BOLETTE

Sí; pero luego se me figura que no tengo derecho a ello. Que no tengo derecho a abandonar a papá.

ARNHOLM

Pero, querida Bolette, alguna vez tendrá usted que hacerlo. Por eso creo que debía usted, cuanto antes mejor...

BOLETTE

Sí, no habrá otro remedio. Yo tengo que pensar también en mí misma. Tengo que tratar de buscar esta o la otra colocación. Si papá se muere no tendré a quién acogerme. Pero, ¡pobre papá!..., tengo miedo de abandonarlo.

ARNHOLM

¿Miedo?

BOLETTE

Sí, por papá.

ARNHOLM

Pero, por Dios, ¿y su madrastra? Ella quedará a su lado.

BOLETTE

Eso sí es verdad. Pero ella no sirve para lo que mamá hacía con tal habilidad. Hay muchas cosas que ésta no ve..., o que acaso no quiere ver..., o que no le preocupan. Yo no sé lo que es en realidad.

ARNHOLM

¡Hum! Me parece comprender lo que usted quiere decir.

BOLETTE

¡Pobre papá! En muchos respectos es débil. Usted lo habrá ya notado. En casa dice debe reinar luz y contento. Por eso temo que le hace a ella tomar medicamentos que a la larga no le vienen bien.

ARNHOLM

¿Cree usted eso de veras?

BOLETTE

Sí; no puedo libertarme de este pensamiento. Pues a veces es tan rara... *(Con violencia.)* ¿Pero no es injusto que yo tenga que vivir siempre encerrada aquí en casa? A papá no le aprovecha de nada en el fondo. Y yo creo que tengo también deberes para conmigo misma.

ARNHOLM

Sobre eso tenemos que hablar con más detenimiento, querida Bolette.

BOLETTE

¡Oh, de poco va a servir! Me parece que estoy destinada a pasarme aquí la vida, como los peces del estanque.

ARNHOLM

De ningún modo; eso depende de usted misma.

BOLETTE

*(Con vehemencia.)* ¿Lo cree usted?

ARNHOLM

Sí, créame. Eso está completamente en sus manos.

BOLETTE

¡Oh, si yo pudiese!... ¿Quiere usted decir unas palabras por mí?

ARNHOLM

Eso también. Pero ante todo quiero hablar franca y abiertamente con usted, Bolette. *(Mira hacia la izquierda.)* ¡Silencio! Que no noten nada. Ya seguiremos hablando más tarde.

*(Ellida viene por la izquierda, sin sombrero, y con una pañoleta por la cabeza y hombros.)*

ELLIDA

*(Con nerviosa agitación.)* ¡Aquí se está bien! ¡Aquí se está bien!

ARNHOLM

¿Ha dado usted un paseo?

ELLIDA

Sí; he dado con Wangel un paseo largo, largo, montaña arriba.

BOLETTE

¿No quieres sentarte?

ELLIDA

No, gracias; sentarme, no.

BOLETTE

*(Corriéndose en el banco.)* Hay sitio bastante.

ELLIDA

*(Paseando.)* No, no, no. Sentarme, no. Sentarme, no.

ARNHOLM

El paseo de hoy le ha sentado a usted muy bien. ¡Parece usted otra!

ELLIDA

¡Oh, me siento tan bien! ¡Tan indeciblemente feliz! ¡Tan segura! Tan segura... *(Mirando hacia la izquierda.)* ¿Qué vapor es ese grande que viene ahí?

BOLETTE

*(Mirando hacia afuera.)* Debe ser el gran vapor inglés.

ARNHOLM

¿Suele pararse allí?

BOLETTE

Sólo una media hora. Luego entra más adentro en el fjord.

ELLIDA

Y luego...; mañana, otra vez al mar. Al mar abierto. ¡Oh, quién pudiera ir también! Mar adentro. ¡Quién pudiera!

ARNHOLM

¿No ha podido hacer usted nunca un gran viaje por mar, señora Wangel?

ELLIDA

Nunca. No he hecho más que travesías cortas por los fjords.

BOLETTE

*(Dando un suspiro.)* Nosotros tenemos que conformarnos con la tierra firme.

ARNHOLM

Así como así, en tierra firme es donde realmente estamos en nuestro elemento.

ELLIDA

Yo no creo en absoluto que eso sea así.

ARNHOLM

¿No cree usted que estemos en nuestro elemento en tierra?

ELLIDA

No, no lo creo. Creo que si los hombres se hubieran acostumbrado desde el principio a vivir en el mar..., acaso seríamos ahora mucho más perfectos de lo que somos. Y mejores y más felices.

ARNHOLM

¿Cree usted eso de veras?

ELLIDA

Sí; tengo la seguridad de que lo seríamos. Con Wangel he hablado a menudo de ello...

ARNHOLM

¿Y él...?

ELLIDA

Él piensa que sería posible.

ARNHOLM

*(Con tono ligero.)* Bien. Por mí... Pero lo que ha ocurrido no tiene remedio. Es posible que nos hayamos equivocado; pero la cosa es que nos hemos hecho animales terrestres en vez de hacernos animales marinos. De todos modos, ahora es ya tarde para rectificar el error.

ELLIDA

Sí, dice usted una triste verdad. Y me parece que los hombres tienen el sentimiento confuso de algo semejante que causa en ellos un dolor secreto y una secreta desilusión. Puede usted creerme. En eso está el origen más profundo de la tristeza de los hombres. Sí, créamelo usted.

ARNHOLM

Pero, querida señora Wangel, a mí no me parece que los hombres vivan tan extraordinaria-

mente tristes. Al contrario, la mayoría toma la vida de un modo tan risueño y tan ligero..., y con una gran alegría, tranquila, inconsciente.

ELLIDA

No, no es así. Esa alegría es como nuestra alegría en el gran día de verano. Lleva dentro el presentimiento de la obscuridad venidera. Y ese presentimiento es el que arroja sus sombras sobre las alegrías de los hombres..., como la nube que pasa arroja sus sombras sobre las aguas del fjord. ¡Qué azul y qué brillante estaba! Y de pronto...

BOLETTE

No debías preocuparte con semejantes ideas. Estabas ahora mismo tan contenta y tan alegre...

ELLIDA

Sí, sí lo estaba. ¡Ah, qué tonta soy! *(Mira inquieta a su alrededor.)* Si Wangel viniese... Me lo prometió; pero, a pesar de eso, no viene. Lo habrá olvidado. Querido Arnholm, ¿no querría usted ir a buscarlo?

ARNHOLM

Con mucho gusto.

ELLIDA

Dígale que venga en seguida. Pues ahora no le veo...

ARNHOLM

¿No le ve usted?...

ELLIDA

¡Oh, no me entiende usted! Cuando no está a mi lado me ocurre a menudo que no me acuerdo de cómo es. Y entonces se me figura haberle perdido por completo. ¡Y es tan terrible! ¡Vaya usted, por Dios! *(Pasea por el estanque.)*

BOLETTE

*(A Arnholm.)* Voy con usted. Usted no sabrá dónde...

ARNHOLM

¡Bah! Yo le encontraré.

BOLETTE

*(A media voz.)* No, no; estoy intranquila. Temo que haya ido a bordo del vapor.

ARNHOLM

¿Lo teme usted?

BOLETTE

Sí, suele ir a ver si encuentra algún conocido. Y luego..., a bordo hay un restaurant...

ARNHOLM

¡Oh, entonces venga usted! *(Se van los dos por la izquierda.)*

*(Ellida está un momento parada y mira al estanque. De cuando en cuando murmura palabras cortadas. Por afuera, por el sendero detrás de los setos, viene de la izquierda un desconocido en traje*

*de viaje: tiene cabello y barba rojos, cubre su cabeza con una gorra escocesa y lleva a la espalda una bolsa de viaje atada con correas.)*

EL FORASTERO

*(Va lentamente a lo largo del seto y busca en el jardín; cuando repara en Ellida la mira fija e inquisitivamente y dice con voz queda):* ¡Buenas noches, Ellida!

ELLIDA

*(Se vuelve y grita):* ¡Oh, amado mío; vienes por fin!

EL FORASTERO

Sí, por fin.

ELLIDA

*(Mirándole asustada y sorprendida.)* ¿Quién es usted? ¿A quién busca?

EL FORASTERO

Ya puedes figurártelo.

ELLIDA

*(Asombrada.)* ¿Qué es eso? ¿Por qué me tutea usted? ¿Qué busca usted aquí?

EL FORASTERO

Te busco a ti.

ELLIDA

*(Desfallecida.)* ¡Ah! *(Le mira fijamente, retrocede unos pasos y dice con un grito ahogado):* ¡Los ojos! ¡Los ojos!

EL FORASTERO

Qué, ¿me conoces por fin? Yo te conocí en seguida.

ELLIDA

¡Los ojos! ¡No me mire usted así! ¡Voy a pedir auxilio!

EL FORASTERO

¡Silencio! ¡Calla! No temas. Si no te hago nada.

ELLIDA

*(Poniendo una mano ante los ojos.)* ¡Le digo a usted que no me mire así!

EL FORASTERO

*(Apoya un brazo en la valla.)* He venido con el vapor inglés.

ELLIDA

*(Le mira temerosa.)* ¿Qué quiere usted de mí?

EL FORASTERO

¿No ves que te prometí volver en cuanto pudiese?

ELLIDA

¡Márchese usted! ¡Vuelva usted a marcharse! ¡No vuelva usted más! ¡Ya le escribí a usted que todo había terminado entre nosotros! ¡Todo! ¡Ya lo sabe usted!

EL FORASTERO

*(Imperturbable, sin contestar a lo que ella ha dicho.)* Hubiera querido venir antes. Pero no

pude. Por fin ahora me ha sido posible. ¡Y aquí me tienes, Ellida!

ELLIDA

¿Pero qué quiere usted de mí? ¿Qué piensa usted hacer? ¿Para qué ha venido usted?

EL FORASTERO

Ya puedes figurarte que he venido para llevarte conmigo.

ELLIDA

*(Retrocede aterrorizada.)* ¡Llevarme consigo! ¿Eso es lo que usted quiere?

EL FORASTERO

Naturalmente.

ELLIDA

¿Pero no sabe usted que estoy casada?

EL FORASTERO

Sí que lo sé.

ELLIDA

¿Y a pesar de eso...? ¿A pesar de eso viene usted para... para... llevarme consigo?

EL FORASTERO

Claro está que lo hago.

ELLIDA

*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Oh, esto es horrible!... ¡Es espantoso! ¡Espantoso!

EL FORASTERO

¿Es que acaso no quieres venir?

ELLIDA

¡No me mire usted así!

EL FORASTERO

Pregunto si no quieres venir.

ELLIDA

¡No, no, no! ¡No quiero! ¡Nunca! ¡Jamás! ¡No quiero, digo! ¡No puedo ni quiero! *(En voz más baja.)* Ni debo tampoco.

EL FORASTERO

*(Salta la valla y sube al jardín.)* Bien; veremos, Ellida... Déjame decirte una cosa antes de que me vaya.

ELLIDA

*(Quiere huir, pero no puede; está como pegada al suelo, y se apoya en el tronco de un árbol en la orilla del estanque.)* ¡No me toque usted! ¡No venga usted aquí! ¡No se acerque usted! ¡No me toque usted, digo!

EL FORASTERO

*(Adelantando unos pasos con precaución.)* Pero no temas, Ellida.

ELLIDA

*(Tapándose los ojos con las manos.)* ¡No me mire usted así!

EL FORASTERO

¡No temas nada! ¡No temas nada!

*(El doctor Wangel viene por la izquierda por el jardín.)*

WANGEL

*(Entre los árboles.)* Has tenido que esperarme mucho tiempo, ¿verdad?

ELLIDA

*(Se precipita a él, se agarra a su brazo y grita):* ¡Oh Wangel, sálvame! ¡Sálvame..., si puedes!

WANGEL

¡Ellida!... ¡Por Dios! ¿Qué te pasa?

ELLIDA

¡Sálvame! ¿No le ves? ¡Allí está!

WANGEL

*(Viéndolo.)* ¿Ese hombre? *(Acercándose, colocado en el centro.)* ¿Puedo preguntarle a usted quién es y a qué ha venido usted aquí al jardín?

EL FORASTERO

*(Señalando a Ellida.)* Quiero hablar con ella.

WANGEL

¡Ah! ¿Entonces será usted acaso...? *(A Ellida.)* Me han dicho que un desconocido había estado en casa preguntando por ti.

EL FORASTERO

Sí, yo era.

WANGEL

¿Y qué es lo que quiere usted de mi mujer? *(Volviéndose.)* ¿Le conoces, Ellida?

ELLIDA

*(En voz baja, retorciéndose las manos.)* ¿Que si le conozco? ¡Sí, sí!

WANGEL

¿Quién es?

ELLIDA

¡Es él, Wangel! ¡El mismo! Aquel de quien tú sabes...

WANGEL

¿Cómo? ¿Qué dices? *(Volviéndose a él.)* ¿Es usted aquel Johnston que en otro tiempo...?

EL FORASTERO

Bien. Puede usted llamarme Johnston. Por mí... Por lo demás, no me llamo así.

WANGEL

¿No?

EL FORASTERO

Ahora no.

WANGEL

¿Y qué es lo que pretende usted ahora de mi mujer? Pues ya sabe usted que la hija del torrero se ha casado hace mucho tiempo, y debe usted también saber con quién se ha casado.

EL FORASTERO

Eso lo sé desde hace más de tres años.

ELLIDA

*(Interesada.)* ¿Cómo lo ha sabido usted?

EL FORASTERO

Venía a buscarte. En esto cayó en mis manos un periódico antiguo, un periódico de esta región, y en él hallé la noticia de tu boda.

ELLIDA

*(Mirando ante sí.)* De la boda... Era eso, pues...

EL FORASTERO

Aquello me produjo una impresión tan tremenda... Porque nosotros ya nos habíamos desposado..., recuérdalo..., con los anillos.

ELLIDA

*(Cubriéndose la cara con las manos.)* ¡Oh!

WANGEL

¿Cómo se atreve usted...?

EL FORASTERO

¿Te olvidaste de aquello?

ELLIDA

*(Siente su mirada y grita):* ¡No me mire usted así!

WANGEL

*(Poniéndose delante de él.)* Usted debe dirigirse a mí, y nada más que a mí. En resumen: puesto que usted sabe cómo están las cosas, ¿qué es lo que tiene que hacer aquí? ¿Por qué viene usted a buscar a mi mujer?

EL FORASTERO

Le había prometido a Ellida venir tan pronto como pudiese.

WANGEL

¡Ellida! ¡Otra vez!

EL FORASTERO

Y Ellida me había prometido aguardarme hasta que viniera.

WANGEL

Le advierto que usted llama a mi mujer por su nombre de pila, y que esa confianza no se usa entre nosotros.

EL FORASTERO

Ya lo sé. Pero como me pertenece a mí ante todo...

WANGEL

¿A usted? ¿También desde que...?

ELLIDA

*(Amparándose detrás de Wangel.)* ¡Oh!... ¡Ya no me deja libre!

WANGEL

¿A usted? ¿Que le pertenece a usted?

EL FORASTERO

¿No le ha hablado a usted de dos anillos? ¿De un anillo suyo y otro mío?

WANGEL

Sí. Pero ¿y eso qué significa? ¿No puso ella

misma término a todo? Usted recibió su carta. De modo que lo sabe usted.

EL FORASTERO

Ellida y yo estábamos conformes en que la cosa de los anillos era valedera y había de significar exactamente lo mismo que un desposorio.

ELLIDA

¿Pero no está usted oyendo que no quiero? ¡Nunca, jamás quiero volver a oir hablar de usted! ¡No me mire usted así! ¡No quiero, le digo!

WANGEL

Es preciso que esté usted loco para venir aquí creyendo que de una chiquillada semejante iban a deducirse derechos de ningún género.

EL FORASTERO

Es verdad. Derecho..., en el sentido que usted lo dice, no lo tengo.

WANGEL

¿Qué quiere usted entonces? ¡No se figurará usted que me la puede quitar por la fuerza, contra su voluntad!

EL FORASTERO

No. ¿De qué iba a servir eso? Si Ellida ha de venir conmigo, tendrá que ser voluntariamente.

ELLIDA

*(Aterrada grita)*: ¿Voluntariamente?...

WANGEL

¿Y puede usted creer eso posible?

ELLIDA

*(Para sí.)* ¡Voluntariamente!

WANGEL

¡Está usted loco! Y ahora haga usted el favor de marcharse. Ya no tenemos nada que tratar con usted.

EL FORASTERO

*(Mirando al reloj.)* Ya va siendo tiempo de que me vuelva a bordo. *(Acercándose.)* Bien, Ellida; yo he cumplido con mi deber. *(Acercándose más.)* He hecho lo que te había prometido.

ELLIDA

*(Asustada y separándose.)* ¡No me toque usted!

EL FORASTERO

Tienes tiempo hasta mañana para pensarlo...

WANGEL

Aquí no hay nada que pensar. Haga usted el favor de irse.

EL FORASTERO

*(Hablando siempre a Ellida.)* Ahora me voy con el vapor. Mañana volveré y miraré a ver si te encuentro. Espérame aquí en el jardín, porque preferiría arreglar la cosa contigo sola.

ELLIDA

*(En voz baja y temblorosa.)* ¡Pero, oyes, Wangel!

WANGEL

Estáte tranquila. Ya sabremos impedir la visita.

EL FORASTERO

Entretanto, adiós, Ellida. Mañana al atardecer.

ELLIDA

*(Suplicante.)* ¡Oh, no, no! ¡No vuelva usted mañana; no vuelva usted nunca!

EL FORASTERO

Y si hasta entonces te has decidido a venir conmigo...

ELLIDA

¡Oh, no me mire usted así!

EL FORASTERO

Quiero decir solamente que en ese caso debes estar preparada para el viaje.

WANGEL

Vete a casa, Ellida.

ELLIDA

¡No puedo! ¡Oh, ayúdame! ¡Sálvame, Wangel!

EL FORASTERO

Y piensa que si mañana no vienes conmigo se habrá acabado todo.

ELLIDA

*(Mirándole ansiosamente.)* ¿Entonces se habrá acabado todo? ¿Para siempre?

EL FORASTERO

*(Afirmando con la cabeza.)* Entonces ya no tendrá remedio posible, Ellida. No volveré más por aquí. Ya no volverás a verme. Ni volverás a oir hablar de mí. Habré muerto para ti por completo.

ELLIDA

*(Respirando trabajosamente.)* ¡Oh!

EL FORASTERO

Por consiguiente, piensa bien lo que haces. Adiós. *(Salta la valla, se para un momento y dice):* Sí, Ellida...; estáte mañana preparada. Vendré y te llevaré conmigo. *(Se va lentamente por el sendero hacia la derecha.)*

ELLIDA

*(Le sigue unos momentos con la vista.)* ¡Voluntariamente, ha dicho! Figúrate. ¡Voluntariamente debía ir con él!

WANGEL

Estáte tranquila. Ya se ha marchado y no le volverás a ver.

ELLIDA

¿Cómo dices eso? ¡Si viene mañana al atardecer!

WANGEL

Déjale que venga. Pero a ti no ha de encontrarte.

ELLIDA

*(Sacudiendo la cabeza.)* ¡Oh, Wangel! No creas que podrás impedírselo.

WANGEL

Ya lo verás, querida. Déjame hacer a mí.

ELLIDA

*(Cavilando y sin hacerle caso.)* Cuando haya estado aquí mañana... y cuando luego se haya marchado con el vapor...

WANGEL

¿Qué entonces?

ELLIDA

¿Será verdad que entonces no volverá nunca?

WANGEL

No, amiga mía. De eso puedes estar segura. ¿Qué iba a buscar aquí? Ya ha oído de tus propios labios que no quieres saber nada de él. Con eso se ha terminado la cosa.

ELLIDA

*(Para sí.)* De modo que mañana o nunca...

WANGEL

Y si acaso se le ocurriese volver por aquí...

ELLIDA

*(Con gran interés.)* ¿Entonces...?

WANGEL

Entonces estará en nuestra mano hacerle inofensivo.

ELLIDA

¡Oh, no lo creas!

WANGEL

¡Te digo que está en nuestra mano! Si no puedes de otro modo recobrar tu tranquilidad, que pague la pena de la muerte del capitán.

ELLIDA

*(Con vehemencia.)* ¡Eso sí que no! ¡Eso nunca! ¡Nosotros no sabemos nada de la muerte del capitán! ¡Nada absolutamente!

WANGEL

¡Nosotros no sabemos nada! ¡Pero si te lo ha confesado a ti misma!

ELLIDA

¡No, no hables de eso! Si dijeras algo lo negaría. ¡Que no le encierren! Que viva libre en el amplio mar. Ese es su sitio.

WANGEL

*(La contempla y dice lentamente):* ¡Ah, Ellida, Ellida!

ELLIDA

*(Estrechándose a él.)* ¡Oh, tú, amigo mío querido! ¡Sálvame de ese hombre!

WANGEL

*(Se desprende dulcemente.)* ¡Ven! ¡Ven conmigo!

*(Lyngstrand e Hilde, ambos con aparejos de pesca, vienen del estanque por la derecha.)*

LYNGSTRAND

*(Yendo apresuradamente hacia Ellida.)* ¡Ahora va usted a oir una cosa notable, señora!

WANGEL

¿Qué es ello?

LYNGSTRAND

Figúrese usted... que hemos visto al americano.

WANGEL

¿Al americano?

HILDE

Sí; yo le he visto también.

LYNGSTRAND

Dió la vuelta al jardín y luego subió a bordo del vapor inglés.

WANGEL

¿De dónde conoce usted a ese hombre?

LYNGSTRAND

Hemos navegado juntos una vez. Yo estaba seguro de que se había ahogado. Y ahora resulta que está vivo.

WANGEL

¿Le conoce usted con alguna intimidad?

LYNGSTRAND

No; pero de seguro ha venido para vengarse de su mujer infiel.

WANGEL

¿Qué dice usted?

HILDE

Lyngstrand quiere utilizarle para su escultura.

WANGEL

No entiendo una palabra...

ELLIDA

Ya lo sabrás después.

*(Arnholm y Bolette vienen por el sendero de la izquierda.)*

BOLETTE

*(A los del jardín.)* ¡Venid y mirad! Está entrando el vapor inglés.

*(Un gran vapor pasa lentamente por delante.)*

LYNGSTRAND

*(A Hilde.)* Esta noche la mata, de seguro.

HILDE

*(Afirmando.)* A la mujer infiel..., sí.

LYNGSTRAND

Figúrese usted; a media noche.

HILDE

¡Ah, sí! Me parece que será interesante.

ELLIDA

*(Siguiendo con la vista el barco.)* De modo que mañana...

WANGEL

Y luego nunca más.

ELLIDA

*(En voz baja y estremecida.)* ¡Oh, Wangel! ¡Sálvame de mí misma!

WANGEL

*(Mirándola asustado.)* ¡Ellida! Lo presiento...; detrás de esas palabras se esconde algo.

ELLIDA

¡Lo que me atrae se esconde detrás de ellas!

WANGEL

¿Lo que te atrae?

ELLIDA

Ese hombre es como el mar. *(Se va lentamente y pensativa por el jardín hacia la izquierda. Wangel marcha a su lado, inquieto, y la observa inquisitivamente.)*

# ACTO CUARTO

El cuarto del jardín en casa de Wangel. Puertas a la derecha y a la izquierda. Al fondo, entre dos ventanas, una puerta de cristales abierta que da a la terraza; detrás de ésta se ve una parte del jardín. A la izquierda, en primer término, un sofá y una mesa; a la derecha un piano, y más allá una mesa con flores. En el centro una mesa redonda, con sillas alrededor; sobre la mesa un rosal florido y otros tiestos con plantas. Es por la mañana. Bolette está sentada en el sofá, a la izquierda de la mesa, bordando. En el extremo de arriba de la misma mesa está sentado Lyngstrand en una silla. Abajo, en el jardín, está pintando Ballested, y sentada junto a él Hilde.

LYNGSTRAND

*(Con los brazos apoyados en la mesa, está un rato en silencio viendo cómo trabaja Bolette.)* Debe ser enormemente difícil eso que está usted bordando, señorita.

BOLETTE

¡Oh, no; no es tan difícil! No hay más que tener cuidado de contar bien.

LYNGSTRAND

¿Contar? ¿También tiene usted que contar?

BOLETTE

Claro, las puntadas. Vea usted.

LYNGSTRAND

Es verdad. ¡Qué atrocidad! Eso es casi un arte. ¿Sabe usted también dibujar?

BOLETTE

¡Oh!, con un modelo sí.

LYNGSTRAND

¿Si no, no?

BOLETTE

No; si no, no puedo.

LYNGSTRAND

¡Pero eso no es un arte verdadero!

BOLETTE

No; principalmente es... habilidad.

LYNGSTRAND

Sin embargo, yo creo que usted podría aprender un arte.

BOLETTE

¿Y si no tengo disposición para ello?

LYNGSTRAND

¡Oh! ¡Si estuviera usted siempre al lado de un verdadero artista!...

BOLETTE

¿Cree usted que podría aprender algo de él?

LYNGSTRAND

No aprender en el sentido en que se suele entender. Pero creo que vendría sobre usted poco a poco. Como por un milagro, señorita.

BOLETTE

Sería muy extraño.

LYNGSTRAND

*(Después de una pausa corta.)* ¿Ha pensado usted detenidamente...; quiero decir, si ha pensado usted seriamente sobre el matrimonio?

BOLETTE

*(Mirándole furtivamente.)* ¿Sobre...? ¡No!

LYNGSTRAND

Yo sí.

BOLETTE

¿De veras?

LYNGSTRAND

Sí; yo pienso a menudo sobre esas cosas. Generalmente sobre el matrimonio. Y luego he leído varios libros sobre él. Para mí el matrimonio debe considerarse como una especie de milagro. Cómo la mujer se va transformando y asemejándose al marido...

BOLETTE

¿Quiere usted decir que adquiere los mismos intereses que él?

LYNGSTRAND

Sí; eso precisamente.

BOLETTE

¿Pero y sus talentos y su habilidad?

LYNGSTRAND

Casi estoy por creer que eso también...

BOLETTE

¿Entonces cree usted acaso también que todo lo que el hombre se ha apropiado por lecturas o meditaciones puede traspasarlo a su mujer?

LYNGSTRAND

Eso también. Poco a poco, y como por un milagro. Pero también sé que una cosa semejante sólo puede ocurrir en un matrimonio que sea fiel, leal, y en el que reine verdadero amor.

BOLETTE

¿Y no se le ha ocurrido nunca que de la misma manera podría el marido resultar influído por su mujer; quiero decir, hacerse semejante a ella?

LYNGSTRAND

¿El hombre? No, eso no puede ser.

BOLETTE

Pero ¿por qué no ha de ser lo mismo lo uno que lo otro?

LYNGSTRAND

Porque el hombre tiene una misión que cumplir, y para la cual vive. Y esto es lo que hace tan fuerte y tan firme al hombre, señorita: el que su vida tiene una misión.

BOLETTE

¿Todos los hombres la tienen?

LYNGSTRAND

¡Oh, no! Yo me refiero principalmente al artista.

BOLETTE

¿Cree usted que un artista hace bien en casarse?

LYNGSTRAND

Sí que lo creo. Si puede encontrar una mujer que le ame de veras, entonces...

BOLETTE

A pesar de eso, yo creo que el artista no debe vivir más que para su arte.

LYNGSTRAND

Eso sin duda; pero puede hacer lo mismo si se casa.

BOLETTE

Bien; pero ¿y ella?

LYNGSTRAND

¿Ella? ¿Cómo?

BOLETTE

Ella, la que se case con él, ¿para qué ha de vivir ella?

LYNGSTRAND

Ella debe vivir también para su arte. Yo creo que en eso sentirá la mujer una felicidad tan honda...

BOLETTE

¡Hum!... No sé hasta qué punto...

LYNGSTRAND

Sí, señorita; puede usted creerlo. No sólo por la honra y el prestigio que de él le vienen. Eso es para mí lo de menos. Pero el poder ayudarle en sus creaciones...; el poder aligerarle el trabajo, estando junto a él, cuidándole bien, llenándole de comodidades y haciéndole la vida agradable... Me parece que esto ha de ser magnífico para una mujer.

BOLETTE

¡Usted mismo no se da cuenta de lo egoísta que es!

LYNGSTRAND

¿Egoísta yo? ¡Oh, Dios mío! ¡Si me conociese usted mejor!... *(Inclinándose hacia ella.)* Señorita..., cuando yo me haya marchado..., y esto tendrá que ser pronto...

BOLETTE

*(Mirándole interesada.)* Pero no empiece usted a pensar cosas tristes.

LYNGSTRAND

Me parece que, en realidad, tan terriblemente triste no lo es.

BOLETTE

¿Pero qué es lo que usted quiere decir?

LYNGSTRAND

Dentro de un mes me marcharé. Primero de aquí, y luego hacia los países del Sur.

BOLETTE

¡Ah, sí! Claro está.

LYNGSTRAND

¿Y entonces pensará usted en mí alguna vez, señorita?

BOLETTE

Sí, lo haré con gusto.

LYNGSTRAND

*(Muy alegre.)* ¿Me lo promete usted de veras?

BOLETTE

Sí, se lo prometo a usted.

LYNGSTRAND

¿Lo promete usted seriamente, señorita Bolette?

BOLETTE

Seriamente. *(En otro tono.)* ¿Pero para qué todo esto, si no conduce a nada?

LYNGSTRAND

¿Cómo puede usted decir eso? Para mí sería tan delicioso saber que usted pensaba en mí...

BOLETTE

¿Y luego?

LYNGSTRAND

Luego no lo sé en realidad...

BOLETTE

Tampoco yo. Hay muchas cosas en camino. Me parece que todo está en camino.

LYNGSTRAND

Quizás pudiera ocurrir un milagro. Una mutación feliz de la fortuna..., o algo así. Porque yo estoy convencido de que he de tener suerte.

BOLETTE

*(Con vehemencia.)* ¡Verdad que sí! ¿Verdad que lo cree usted?

LYNGSTRAND

Lo creo firmemente. Y luego..., dentro de algunos años..., cuando yo vuelva hecho un escultor ilustre, en buena situación y lleno de salud...

BOLETTE

¡Oh, sí! Hay que esperar que será así.

LYNGSTRAND

De eso puede usted estar segura. Con sólo con que usted piense en mí mientras estoy fuera, allá en las tierras del Sur. Y ahora tengo ya su palabra.

BOLETTE

Sí que la tiene usted. *(Moviendo la cabeza.)* Pero ya verá usted como no conduce a nada.

LYNGSTRAND

¡Oh, sí! Conducirá por lo menos a que yo podré trabajar más fácilmente y con más ánimo.

BOLETTE

¿Lo cree usted así?

LYNGSTRAND

Sí, lo siento interiormente. Y me parece que debe tener algo de consolador para usted..., aquí, en este rincón apartado..., el saber secretamente, para sí sola, que me ayuda usted en mi creación.

BOLETTE

*(Mirándole.)* Bien...; pero ¿y usted... por su parte?

LYNGSTRAND

¿Yo?...

BOLETTE

*(Mirando hacia el jardín.)* ¡Silencio! Hablemos de otra cosa. Ahí viene el profesor.

LYNGSTRAND

¿Tiene usted en mucho a su antiguo maestro, señorita?

BOLETTE

¿Si le tengo en mucho?

LYNGSTRAND

Sí; quiero decir si le tiene usted afecto.

BOLETTE

¡Oh, claro que sí! Porque es un buen amigo y un buen consejero. Y luego está siempre dispuesto a ayudarle a una.

LYNGSTRAND

¿Pero no es extraño que no se haya casado?

BOLETTE

¿Le parece a usted extraño?

LYNGSTRAND

Sí; según se dice, debe ser un hombre en buena posición.

BOLETTE

Creo que sí. Pero comprendo que no le haya sido fácil encontrar una mujer que le quiera.

LYNGSTRAND

¿Por qué?

BOLETTE

Él mismo lo dice. Porque ha sido maestro de casi todas las muchachas que conoce.

LYNGSTRAND

¿Y eso qué tiene que ver?

BOLETTE

¡Oh, Dios mío! ¿Quién se va a casar con uno que ha sido su maestro?

LYNGSTRAND

¿Cree usted que una muchacha no puede amar a su maestro?

BOLETTE

No; después que se haya hecho mayor, no.

LYNGSTRAND

¡Hum! ¿Lo cree usted de veras?

BOLETTE

*(Amenazándole.)* ¡Bueno, bueno!

*(Ballested ha recogido sus cosas y las lleva por la derecha. Hilde le ayuda. Arnholm entra en la terraza y de allí en el cuarto.)*

ARNHOLM

Buenos días, querida Bolette. Buenos días, señor..., señor... *(Parece molestado y se inclina fríamente ante Lyngstrand. Éste se levanta y se inclina.)*

BOLETTE

*(Levantándose y yendo hacia Arnholm.)* Buenos días, señor Arnholm.

ARNHOLM

¿Cómo andan ustedes hoy por aquí?

BOLETTE

Bien, muchas gracias.

ARNHOLM

Su madre de usted, ¿ha ido al baño?

BOLETTE

No; está en su cuarto.

ARNHOLM

¿No se siente bien?

BOLETTE

No lo sé en realidad. Se ha cerrado en su habitación.

ARNHOLM

¿De veras?

LYNGSTRAND

La señora Wangel se ha excitado mucho ayer con lo del americano.

ARNHOLM

¿Qué sabe usted de eso?

LYNGSTRAND

Le conté que le había visto en cuerpo y alma detrás del jardín.

ARNHOLM

¡Ah!

BOLETTE

*(A Arnholm.)* ¿Usted y papá habrán estado todavía mucho tiempo charlando esta noche, verdad?

ARNHOLM

Sí, bastante. Hablamos de cosas serias.

BOLETTE

¿No le ha hablado usted también un poco de mí?

ARNHOLM

No, querida Bolette. No llegamos a eso, pues su papá estaba muy preocupado con otra cosa.

BOLETTE

*(Suspirando.)* Sí, eso lo está siempre.

ARNHOLM

*(Mirándola con intención.)* Pero más tarde hablaremos detenidamente... ¿Dónde está ahora su padre de usted? ¿No está en casa?

BOLETTE

Sí; debe estar abajo en el despacho. Voy a traerle.

ARNHOLM

No, gracias; deje usted. Prefiero ir a buscarle.

BOLETTE

*(Escuchando hacia la izquierda.)* Aguarde usted. Creo que le oigo por la escalera; ha debido ir arriba a ver cómo seguía ella.

*(Wangel entra por una puerta lateral de la izquierda.)*

WANGEL

*(Dando la mano a Arnholm.)* ¿Cómo va, querido amigo? ¿Ha venido usted ya? Me alegro mucho de que haya usted venido temprano, porque me gustaría seguir hablando con usted.

BOLETTE

*(A Lyngstrand.)* ¿Vamos a ir un poco al jardín con Hilde?

LYNGSTRAND

Con mucho gusto, señorita.

*(Se van al jardín y desaparecen por la derecha, entre los árboles del fondo.)*

ARNHOLM

*(Que les ha seguido con la vista.)* ¿Conoce usted con detalles a ese muchacho?

WANGEL

No, en absoluto.

ARNHOLM

¿Pero le parece a usted bien que esté siempre con las chicas?

WANGEL

¿Hace eso? De veras que no había notado nada.

ARNHOLM

Sin embargo, debía usted fijarse un poco en esas cosas.

WANGEL

Puede ser que tenga usted razón. ¡Pero qué voy a hacer, Dios mío! Las chicas se han acostumbrado ya a gobernarse por sí mismas. No consienten que ni Ellida ni yo les digamos nada.

ARNHOLM

¿Ella tampoco?

WANGEL

No. Y además, yo no puedo exigirle que se mezcle en esas cosas. Ni sirve tampoco para ello. *(Interrumpiéndose.)* Pero no era de esto de lo que queríamos hablar. Dígame: ¿ha vuelto usted a pensar sobre aquello? ¿Sobre lo que ayer le conté?

ARNHOLM

Desde que ayer nos separamos no he pensado en otra cosa.

WANGEL

¿Y qué cree usted que se puede hacer?

ARNHOLM

Querido doctor: me parece que usted, cómo médico, debe saberlo mejor que yo.

WANGEL

¡Si usted supiera lo difícil que es para un médico diagnosticar a un enfermo a quien ama tanto! Y esta no es una enfermedad ordinaria. Aquí no sirve ni un médico ordinario... ni medicinas ordinarias.

ARNHOLM

¿Cómo está hoy?

WANGEL

Acabo de verla y me pareció muy tranquila. Pero detrás de eso hay algo escondido que yo no puedo entender. ¡Y luego es tan variable..., tan imprevista..., cambia con tal prontitud!

ARNHOLM

Esa es una consecuencia de su estado anormal.

WANGEL

No es eso sólo. En el fondo es algo innato en ella. Ellida es una criatura del mar. Esta es la cosa.

ARNHOLM

¿Qué es lo que quiere usted decir propiamente, querido doctor?

WANGEL

¿No se ha fijado usted en que las gentes de allá afuera de la costa abierta son gentes especiales? Es algo así como si en ellas se reflejase la vida misma del mar, con oleadas..., con flujos y reflujos..., lo mismo en su pensamiento que en su sentir. Y no se les puede trasplantar. Eso debía yo haberlo visto antes. ¡Fué un verdadero delito contra Ellida sacarla de allá afuera y traerla aquí!

ARNHOLM

¿Es ahora cuando ha llegado usted a esa consecuencia?

WANGEL

Sí, cada vez más y más. Pero debía haberlo visto antes. Y en el fondo lo sabía ya; sólo que procuraba disimulármelo a mí mismo, porque la amaba de tal modo... Por eso ante todo pensaba en mí. ¡Hasta tal punto era yo entonces egoísta!

ARNHOLM

Sí; en ciertas circunstancias todos los hombres somos un poco egoístas. Pero en usted no he visto nunca nada de ese defecto, doctor Wangel.

WANGEL

*(Paseando inquieto arriba y abajo.)* ¡Oh, sí, sí! Y después lo he sido también. Yo soy más viejo,

mucho más viejo que ella. Debí haber sido para ella un padre... y un director a la vez. Debí haber hecho cuanto estuviera en mi poder para desarrollar y aclarar su pensamiento. Pero eso no lo hice nunca. No tenía bastante energía para eso, porque la prefería tal como era. Pero luego comenzó a ponerse mal y cada vez peor, y yo cavilaba sin saber qué hacer. *(Con voz queda.)* ¡Por eso en mi tribulación le escribí a usted y le pedí que viniese a verme!

ARNHOLM

*(Mirándole asombrado.)* ¿Cómo? ¿Me escribió usted por eso?

WANGEL

Sí. Pero no diga usted nada.

ARNHOLM

¡Pero, por Dios, doctor! ¿Qué es lo que esperaba usted de mí? No lo veo bien.

WANGEL

Y es natural que no lo vea usted. Es que estaba sobre una falsa pista. Creía que el corazón de Ellida se había inclinado en otro tiempo hacia usted. Que en secreto estaba todavía inclinado hacia usted. Y que acaso la hiciese bien volver a verle a usted y hablar de su tierra y de los tiempos antiguos.

ARNHOLM

¿De modo que lo que usted me escribía de que

me esperaba aquí alguien y acaso sentía nostalgia hacia mí, se refería a su mujer?

WANGEL

¿A quién había de ser?

ARNHOLM

*(Rápidamente.)* Sí, tiene usted razón... Pero yo no lo entendí.

WANGEL

Sí, ahora está claro. Yo seguía una pista completamente falsa.

ARNHOLM

¡Y dice usted que es egoísta!

WANGEL

¡Es que tenía que reparar tantas faltas!... Me parecía que no debía repugnar medio alguno con tal de tranquilizar un poco su ánimo.

ARNHOLM

¿Cómo se explica usted el poder que ese desconocido tiene sobre ella?

WANGEL

¡Ah, querido amigo! La cosa debe tener aspectos que no pueden explicarse.

ARNHOLM

¿Cosas que son por sí inexplicables? ¿Completamente inexplicables?

WANGEL

Por lo menos inexplicables por ahora.

ARNHOLM

¿Cree usted en tales cosas?

WANGEL

Ni creo ni niego, pero no lo sé... Por eso lo dejo hasta que pueda explicármelo mejor.

ARNHOLM

Una sola cosa quiero preguntarle a usted aún. ¿Esa cosa terrible que ella dice de los ojos del niño...?

WANGEL

*(Con energía.)* En lo de los ojos no creo lo más mínimo. No quiero creer en semejantes cosas. Eso no ha podido ser más que una fantasía suya. Nada más.

ARNHOLM

¿Se fijó usted en los ojos del hombre ayer cuando le vió?

WANGEL

Claro que lo hice.

ARNHOLM

¿Y encontró usted algún parecido?

WANGEL

*(Eludiendo la contestación.)* ¡Pchs! ¡Qué sé yo! Cuando le vi había ya poca luz. Y como Ellida

había hablado ya tanto del parecido..., no sé si estaba en situación de mirarlo desapasionadamente.

ARNHOLM

Sí, sí, es posible. ¿Pero lo otro? ¿El miedo y la inquietud que la invadieron, parece ser que precisamente en el tiempo en que el hombre se encontraba en el viaje de regreso?

WANGEL

Sobre eso ha cavilado y fantaseado desde anteayer. No vino así tan prontamente..., tan de golpe como ella asegura. Pero desde que oyó decir a Lyngstrand que Johnston..., o Friman..., o como se llame..., hace tres años venía hacia aquí..., en el mes de marzo..., desde entonces cree como cosa indudable que aquella inquietud la cogió precisamente en ese mes de marzo.

ARNHOLM

¿Es que no fué así?

WANGEL

De ningún modo. Tiempo antes de esa fecha había ya en ella signos de alteración. Sin embargo..., casualmente en marzo... de hace tres años tuvo una crisis violenta...

ARNHOLM

¿De modo que...?

WANGEL

Pero eso puede explicarse perfectamente por

las circunstancias en que entonces se encontraba.

ARNHOLM

De modo que indicio sobre indicio.

WANGEL

*(Con los puños cerrados.)* ¡Y no poder ayudarla! ¡No encontrar el más mínimo remedio! ¡No ocurrírseme nada en contra!

ARNHOLM

¿Por qué no prueba usted a cambiar de residencia? ¿A irse a vivir a otra parte donde pudiera estar en condiciones que le recordasen las de su casa?

WANGEL

¡Si eso ya se lo he ofrecido! La he propuesto que nos vayamos a Skjoldvik, pero no quiere.

ARNHOLM

¿Eso tampoco?

WANGEL

No, porque dice que no le serviría de nada. Y es posible que tenga razón.

ARNHOLM

¿Cree usted...?

WANGEL

Sí, y además, cuando pienso en la cosa despacio no sé cómo me las arreglaría para realizar ese plan. Porque no creo tener derecho a ence-

rrar a mis hijas en aquel rincón apartado. Por lo menos deben vivir en un sitio donde haya alguna posibilidad para ellas de colocarse.

ARNHOLM

¿Colocarse? ¿Le preocupa ya eso tanto?

WANGEL

¡Dios mío, tengo que pensar en ello! Pero lúego, por otra parte..., mi pobre Ellida enferma... ¡Oh, querido Arnholm! En muchos sentidos estoy entre el agua y el fuego.

ARNHOLM

Por Bolette no tiene usted que preocuparse... *(Interrumpiéndose.)* Quisiera saber dónde está, hacia dónde ha ido. *(Se asoma a la puerta central, abierta, y mira hacia afuera.)*

WANGEL

¡Oh, haría con tanto gusto cualquier sacrificio... por las tres! ¡Si supiera cuál!...

*(Ellida entra por la puerta de la izquierda.)*

ELLIDA

*(A Wangel.)* ¡No salgas esta mañana!

WANGEL

No, no. Me quedaré en casa contigo. *(Señalando a Arnholm, que se acerca.)* ¿Pero no saludas a nuestro amigo?

ELLIDA

*(Volviéndose.)* ¡Ah! ¿Está usted aquí, señor Arnholm? *(Dándole la mano.)* Buenos días.

ARNHOLM

*(A la izquierda de ella.)* Buenos días, señora. Qué, ¿ha estado usted hoy también en el baño?

ELLIDA

No, no. Hoy no puede ser. ¿Pero no quiere usted sentarse un momento?

ARNHOLM

No, muchas gracias..., ahora no. *(Mirando a Wangel.)* Les prometí a las muchachas bajar al jardín.

ELLIDA

Quién sabe si las encontrará usted en el jardín. Yo no sé nunca dónde están.

WANGEL

Sí, seguramente están hacia el estanque.

ARNHOLM

¡Oh, ya daré con ellas! *(Se inclina y se va por la terraza, hacia la derecha, en el jardín.)*

ELLIDA

¿Qué hora es, Wangel?

WANGEL

*(Mirando el reloj.)* Algo más de las once.

ELLIDA

¡Algo más de las once! Y a las once..., once y media esta noche viene el vapor. ¡Oh, si hubiera pasado ya!

WANGEL

*(Acercándosele.)* Querida Ellida, quisiera dirigirte una pregunta.

ELLIDA

¿Qué es?

WANGEL

Anteayer..., arriba en el Miradero me dijiste... que durante estos tres últimos años le habías visto con frecuencia ante tus ojos.

ELLIDA

Y es verdad. Puedes creérmelo.

WANGEL

Bien. ¿Pero cómo le veías?

ELLIDA

¿Que cómo le veía?

WANGEL

Quiero decir... que cómo era cuando te parecía verlo ante ti.

ELLIDA

Pero, querido Wangel, ahora ya sabes cómo es.

WANGEL

¿Lo veías tú así en tus representaciones?

ELLIDA

Completamente.

WANGEL

¿Exactamente como le viste ayer en realidad?

ELLIDA

Sí, exactamente.

WANGEL

Entonces, ¿cómo es que no le reconociste en seguida?

ELLIDA

*(Asombrada.)* ¿No le reconocí?

WANGEL

No; tú misma dijiste que al principio no sabías quién era el desconocido.

ELLIDA

*(Perpleja.)* Sí; creo verdaderamente que tienes razón. ¿No te parece extraño, Wangel? ¡Figúrate! ¡No haberlo reconocido en seguida!

WANGEL

Sólo por los ojos, dijiste...

ELLIDA

¡Ah, sí! ¡Los ojos, los ojos!

WANGEL

Sí...; pero en el Miradero me dijiste que se te aparecía tal como era la última vez que le viste, hace diez años.

ELLIDA

¿Eso dije?

WANGEL

Sí.

ELLIDA

Será porque entonces era poco más o menos como ahora.

WANGEL

No, no; anteayer, cuando volvíamos a casa, me hiciste de él una descripción completamente distinta. Me dijiste que no tenía barba. Iba vestido de un modo completamente distinto. Y luego el alfiler con la perla... Ayer no la llevaba tampoco.

ELLIDA

No la llevaba, no.

WANGEL

*(Mirándola inquisitivamente.)* Piensa un poco, querida Ellida. ¿O es que no te acuerdas ya de cómo era la última vez que le viste?

ELLIDA

*(Esforzándose por recordar, cierra los ojos después de un momento.)* No lo veo claro. No...; hoy no puedo verlo. ¿No es extraño esto?

WANGEL

No tan extraño. Es que ahora se te ha aparecido una nueva imagen real. Y ésa arroja su sombra sobre la antigua hasta el punto de que no te la deja ver.

ELLIDA

¿Eso crees, Wangel?

WANGEL

Sí. Y también sobre tus enfermizas representaciones arroja sus sombras; por eso está bien que haya venido.

ELLIDA

¡Bueno! ¿Crees tú que eso sea bueno?

WANGEL

Sí. Es bueno que haya venido...; quizás te trae la salud.

ELLIDA

*(Sentándose en el sofá.)* Wangel, ven y siéntate aquí a mi lado. Quiero decirte todo lo que pienso.

WANGEL

Sí, hazlo así, Ellida. *(Se sienta en una silla al otro lado de la mesa.)*

ELLIDA

Realmente ha sido una desgracia... para los dos... el habernos unido.

WANGEL

*(Asombrado.)* ¿Qué es lo que dices?

ELLIDA

Sí, sí. Lo ha sido. ¡Y es natural que lo haya sido! No podía conducir más que a la desdicha, dada la manera como se hizo nuestra unión.

WANGEL

¿Qué es lo que había que estuviese mal en la manera?...

ELLIDA

Escúchame, Wangel. No conduce a nada que sigamos engañándonos a nosotros mismos..., y mutuamente.

WANGEL

¿Es que lo hacemos así? ¿Nos engañamos, dices tú?

ELLIDA

Sí, eso hacemos. O por lo menos nos ocultamos la verdad. Pues la verdad..., la verdad pura y clara... es que tú fuiste a mí y me compraste.

WANGEL

¡Que te compré! ¿Dices... que te compré?

ELLIDA

¡Oh, yo no era mejor que tú! Yo caí también. Me vendí a ti.

WANGEL

*(Mirándola, dolorido.)* Ellida, ¿tienes corazón para llamarlo así?

ELLIDA

¿Pero es que hay otro nombre para eso? Tú no podías soportar el vacío de tu casa. Buscaste una segunda mujer...

WANGEL

Y una segunda madre para las niñas, Ellida.

ELLIDA

Eso quizás también...; casi en segundo término. Pero tú no sabías si yo servía para ese puesto. No habías hecho más que verme y hablarme un par de veces. Entonces comencé a gustarte, y...

WANGEL

Sí; dale el nombre que más te plazca.

ELLIDA

Y yo por mi parte... ¡Me encontraba tan sola, tan desamparada y tan abandonada!... Era natural que aceptase cuando tú llegaste y me ofreciste... mantenerme durante mi vida.

WANGEL

No lo consideraba yo así, Ellida. Te pregunté si lo poco que yo tenía querías compartirlo conmigo y con las niñas.

ELLIDA

Es verdad que lo hiciste así. Pero a pesar de eso yo no hubiera debido aceptar. ¡Nunca y por ningún precio hubiera debido aceptarlo! ¡Jamás hubiera debido venderme! Antes el trabajo más penoso..., la vida más miserable..., ¡pero libremente y por propia elección!

WANGEL

*(Levantándose.)* ¿Es que los cinco..., seis años que vivimos juntos no significan nada para ti?

ELLIDA

¡Oh, no creas eso, Wangel! En tu casa he vivido como mejor nadie podría vivir en parte alguna. Pero no vine a tu casa por voluntad libre. Esa es la cosa.

WANGEL

*(Mirándola.)* ¡No viniste por voluntad libre!

ELLIDA

No. No me fuí voluntariamente contigo.

WANGEL

*(Con voz queda.)* ¡Ah, ya me acuerdo!... La transición de ayer...

ELLIDA

En esa transición está todo. Ella lo ha aclarado todo. Y por eso ahora lo veo.

WANGEL

¿Qué es lo que ves?

ELLIDA

Veo que nuestra vida en común... en el fondo no es un matrimonio.

WANGEL

*(Amargamente.)* Ahora has dicho la verdad. La vida que ahora hacemos no es un matrimonio.

ELLIDA

Ni antes tampoco. Nunca. Desde el principio no. *(Mirando a lo lejos.)* El primero..., ése hubiera podido ser un matrimonio verdadero.

WANGEL

¿El primero? ¿Qué primero?

ELLIDA

El mío... con él.

WANGEL

*(La mira asombrado.)* ¡No te entiendo!

ELLIDA

¡Oh, querido Wangel! ¡No nos engañamos mutuamente! Ni a nosotros mismos tampoco.

WANGEL

Bien. ¿Pero y qué?

ELLIDA

¡Ves! No hay manera de destruir el hecho de que una promesa prestada voluntariamente es tan válida como un desposorio.

WANGEL

¡Pero, por Dios, que...!

ELLIDA

¡Déjame marcharme, Wangel!

WANGEL

¡Ellida!... ¡Ellida!

ELLIDA

Sí, sí, ¡déjame! Créeme; tiene que acabar en eso, por la manera como se hizo nuestra unión.

WANGEL

*(Con dolor reprimido.)* ¡Hasta esto hemos tenido que llegar!

ELLIDA

No podía ser de otro modo.

WANGEL

*(La mira dolorido.)* En nuestra vida en común no he podido ganarte. Nunca..., ¡nunca te he poseído por completo!

ELLIDA

¡Oh, Wangel, si pudiera amarte con qué gusto no lo haría! ¡Tanto como tú mereces! Pero lo veo claro...; eso no llegará nunca.

WANGEL

Una separación...; una separación legal es, pues, lo que quieres de mí.

ELLIDA

No me entiendes, querido. Las formas me preocupan poco. Creo que son cosas exteriores sin importancia. Lo que yo quiero es que nos avengamos a separarnos voluntariamente.

WANGEL

*(Amargamente.)* Sí..., deshacer el trato.

ELLIDA

*(Con vehemencia.)* ¡Eso es! Deshagamos el trato.

WANGEL

¿Y luego, Ellida? ¿Después? ¿Has pensado en lo que va a ser de nosotros? ¿En cómo van a ser tu vida y la mía?

ELLIDA

Eso es indiferente. Después, que sea lo que quiera. Lo que yo te pido, Wangel..., ¡eso es lo importante! ¡Déjame libre! ¡Devuélveme mi libertad completa!

WANGEL

Ellida, lo que me pides es una cosa terrible. Déjame, al menos, tiempo para decidirme. Deja que hablemos despacio de ello. Tú misma necesitas algún tiempo para meditar sobre lo que vas a hacer.

ELLIDA

¡No hay por qué perder tiempo en cosas semejantes! Yo necesito hoy mismo mi libertad.

WANGEL

¿Por qué hoy precisamente?

ELLIDA

Porque él viene esta noche.

WANGEL

*(Consternado.)* ¡Viene! ¡Él! ¿Qué es lo que tiene él que ver?

ELLIDA

Quiero presentarme ante él con completa libertad.

WANGEL

¿Pero qué es lo que piensas hacer?

ELLIDA

No quiero emplear el subterfugio de que soy la mujer de otro..., de que no puedo elegir, porque entonces no sería una decisión.

WANGEL

¡Hablas de elección! ¡Elección, Ellida! ¡Elección en este asunto!

ELLIDA

Sí, tengo que poder elegir. Las dos cosas. Necesito poder dejarle que se vaya solo..., y también poder marcharme con él.

WANGEL

¿Te das cuenta tú misma de lo que dices? ¡Marcharte con él! ¡Poner en sus manos tu destino!

ELLIDA

¡También lo puse en las tuyas! Y... sin más.

WANGEL

Quizás... ¡Pero él! ¡Un desconocido! ¡Un hombre de quien tan poco sabes!

ELLIDA

Acaso sabía menos de ti, y sin embargo me fuí contigo.

WANGEL

Entonces sabías, por lo menos aproximadamente, la clase de vida que te esperaba. ¿Pero

ahora? ¡Piénsalo! ¿Qué es lo que sabes ahora? Ni lo más mínimo. Ni siquiera quién es ni lo que es.

ELLIDA

*(Mirando a lo lejos.)* Es verdad. Pero precisamente eso es lo espantoso.

WANGEL

Sí, es espantoso...

ELLIDA

Y por eso mismo siento como si tuviera que ir a ello.

WANGEL

¿Porque te espera algo espantoso?

ELLIDA

Sí, precisamente por eso.

WANGEL

*(Acercándose a ella.)* Oye, Ellida..., ¿qué es lo que entiendes propiamente por espantoso?

ELLIDA

*(Reflexionando.)* Espantoso es... lo que asusta y atrae.

WANGEL

¿Atrae también?

ELLIDA

Sí, eso... sobre todo.

WANGEL

*(Lentamente.)* Tú eres como el mar...

ELLIDA

Eso es también lo espantoso.

WANGEL

Y en ti está también lo espantoso. Tú también asustas y atraes.

ELLIDA

¿Lo crees así, Wangel?

WANGEL

No te había penetrado bien nunca, nunca, hasta el fondo. Ahora empiezo a comprenderlo.

ELLIDA

¡Por eso tienes que devolverme mi libertad! Desligarme de toda relación contigo y con lo que es tuyo. Yo no soy aquella que tú creías. Ahora tú mismo lo ves. Ahora podemos separarnos de común acuerdo y por voluntad libre.

WANGEL

*(Dolorosamente.)* Quizás fuera lo mejor para ambos... el separarnos. Pero a pesar de todo no puedo hacerlo... Tú eres para mí lo espantoso, Ellida. Y lo que atrae es lo más fuerte en ti.

ELLIDA

¿Es eso verdad, Wangel?

WANGEL

Deja que tratemos de salir de estos días difíciles, sin perder la cabeza, sin alterarnos. Hoy

no puedo devolverte la libertad ni dejarte marchar. No tengo derecho a ello. No tengo derecho por ti, Ellida. Apelo a mi deber y a mi derecho para protegerte.

ELLIDA

¿Protegerme? ¿Protegerme contra qué? Si no me amenaza fuerza ni poder alguno de afuera... ¡Lo espantoso está más hondo, Wangel! Lo espantoso está en mí misma. Y contra eso, ¿qué podrías hacer?

WANGEL

Puedo fortalecerte y apoyarte en la lucha.

ELLIDA

Sí..., si yo quisiera luchar contra ello.

WANGEL

¿Es que no quieres?

ELLIDA

¡Eso es lo que ni yo misma sé!

WANGEL

Esta noche se decidirá todo, Ellida querida...

ELLIDA

*(Gritando de pronto.)* ¡Oh, pensar que la decisión está tan cerca! ¡La decisión para toda la vida!

WANGEL

Y luego, mañana...

ELLIDA

¡Sí, mañana! ¡Mañana quizás se haya perdido mi verdadero porvenir!

WANGEL

¡Tu verdadero...!

ELLIDA

Perdida toda mi vida de libertad..., ¡perdida, perdida para mí! Y acaso también para él.

WANGEL

*(En voz baja, cogiéndola por la muñeca.)* Ellida..., ¿amas a ese hombre?

ELLIDA

¿Si le...? ¡Yo qué sé! No sé más que él es para mí lo espantoso y que...

WANGEL

¿Y qué?...

ELLIDA

Y que... me parece que le pertenezco. *(Soltándose.)*

WANGEL

Empiezo a entenderlo casi todo.

ELLIDA

¿Y qué remedio encuentras para ello? ¿Qué me aconsejas?

WANGEL

*(Contemplándola tristemente.)* Bien; mañana se habrá ido. Luego se habrá apartado de tu cabeza

la desgracia, y yo tendré que dejarte en libertad. Entonces desharemos el trato, Ellida.

ELLIDA

¡Oh, Wangel! ¡Mañana es demasiado tarde!

WANGEL

*(Mirando hacia el jardín.)* ¡Las niñas, las niñas! ¡Tengamos al menos consideración para ellas... por ahora!

*(Por la derecha del jardín se ve a Arnholm, Bolette, Hilde y Lyngstrand. Lyngstrand se despide y se va por la izquierda; los demás entran en la habitación.)*

ARNHOLM

¡Vaya unos planes que hemos hecho!...

HILDE

Esta tarde queremos salir al fjord.

BOLETTE

¡No, no digas nada!

WANGEL

Nosotros dos hemos hecho planes también.

ARNHOLM

¿De veras?

WANGEL

Mañana se va Ellida a Skjoldvik... por algún tiempo.

BOLETTE

¿Se va?...

ARNHOLM

Eso me parece muy razonable, señora Wangel.

WANGEL

Ellida quiere volver a su casa; es decir, al mar.

HILDE

*(Saltando hacia Ellida.)* ¡Te vas! ¡Te vas de con nosotras!

ELLIDA

*(Asustada.)* ¡Pero Hilde! ¿Qué es eso?

HILDE

*(Conteniéndose.)* ¡Oh, no es nada! *(A media voz, apartándose de ella.)* ¡Márchate si quieres!

BOLETTE

*(Con temor.)* Padre..., lo veo bien...; tú te vas también... a Skjoldvik.

WANGEL

¿Cómo que?... ¡No, de ningún modo! La visitaré de cuando en cuando...

BOLETTE

¿Y nosotras?...

WANGEL

Os visitaré también...

BOLETTE

Sí, de cuando en cuando.

WANGEL

Tiene que ser así, hija mía. *(Se va hacia el fondo del cuarto.)*

ARNHOLM

*(En voz baja.)* Ya hablaremos más tarde, Bolette. *(Se va hacia Wangel y habla con él en voz baja, en la puerta.)*

ELLIDA

*(A media voz, a Bolette.)* ¿Qué le pasaba a Hilde? Parecía completamente trastornada.

BOLETTE

¿Nunca has notado qué es lo que Hilde ansía constantemente?

ELLIDA

¿Ansía?

BOLETTE

Desde que viniste a casa.

ELLIDA

No, no. ¿Qué es ello?

BOLETTE

Una sola palabra amable tuya.

ELLIDA

¡Oh!... ¿Habría aquí acaso una misión para mí? *(Se lleva las manos a la cabeza y mira a lo lejos, como luchando con ideas y sentimientos contradictorios.)*

*(Wangel y Arnholm pasean conversando en voz*

*baja. Bolette mira a la habitación de la derecha, y luego abre la puerta y dice):*

BOLETTE

La comida está en la mesa... Querido papá..., si tú...

WANGEL

*(Luchando por dominarse.)* ¿De veras, hija mía? Eso está bien. Haga el favor, Arnholm. Entremos y bebamos una copa de despedida con... la dama del mar.

*(Salen por la derecha.)*

# ACTO QUINTO

El mismo trozo de jardín que en el acto tercero. Crepúsculo. Va aumentando la obscuridad. Arnholm, Bolette, Lyngstrand e Hilde vienen por la izquierda, en un bote; luego Ballested.

HILDE

¡Eh, aquí podemos saltar muy bien a tierra!

ARNHOLM

¡No, no haga usted eso!

LYNGSTRAND

Señorita, yo no puedo saltar.

ARNHOLM

Yo prefiero que lo dejemos.

BOLETTE

Entonces desembarquemos en la escalera del balneario.

*(Siguen hacia la derecha.)*

BALLESTED

*(Aparece por el sendero de la derecha; trae cuadernos de notas y un cuerno de caza. Saluda a los*

*del bote y habla con ellos; las respuestas van sonando cada vez más lejos.)* ¿Qué dice usted?... Claro que es a causa del vapor inglés... Porque es la última vez que viene este año... Pero si quieren ustedes oir la música no deben tardar mucho... ¿Cómo? *(Moviendo la cabeza.)* No puedo oir lo que usted dice.

*(Ellida, con una manteleta sobre la cabeza, viene por la izquierda acompañada del doctor Wangel.)*

WANGEL

Te aseguro que tenemos tiempo de sobra todavía.

ELLIDA

No, no; no es verdad. Puede venir a cada momento.

BALLESTED

*(Al otro lado de la valla.)* ¡Buenas tardes, señor doctor! ¡Buenas tardes, señora!

WANGEL

¡Ah, es usted! ¿Se hace aquí música esta noche?

BALLESTED

Sí, la Sociedad «El Cuerno» tiene la intención de hacerse oir. En este tiempo tenemos pocas ocasiones. Esta noche será en honor del vapor inglés.

ELLIDA

¡El inglés! ¿Es que está ya a la vista?

BALLESTED

Todavía no. Pero viene por entre las islas. Antes de que uno se dé cuenta ya está ahí.

ELLIDA

Sí, es verdad.

WANGEL

*(A Ellida.)* Esta noche es el último viaje. Ya no volverá más.

BALLESTED

Eso es muy triste, señor doctor. Pero precisamente por ello queremos honrarle como he dicho. ¡Sí, sí! El verano está ya terminado. Pronto estarán cerradas todas las vías marítimas, como se dice en la tragedia.

ELLIDA

Sí...; todas las vías marítimas cerradas.

BALLESTED

Es triste tener que pensarlo. Durante semanas y meses hemos vivido alegres el verano. Y ahora resulta difícil hacerse a la obscuridad. Al principio quiero decir. Porque el hombre puede aclimatarse, señora Wangel. Puede, puede. *(Saluda y se va por la izquierda.)*

ELLIDA

*(Mirando hacia el fjord.)* ¡Oh, esta terrible espera! ¡Esta media hora antes de la decisión!

WANGEL

¿Sigues firme en que quieres hablar tú misma con él?

ELLIDA

Sí; quiero hablar yo misma con él. Porque quiero hacer libremente mi elección.

WANGEL

Ellida, tú no puedes elegir. No te doy el derecho de elegir.

ELLIDA

El que elija no puedes impedírmelo. Ni tú ni nadie. Podrás prohibirme que... me vaya con él..., que viaje con él..., en el caso de que eligiera eso. Podrás retenerme por la violencia, contra mi voluntad. Eso puedes hacerlo. Pero que yo elija..., que en lo más íntimo de mi alma elija..., que le elija a él y no a ti..., si quiero y debo elegir así, eso no podrás impedirlo.

WANGEL

Ahora tienes razón. No, eso no podré impedirlo.

ELLIDA

Y luego no cuento con nada que me ayude a resistir. Aquí no hay ni lo más mínimo que me ate. En tu casa no he echado raíz alguna, Wangel. Tus hijas no me pertenecen; su corazón, quiero decir. No lo he poseído nunca. Si me marcho..., si me marcho esta noche con él o mañana a

Skjoldvik, no tendré que entregar ni una llave ni que dejar la menor orden. Hasta tal punto vivo desarraigada en tu casa. De tal manera he sido como una extraña desde el primer momento.

WANGEL

Tú misma lo quisiste así.

ELLIDA

No, yo no lo quise así. Ni lo quise ni dejé de quererlo. No hice más que dejarlo todo tal como lo encontré el primer día. Tú fuiste..., y nadie más, quien quiso que fuera así.

WANGEL

Yo creía que era lo mejor para ti.

ELLIDA

¡Oh, eso lo sé muy bien, Wangel! Pero ahora parece como que hay algo que se venga. Porque ahora no hay aquí nada que tenga fuerza para ligarme..., ningún apoyo para mí..., ningún auxilio...; me falta todo amor para lo que hubiera debido ser nuestra más íntima vida.

WANGEL

Lo veo muy claro, Ellida. Y por eso desde mañana tendrás libertad completa. Desde mañana podrás vivir tu propia vida.

ELLIDA

¡Y a eso lo llamas mi propia vida! ¡Oh, no; mi propia vida, la verdadera, salió de sus carriles

cuando consentí en unirme contigo! *(Retorciéndose las manos con terror y angustia.)* Y ahora..., dentro de una hora..., vendrá él, aquel a quien yo he sido infiel..., aquel a quien yo debiera haber guardado la misma fe que él a mí. Ahora viene y me ofrece por última y única vez..., me ofrece vivir de nuevo la vida, mi propia vida, la verdadera..., la vida que espanta y atrae...

WANGEL

Precisamente por eso es necesario que tu marido y tu médico... te quite el arbitrio y obre por ti.

ELLIDA

Sí, Wangel, lo comprendo. ¡Oh, créeme que hay momentos en que me parece que encontraría la paz y la salvación en poder refugiarme en ti... y tratar de huir a todos los poderes que espantan y atraen! Pero tampoco eso puedo hacerlo. ¡No, no, no puedo!

WANGEL

Ven, Ellida; vamos a pasear un poco.

ELLIDA

Con gusto lo haría. Pero no puedo..., pues él dijo que debía esperarle aquí.

WANGEL

Ven, ven. Te sobra tiempo todavía.

ELLIDA

¿Lo crees así?

WANGEL

Te digo que tiempo de sobra.

ELLIDA

Entonces paseemos un poco. *(Salen por el fondo, a la derecha.)*

*(Arnholm y Bolette vienen por la derecha de atrás de la orilla opuesta del estanque.)*

BOLETTE

*(Viendo a los que salen.)* ¡Vea usted!...

ARNHOLM

*(En voz baja.)* ¡Silencio! Déjelos usted.

BOLETTE

¿Comprende usted lo que pasa entre ellos estos últimos días?

ARNHOLM

¿Ha notado usted algo?

BOLETTE

¿Que si he notado algo?

ARNHOLM

Algo de particular.

BOLETTE

Varias cosas. ¿Usted no?

ARNHOLM

No sé bien...

BOLETTE

Claro que ha tenido usted que notar algo. Sólo que no lo quiere decir.

ARNHOLM

Yo creo que a su madrastra le haría bien ese viaje.

BOLETTE

¿Lo cree usted?

ARNHOLM

Sí; casi me parece que sería lo mejor para todos el que saliera de vez en cuando.

BOLETTE

Si se marcha mañana a Skjoldvik, no volverá más.

ARNHOLM

Pero, querida Bolette, ¿cómo se le ha ocurrido a usted eso?

BOLETTE

Estoy segura de ello. Aguarde usted si no. Ya verá usted cómo no vuelve. Por lo menos, mientras Hilde y yo estemos en casa.

ARNHOLM

¿También Hilde?

BOLETTE

Con Hilde es posible que las cosas se arreglasen, porque en el fondo no es más que una niña

todavía, y además adora en Ellida. Pero conmigo ya es otra cosa. Una madrastra que no es mayor que una misma...

ARNHOLM

Querida Bolette, quizás no pasará mucho tiempo hasta que usted se vaya.

BOLETTE

*(Con vehemencia.)* ¡Qué dice usted! ¿Ha hablado usted de eso con papá?

ARNHOLM

Sí, también hablé con él.

BOLETTE

¿Y qué ha dicho?

ARNHOLM

¡Oh, su padre está estos días tan ocupado con otras cosas!...

BOLETTE

Eso ya lo decía yo.

ARNHOLM

Pero por lo menos he podido sacarle lo bastante para deducir que no puede usted contar con su ayuda.

BOLETTE

¿No?

ARNHOLM

Habló detalladamente de su situación conmigo. Y dice que una cosa por el estilo es imposible para él.

BOLETTE

*(Reprochándole.)* Y luego tiene usted valor para venir burlándose de mí.

ARNHOLM

No me burlaba de ningún modo. Sólo de usted depende... el salir o no salir de aquí.

BOLETTE

¿Qué es lo que dice usted que depende de mí?

ARNHOLM

El salir al mundo, adonde pueda usted aprender todas las cosas que desea. Participar en todo lo que usted ansía aquí en casa. Vivir en condiciones más favorables. ¿Qué dice usted a eso?

BOLETTE

*(Juntando las manos.)* ¡Oh, Dios mío! Pero eso es imposible. Si papá no puede ni quiere... Porque no tengo nadie más en el mundo a quien pudiera dirigirme.

ARNHOLM

¿Es que no querría usted aceptar una pequeña ayuda de... su antiguo maestro?

BOLETTE

¿De usted, señor Arnholm? Sería usted capaz...

ARNHOLM

¿De auxiliarla a usted? Con el mayor placer. Con el consejo lo mismo que con obras. Esté

usted segura de ello. ¿Quiere usted, pues? ¿Eh? ¿Consiente usted?

BOLETTE

¡Que si consiento! ¡Salir de aquí! ¡Ver el mundo..., aprender a conciencia! ¡Todas esas cosas que yo no pensaba más que como en un hermoso sueño!...

ARNHOLM

Pues bien: todo eso puede hacerse realidad para usted... con sólo que usted quiera.

BOLETTE

¿Y usted quiere ayudarme a conseguir toda esa dicha indecible? ¡Oh, no! Pero dígame usted: ¿es que puedo aceptar un sacrificio semejante de un extraño?

ARNHOLM

De mí puede usted aceptarlo, Bolette. De mí puede usted aceptar eso y todo.

BOLETTE

*(Cogiendo sus manos.)* ¡Oh, sí; casi estoy por creer que puedo aceptarlo! No sé cómo es, pero... ¡Oh, podía reir y llorar de alegría! ¡De dicha!... De modo que por fin voy a vivir de veras... Ya empezaba a temer que la vida pasase para mí sin que pudiese conocerla.

ARNHOLM

De eso no tiene usted que tener miedo, querida Bolette. Pero ahora quiero que me diga usted... si hay algo..., algo que la ligue aquí.

BOLETTE

¿Que me ligue? No, nada.

ARNHOLM

¿Absolutamente nada?

BOLETTE

No, nada. Es decir, papá me contiene en cierto modo, e Hilde también; pero...

ARNHOLM

De todos modos, a su padre tendrá usted que abandonarlo más tarde o más temprano. E Hilde irá con el tiempo a su propio camino en la vida. Esto no es más que una cuestión de tiempo. ¿No hay, pues, ninguna otra cosa que la ligue a usted? ¿Ninguna relación de cualquier género?

BOLETTE

Ninguna. En cuanto a eso puedo marcharme cuando me parezca bien.

ARNHOLM

Pues si ello es así, querida Bolette..., se marchará usted conmigo.

BOLETTE

*(Palmoteando.)* ¡Oh, Dios mío, qué dicha el pensarlo!

ARNHOLM

Espero que tendrá usted plena confianza en mí.

BOLETTE

La tengo completa.

ARNHOLM

¿Se atreve usted, pues, a confiar en mis manos a sí misma y todo su porvenir? ¿Verdad que se atreve usted?

BOLETTE

¡Sin duda! ¿Por qué no había de confiar en usted? Usted, mi viejo maestro..., quiero decir, el que fué mi maestro.

ARNHOLM

No es por eso solamente. A ese aspecto de la cuestión no le doy yo gran importancia. Pero... ahora... es usted libre, Bolette. Nada hay que la ate a usted. Y yo le pregunto... si quiere usted... unirse conmigo para toda la vida.

BOLETTE

*(Retrocede asustada.)* ¡Oh!, ¿qué es lo que dice usted?

ARNHOLM

Para toda la vida, Bolette. ¿Quiere usted ser mi mujer?

BOLETTE

*(A media voz.)* ¡No, no, no! ¡Eso es imposible! Del todo.

ARNHOLM

¿De veras es imposible para usted?...

BOLETTE

No; no puede usted pensar eso en serio, señor Arnholm. *(Mirándole.)* O... acaso... ¿Era eso lo que usted pensaba al ofrecerme hacer tanto por mí?

ARNHOLM

Ahora es preciso que me oiga usted un poco, Bolette. Parece que la he sorprendido a usted.

BOLETTE

¿Pero cómo no iba a sorprenderme una cosa semejante... de usted?

ARNHOLM

Puede ser que tenga usted razón. Usted no sabía..., no podía usted saberlo, que yo había venido aquí por usted.

BOLETTE

¿Ha venido usted... por mí?

ARNHOLM

Sí; así es, Bolette. En la primavera recibí una carta de su padre de usted, y en ella había un pasaje que me hacía esperar que usted conservaba de su antiguo maestro un recuerdo más que amistoso.

BOLETTE

¿Cómo es posible que papá escribiera cosas semejantes?

ARNHOLM

Él no lo había dicho en ese sentido. Pero yo me acostumbré a la idea de que aquí había una mujer que aguardaba mi regreso... No, no me interrumpa usted ahora, querida Bolette. Y... compréndalo usted...: cuando, como yo, se ha pasado de la juventud propiamente dicha, una creencia..., una imaginación semejante..., hace una profunda impresión. Se despertó en mí una apasionada..., una agradecida inclinación hacia usted, Bolette. Me parecía que debía venir aquí..., volver a verla... Decirla que compartía los sentimientos que yo me figuraba que usted sentía por mí.

BOLETTE

¡Pero ahora que ya sabe usted que no era así; que era una equivocación!...

ARNHOLM

Eso no remedia nada, Bolette. Su imagen tendrá para mí en adelante los colores y el carácter que le prestó aquella equivocación. Acaso no lo comprenda usted, pero ello es así.

BOLETTE

No hubiera nunca creído que pudieran pasar cosas semejantes.

ARNHOLM

Pero después que ha visto usted que no es imposible, ¿qué dice usted, Bolette? ¿No podría usted decidirse... a ser mi mujer?

BOLETTE

¡Oh, me parece tan imposible!... ¡Con usted que ha sido mi maestro! No puedo figurarme estando frente a usted en otra relación.

ARNHOLM

Bien; si usted de veras cree que no puede en absoluto... Entonces nuestras relaciones seguirán siendo las mismas, querida Bolette.

BOLETTE

¿Qué quiere usted decir?

ARNHOLM

Yo mantengo, naturalmente, mi promesa. Yo cuidaré de que usted pueda salir de aquí y ver el mundo. De que aprenda usted algo para lo que tenga verdadera afición, y vivir en situación segura e independiente. Y por su porvenir he de cuidar también. En mí ha de tener usted siempre un buen amigo. De eso puede usted estar segura.

BOLETTE

Pero todo eso se ha hecho imposible.

ARNHOLM

¿También eso es imposible?

BOLETTE

Puede usted figurárselo. ¡Después de lo que usted me ha dicho... y de la respuesta que yo le

he dado!... ¡Usted mismo tiene que ver que ahora no puedo aceptar de usted tanto como me ofrece! ¡Ni lo más mínimo puedo aceptar de usted, después de lo que ha ocurrido!

ARNHOLM

¿Entonces prefiere usted quedarse en su casa y dejar que la vida paso por delante de usted sin conocerla ni probarla?

BOLETTE

¡Oh, el pensar eso es también tan terrible!...

ARNHOLM

¿Quiere usted renunciar a ver el mundo? ¡Saber que hay tantas cosas y no llegar nunca a conocerlas! Piénselo usted bien, Bolette.

BOLETTE

Sí, sí; le sobra a usted razón, señor Arnholm.

ARNHOLM

Y luego..., el día que su padre falte..., encontrarse acaso sola y sin amparo en el mundo. O quizás entregarse a otro hombre por el cual... tampoco sienta usted amor alguno.

BOLETTE

Sí; bien veo cuánta razón tiene usted... en lo que dice. Y sin embargo..., o quizás...

ARNHOLM

*(Rápidamente.)* Y bien...

BOLETTE

*(Mirándole dubitativamente.)* Acaso no fuera tan imposible...

ARNHOLM

¿El qué, Bolette?

BOLETTE

Quizás sería posible... consentir... en lo que usted me ha propuesto.

ARNHOLM

¿Cree usted que acaso...? ¿Que por lo menos querrá usted darme la alegría de dejar que la ayude como un fiel amigo?

BOLETTE

¡No, no! ¡Eso nunca! ¡Eso sería imposible! No..., Arnholm...; para eso prefiero que me tome usted...

ARNHOLM

¡Bolette! ¿Quiere usted de veras?

BOLETTE

Sí..., me parece... que quiero.

ARNHOLM

¿Quiere usted, pues, ser mi mujer?

BOLETTE

Sí, si usted cree... que puedo serlo.

ARNHOLM

¡Sí, yo creo!... *(Cogiendo su mano.)* ¡Oh, gracias!... ¡Gracias, Bolette! Lo demás..., su indecisión no

me asusta. Si ahora no poseo por entero su corazón, ya sabré conquistarlo. ¡Oh, Bolette, la haré a usted feliz como una reina!

BOLETTE

Y podré ver el mundo. Podré vivir la vida. Me lo ha prometido usted.

ARNHOLM

Y mantengo mi promesa.

BOLETTE

Y podré aprender todo lo que deseo.

ARNHOLM

Yo mismo seré su maestro. Como en otros tiempos. Acuérdese del último año de nuestras lecciones.

BOLETTE

*(Sosegadamente y sumida en sus reflexiones.)* ¡Oh, sólo de pensarlo...! ¡Verse libre..., ir a lo desconocido!... Y no tener que preocuparse del porvenir. No tener que vivir pendiente de cómo se habrá de salir adelante...

ARNHOLM

No; en cosas semejantes no tendrá usted que emplear un solo pensamiento. Y... ¿verdad, Bolette querida?... Eso es también algo.

BOLETTE

Sí que lo es. Sin duda lo es.

ARNHOLM

*(Pasando el brazo alrededor de su talle.)* ¡Oh, ya verá usted qué cómoda y qué simpática será nuestra casa! ¡Y qué bien nos entenderemos los dos, Bolette!

BOLETTE

Sí, empiezo a... Creo que... se arreglará bien. *(Mira hacia la derecha y se suelta rápidamente.)* ¡Oh, pero no diga usted nada!

ARNHOLM

¿Qué es eso, querida?

BOLETTE

¡Oh, el pobre!... Mire usted hacia allí.

ARNHOLM

¿Su padre?...

BOLETTE

No, el escultor. Allí va con Hilde.

ARNHOLM

¡Hum! Lyngstrand. ¿Qué es lo que pasa con él?

BOLETTE

Ya sabe usted lo débil y lo enfermizo que es.

ARNHOLM

Sí, a lo mejor no son más que figuraciones.

BOLETTE

¡Oh, no; es, desgraciadamente, verdad! No ha

de vivir mucho tiempo. Por más que acaso sea lo mejor para él.

ARNHOLM

¿Por qué ha de ser lo mejor?

BOLETTE

Porque... porque no ha de hacer nunca nada con su arte... Vayámonos antes de que vengan.

ARNHOLM

Con toda mi alma, querida Bolette. *(Se van hacia la izquierda.)*

*(Se ve venir a la derecha por el estanque a Hilde y a Lyngstrand.)*

HILDE

¡Eh, eh! ¿No quieren los señores esperar por nosotros?

ARNHOLM

Preferimos ir un poco adelante. *(Se van los dos.)*

LYNGSTRAND

*(Ríe con risa sosegada.)* Esto es admirable. Todas las gentes andan aquí en parejas. Siempre dos a dos.

HILDE

*(Siguiéndoles con la vista.)* Me atrevería a jurar que se le está declarando.

LYNGSTRAND

¿Sí? ¿Ha notado usted algo?

HILDE

Ya lo creo. Eso no es difícil... cuando se tienen los ojos abiertos.

LYNGSTRAND

Pero Bolette no le acepta; estoy seguro de ello.

HILDE

No, porque le parece que se ha puesto terriblemente viejo. Y además cree que se va a quedar calvo en seguida.

LYNGSTRAND

No sólo por eso. Aunque no fuera así, no le aceptaría.

HILDE

¿Y usted qué sabe?

LYNGSTRAND

Porque hay otro a quien ella ha prometido pensar en él.

HILDE

¿Nada más que pensar en él?

LYNGSTRAND

Mientras él está ausente.

HILDE

¡Oh!, entonces es usted en quien debe pensar.

LYNGSTRAND

Es posible.

HILDE

¿Se lo ha prometido a usted?

LYNGSTRAND

Sí; figúrese usted, me lo ha prometido. Pero no le diga usted que lo sabe.

HILDE

¡Que Dios selle mi boca! Seré muda como una tumba.

LYNGSTRAND

¡Oh, es tan simpático de su parte!

HILDE

¿Se prometerá usted con ella cuando regrese? ¿Y luego se casará usted?

LYNGSTRAND

No; eso no podrá arreglarse, pues durante los primeros años no estaré en situación de pensar en tales cosas. Y cuando pueda hacerlo será ya demasiado vieja para mí.

HILDE

¿Y a pesar de eso pide usted que piense en usted constantemente?

LYNGSTRAND

Sí; eso es conveniente para mí. Como artista, ¿sabe usted? Y ella puede hacerlo fácilmente, porque no tiene ninguna profesión propiamente. Pero, sin embargo, está muy bien de su parte.

HILDE

¿Es que cree usted que podrá trabajar mejor en su arte si Bolette piensa en usted?

LYNGSTRAND

Sí que lo creo... Saber que en un rincón del mundo hay una mujer joven y delicada que en su soledad tranquila sueña con uno... Me parece que una cosa semejante tiene que ser... algo así... No sé bien cómo llamarla.

HILDE

¿Quiere usted decir estimulante?

LYNGSTRAND

¿Estimulante? Eso es. Estimulante es lo que yo quería decir, o cosa parecida. *(Mirándola un rato.)* Usted es tan inteligente, señorita Hilde... Enormemente inteligente es usted. Cuando yo vuelva tendrá usted aproximadamente la edad que ahora su hermana. Y acaso se parezca usted entonces a su hermana ahora. Y quizás tendrá usted la misma manera de ser que su hermana ahora. Quizás sea usted usted misma y ella... al mismo tiempo.

HILDE

¿Le gustaría a usted eso?

LYNGSTRAND

No lo sé bien. Sí, casi creo que sí. Pero ahora..., este verano, me gusta más que siga usted siendo como es. Tal como es.

HILDE

¿Es así como le gusto a usted más?

LYNGSTRAND

Sí, así me gusta usted extraordinariamente.

HILDE

¡Hum!... Dígame usted. Como artista..., ¿le gusta a usted que en el verano lleve siempre vestidos claros?

LYNGSTRAND

Me gusta muchísimo.

HILDE

¿De modo que cree usted que me sientan bien los colores claros?

LYNGSTRAND

Sí; para mi gusto lo claro le sienta a usted maravillosamente.

HILDE

Pero, dígame usted... Como artista..., ¿cómo cree usted que estaría de negro?

LYNGSTRAND

¿De negro, señorita?

HILDE

Sí, toda de negro. ¿Cree usted que me estaría bien?

LYNGSTRAND

Lo negro, en realidad, no es para el verano. Pero seguramente que de negro estaría usted admirablemente. Precisamente para usted...

HILDE

De negro hasta el cuello... Una cinta negra alrededor del cuello... Guantes negros... Y por detrás un velo negro muy largo.

LYNGSTRAND

Si se vistiese usted así, quisiera ser pintor... para pintar una viuda triste, joven y hermosa.

HILDE

O una novia joven y alegre.

LYNGSTRAND

Eso todavía mejor. ¿Pero no querrá usted vestirse así?

HILDE

No sé. Pero me parece que eso es estimulante.

LYNGSTRAND

¿Estimulante?

HILDE

Para pensarlo, sí. *(Señalando a la izquierda hacia el mar.)* ¡Vea usted lo que viene allí!

LYNGSTRAND

*(Mirando en la misma dirección.)* ¡El vapor inglés! ¡Y llegando al desembarcadero!

*(Wangel y Ellida vienen por el estanque a la derecha.)*

WANGEL

No; te aseguro, querida Ellida, que te equivocas. *(Viendo a los otros dos.)* ¡Oh! ¿Estáis aquí? ¿Verdad, señor Lyngstrand, que no está todavía a la vista?

LYNGSTRAND

¿Qué? ¿El inglés?

WANGEL

Sí.

LYNGSTRAND

Mírelo usted allí, señor doctor.

ELLIDA

¡Oh!... Ya lo sabía.

WANGEL

Ya está ahí.

LYNGSTRAND

Puede decirse que ha llegado como un ladrón nocturno. Tan silencioso y tan sin ruido...

WANGEL

Acompañe usted a Hilde al desembarcadero. ¡Dése usted prisa! Ella querrá oir la música, de seguro.

LYNGSTRAND

Estábamos pensando precisamente en irnos hacia allá, señor doctor.

WANGEL

Nosotros iremos luego. Pronto iremos.

HILDE

*(En voz baja a Lyngstrand.)* Esos dos andan también emparejados. *(Se van a través del jardín por la izquierda. Durante lo que sigue, música en el fjord.)*

ELLIDA

¡Ha venido! ¡Está aquí! Sí, sí..., lo siento.

WANGEL

Mejor será que te vayas a casa, Ellida. Deja que le hable yo.

ELLIDA

¡Oh, no; eso es imposible! ¡Imposible te digo! *(Da un grito.)* ¡Oh! ¿No lo ves, Wangel?

*(El forastero aparece por la izquierda y se queda en el sendero, fuera de la valla.)*

EL FORASTERO

*(Saludando.)* Buenas tardes. Aquí me tienes de nuevo, Ellida.

ELLIDA

Sí, sí; ahora ha llegado la hora.

EL FORASTERO

¿Estás preparada para la marcha, o no lo estás?

WANGEL

Ya puede usted ver que no lo está.

EL FORASTERO

No me refiero a los vestidos de viaje o cosas semejantes, ni tampoco a los baúles. Todo lo que

necesita para el viaje lo tengo ya a bordo. También he pedido un camarote para ella. *(A Ellida.)* Lo que te pregunto es si estás preparada a seguirme..., a seguirme por tu propia voluntad.

ELLIDA

¡Oh, no me pregunte usted! ¡No me tiente usted.

*(Se oye a alguna distancia la campana del vapor.)*

EL FORASTERO

Acaba de sonar por primera vez la campana de a bordo. Ahora tienes que decir sí o no.

ELLIDA

*(Retorciéndose las manos.)* ¡Una decisión, una decisión! ¡Una decisión para toda la vida! ¡No poder volverse atrás nunca!

EL FORASTERO

¡Nunca! Dentro de media hora será ya demasiado tarde.

ELLIDA

*(Mirándole fijamente.)* ¿Por qué tiene usted ese empeño en que me vaya con usted?

EL FORASTERO

¿Es que no sientes tú, como yo, que nos pertenecemos mutuamente?

ELLIDA

¿Por causa de aquella promesa quiere usted decir?

EL FORASTERO

Las promesas no ligan a nadie; ni al hombre ni a la mujer. Si yo te busco con este empeño es porque no puedo hacerlo de otro modo.

ELLIDA

*(En voz baja y palpitante.)* ¿Por qué no vino usted antes?

WANGEL

¡Ellida!

ELLIDA

*(Con vehemencia.)* ¡Oh!... ¡Lo que incita y atrae... allá a lo desconocido! ¡Toda la fuerza del mar está en él!

*(El forastero salta al jardín.)*

ELLIDA

*(Retrocediendo y colocándose detrás de Wangel.)* ¿Qué es eso; qué quiere usted?

EL FORASTERO

Ya lo veo..., y ya te oigo, Ellida... ¡Por fin es a mí a quien eliges!

WANGEL

*(Saliéndole al encuentro.)* Mi esposa no tiene aquí elección ninguna. Yo estoy encargado de elegir por ella, así como de protegerla. Sí, protegerla. Si usted no desaparece... para no volver nunca..., ¿sabe usted a lo que se expone?

ELLIDA

¡No, no, Wangel; eso no!

EL FORASTERO

¿Qué quiere usted hacerme?

WANGEL

Haré que le prendan a usted como a un delincuente. ¡En seguida! Antes de que se haya ido usted a bordo, porque conozco perfectamente la historia de la muerte aquella en Skjoldvik.

ELLIDA

¡Wangel!... ¿Cómo puedes ser capaz...?

EL FORASTERO

Con eso había contado ya, y por eso *(Sacando un revólver del bolsillo)*, por eso me he provisto de esto.

ELLIDA

*(Colocándose ante Wangel.)* ¡No, no; no le mates! ¡Mátame a mí primero!

EL FORASTERO

Ni a ti ni a él. Estáte tranquila. Está destinado para mí, porque yo quiero vivir y morir como hombre libre.

ELLIDA

*(Con excitación creciente.)* ¡Wangel!... ¡Déjame decírtelo..., decírtelo de modo que él lo oiga! ¡Puedes, si quieres, retenerme aquí! Para ello tienes medios y poder, ¡y lo harás de seguro! ¡Pero mi alma..., mis pensamientos..., mis ansias todas y mis anhelos..., esos no podrás encadenar-

los! ¡Esos ansiarán y lucharán... por lo desconocido que allá afuera alienta..., para lo que yo había nacido..., y que tú has cerrado para mí!

WANGEL

*(Con sosegado dolor.)* Lo veo bien, Ellida. Paso a paso te voy perdiendo. Tu ansia hacia lo infinito y lo ilimitado..., hacia lo inalcanzable..., sumirá en obscura noche a tu alma.

ELLIDA

¡Sí, sí; lo siento sobre mí! ¡Como un peso silencioso y obscuro!

WANGEL

Eso hay que impedirlo. Y no hay otra salvación. Por lo menos yo no veo otra. Y por eso..., por eso... deshago aquí mismo el trato... Y ahora puedes elegir tu camino... con plena..., plena libertad.

ELLIDA

*(Lo mira asombrada y sin habla un momento.)* ¿Es verdad..., es verdad... lo que dices? ¿Lo piensas así? ¿Lo piensas así en lo más íntimo de tu corazón?

WANGEL

Sí; en lo más íntimo de mi corazón dolorido lo pienso así.

ELLIDA

¿Y podrás hacerlo? ¿Serás capaz de hacerlo?

WANGEL

Sí; puedo hacerlo. Lo puedo..., porque te quiero tan hondamente...

ELLIDA

*(Palpitante y con voz queda.)* ¿Tan honda..., tan honda en tu corazón... me tienes?

WANGEL

Eso lo han hecho los años y nuestra vida en común.

ELLIDA

*(Retorciéndose las manos.)* ¡Y yo que no lo veía!

WANGEL

Tus pensamientos iban por otro camino. Pero ahora..., ahora estás completamente desligada de mí y de todo lo que me pertenece. Ahora puede volver tu verdadera vida a sus carriles, pues ahora puedes elegir con plena libertad y bajo tu propia responsabilidad, Ellida.

ELLIDA

*(Se coge la cabeza con las manos y mira hacia Wangel.)* ¡Con libertad y... bajo mi propia responsabilidad! ¿También responsabilidad?... Esto es lo que determina... el cambio.

*(Suena otra vez la campana del vapor.)*

EL FORASTERO

¿Oyes, Ellida? ¡Suena por última vez! Vámonos.

ELLIDA

*(Se vuelve hacia él, le mira con fijeza y con voz entera dice)*: ¡Después de lo que ha ocurrido, jamás iré con usted!

EL FORASTERO

¿No vienes?

ELLIDA

*(Cogiéndose a Wangel.)* ¡Oh, jamás te abandonaré, después de lo que ha ocurrido!

WANGEL

¡Ellida, Ellida!

EL FORASTERO

¿De modo que se ha acabado todo?

ELLIDA

Se ha acabado para siempre.

EL FORASTERO

Ya lo veo, ya. Aquí hay algo más fuerte que mi voluntad.

ELLIDA

Su voluntad no tiene ahora el menor poder sobre mí. Para mí es usted un ahogado que ha vuelto a salir del mar..., y que se vuelve al mar. Ya no me produce usted miedo, ni me atrae tampoco.

EL FORASTERO

Usted siga bien, señora Wangel. *(Salta la valla.)* En adelante no será usted para mí... más que un

naufragio en mi vida, del que he logrado salvarme.

WANGEL

*(La contempla un instante.)* Ellida, tu alma es como el mar. Tiene flujos y reflujos. ¿Cómo fué posible ese cambio?

ELLIDA

¿No comprendes que el cambio vino..., que el cambio tenía que venir... desde el momento que podía elegir con libertad?

WANGEL

¿Y ya no te atrae más lo desconocido?

ELLIDA

No me atrae ni me espanta. Hubiera podido arrojar una mirada en él..., hubiera podido ir a él... sólo con que hubiera querido. Podía haberlo elegido, y por eso he podido renunciar a él.

WANGEL

Poco a poco voy comprendiéndote. Tú piensas y sientes en imágenes y representaciones visibles. Tu anhelo hacia el mar..., tu inclinación hacia él..., hacia ese hombre..., todo eso no era más que la expresión de un ansia de libertad que nacía y crecía en ti. Nada más que eso.

ELLIDA

¡Oh, no sé si tendrás razón! Pero has sido un buen médico para mí. Encontraste el remedio...

y osaste aplicarlo...; el único remedio que podía salvarme.

WANGEL

Sí; en casos de extremo peligro osamos tanto nosotros los médicos... ¿Te quedarás ahora conmigo, Ellida mía?

ELLIDA

Sí, amigo mío querido. Ahora me quedaré contigo; ahora puedo hacerlo. Porque lo hago con libertad..., voluntariamente y bajo mi propia responsabilidad.

WANGEL

*(Contemplándola amorosamente.)* ¡Ellida, Ellida! ¡Oh, poder pensar que podremos vivir en adelante el uno para el otro!...

ELLIDA

Y con los mismos recuerdos..., tuyos como míos.

WANGEL

¿Verdad que sí, Ellida mía?

ELLIDA

Y para nuestras hijas, Wangel.

WANGEL

¡Nuestras dices!

ELLIDA

Para ellas, a quienes no poseo..., pero a las que trataré de conquistar.

WANGEL

¡Nuestras! *(Le besa apasionadamente las manos.)* ¡Oh, gracias infinitas por esa palabra!

*(Hilde, Ballested, Lyngstrand, Arnholm y Bolette entran por el jardín por la izquierda. Al mismo tiempo pasan por el sendero las gentes jóvenes de la ciudad y los veraneantes.)*

HILDE

*(A media voz, a Lyngstrand.)* ¡Mire usted!... Papá y ella parecen dos novios.

BALLESTED

Estamos en verano, señorita.

ARNHOLM

*(Mirando a Wangel y Ellida.)* Ahora sale el inglés.

BOLETTE

*(Yendo hacia la valla.)* Desde aquí se le ve mejor.

LYNGSTRAND

Es el último viaje de este año.

BALLESTED

Pronto se habrán cerrado todas las vías, como dice el poeta. ¡Qué triste es eso, señora Wangel! Y ahora vamos a perderla a usted por algún tiempo. He oído que se marchaba usted mañana a Skjoldvik.

WANGEL

No, ya no hará el viaje. Esta noche hemos resuelto otra cosa.

ARNHOLM

*(Mirándolos alternativamente.)* ¿De veras?

BOLETTE

*(Acercándose a Wangel.)* ¿Es verdad eso, papá?

HILDE

*(A Ellida.)* ¿Te quedas con nosotras?

ELLIDA

Sí, querida Hilde...; es decir, si tú quieres que me quede.

HILDE

*(Entre llorando y riendo.)* ¡Oh..., que si yo quiero!

ARNHOLM

*(A Ellida.)* ¡Esto sí que es una sorpresa!

ELLIDA

*(Sonriendo.)* Vea usted, señor Arnholm... ¿Se acuerda usted de nuestra conversación de ayer? Cuando una se ha vuelto una criatura de tierra... no vuelve a encontrar el camino que la lleve al mar... ni a la vida del mar.

BALLESTED

¡Pero eso es exactamente lo mismo que mi sirena!

ELLIDA

Poco más o menos.

BALLESTED

Con la única diferencia que mi sirena... muere por ello. Pero los hombres, los hombres pueden aclimatarse. ¡Sí, sí, señora Wangel; yo se lo aseguro a usted...: los hombres pueden aclimatarse!

ELLIDA

Sí, con libertad pueden hacerlo, señor Ballested.

WANGEL

Y bajo su propia responsabilidad, querida Ellida.

ELLIDA

*(Estrechándole la mano.)* Eso es.

*(El gran vapor se desliza sin ruido por el fjord. La música va sonando más cerca de tierra.)*

FIN

# FE DE ERRATAS

| Página. | Línea. | Dice. | Debe decir. |
|---|---|---|---|
| 17 | 17 | traje de casa | traje de caza |
| 109 | 15 | ¿lo propagarías | ¿lo dejarías |
| 181 | 22 | a mi cara | a mi en cara |

# ÍNDICE

Págs.

Los guerreros del Norte ..... 5
La Señora Inger de Ostrot ..... 135
La Dama del Mar ..... 313

# BIBLIOTECA CLÁSICA

## OBRAS PUBLICADAS

### Clásicos griegos.

| | Tomos. |
|---|---|
| HOMERO: *La Ilíada* | 3 |
| — *La Odisea* | 2 |
| HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia* | 2 |
| PLUTARCO: *Las vidas paralelas* | 5 |
| ARISTÓFANES: *Teatro completo* | 3 |
| ESQUILO: *Teatro completo* | 1 |
| POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Demócrito, Bión y Mosco)* | 1 |
| XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia* | 1 |
| — *La Cyropedia* | 1 |
| — *Las Helénicas* | 1 |
| LUCIANO: *Obras completas* | 4 |
| PÍNDARO: *Odas* | 1 |
| ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro* | 1 |
| POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc.) | 1 |
| POLIBIO: *Historia romana* | 3 |
| PLATÓN: *La República* | 2 |
| — *Diálogos* (en publicación) | » |
| DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres* | 2 |
| MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)* | 1 |
| TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso* | 2 |
| JOSEFO: *Guerras de los judíos* | 2 |
| ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses* | 2 |
| EURÍPIDES: *Tragedias* | 3 |

### Clásicos latinos.

| | |
|---|---|
| VIRGILIO: *La Eneida* | 2 |
| — *Las Églogas y Geórgicas* | 1 |
| CICERÓN: *Obras didácticas* | 2 |
| — *Obras filosóficas* | 4 |
| — *Epístolas familiares* | 2 |
| — *Cartas políticas* | 2 |
| — *Vida y discursos* | 7 |
| TÁCITO: *Los Anales* | 2 |
| — *Las Historias* | 1 |
| SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta* | 1 |
| CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias* | 2 |
| SUETONIO: *Vidas de los doce Césares* | 1 |
| SÉNECA: *Tratados filosóficos* | 2 |
| — *Epístolas morales* | 1 |
| OVIDIO: *Las Heroidas* | 1 |
| — *Las Metamorfosis* | 2 |
| FLORO: *Compendio de la historia romana* | 1 |
| QUINTILIANO: *Instituciones oratorias* | 2 |
| QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro* | 2 |
| ESTACIO: *La Tebaida* | 2 |
| LUCANO: *La Farsalia* | 2 |
| TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana* | 7 |
| TERTULIANO: *Apología contra los gentiles* | 1 |
| VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta* | 3 |
| MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas* | 3 |
| TERENCIO: *Las seis comedias* | 1 |
| APULEYO: *El asno de oro* | 1 |
| PLINIO EL JOVEN y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres* | 2 |
| JUVENAL y PERSIO: *Sátiras* | 1 |
| AULO GELIO: *Noches áticas* | 2 |
| SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios* | 4 |
| AMMIANO: *Historia del imperio romano* | 2 |
| LUCRECIO: *De la naturaleza de las cosas* | 1 |
| HORACIO *Obras completas* | 2 |

Tomos.

## Clásicos españoles.

CERVANTES: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso*..... 2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín ..... 8
— *Teatro completo*..... 3
CALDERÓN: *Teatro selecto*..... 4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*..... 1
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*..... 1
— *Obras políticas é históricas*..... 2
— *Política de Dios*..... 1
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*..... 2
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*..... 1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*..... 1
MELO: *Guerra de Cataluña*..... 1
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo..... 13
COLÓN: *Relaciones y cartas*..... 1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*..... 1

## Clásicos ingleses.

MACAULAY: *Estudios literarios*..... 1
— *Estudios históricos*..... 1
— *Estudios políticos*..... 1
— *Estudios biográficos*..... 1
— *Estudios críticos*..... 1
— *Estudios de política y literatura*..... 1
— *Discursos parlamentarios*..... 1
— *Vidas de Políticos ingleses*..... 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*..... 4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*..... 6
MILTON: *El Paraíso perdido*..... 2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto*..... 8

## Clásicos italianos.

MANZONI: *Los Novios*..... 1
— *La Moral católica*..... 1
— *Tragedias, poesías y obras varias*..... 2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia*..... 6
MAQUIAVELO: *Obras históricas*..... 2
— *Obras políticas*..... 2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo*..... 2
TASSO: *La Jerusalem liberlada*..... 2

## Clásicos alemanes.

SCHILLER: *Teatro completo*..... 3
— *Poesías líricas*..... 2
HEINE: *Poemas y fantasías*..... 1
— *Cuadros de viaje*..... 3
GOETHE: *Viaje á Italia*..... 2
— *Teatro selecto*..... 2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América*..... 2

## Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*..... 2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*..... 1
MÉRIMÉE: *Colomba y otros cuentos*..... 1
REGNARD: *Obras escogidas*..... 3

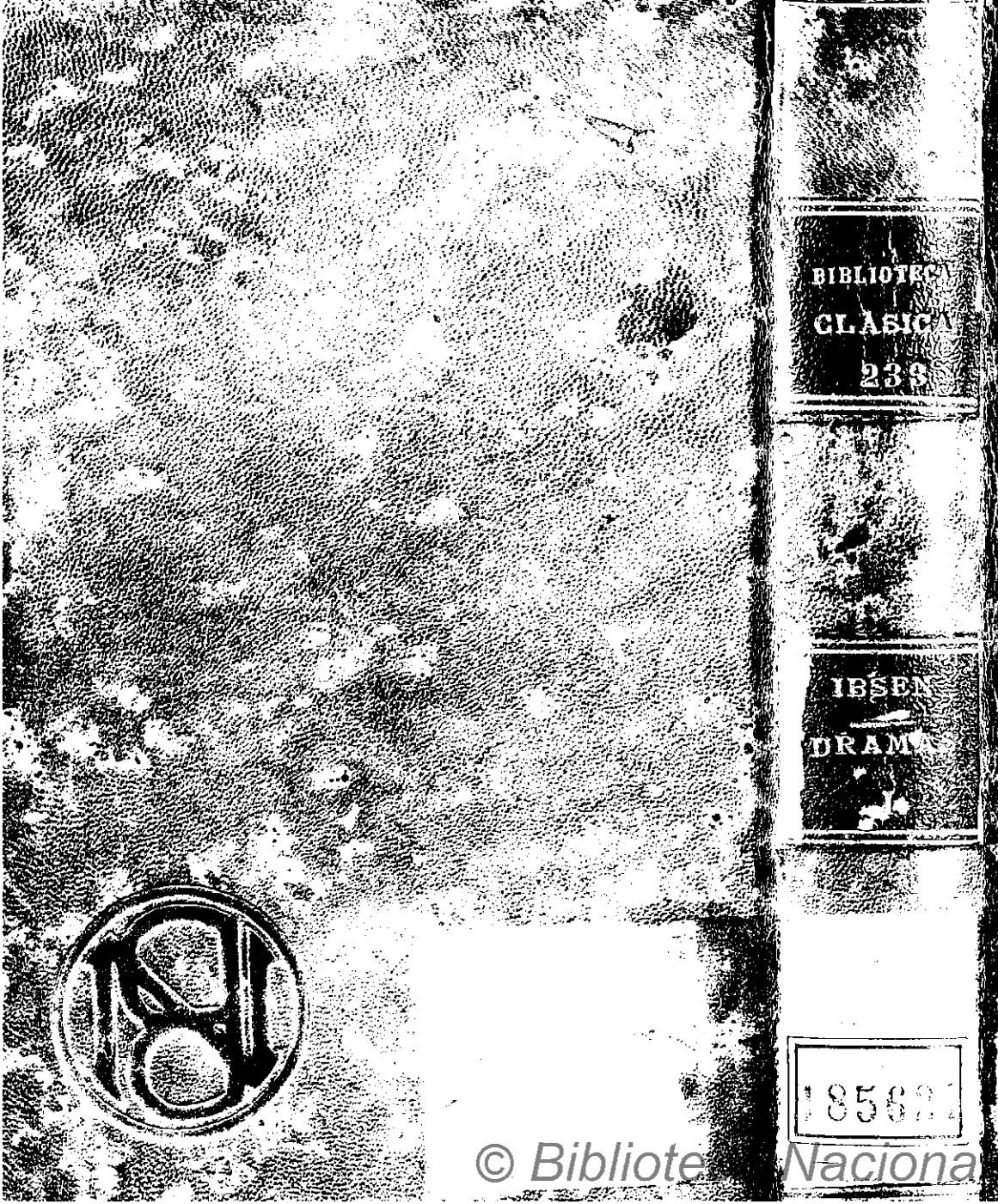
## Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusíadas*..... 1
— *Poesías selectas*..... 1

## Sánscrito.

*Panchatantra*, traducido por Alemany..... 1
*Libro de las Leyes de Manu*..... 1

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001293539




© Biblioteca Nacional